

卷之三

三



LAS  
NOCHES  
TRISTES



PENSADOR  
MEXICANO

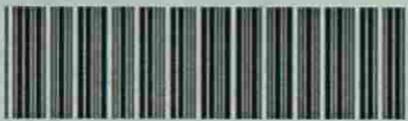


P07297

.P385

N6

1843



1020006124

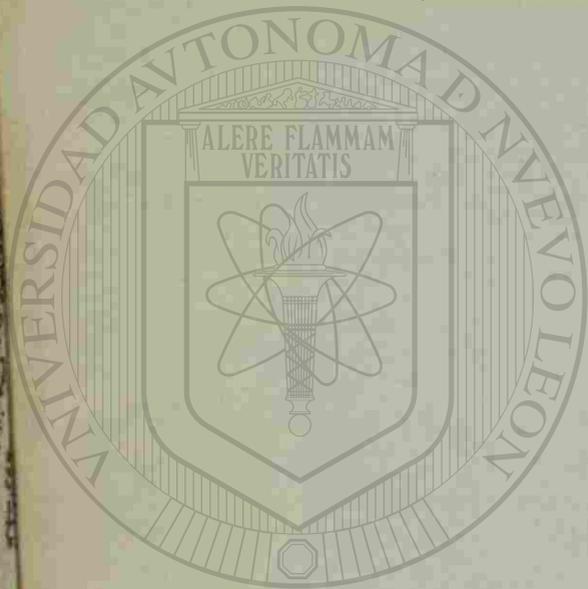


UNIVERSIDAD

DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN

DE BIBLIOTECA



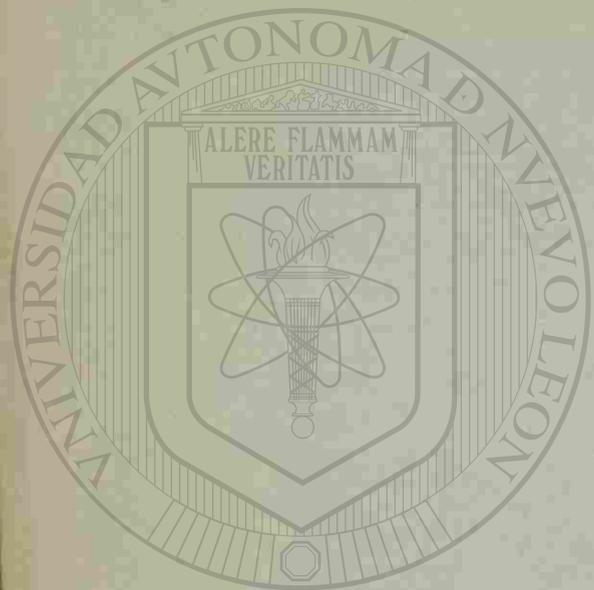
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



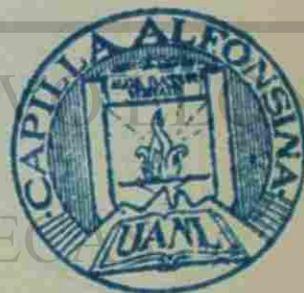
108697



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



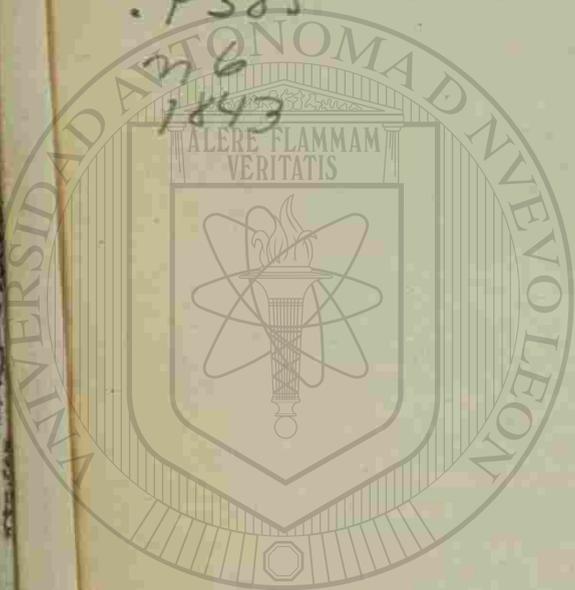
108697

PA7797

. F385

276

1843



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

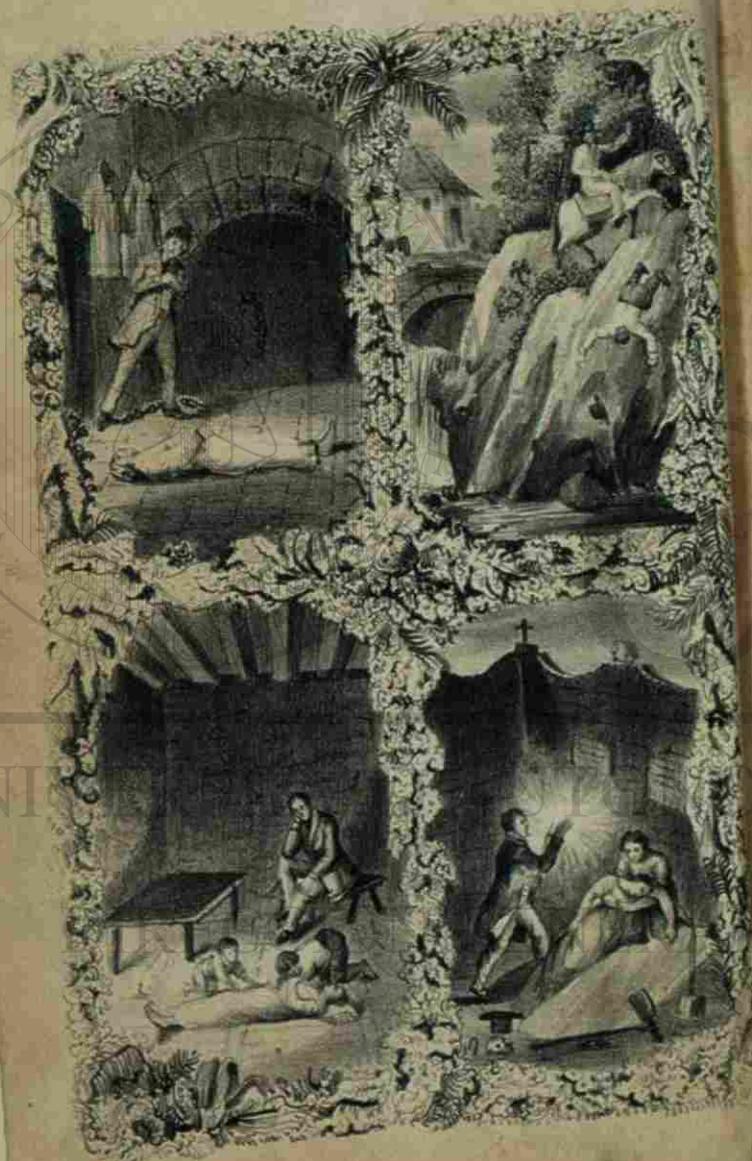
ENTERA

TABLAS

UANC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**LAS**  
**NOCHES TRISTAS,**

POR EL

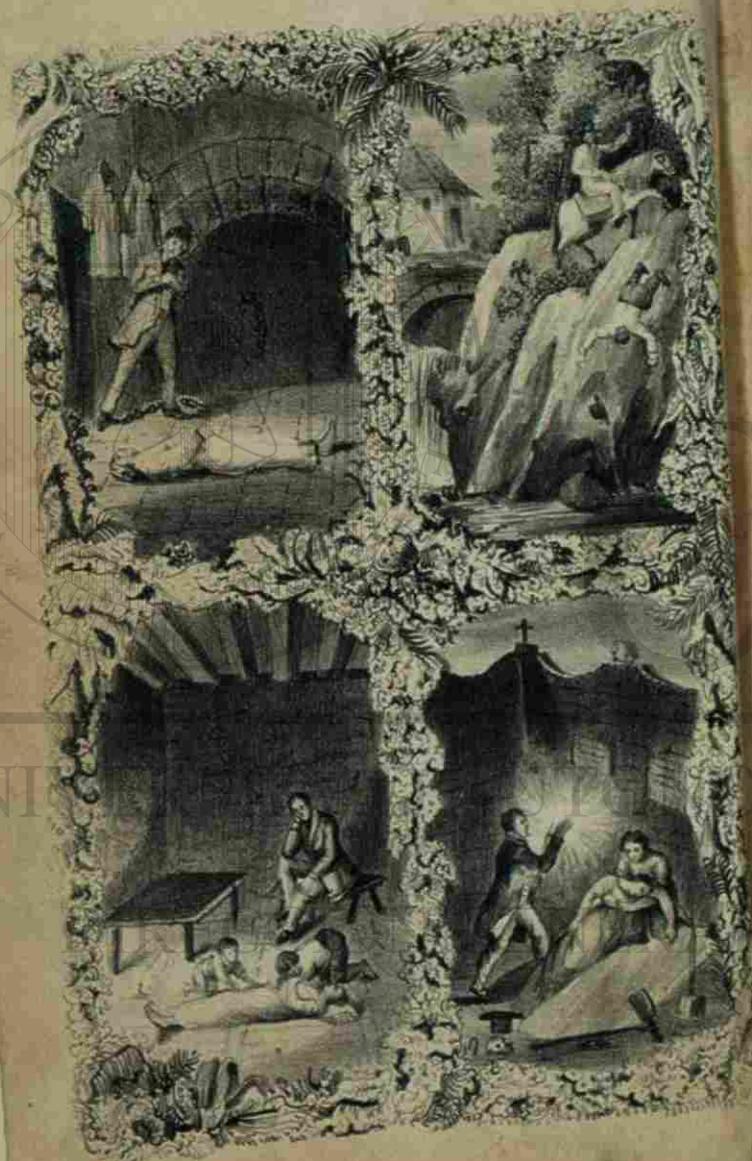
*Pensador Mexicano.*

Cuarta edición.

Van añadidos a esta obrita, el Día alegre, las Fábulas, D. Catrin de la Fachenda y la Muerte y funeral del Gato, por el mismo autor; y va adornada con estampas suyas y varias viñetas.

MÉXICO.  
SE ESPENDEN EN LA LIBRERIA NUMERO 7  
DEL PORTAL DE MERCADERES.

1843.



**LAS**  
**NOCHES TRISTAS,**

POR EL

*Pensador Mexicano.*

Cuarta edición.

Van añadidos a esta obrita, el Día alegre, las Fábulas, D. Catrin de la Fachenda y la Muerte y funeral del Gato, por el mismo autor; y va adornada con estampas suyas y varias viñetas.

MÉXICO.  
SE ESPENDEN EN LA LIBRERIA NUMERO 7  
DEL PORTAL DE MERCADERES.

1843.

P27292  
F385  
N6  
1843



Cum subit illius tristissima noctis imago,  
Labitur ex oculis nunc quoque gutta mea.

OV. XL. TRIST. L. ELEG. III.

PROPIEDAD DEL EDITOR.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REIMPRESAS POR ANTONIO DIAZ,  
CALLE DE LAS ESCALERILLAS NUMERO 7.

## ARGUMENTO O IDEA

DE LAS

### NOCHES TRISTES.

Desde que leí las Noches Lúgubres del coronel D. José Cadalso, me propuse escribir otras Tristes, á su imitación, y en efecto las escribí, y las presento aprobadas con las licencias necesarias.

No me lisongeo de haber logrado mi intención; antes conozco que así como es imposible que la ruda iguale á la palma en altura, y que el pequeño gorrion alcance el elevado vuelo de la águila, que se remonta hasta los cielos, así es imposible que mi pobre pluma iguale la elocuencia que á cada linea se admi-

ra en las obras de este célebre y moderno escritor.

Con esta salva, me parece que deben acallarse los críticos, cuando noten la enorme diferencia que hay entre mis Noches, y las de Cadalso, pues yo no digo que he imitado su estilo, sino que quise imitarlo. Si no lo he conseguido, el defecto ha sido mio, que me arrojé á una empresa árdua; pero me consuelo al acordarme que bastante es emprender las cosas árduas aunque no se consigan. *In arduis voluisse sat est.* Pasémos á dar una breve idea de la materia de estas Noches y de su objeto.

La persona fatal ó desgraciada de la novela, es un tal Teófilo, hombre virtuoso, cuya paciencia y constancia probó la Providencia en cuatro noches.

En la primera, se vé calumniado y reducido á una cruel y horrorosa prision.

En la segunda, que se intitula: la pérdida en el bosque, presencia el fin funesto de su criado, hombre criminal y blasfemo. El mismo se vé á los bordes del precipicio, y esca-

pa á favor de la espantosa luz de un rayo.

En la tercera Noche, sufre un triste desvelo, con la muerte de una infeliz, en cuya casa se hospedó.

En la cuarta y última, despues de haberse perdido, se refugia á un cementerio, en donde halla improvisamente el cadáver de su infeliz muger. Este terrible encuentro lo hace desfallecer, y rendirse bajo de su peso. El sepulturero que lo acompaña, lo lleva á su casa, en la que despues de vuelto en sí, logra con ventajas el premio de su resignacion cristiana.

Tal es el asunto de estas noches, y fácil es concebir que su objeto moral no es otro, que enseñar al lector á humillarse, y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia, asegurado de que esta nada previene ni determina sino con relacion á nuestro bien, al que siempre está propensa y decidida.

El católico que esté penetrado de estos religiosos sentimientos, tiene mucha ventaja para sobrellevar los trabajos y miserias de

esta vida, sobre el impío, y el incrédulo ateista; pues este todo lo atribuye al acaso, y aquel, aunque confiesa la existencia de un Dios, blasfema de su alta Providencia, y ambos reciben el fruto de su perversidad, en los remordimientos que los agitan y en la desesperacion, que les hace insoportables las infelicitades de esta vida, y los acompaña hasta el sepulcro.



## NOCHES TRISTES.

Traducción libre del epigrafe del reverso de la portada.

Todavía de mis ojos  
Destila amargo llanto,  
Al acordarme, ¡ay triste!  
De aquellas noches de dolor y espanto.

### NOCHE PRIMERA.

#### LA PRISION.

#### DIALOGO.

TEÓFILO, UN MINISTRO DE JUSTICIA Y UN CARCELERO.

TEÓFILO. ¡Oh triste noche! ven, y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡O noche! tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro Horizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas, que tan benignamente influyen el suave sueño á los mortales.

A favor de tus sombras silenciosas descansan de sus

afanes y trabajos, y el inocente desgraciado, halla en tus tinieblas espantosas un asilo seguro, contra las desdichas que le persiguen por el dia.

Tal soy sin duda. Hoy he sufrido altanerías de un necio con poder; baldones de un rico altivo: desprecios de un amigo ingrato, y : : : ¡cuantas cosas, cuyo recuerdo me es desagradable hasta lo sumo! Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de odio y abominacion, y obligándome á retirar al alvergue sagrado de mi casa, me presentará en su lugar los ídolos mas dignos de mi amor.

Si: yo entraré en ella como al asilo de la paz: mi fiel y amable compañera me recibirá con mil caricias: mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello, y estamparán sus inocentes besos en mi frente. El chiquillo se sentará á jugar sobre mis rodillas: el grande reclinará su cabeza con la mayor confianza en mi amoroso pecho, mientras su madre me pregunte con el mas vivo interés, el éxito de mis negocios; pero ¡qué incensato fuera yo si oprimiera su amable corazón, refiriéndole mis sinsabores! No: callaré lo adverso: disimularé mis contratiempos: hablaremos de asuntos familiares y domésticos, y despues de tomar juntos y alegres el frugal alimento que previno mi cuidado; entregaré mi cansado cuerpo al limpio y humilde lecho que me espera.

Mi almohada entonces, recibirá gustosa mi cabeza, y la lisongera reflexion de que á nadie he hecho mal

en este dia, me facilitará en medio de mis aflicciones, el reposo y el sueño mas tranquilo. Pero ¡qué es esto! ¡qué gente armada me sorprende, impidiéndome la entrada de mi casa?

MINISTRO. La justicia es. Detenéos. Daos á prision.

TEOF. ¿Yo á prision?

MIN. Si, vos. No sois Teófilo?

TEOF. El mismo.

MIN. Pues sois el delincuente á quien se busca. Aseguradlo.

TEOF. Jamás he sido delincuente. Si lo fuera, no vendría con tanta serenidad á caer en vuestras manos.

MIN. Eso prueba necedad, no inocencia.

TEOF. ¿Qué delito he cometido?

MIN. Bien lo sabeis.

TEOF. Lo ignoro: mi conciencia no me acusa de ninguno.

MIN. Todos los criminales dicen lo mismo. Sois reo de un robo y tres homicidios.

TEOF. ¿Reo de tales delitos!

MIN. ¿No lo oís?

TEOF. Estais equivocado. No seré yo.

MIN. Bien, ya se sabrá. Amarradlo.

TEOF. No me atropelleis, que soy hombre de honor.

MIN. Si conocierais lo que es honor, no os vierais tratar de esta suerte, pero el infame pierda todos los fueros y privilegios. Caminad.

TEOF. Permitid que me despida de mi esposa.

MIN. No es necesario.

TEOF. Tendrá mucho cuidado por mi ausencia.

MIN. No importa. Caminad, que es tarde.

TEOF. Mirad...

MIN. Si habláis otra palabra, juro que os haré andar á sablazos.

TEOF. Conformémonos, suerte ingrata, no se te puede resistir. Caminémos.

MIN. Nada valen ya esas hipócritas resignaciones. Lo que debéis hacer es recordar los cómplices de vuestro crimen para delatarlos, y componer vuestra conciencia, porque no vivireis muchos días.

TEOF. Así lo entiendo. Tal puede ser la vehemencia de la calumnia.

MIN. Mucho insistís en justificaros, ó á lo menos en pretenderlo; pero es vano. Hay presos ya algunos compañeros vuestros, y la denuncia ha sido muy segura.

TEOF. Jamás he tenido compañeros en la maldad, porque me he escusado de cometerla.

MIN. Vaya, seréis un inocente; pero no sé como os librareis de tantas pruebas que están producidas contra vos. Los cómplices, la denuncia y vuestros papeles, os condenan sin la menor duda. Yo no soy el juez de vuestra causa; pero tengo muchas noticias seguras.

TEOF. No lo serán mucho. Porque ¿qué papeles míos ó que ilícitas correspondencias habeis visto?

MIN. Los que están en poder de los magistrados, y los que acabo de sacar de vuestra casa, pues aunque estos no los he visto, supongo que serán lo mismo que los otros.

TEOF. ¿Como así? ¿pues qué se ha cateado mi casa?

MIN. Ya está hecha esa forzosa diligencia, y quedan asegurados vuestros pocos bienes.

TEOF. ¡Justo cielo! ¿y mi infeliz muger! ¿mis tristes hijos! ¿qué habrán padecido en tan terrible lance, ignorando la suerte y paradero de su padre. . . .!

MIN. No tengais euidado. A vuestra esposa se le dijo que por una deuda os embargaban, y que según noticias, vos para escapar de la prision que se os esperaba, habiais huido esta misma noche, y se sospechaba que tratariais de embarcaros para el Perú.

TEOF. No fué el remedio menos cruel que la herida. ¡Ah! si supierais la sensibilidad de esa buena muger, y el sincero amor que me profesa, la compasion os hubiera sugerido ahorrarle semejante pesadumbre. . . .

MIN. Sois un bribon que no conoceis las leyes de la gratitud. ¿Asi pagais mi desinteresado comedimiento? ¡insolente!

TEOF. No me insulteis, que el encargo que se os confia no os autoriza para maltratar á un indefenso; y mas, que debéis advertir que yo en nada os agravio cuando os manifesté que quisiera que mi esposa no hubiera sabido. . . .

MIN. Callad. ¿Pues valiera mas que yo la hubiera dicho la verdad?

TEOF. Si, mas valia que la hubierais dicho lo que creis ser verdad. Ella entonces satisfecha de mi virtud, no lo habria creido, y confiada en el que vela sobre el justo, esperaria con resignacion mi libertad, y el resarcimiento de mi honor; pero como supusisteis ser el motivo una deuda, lo habra creido sin el menor escrúpulo; porque ¿quién no puede contraer una deuda? ¿ni quién será hábil para libertarse de las vejaciones de un acreedor cruel y favorecido?

MIN. Hablais mucho y sin sustancia; pero ya estais donde pagareis vuestras malicias. Ya estamos en la carcel. Entrad.

TEOF. Depósito de la iniquidad: hónrate con que un hombre de bien pise tus umbrales esta vez. Entrémos.

MIN. Carcelero.

CARCELERO. ¿Qué se ofrece?

MIN. Entregaos de este faccioso criminal.

TEOF. Decid, de este pobre desgraciado.

MIN. ¿Aun habláis, insolente, y teneis cara para profanar el nombre del honor y la virtud con esos impuros lábios?

CARC. ¿Pues quién es este inocente nuevo que me habeis traído de huésped esta noche?

MIN. Este es un gran pícaro: es el famoso Teófilo, de quien tenemos tanto encargo.

CARC. ¡Ah! sí. ¿Este es el Teófilo... pues, aquel cierto Teófilo? Ya, ya sé quien es.

MIN. Pues ya os lo entrego. Aseguradlo bien hasta mañana; y no le permitais comunicarse con persona nacida, ninguna compasion os merezca: es un vil.

CARC. Sí: id sin cuidado. Bonito soy yo para compadecerme de ninguno. Aun las mugeres hermosas, cuyas lágrimas encantadoras á todo el mundo rinden, no consiguen nada conmigo. Ved, y qué lástima será capáz de infundirme este barbón. ¿Tienes dinero?

TEOF. Ninguno.

CARC. Pues siéntate. Te calzaré los grillos mas pesados, pues estos los merece el reo mas criminal y pobre como tú.

TEOF. ¿No puedo redimirme de este tormento ofreciendo gratificarte mañana?

CARC. Aquí no es tienda: no se admiten plazos. De contado se ha de pagar un favor, ó sufrir.

TEOF. Pues sufrámos.

MIN. Repito que no os descuideis con él, porque es muy malicioso.

CARC. Dejad su seguridad á mi cuidado.

MIN. Adios.

CARC. Pon los piés iguales.

TEOF. Ya están: mas te ruego que no golpees tan recio, que se me rompen las piernas.

CARC. ¿Y qué me importa? ¿Acaso á mí me duele, ó soy tu padre para lastimarme de tus dolores?

Pagáras y te tratára con mas suavidad de la que mereces.

TEOF. Dices bien. Haz lo que quieras.

CARC. Ya están remachados. Entra en este calabozo.

TEOF. No me puedo mover con tanto peso.

CARC. Eres muy delicado. Apenas tienen treinta libras.

TEOF. Será así; pero no estoy acostumbrado á estas prisiones.

CARC. Pues acostúmbrate. Haz tu deber, y anda que es tarde, y quiero recojerme.

TEOF. No puedo.

CARC. Pues yo te haré poder con este látigo, anda.

TEOF. ¿Así ultrajas la humanidad abatida?

CARC. No me prediques, entra.

TEOF. Ya entro. El golpe del rastrillo ha herido funestamente mis oídos. ¿Qué mansion tan oscura y horrorosa! ¿En donde estoy? Por ninguna parte entra la mas mínima luz. ¿Qué espanto! ¿Qué pavor tan inesperado sobrecoje mi corazón! Que el malhechor se sobresalte siempre, no es nuevo. Esto es muy natural, ¿á qué delincuente no asusta el temor del castigo que merece su delito? Pero que tiemble el inocente, que se abata el que no ha delinquido, luego que se vé su mergido en el peligro, no sé á qué secreto impulso lo pueda yo atribuir. ¿En qué se fundaría Horacio, para decir, que el inocente pasará libre y tranquilo por los riesgos mas temibles? Seguramente eso sería

en la edad dorada de los poétas, ó él mismo jamás habia experimentado el temor de la persecucion criminal.

Pero, despues de todo: ¿yo qué he hecho? ¿en qué he delinquido? ¿cómo he podido merecer estos ultrages? Mi conciencia, fiscal el mas seguro de mis acciones secretas, no me acusa de ninguna, por la que deba yo sufrir estos rigores. Sin embargo, los sufro y los padezco sin haberlos merecido. Me hallo sepultado en las cabernas del horror, cargado de prisiones; separado de la dulce compañía de mi familia: solo, triste, abatido y esperando el funesto fallo contra mi vida y honra. ¡Oh cruel condicion de la miseria humana! ¿qué ni la mas arreglada conducta, ni el honor, ni la virtud misma sean á veces bastantes á asegurarnos de los tiros de la ignorancia ó de la malignidad de los hombres!

Mas ¿qué es lo que hago? Estas tristes consideraciones son inútiles. De nada sirve la apatía en estos casos, sino de hacer mas pesada la horrible situación del individuo. Pues no. Yo he de esforzar mi espíritu, yo he de alentar mi ánimo desfallecido, acordándome en medio de las aflicciones que me cercan, de que todo se hace en el mundo, ó por decreto ó por permission del Ser Supremo. ¿Qué tengo de affligirme? Soy inocente: la Providencia velará sobre mi conservacion y la de mis hijos.

A la escasa luz de este tabaco veré donde estoy, y acomodaré en el mejor rincon mis cansados miembros,

mientras llega el día. Delante del sol brillará mi honrada conducta, sus dorados rayos disiparán la densa niebla de la calumnia, y la justicia satisfecha de mi inocencia, me restituirá libre y con honor á la sociedad y á mi familia. Sí, esto ha de ser; yo alumbro....

Pero ¿qué es esto? ¿qué nuevo horror me pavoriza! En un momento veo destruidos mis consuelos, y mis esperanzas desmayando. ¡Ay de mí! Quería alentar mi espíritu con el recuerdo de mi ninguna culpa; pero advierto que se arrastra y se aniquila hasta lo sumo á la presencia de estos fúnebres objetos. No se vé aquí otra cosa que grillos, cadenas, sogas, cerones, cubas, y sacos de infelices ajusticiados. ¿En donde estoy? ¿qué funestas ideas me suscitan estos terribles aparatos de la muerte? ¿por qué me habrán encerrado en esta fatal mazmorra, y no en otro lugar menos espantoso? Sin duda está muy inmediato el término de mi vida. ¡Triste presagio! Acaso será costumbre depositar aquí las víctimas, para advertirles se prevengan á recibir la muerte.

Por todas partes toco su imágen. Ya no basta la idea de mi inocencia á reparar mi corazón: mi espíritu desfallece por momentos.... Mas ¿qué es esto! yo he tropezado y caído sobre un hombre. Sí, el bulto que toco no es de otra cosa. ¿Quién será este desgraciado que me acompaña? El triste duerme profundamente. Ni mis voces, ni el peso de mi cuerpo, han sido bastantes á despertarlo. ¡Pobrecito! ¿cuántas noches quizá habrá pasado sin cerrar sus ojos! Su situa-

cion me compadece. ¡Miserable! duerme, descansa de las fatigas que atormentan tu espíritu y tu cuerpo por el día.

Pero no, despierta; consuélate con el infeliz que te acompaña: cuéntame tus desgracias, oye las mías, y entre ambos aliviaremos nuestras penas.

Mas no despierta, despues de que lo muevo fuertemente. Apenas se le percibe la respiracion. ¿Si estará enfermo, ó si se habrá privado en fuerza del dolor que lo oprime! Todo puede ser. Tocaré su pulso.... ¿qué horror! su mano yerta parece al mármol frio. Este desgraciado está muerto. Le alumbraré la cara..... ¿Qué susto! es un cadáver el que yo juzgué mi compañero. Esto me faltaba para acabar de confundirme. Todos son preludios de mi muerte. ¿Qué pavor! ¿Quién será este desdichado! Alumbraré otra vez, á pesar de que lo resiste no sé que secreta repugnancia.... ¿Qué objeto tan espantoso! Su cara está negra, sus facciones desfiguradas, sus manos traspasadas con dos saetas. Este infeliz, sin duda fué algun salteador que ajusticiaron, y lo han depositado en este calabozo para á la madrugada conducirlo á algun camino real. ¿Desdichado de tí! ¿pero qué digo desdichado? feliz y muy feliz. El ha muerto, es verdad: perdió la vida; pero con ella satisfizo sus delitos: murió, pero supo que fué justamente; dejó de existir entre los vivos; mas tambien dejó de padecer los terribles remordimientos de su conciencia, y ya no vive en fin; pero descansa para siempre.

¡Qué diversa es su suerte de la mía! Yo también moriré, yo sufriré la afrenta que él sufrió; pero la sufriré inocente, padeceré sin culpa, y dejaré á mi triste familia la nota de la infamia, sobre el desconsuelo de mi pérdida. ¡Oh consideraciones funestas! ¡Oh momentos de desesperación y de dolor! Solo la muerte podrá librarne del peso que me agobia.

Sí, muerte amiga, ven; ya no te temo, ya no te huyo: ya no eres á mi vista horrorosa ni formidable. En este cadáver te miro risueña y apacible: te considero como la única y poderosa redentora de todos los males de los hombres. Ven, muerte, pues; ven, apresurate á socorrer á un infeliz que clama porque lo recibas en tus brazos. El golpe de tu segur es un solo golpe, terrible ciertamente; pero un golpe inevitable, y un golpe piadoso que nos redime de otros muchos mas tristes y temibles. Tú nos privas de la vida; pero ¿qué es la vida para que vivamos tan engreidos con ella? ¿Es otra cosa que una tela en donde se teje sin cesar nuestra desdicha? Murámos, Teófilo, y murámos contentos, pues con la muerte se consigue el descanso que jamas sabe proporcionar la vida.

Pero el cielo parece que atiende benignamente mis clamores. El estruendo de las llaves y candados, anuncia no se qué felicidad á mi corazón.

En efecto, es el carcelero: ya entra; pero admirado se detiene á mi vista.... Sin duda se ha compadecido y no acierta á darme la alegre nueva de mi muerte. Lo animaré: entra amigo, habla, no te turbes. ¡Vie-

nes á anunciarme el fin de mis últimos dias? ¿Vienes á conducirme á la capilla? Dilo todo: dame este gusto: no te dilates. Tú eres mi amigo, tú mi verdadero consolador: apresúrate á entregarme á la muerte lo mas pronto: á una muerte que espero con resignacion.... he dicho mal: á una muerte que deseo con ansia, y que considero como el fin de mis intolerables desgracias. Ya me es insufrible el peso de esta vida que arrastro. Ea, vamos á morir amigo, vamos á morir. ¡Ojalá se precipiten los últimos instantes de mi existencia, como el peñasco que se desgaja de la cima de aquel monte!

CARC. No te traigo la fatal noticia que deseas....

TEOF. ¿Qué dices! ¿aun no se decreta mi muerte? ¿aun se me prolonga la vida para hacerme padecer con lentitud?

CARC. Me turbó el hallarte hablando solo y con tal enterza, cuando pensé que el miedo.....

TEOF. Nada temo sino vivir.

CARC. ¿Tan mal estás con la vida?

TEOF. Para nada la quiero.

CARC. ¿Pues si el vivir te disgusta, vivirás á tu pesar. Siéntate.

TEOF. ¿Qué vas á hacer?

CARC. A quitarte los grillos.

TEOF. ¿Y para qué?

CARC. Para ponerte en libertad.

TEOF. ¿Qué dices?

CARC. Acaban de traer al verdadero Teófilo que

se buscaba, que es el delincuente, y te voy á echar á la calle antes que amanezca, y sepan los jueces la tropelia y mal proceder del comisionado.

TEOF. Yo lo perdono; pero no sé si me deba dar el pésame de esta desgracia.

CARC. ¿Desgracia llamas el recobrar tu libertad?

TEOF. Si la llamo. Desgracia es vivir en un mundo lleno de peligros. Ya estaba yo resuelto á morir: ya no pensaba sino en salir de esta vida, para libramme del infinito número de miserias que nos afligen y amenazan cada instante. Tú me has quitado el gozo con que me disponia á recibir la muerte. Yo viviré, si, yo volveré á ver la luz del sol en mi libertad, y ¿para qué? para ser mañana otra vez el juguete de la fortuna, ó el escárnio de los hombres.

¿Qué me importa vivir hoy, si mañana he de morir quizá mas afligido y mas desesperado? Hoy moriria con el consuelo siquiera de no merecer la muerte: moriria asegurado en mi conciencia; pero soy hombre: mañana puedo delinquir, y en este caso el castigo me sería mas doloroso.

CARC. A pesar de esto, tú debes vivir, pues está de Dios que vivas.

TEOF. ¿Yo debo vivir pues está de Dios que viva? Es verdad. Soy un nécio, soy un cobarde en apetecer la muerte, por escimirme de los males que me afligen. Solo la pasión escaltada puede en algun modo disculpar este bastardo modo de pensar.

Es una baja de ánimo el desear la muerte, por

no sufrir con constancia nuestras infelicidades. La tranquilidad en medio de ellas manifiesta, sin la mejor duda, la magnanimidad del corazón.

CARC. Ya estás libre. Vete.

TEOF. Adios.





## NOCHE SEGUNDA.

### LA PERDIDA EN EL BOSQUE.

TEÓFILO, RODRIGO Y MARTIN.

TEÓFILO. ¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre á cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas... Ya gotea fuertemente... Los relámpagos nos deslumbran, y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas...

El aguacero crece por momentos, y el furioso huracán hace crugir las robustas encinas de estos montes. ¡Dista mucho, Rodrigo, la posada donde podamos guarecernos de esta terrible tempestad!

RODRIGO. No lo sé.

TEOF. ¿Cómo no? Pues al ajustarte conmigo no me dijiste, que sabias estos caminos?

ROD. Si lo dije, y alguna vez los he andado; pero

ahora no sé donde estoy. Nos hallamos perdidos. Vos teneis la culpa.

TEOF. ¿Yo?

ROD. Sí: vuestra indiscrecion en poneros á caminar cerca de ponerse el sol.

TEOF. El interés que tengo en caminar, no me permite dilaciones: quisiera ser rayo, para girar con su velocidad en pos de lo que busco.

ROD. ¿Pues qué buscáis con tanta ejecucion?

TEOF. A mi esposa, á la querida mitad de mi alma, á la muger mas noble y mas amante.

ROD. Segun eso, ha huido de vos, y en este caso, no es tan noble ni amante como decís.

TEOF. ¡Ah! no injuríes con tan bajos conceptos una alma tan grande y boudadosa. Mi muger no hurtó de mí, ni nunca tuvo motivo para que temerme ni aborrecerme.

ROD. ¿Pues por qué la buscáis por los caminos? ¿qué causa la obligó á separarse de vuestra compañía?

TEOF. Su lealtad, su amor, su fineza.

ROD. ¿Es posible que por amarnos se ausentó de vos?

TEOF. Sí, Rodrigo: anoche por un equívoco me vi en una horrible prision, acompañado de un cadáver. Al prenderme, no se me concedió ver á mi esposa: el ministro ejecutor de mi arresto, creyendo hacerme un gran servicio, dijo á ésta, que mis bienes se embargaban por una deuda, y que á mí se buscaba por lo mismo; pero que él tenia noticia de que

yo habia huído para Acapulco con designio de embarcarme.

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vió despedida de su casa, cuando, segun me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé donde, y ha marchado sola, á pié y sin dinero, en mi solicitud. ¿Qué podia yo hacer sino partir luego al instante en pos de una muger tan digna?

No he perdido mas tiempo, si puede llamarse perdido, que el que emplee en solicitar ó saber el paradero de mis hijos. En momentos recorrí por las casas de nuestros deudos y conocidos. Mas fué en vano: no los pude encontrar, y temiendo perderlo todo, me resolví y marché aunque ignorante del camino. En él te hallé, y en él te acomodaste á acompañarme. Hé aquí la justa causa de mi precipitada caminata, y la ninguna culpa que tengo en nuestra pérdida.

ROD. Ciertamente que son vuestros trabajos harto crueles; pero no tanto como los míos.

TEOF. En nuestras mayores desgracias, debemos conformarnos con los sábios decretos de la Providencia.

ROD. Para el que se halla agitado como yo, del dolor, del temor y la desesperacion, esos consuelos son muy frios. Nada calman la agitacion de las pasiones.

TEOF. Te engañas. Los consuelos mas sólidos y oportunos, no se hallan sino en el seno de la religion. Cuando el hombre no es ateista, no puede en-

contrar asilo mas dulce y seguro en medio de sus mayores aflicciones, sino en la religion católica.

Si, Rodrigo: ella nos enseña que hay un Dios grande, autor de cuanto ecsiste: legislador supremo de cuanto hay dentro y fuera de la naturaleza: sábio por esencia, y bueno en el último extremo de bondad: nos asegura que este Ser Eterno, nos ama infinitamente mas que nosotros mismos: que nada decreta que no se dirija á nuestro bien: que nos crió y nos conserva: que vela constantemente sobre nuestra felicidad, y nada omite por su parte de cuanto á ella conduce, y que...

ROD. Bueno está. Vos teneis un elegante estilo para misionero. Tal vez persuadireis con facilidad á las viejas y á los idiotas; pero yo no soy de estos. Dudo mucho de lo que decís, y no sé cómo combinar ese amor estremado, ni esa cuidadosa Providencia, con el infinito enjambre de males que rodean al mísero mortal, sin cesar de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro.

Conozco algunos hombres desgraciados, que nunca, ó rara vez, le han visto al placer la cara. Yo soy uno de ellos. Toda mi vida ha sido una cadena no interrumpida de enfermedades, miserias, sinsabores y pesadumbres. No parece sino que hay algun genio superior á mí, que se complace en verme padecer, y que todo lo rodea y lo dispone con este cruel y azaroso designio, porque...

TEOF. Basta, Rodrigo: ese modo de producirse arguye, ó un entendimiento grosero, ó un corazon

muy corrompido, ó todo junto. Solamente una alma ennegrecida con tan criminales cualidades, puede agraviar á la deidad con semejante blasfemia. ¿Crees tú que el bueno, el justo, el piadoso por esencia, se complazca en lastimar á los que son hechuras de sus manos? ¿Piensas que nuestro soberano autor, es un padre cruel que, como el fabuloso Saturno, se deleite en devorar sus mismos hijos? No, Rodrigo, lejos de tí tan viles sentimientos.

Para que otra vez juzgues, y hables con decoro, acerca de la augusta Providencia, advierte: que no todos los que llamamos males lo son en realidad. Estamos acostumbrados á trocar los nombres de las cosas, y á cada paso llamamos al bien mal, y al mal bien. De aquí proviene que tengamos como un mal positivo todas las privaciones de nuestros gustos, y todo cuanto se opone al logro de nuestros deseos, aun cuando estos sean los mas desordenados. No es menester una revelacion para conocer, que muchas veces la Providencia embaraza nuestros designios por nuestro bien: la esperiencia y la razon, cuando le hacemos lugar, nos convencen de esta verdad.

Tambien debes advertir, que no todos los males que nos afligen vienen dirigidos á nosotros por un decreto absoluto de Dios. Mas veces buseamos el mal nosotros mismos, que las que él nos busca. El Ser Supremo impuso desde el principio ciertas y determinadas leyes á la naturaleza, que no las traspasará sino por un milágo; y así el fuego siempre devorará

lo combustible: el agua mojará: los graves se inclinarán ácia el centro: y así de todo. Dios concurre á las operaciones de la naturaleza, sin cuyo concurso todo se reduciria á la nada, y en este sentido se dice: que *no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios;* pero se ha de entender, sin una voluntad permisiva, no volitiva ó imperiosa. En tal sentido, es una verdad infalible que nada se hace sin la voluntad de Dios, ni el pecado, pues este se hace con su voluntad permisiva, es decir: lo permite, no lo quiere; y así permite que nos aflijan muchos males, que por otra parte quisiera que no nos afligieran. Por ejemplo: por un admirable mecanismo estableció Dios desde el principio la respiracion para la vida animal: siempre que esta funcion se detenga por mucho tiempo, faltará la vida. He aquí la ley de la sábia Providencia, ordenada á la naturaleza, en hombres, aves y brutos. Ahora bien: un desesperado suicidia se suspende de la garganta en un árbol, se impide la respiracion, muere, y quizá se condena. Estos son unos males positivos; pero están en el orden natural, y de consiguiente, en nada se opouen á la Providencia, ni á la suma bondad del Ser Supremo. Dios permite que aquel se ahorque, que en este caso muera, y que si muere sin su reconciliacion se condene, porque es la misma justicia. Dios permite todo esto; pero ¿dirémos que quiere se ahorque, y que muera eternamente? De ninguna manera: lo contrario nos asegura por su palabra divina: *que no quiere la muerte del pecador, sino su conver-*

*sion y vida:* luego éste se mató porque quiso, y no porque Dios decretó que tuviera un fin tan desastroso: sufrió un gran mal por su culpa, y no porque Dios lo condenó, aunque lo permitió. De esta clase son muchos de los males que afligen á los hombres, y que el impio atribuye al acaso ó á una Providencia cruel y sin orden.

ROD. Bien: pero lo cierto es, que Dios prevee el mal que me ha de afligir, puede evitarlo, y no lo hace, luego quiere positivamente que yo padezca el tal mal; pues á no querer, claro es que lo evitára, así como evitó que los leones devoraran á Daniel en el lago, que el fuego del horno de Babilonia consumiera los tres niños; que el mar anegara á los Israelitas, perseguidos por Faraon, y así como ha evitado otras innumerables desgracias.

TEOF. Tu modo de discurrir, aunque estraviado, me confirma en lo que ya habia sospechado, por tu traje, y es que tus principios han sido otros que los de un mozo de camino.

Pero seas lo que fueres, á mi me basta verte sumergido en el error, para compadecerte y procurar desengañarte segun puedo. Cierto es que Dios prevee nuestros males, y que pudiera evitarlos si quisiera, como de hecho nos libra de mil á cada instante, y aun en la oracion dominica nos enseñó á pedirle que nos libre de todo mal; pero ¿de qué males nos librará con especialidad su Providencia? De aquellos que el hombre no se acarrea, de aquellos á que voluntariamente

no se espone, y de aquellos de que no se puede prevenir por sus propias fuerzas, y aun de estos no siempre, sino cuando conviene á sus altísimos designios. ya se interese en ellos la gloria de su nombre, ya el bien de sus criaturas.

De esta clase de males, se vió amenazado Daniel en el lago: los niños en el horno, los Israelitas en el mar, y otros muchos; que ni se espusieron al mal, ni estaba en su arbitrio el libertarse de él. En éstos, Dios ha tomado por su cuenta el libertarlos, como lo ha hecho, interrumpiendo el orden prescrito á la naturaleza, de cuyos milágnos ha resultado gloria á Dios y utilidad á todas sus criaturas.

Mas estos casos son muy raros, y el hombre jamás debe pedirle lo libre de los males por semejantes medios, porque esto se llama tentar á Dios, quien nunca hace milágnos á nuestro antojo: ni mucho menos debemos esperar que nos libre del mal á que nos espone, conociendo el peligro eminente. Por esta razon tengo por una piadosa candidez, la devocion con que el toreador puesto delante de la fiera, invoca á los santos, esperando que Dios por su intercesion lo libre de aquel peligro, á que voluntariamente se espone: cuando él solo, sin ocurrir á Dios, pudiera librarse no poniéndose delante de las puntas del toro, quien seguramente no lo habia de ir á buscar á su casa para herirlo, y sabiendo, ó debiendo saber, que es una verdad eterna que *el que se espone al peligro, sus mas veces perece en él.*

**ROD.** Eso es incontestable.

**TEOF.** Pues á este modo son muchos de los males que afligen á los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos á la Providencia; pero injusta y temerariamente.

El que disipó su patrimonio, el holgazán inútil, el gloton, el pícaro, el pendenciero y otros así ¿con que cara se quejarán de la Providencia, por la miseria que les aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desarreglada conducta se labran sin cesar su suerte desgraciada?

**ROD.** Al fin quereis persuadirme que Dios no determina ningún mal á las criaturas, sino que éstas se buscan cuantos pedecen, y que por lo mismo es temeridad y tentar á Dios, pedirle que nos libre de los males. Diced lo que quisieris; pero no sé cómo conciliar nuestra doctrina con la costumbre de la iglesia, á quien oigo pedir á Dios nos libre de todo mal. Bien lo sasbeis: preces tiene para suplicar nos libre de los rayos, de los terremotos, de las guerras, de las muertes repentinas, &c. &c., y segun esto, yo debo creer que todos los males son decretados por Dios, puesto que se le pide que nos libre de ellos, ó lo que es lo mismo, que jamas los decreta contra nosotros.

**TEOF.** Tú teequivocas, Rodrigo, mi doctrina no se halla en oposicion con la costumbre de la iglesia. De las máximas de religion que ésta me enseña, saco cuanto te digo, y tú no entiendes; pero oye: la santa

iglesia pide á Dios que nos libre de todo mal, mas esto no prueba que Dios decreta todo el mal. El Sér Supremo no es autor del mal. El mal, te he dicho, que sucede con la permission de Dios; pero tambien te esplicué que no es lo mismo permitir que querer. Debemos pedirle que nos libre del mal, y confiar en supoder, pues es omnipotente y puede librnos, y no solo puede, nos libra en efecto de mil desgracias, de que no podemos precavernos, y con tanta bondad, que mil veces nos libra sin pedirselo. ¡Cuántas ocasiones acuérdate, cuantas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en tal camino, en aquel rio, y en otros precipicios en que te haz visto, y de los que te ha sacado la Omnipotente mano del Altísimo? ¡De cuantos riesgos no te haz visto libre por esta invencible mano? Acuérdate, y reflexiona, que tú no fuiste suficiente á escaparte de ellos por tus propias fuerzas, y que quizá al tiempo de salvarte no te acordaste de Dios para nada, preocupado únicamente del susto que te amenazaba.

Pero de que Dios sea absolutamente poderoso para librnos de todo mal, y de que así se lo debemos pedir, no se deduce que cuantos males nos afligen sean determinados ó decretados por Dios. Mucho menos se arguye que esté, digámoslo así: obligado á librnos, aun á costa de milagros, de aquellos males, que nosotros nos acarreamos por nuestra culpa, ni á salvarnos de los peligros á que nosotros temerariamente nos exponemos. Sus atributos resplandecen en todo, y su bondad se hace perceptible aun á las criaturas insen-

sibles. *Los cielos anuncian su gloria, y las obras de sus manos certifican su poder.*

En fuerza de esta bondad, dotó al hombre de entendimiento, para conocer el bien y el mal, y le dejó un alvedrío para que despóticamente eligiera entre uno y otro, según su gusto. Esta luz de la razón, y esta libertad concedida al hombre, lo hacen digno de premio ó de castigo. Liberalidad que cierra á los impíos la boca para que no puedan blasfemar contra la justicia ni providencia del criador, y que les arrancará á su pesar, aquella espantosa consecuencia: *luego solamente por nuestra culpa, por nuestra malicia y querer, nos apartamos del camino de la verdad.*

Hay otra equivocación en la materia; vulgarmente llamamos mal á todo cuanto nos aflige, y en este sentido, los males de que nos quejamos, son los trabajos y miserias de esta vida. Ello es cierto, que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que dá la gracia, que es lo que se debe llamar único, sólido, y verdadero bien: así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal.

Pero aunque comparativamente llamemos bienes á las prosperidades temporales, y males á las miserias y trabajos, debemos advertir que Dios no solo permite que éstos nos aflijan según el curso de las causas naturales, sino que muchas veces los ordena y nos los envía directamente, ó para nuestra corrección, ó para nuestro mérito, y en ambos casos, lejos de tenerlos por males, los deberíamos reconocer como unos bie-

nes celestiales, por mas que nos lastimen; así como el enfermo no tiene por un mal el cáustico; sino por un remedio eficaz, del que mil veces depende su salud.

Cuando el hombre se quita la venda de las pasiones y levanta los ojos limpios á su Autor, se consuela en medio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades.

Entonces se acuerda que dicen los proverbios: *„que los dias del pobre que teme al Señor, están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia.“* Entonces lee con gusto lo que dice san Pablo: *„gloriémonos en las tribulaciones, las cuales producen la paciencia, estableciendo esta la prueba de nuestro amor; y perfeccionando nuestra virtud, nos dá una esperanza firme.“* Entonces se acuerda con Job: *„que es dichoso el hombre á quien prueba el cielo, y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos, que siendo la señal cierta de una predilección divina, debemos llevarlos con alegría.“* Entonces sabe en el libro de los hebréos: que, *„no aflige Dios sino á aquellos que él constituye en el número de sus hijos, ni corrige sino á los que ama.“* Ultimamente, entonces conoce que *„son bienaventurados los que lloran, y felices los que padecen, siendo justos.“*

Rob. ¿Buen espíritu teneis para misionero! ¿Habeis acabado?

Teor. Nadie es capaz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente.

á mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno, sobre toda bondad y justicia, que su sábia Providencia todo lo ordena á nuestro bien, y que lejos de complacerse en los trabajos que nos afligen, como piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad.

ROD. Así os parece, pero os engañais: nada de cuanto habeis hablado me convence. Hay criaturas nacidas solo para llorar y sufrir. ¡Desgraciado de mí! Soy uno de ellos. . . .

TEOF. Esfórzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te consolarás resignándote como debes, en la divina Providencia.

ROD. Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel: mi dolor vehemente, y no tengo esperanza de remedio.

TEOF. ¡Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza?

ROD. Soy desgraciado. Hoy ha muerto mi esposa, la muger mas amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años, solo por haberme amado, y yo teniendo ó debiendo tener proporciones para haberla asistido, he sido tan desdichado, que ni la he podido sepultar, viéndome precisado á abandonar el cadáver, dejándolo solo en la accesoria en que vivía, y venir acompañandoos, sufriendo las inclemencias de esta pesada noche, y cosas peores.

TEOF. Es dolorosa amigo, tu situacion: yo te compadezco al par de mí; pero ¡qué crueles ocurrencias te condujeron á tan lastimoso estado!

ROD. Oid en breve: yo amaba á la que fué mi esposa, y era correspondido de ella tiernamente. No restaba otra cosa, que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso á este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí; sino porque era pobre. Yo no pudiendo resistir mi pasion, me casé contra su gusto, y él vengativo y codicioso, me desheredó al instante, dejándome en la calle y rodeado de miserias.

TEOF. Tu padre anduvo imprudente; mas tú debiste haber tentado otros medios mas suaves, para obtener su permiso, antes que atropellar su voluntad violentamente.

ROD. El era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescendiente. Jamas me trató con prudencia, sino, ó con un rigor excesivo, ó con una mimada contemplacion, con cuyo arte logró que yo lo aborreciera unas veces, y otras lo tratara sin respeto. Ultimamente, si yo fui un hijo perverso é ingrato, él fué un padre tirano y consentidor. . . .

TEOF. Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del extraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre viejo! tal vez á esta hora tendrá noticia de tus desgracias: se habrá dolido de ellas: tratará de re-

dimir su imprudencia, te habrá buscado, y no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodrigo, vuélvete, y consuela su cansada vejez.

ROD. Melindrosas son vuestras persuaciones, el bien cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro; ni conocía otro amor que el del dinero, y....

TEOF. Bueno está; pero al golpe de la inmadura muerte de tu esposa, es de creer que habrá despertado de ese letargo; ya se acordará que es padre; estará pesadoso de su capricho, querrá consolarte y estrecharte en sus brazos. Sí, Rodrigo, así lo creo. Vuélvete, que el triste anciano estará llornado por tí á esta misma hora.

ROD. Os engañais. Mi indigno padre, á esta hora, no se ocupa sino en llenarme de maldiciones, que ¡ojalá no tarden en cumplirse!

TEOF. ¿Qué profieres! Eso es temeridad.

ROD. No, sino una verdad evidente. Yo en medio de mi dolor y miseria, fui á verlo para que me diera algun socorro: él me recibió con su acostumbrado desabrimiento: me irrité; quise tomar por fuerza unas onzas de oro, que habia sobre la mesa; él se llenó de rabia, me dió una bofetada, y yo entonces....

TEOF. Qué ¡qué hiciste!

ROD. Le pasé el corazón con un puñal....

TEOF. No prosigas. ¡Qué horror! ¡qué sacrilego atentado! ¿Sabes que has hecho? ¿sabes que has atraído sobre tí, todas las maldiciones del cielo? A tu pa-

dre! ¡al que te animó! ¡á tu vice Dios haz asesinado! ¿Es posible que aun vives? y....

ROD. Basta: no me conjures. Sé cual es mi delito; pero ¡qué tengo con saberlo? Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma....

TEOF. Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama á Dios, y te perdonará.

ROD. Ya es tarde.

TEOF. Jamas lo es para arrepentirse.

ROD. No puedo. Mi crimen es muy atroz.

TEOF. La misericordia de Dios es infinita.

ROD. Para mí no alcanza.

TEOF. Arrepiéntete, confía....

ROD. Me es imposible. La espada vengadora está sobre mi cabeza. La sombra de mi cruel padre me persigue. ¡Ay triste! ¿No la ves que horrible, y ensangrentada me persigue? Sí, mírala como anegada en unas negras llamas, me avisa estar en los abismos por mi causa: mírala que furiosa, y como me amenazan sus ojos centellantes y furiosos. ¡Miserable de mí!

TEOF. Tu temor es fundado; pero no desconfies: clama á Dios....

ROD. Está sordo. ¿No ves cómo se tapa los oídos? Mi condenacion se ha decretado.

TEOF. Rodrigo: vuelve en tí. Teme al Señor; pero duelete de tu culpa, y espera....

ROD. ¿Qué he de esperar? ¡Mal haya mi existencia!....

TEOF. ¡Qué espanto! A la luz de este relámpago, he visto despeñarse desde esta cima al infeliz Rodrigo. Rodrigo. . . Rodrigo. . . No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo, y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crimen lo condujo á la desesperacion, y ésta á la impenitencia final. ¡Terrible estado!

Pero, ¡válgame Dios! Qué cerca estuve yo de acompañarlo en tan aciaga muerte, si la atmósfera encendida tan á tiempo, no me avisara de mi próximo peligro. ¡Oh Providencia benéfica! Yo adoro tus decretos, y cosida la cara con la tierra alabaré y bendeciré tus admirables giros.

¡Mas, qué hago aquí! Ya parece que los aguaceros son menos fuertes: dentro de un rato es de creer que cesarán del todo, y que disipándose las ya delgadas nubes, abrirán el paso á alguna claridad. Me volveré por donde vine. Alta Providencia, en quien confío, sostenme en esta espantosa y tristísima noche, y dirige mis inciertos pasos, para que no me conduzcan al precipicio. . . .

En efecto, la agua cesó; el horizonte se va limpiando, y no tarda la aurora en dejarse veer. ¡Oh, qué noche tan amarga ha sido esta! Anoche sepultado en una oscura prision, pensaba que no podia tener otra peor; mas esta ha sido mas fatal; aunque por otra parte mas provechosa para mí.

En medio de las incomodidades del recio temporal, del temor de los frecuentes rayos, del desvelo, de la

fatiga y de la incertidumbre del lugar en donde me hallo, me ha proporcionado mil saludables recuerdos el triste fracaso de Rodrigo. ¡Qué desgracia! ¡qué infelicidad la de ese hombre y la de su padre! Estas sí son desgracias, estos sí son verdaderos males y trabajos irreparables. . . .

Verdad es que el avariento padre de Rodrigo, fué el motor de la desgracia de su casa. ¡Oh infame codicia, y de cuántos daños eres causa! Un padre cruel y aváro, hizo en pocos dias un parricida, sacrificó una jóven virtuosa en las áras de la miseria, y él mismo fué víctima de la desesperacion de su triste hijo. ¡Ay, hijos ingratos y desconocidos, que no sabeis sufrir los defectos de vuestros padres! Pero tambien, ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendeis con vuestros hijos, en sus mas honestos y lícitos enlaces; sino que los castigais y aun aborreceis cuando estos no son conformes á vuestras miras codiciosas! Quereis casar los capitales y no las voluntades, como si el matrimonio fuera una negociacion profana, y no un Sacramento, Sacramento grande, como le llama san Pablo.

Mas ya la primera luz del sol alumbra los horizontes. Ya amanece. Las tinieblas se disipan, las inocentes avejillas, con sus dulces gorgeos, saludan al Criador; la naturaleza toda toma otro aspecto á la venida del padre de las luces, y. . . .

MART. Socorro, piedad, favor. . . .

TEOF. Pero, ¡qué lastimeros ayes hieren mis oidos! ¡Qué infeliz se queja, y pide socorro en estos montes?

MART. Pastores, ó baqueros, amparadnos.

TEOF. A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré á la cima de esta loma, por si descubro su desgraciado autor. Consuélate, infeliz, seas quien fueres, que aunque inutil, ya vuelo en tu socorro.... Pero, ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja ver desde aquí, atado á un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vió y con la cabeza me llama. Bajaré....

¿Quién eres, desdichado? ¿quién te ha puesto en tan amarga situación? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras? ¿la voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de tí! Vamos: serénate, ó llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo: refiéreme tus aflicciones, por si puedo servirte de algun alivio.

MART. ¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito (1), á dos tercios de legua de este sitio, y me llamo Martín. Anoche vine con mi muger á recojer mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones, nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y despues de esto, nos ataron á estos troncos.

TEOF. ¿Y dónde está tu infeliz muger?

MART. Allí está, señor, que ni el consuelo de estar juntos nos permitieron. Miradla.

TEOF. Es verdad. Toma, cúbrete, y anda á cubrir y desatar á tu esposa....

(1) Cortijo pequeño.

MART. ¿Qué haceis, señor? ¿Vuestra manga (1), ¿se rompeis?

TEOF. Sí; toma tú la mitad, y con la otra cubre á tu muger.

MART. Esa manga está muy buena, es lástima que la destroceis; aun os puede servir.

TEOF. Jamas puede servir mas dignamente. Anda.

MART. Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo.

TEOF. ¡Qué fieros son los hombres! ¡qué insensibles! ¿No bastaba robar á estos miserables sus bienes, aún era necesario desnudarlos y maltratarlos hasta el extremo?

MART. Señor, señor, venid á ayudarme, que mi Teodora ha muerto.

TEOF. ¿Qué dices! ¿Esta otra desdicha te esperaba?.... Vaya, cúbrela bien y sostenla mientras la desato.... No te desconsueles. Está viva.

MART. ¿Está viva, señor?

TEOF. Sí, Martín, está viva.

MART. No señor: ¿no veis que no habla, ni respira, y está fria como un yelo? ¡Ay de mí! que mi Teodora ha muerto.

TEOF. No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fria, por la agua y aire frio que ha sufrido en to-

(1) Manga se llama en América, una especie de gavan talar que usa la gente de campo. Los que pueden las usan galanas.

da la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo, y sube tú á la grupa para que la llevemos á tu casa.

MART. Señor: la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habeis de ir á pié entre tanto lodo?

TEOF. No le hace: yo iré así de buena gana: importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guía.

MART. Sois un señor piadoso y compasivo.

TEOF. Solo hago lo que debo. Vamos. ¿Tienes hijos?

MART. Sí señor, tres chiquillos. Quien sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

TEOF. ¡Triste de tí! Aun es jóven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MART. ¡Ah, señor! por eso la amo yo tanto. Es muy amante y fina mi Teodora. . . . Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEOF. Es verdad. Aligera para que lleguemos pronto.

MART. Sí haré, y luego que lleguemos descansaréis, señor, y me hareis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora, mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, á ver si viene el padre vicario y el médico.

TEOF. Querría continuar mi camino; pero hare cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MART. Dios lo pagará, señor.

TEOF. Así lo espero.

MART. Hé: ya llegamos. Mis hijos aun duermen amontonados unos sobre otros.

TEOF. Pues no los despiertes. Ven, carguemos la enferma. . . . ¿Dónde la pondremos?

MART. Aquí, señor: sobre estas jergas, que es toda nuestra cama.

TEOF. ¡Qué miseria! Abrigala con esas mantas secas, y dale á oler el humo de la lana quemada. . . . ¿Ya vez?... Luego que se va calentando, va volviendo. . . . Ya se mueve. . . . Repite la operacion. . . . llámala. . . . ¿Te responde?

MART. Sí, pero apenas la oigo, y habla despropósitos.

TEOF. En efecto, delira. La calentura es terrible. Ve por el médico, que el tiempo es muy de aprovechar en estos casos.

MART. Pondré, señor, vuestro caballo en el corral para que alnuerce. Vos secad vuestra ropa al fuego, y recogéos cuando querais, asad una gallina, pues yo no tengo lugar, ni vos gustareis que me dilate.

TEOF. No en verdad. Anda que yo cuidaré de todo como pueda.

MART. Voime.

TEOF. ¡Qué desgracia es la mia! ¡Qué siempre ha-  
ya de presenciar espectáculos tristes y espantosos!





## NOCHE TERCERA.

### EL DESVELO TRISTE.

TEÓFILO Y MARTÍN.

TEÓFILO.  A anochece: la enferma se agrava por momentos: los auxilios faltan aquí del todo: estas criaturas lloran estrañando la compañía de un hombre que conocen, y Martín no parece. ¡Válgame Dios, y qué noche tan penosa se me prepara!

Peró aquel bulto que ya se mira cerca de la puerta ¿no es Martín? Sí, él es. ¿Qué hacías Martín? Ya estaba yo cuidadoso de tí. ¿Qué es del confesor que fuiste á traer? ¿Dónde está el médico? ¿Tú bien solo?

MART. Sí señor, solo vengo.

TEÓF. ¿Pues qué has hecho? ¿Por qué no vienen contigo esos señores?

MART. Porque soy pobre, y los hombres son muy crueles con los pobres.

TEÓF. ¿Pues qué ha sucedido? ¿qué te han dicho? ¿por qué se han escusado?

MART. El médico no viene, porque habiéndolo ha-

llado en una hacienda lejos del pueblo, me pidió veinte pesos por la visita, y como no tuve para dárselos, se negó del todo.

TEÓF. ¡Qué cruel! Ese bárbaro, si acaso es médico y no un ignorante charlatán, se ha olvidado del solemnísimo juramento que hizo de asistir á los pobres, cuando se examinó. ¿No le ofreciste nada absolutamente por la visita? Pues en efecto digno es el que trabaja, de que se le pague su jornal en algun modo, y nadie debe darse por bien servido, pues todos comen de lo que trabajan.

MART. Sí señor: le ofrecí una baca con su cria, que es lo mejor que me dejaron los ladrones.

TEÓF. ¿Y aun así no quiso venir?

MART. No, señor.

TEÓF. Es un malvado. ¿Qué mas habías de hacer que ofrecerle cuanto tenías? En tí esa oferta ó premio valía tanto como si un rico le hubiera prometido su caudal, pues tú le dabas todo el tuyo. Bien dices, que son los hombres crueles con los pobres. ¿Y el vicario, por qué no vino?

MART. Dijo que estaban los caminos muy pesados con la agua de anoche: que él estaba un poco acatarrado, y que despues de todo, la enfermedad de mi muger no sería nada.

TEÓF. ¿Así se te escusó el vicario?

MART. Sí señor.

TEÓF. ¿Qué hay que esperar de otros, si los que por su profesion y carácter debían dar ejemplo de ca-

ridad, así faltan á ella? ¡Y tú en vista de su escusa, no ocurriste al cura?

MART. Si señor; pero cuando lo ví, estaba divirtiéndose á los naipes, y me regañó mucho, diciéndome: que para eso tenía vicario: que si éste estaba enfermo y no podía venir, él no tenía la culpa, que volviera mañana ú otro día á ver si se habia aliviado.

TEOF. ¡Buen consuelo! ¡Eseclente modo de cumplir con un cargo tan grave, como el de cura de almas! La lástima es que el caso que me refieres no sea falso. ¡Ojalá fueran ponderaciones tuyas, y no tuviera repetidos ejemplares este descuido tan notable! ¡Qué cosas! ¡Con que el padre vicario se escusa con lo pesado del camino, y el cura con que tiene vicario, y te dicen que la enfermedad no será nada, que vuelvas otro día? ¡Y si no da tiempo el mal, y el paciente se vá sin confesion, qué cuenta darán á Dios de esas almas semejantes ministros indolentes (1)?

MART. Señor, ¡y cómo está Teodora? ¡Se ha aliviado!

TEOF. No, amigo: yo nunca trataré de engañarte. Tu pobre esposa está gravemente enferma. La fiebre es de lo mas violenta. Ya está manchada: el delirio es continuo: los dientes están negros: el aliento indica la gangrena: el sudor es frio: los síncopees conti-

(1) ¡Llor eterno á los ministros del santuario, que llenan sus deberes en el grave y delirado encargo de curas de almas!

avos: el hipo no tardará en acometerla, al que se seguirá su pronta muerte.

MART. ¡Qué decís, señor? ¡Su pronta muerte!

TEOF. Si, hijo mio: es menester velarla esta noche, pues es dificil que amanezca.

MART. Pues perdonad, señor, entraré á verla.

TEOF. Si, anda. Esos cuidados son muy dignos de un esposo sensible y hombre de bien. ¡Triste martin! ¡qué situacion es la suya tan desgraciada! Solo, pobre, cargado de una familia inútil é inocente, con su buena muger á las orillas de la muerte, y en un páramo que no presta el mas minimo socorro. ¡Qué sentirá el corazon de este infeliz, y mas cuando se acuerde de la insensibilidad del médico y del vicario! ¡Ah! estos instantes son muy crueles. Es menester toda la fé y la gracia ausiliante para no confundirse. . . él llora. . . ¡pobre hombre! Yo lo compadezco: es esposo y es padre: tiene razon. Procurémos consolarlo. Martin. . . amigo, ven acá.

MART. ¡Qué mandais?

TEOF. ¡Cómo hallas á Teodora?

MART. Muy mala, señor: su muerte está muy próxima. Nada habla, ni conoce: su vista está quebrada: el pecho se le ha levantado, y la ansia que tiene es terrible. . . ¡Ay Teodora mia! ¡qué haré!. . .

TEOF. ¡Qué haz de hacer, amigo, qué haz de hacer! ¡No eres cristiano! ¡no sabes que hay un Dios! ¡no lo conoces! ¡no te acuerdas que es tu padre! ¡no estás seguro en lo mucho que te ama! Pues resignate.

amigo, abandónate á su divina y justa Providencia, con la confianza de uno de tus hijitos cuando corre precipitado, y se deja caer entre tus brazos.

Yo tambien soy padre y soy esposo: mi muger es el mismo amor y la fidelidad misma, y mis tiernos hijos son pedazos enteros de mi corazon. Si tú supieras por qué causa ando yo por estos lugares que no conozco: si tuvieras noticia de mis tristes aventuras: si pudieras saber el grado de dolor que escitan en mi alma tus contratiempos, acaso te consolarias con tu suerte, y me compadecieras mas que á tí.

Sí, Martín: mi suerte es mas dura que la tuya. Tú verás morir á tu esposo, y tendrás el alivio de que eschale el último suspiro entre tus brazos: llorarás: multiplicarás tus sentimientos: lavarás su cara con tus lágrimas, lágrimas de dolor; pero en alguna manera lágrimas dulces, pues se derraman con el abyecto amado; en fin: tú quedarás asegurado de su muerte, y te volverás á tus hijos. Estos tiernos pinpollos de tu amor, serán muy suficientes para reparar una parte de la falta de su madre, y tú en ellos encontrarás algun desahogo.

Esta es tu situacion ¡oh triste amigo! y estos los consuelos que aun te quedan; pero yo. ¡desgraciado! yo padezco tormentos mas crueles, y carezco de todo humano auxilio. Yo ando en pos de la muger mas amable, y no sé de ella: temo sus desgracias, y no puedo remediarlas; tengo hijos, y no sé... donde se hallan. Dime ahora si mi situacion no es mas dolorosa que la tuya?

Pero ¿qué hemos de hacer, Martín, en estos lances? ¿Nos hemos de abatir, hémos de desesperarnos, hémos de entregarnos con imprudencia á un abandono horrible y criminal? Nada de esto. Levantémos el corazon á Dios, en nuestras mayores infelicidades: resignémonos en su alta y divina Providencia, y confiémos en que nada dispone que no sea ordenado á nuestro bien. Estos son los únicos consuelos que tenemos que esperar. Sí, Martín: la religion, la religion es el único escudo que nos presenta la fé en tan desiguales batallas. Quitémos la religion católica del mundo: olvidémos las promesas divinas: abandonémos esta esperanza, y en breve todo infeliz será un suicida. ¿quién será bastante á sufrir con paciencia las intolerables miserias que nos afligen y rodean? ¿No ves como?..... pero anda, humedece los lábios á la enferma, y avisame del estado en que se halle.

MART. Vos decís muy bien, señor; pero yo no puedo consolarme. Quisiera morir con mi Teodora.... Voy á verla....

TEOF. Yo creo muy bien que en estos duros instantes, no te será fácil el consuelo. No son nuestros corazones de bronce. Fuerza es que sientan los sensibles; pero tu fé, tu sencillez y religion, te sostendrán para que el sentimiento no esceda los límites de lo justo.... ¡Pobre Martín....

Mas él vuelve llorando, y apresurado. ¿Qué tienes? ¿se agrava mas la enferma?

MART. Por momentos.

TEOF. ¿Le has hablado? ¿Te conoce?

MART. Cuando llegué abrió los ojos, me miró y dijo: „Yo me muero. Martin, cuida tus hijos.” Entonces la tomé una mano, la llevé á mi boca, y la humedeci con mis lágrimas. Ella lo advirtió y me dijo: „No llores amigo, ¿pues qué no sabes que es fuerza morir alguna vez? esta vez se ha llegado, y yo estoy contenta esperando ir á descansar eternamente.”

Cuando esto dijo, se volvió á privar, y á pocos instantes abrió los ojos restablecida del síncope, y exclamó: „Sí, mi Dios, yo perdono á los que son causa de mi muerte, porque tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma, y cuida de mi Martin y de mis hijos.” Diciendo esto le repitió el síncope, y el hipo no la deja cesar. Entrémos á verla.

TEOF. Sí, Martin, vamos á ser testigos de una muerte feliz; pues según lo que dices, tu esposa es una jóven de virtud.

MART. ¡Ah señor! Mi Teodora es una santa. Los murmuradores de los pueblos, no tienen mas pero que ponerle que su virtud, y así la conocen por el sobrenombre de *la beata*.

TEOF. Feliz quien justamente se hace merecedor de semejante sobrenombre. Entrémos... .

En efecto está muy mala. Su última hora se acerca por instantes.

MART. Lo mas que siento es, que no se haya confesado; bien que anteayer comulgó, como lo hace todos los dias de fiesta.

TEOF. No te aflijas, que yo creo que no lo necesita. La resignacion con que está, la tranquilidad con que espera la muerte, manifiesta el buen estado de su espíritu. Solo el justo no se aterroriza en este trance. La gracia y la serenidad de su conciencia, pintan en su cara una alegría nada comun á las almas, á quienes sus crímenes espantan. ¿No tienes alguna imágen de Cristo crucificado, que tenga algunas indulgencias concedidas para esta hora?

MART. Sí, tengo una romana que tiene indulgencia plenaria.

TEOF. Pues traela, que ya es hora: ya agoniza...

MART. Aquí está.

TEOF. Ponla en sus manos, y dime ¿es cierto ó me parece que está grávida?

MART. No os entiendo.

TEOF. Que está en cinta, ó embarazada como suelen decir.

MART. Sí señor, y de cinco meses ha... .

TEOF. Esta es nueva afliccion; pero Dios nos ayudará en todo. Sostenle la cabeza, y reza con mi go el credo... .

MART. ¡Ay de mi Teodora...! Ya murió.

TEOF. Sí, amigo, ya comenzó á vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siempre... Mas ¿qué es esto? tus hijos han despertado y se han entrado hasta la cama... .

¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martin no despegó su cara de la muerta, y sus tiernos hijos se echan

llorando sobre el cadáver. Quién podrá reprimir los sentimientos naturales, ni cómo podremos imponer moderación en estos lances? Todo es aquí tristeza, gritos, lamentos y suspiros.

Pero es preciso acudir á lo importante. Martin: ya tu esposa murió: ya esto no tiene remedio; pero el hijo que encierra en su vientre, nos llama en su favor. Es necesario tratar antes que muera de administrarle el sacramento del bautismo.

MART. ¡Ay señor! ¡y como podremos hacer eso?

TEOF. Muy bien: haz que estos niños se retiren á un cuarto separado, lo mas pronto que se pueda, y ven acá.

MART. Vamos, hijos. . . . Ya están encerrados.

TEOF. Prevé una poca de agua clara.

MART. Voy á traerla. . . .

TEOF. Yo solo entre tanto haré la operación, para que Martin no tenga esto mas que sentir. . . . Por fortuna él se ha dilatado el tiempo necesario. Ya está el niño en mis manos, y aun vive. . . .

MART. Aquí está la agua.

TEOF. Dámela. . . . Yo te bantizo, &c.

MART. ¿Qué es esto!

TEOF. Es tu hijo que ya está bautizado. Míralo. Todavía se mueve, aunque poco tardará en espirar.

MART. Pero, señor, ¿cómo hiciste esto?

TEOF. Muy breve, y ésta fácil operación que se llama *cesarea*, deberían todos saberla ejecutar, por las utilidades que trae en estos casos. . . . pero tus hijos

lloran mucho, y hacen muchos esfuerzos para entrar. Abreles, dales este consuelo á los inocentes. . . .

Ya este malogrado infante murió. Lo envolveré en este paño y lo pondré junto al cadáver de su madre. Las criaturas entran, y el triste espectáculo se representa de nuevo con doble amargura. Fuerza es dejarlos que se desahoguen.

¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu imagen, y qué triste el recuerdo de tu infalible venida! Toda esta pobre familia está envuelta en la mas dolorosa confusión. Martin aprieta contra su pecho, la cabeza de su esposa: los niños besan sus manos, abalanzándose al cadáver de su madre. Todos lloran, todos sienten su desventura, y manifiestan sus sentimientos en el mas alto grado de teraura. Solo Teodora está inmóvil: solo ella yace insensible en medio de esta escena de dolor.

Pero ¡ah! que no es Teodora la incensible, no es ella la que yace en esa pobre cama; es el cadáver de Teodora, la porción material y corruptible de su compuesto; mas Teodora no ecsiste. Su espíritu ha recojido el premio debido á sus méritos, y su cuerpo en breve será entregado á los gusanos. ¿Y es posible que el mismo fin he de tener yo, han de tener Martin, sus hijos, los nietos de estos, y todas las generaciones venideras? ¡Oh qué verdades tan tristes, pero qué ciertas!

Son las tres: no puede tardar mucho en venir el dia: consolémos al pobre Martin, y hagámos se dispoga á sepultar los restos de su esposa. Martin. . . . amigo.

ven acá. Justo es que sientas á la mitad de tu alma; pero tambien es justo que te conformes con los decretos de la divina Providencia.

MART. ¡Ah señor! He perdido á mi Teodora. ¿Quién me consolará? ¿quién suplirá su falta? ¿quién cuidará de mis hijos? ¡Infelice de mí!

TEOF. Eso es desconsolarse hasta el extremo. ¿Dices que has perdido á tu Teodora? ¡Qué engaño! No la haz perdido, amigo mio, antes la haz asegurado para siempre. Supuesta su virtud, y contando con la piedad del Señor, ella descansa en su seno: ella ahora mismo, está embriagada en unas delicias perdurables; y ella, en fin, es ya moradora de los cielos.

Tú dices que la amabas, y yo lo creo; pero si la amabas ¿por qué sientes su felicidad? ¿Porque era buena? Por eso mismo debes alegrarte de que haya logrado tanta dicha, antes que desmerecerla, contaminándose con el vicio. ¿Porque murió jóven? Eso debe consolarte al reflexionar, que los años que dejó de vivir, los dejó tambien de padecer en este mundo ingrato y miserable. ¿La sientes por la azarosa causa de su muerte? Es justo; pero consuélote la memoria de su virtud, y sábette que Dios ha dicho: *que la muerte de los justos es preciosa ante sus ojos, y que aunque sean sorprendidos por un fin imprevisto, gozarán no obstante de un descanso eterno.* Ultimamente; si la sientes por la falta que debe hacer á tí y tus hijos, yo te concederé que es muy debido tal sentimiento, como tú me concedas, que quien la crió, cuidará seguramente

te de vosotros mejor que ella, con tal, que confies en su bondad inacabable. Esto todo es así: tú lo conoces, con que haz lugar en tu corazon á estas verdades, y verás como se mitiga tu dolor.

Entre tanto: acude ahora á lo mas importante. ¿Qué haz pensado á cerca de darle sepultura á este cadáver; pues la gangrena es terrible, y lo corrompe cada momento mas y mas?

MART. ¿Qué he de pensar, señor! No tengo un real, y es menester mucho, para conducir el cadáver al pueblo, y para pagar los derechos. . . .

TEOF. No te aflijas. Toma este relox que es de oro, y véndelo en el pueblo en lo que puedas, que bien tendrás para salir de esta afliccion; y para que no te dilates, ensilla mi caballo y véte: yo te espero; mas mira que no tardes, pues me importa continuar mi camino.

MART. Señor; vos sois mi padre y mi ángel tutelar: vos sois el único mortal compasivo, y. . . .

TEOF. Basta, Martin: anda pronto que ya no tarda mucho en venir el día, y el tiempo nos hace falta.

MART. Pues señor, si mi prontitud os agrada ya vuelvo.

TEOF. ¡Válgame Dios, que alegre va el pobre de Martin con el relox, y qué placer tan dulce se siente al hacer un beneficio! Bien hayan los ricos que se dedican á favorecer á los miserables! Bendito sea su dinero cuando se emplea en aliviar las desgracias de los hombres!

Aun tarda mucho mas de lo que quiero, en venir la luz del dia, para alegrar el mundo: las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena: los pobres chiquillos se han quedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miásmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así, están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré: sí, su sueño es profundo, los pondré por este otro lado, y cargaré sobre mí al mas pequeño.

¡Pobrecito! él suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre. ¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos? ¿Dónde estarán? ¿Si los amará la persona que haya quedado en el encargo de su cuidado? ¡Ay amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¡Por qué me amaste tanto, que te espusiste á perderte, y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de tí: jóven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado á esta hora debe ser infeliz. Si á mí, siendo hombre me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? ¡Ay Dorotea! ¿quién supiera de tí, quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh suerte triste y desgraciada! ¡Oh Providencia eterna y arreglada! Sosténme para que no me abata hasta el extremo, en situación tan lamentable, pues estos tristes objetos que me rodean, parece que me pronostican aún nuevas fatigadas, y que no son sino los mas feos retratos de las desgracias que amenazan á mi muger, y á mis hijos.

## NOCHE CUARTA.

### EL CEMENTERIO.

TEÓFILO Y UN SEPULTURERO.

TEÓFILO. Cumplió Martin, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podia hacer mas que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra: los horizontes se han cerrado, y la tempestad se prepara muy aprisa: aquí se divide el camino en tres veredas, ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda que es la mas ancha. ¡Ay amable Dorotea, qué de aficciones me cuestas! Y qué bien sufridas serán por mí, como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados!... De la noche á la mañana se lloran en la mas amarga horfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi muger y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto á semejantes desventuras! Ya la agua cae. Los relámpagos, precursores de

Aun tarda mucho mas de lo que quiero, en venir la luz del dia, para alegrar el mundo: las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena: los pobres chiquillos se han quedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miásmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así, están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré: sí, su sueño es profundo, los pondré por este otro lado, y cargaré sobre mí al mas pequeño.

¡Pobrecito! él suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre. ¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos? ¿Dónde estarán? ¿Si los amará la persona que haya quedado en el encargo de su cuidado? ¡Ay amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¡Por qué me amaste tanto, que te espusiste á perderte, y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de tí: jóven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado á esta hora debe ser infeliz. Si á mí, siendo hombre me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? ¡Ay Dorotea! ¿quién supiera de tí, quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh suerte triste y desgraciada! ¡Oh Providencia eterna y arreglada! Sosténme para que no me abata hasta el extremo, en situación tan lamentable, pues estos tristes objetos que me rodean, parece que me pronostican aún nuevas fatigas, y que no son sino los mas feos retratos de las desgracias que amenazan á mi muger, y á mis hijos.

## NOCHE CUARTA.

### EL CEMENTERIO.

TEÓFILO Y UN SEPULTURERO.

TEÓFILO. Cumplió Martin, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podia hacer mas que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra: los horizontes se han cerrado, y la tempestad se prepara muy aprisa: aquí se divide el camino en tres veredas, ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda que es la mas ancha. ¡Ay amable Dorotea, qué de aficciones me cuestas! Y qué bien sufridas serán por mí, como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados!... De la noche á la mañana se lloran en la mas amarga horfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi muger y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto á semejantes desventuras! Ya la agua cae. Los relámpagos, precursores de

Aun tarda mucho mas de lo que quiero, en venir la luz del dia, para alegrar el mundo: las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena: los pobres chiquillos se han quedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miásmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así, están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré: sí, su sueño es profundo, los pondré por este otro lado, y cargaré sobre mí al mas pequeño.

¡Pobrecito! él suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre. ¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos? ¿Dónde estarán? ¿Si los amará la persona que haya quedado en el encargo de su cuidado? ¡Ay amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¡Por qué me amaste tanto, que te espusiste á perderte, y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme!

Mas ¿qué habrá sido de tí: jóven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado á esta hora debe ser infeliz. Si á mí, siendo hombre, me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? ¡Ay Dorotea! ¿quién supiera de tí, quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh suerte triste y desgraciada! ¡Oh Providencia eterna y arreglada! Sosténme para que no me abata hasta el extremo, en situación tan lamentable, pues estos tristes objetos que me rodean, parece que me pronostican aún nuevas fatalidades, y que no son sino los mas fieles retratos de las desgracias que amenazan á mi muger, y á mis hijos.

## NOCHE CUARTA.

### EL CEMENTERIO.

TEÓFILO Y UN SEPULTURERO.

TEÓFILO. Cumplió Martin, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podia hacer mas que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrecé la tierra: los horizontes se han cerrado, y la tempestad se prepara muy aprisa: aquí se divide el camino en tres veredas, ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda que es la mas ancha. ¡Ay amable Dorotea, qué de aflicciones me cuestas! Y qué bien sufridas serán por mí, como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados!... De la noche á la mañana se lloran en la mas amarga horfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi muger y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto á semejantes desventuras?

Ya la agua es... Los relámpagos, precursores de

1020006124

la terrible tempestad, se multiplican con espanto, y la oscuridad de la noche me impide veer en donde estoy. Yo me he perdido, sin duda alguna; pero pues me hallo á la boca de esta pequeña gruta, me guareceré en ella, á pesar del horror que me impone. Tal vez pasará pronto el aguacero, y con mas luz, acaso encontraré el camino que desco. . . . La boca de la gruta es muy estrecha: apenas cabe un solo hombre. Me apea-  
ré, y tendré mi caballo del ronzal. . . .

¡El cielo me valga! Aturdido me ha dejado el rayo que acaba de dispararse de las nubes. Sin duda que ha caído no muy lejos de mí. . . . pero ¿qué es esto? El estallido espantó á mi caballo y ha huído, quitándome el cabestro de la mano. Ahora es peor mi situación. Solo, perdido y á pié, veo mucho mas distante el logro de mis inocentes designios.

No parece sino que de cuatro noches acá se han conjurado contra mí, no solamente los hombres, sino hasta los mismos elementos. Sí: yo soy el mas desventurado de los mortales. ¿Qué culpa tan grande he cometido que he atraído sobre mí la maldicion del cielo? La calumnia y la afrenta me persiguen; mis intereses se pierden: mi esposa huye de mí cuando parece que me busca: mis hijos se alejan de mi vista: el criado se mata y se condena delante de mis ojos: muere una muger á quien quise prestar algun alivio: jamas hallo el camino que deseo: el caballo me deja: la tranquilidad me falta: mi esperanza desfallece, y por todas partes me rodea la sombra de la <sup>muerte</sup>.

¿Qué haré, ¡infeliz de mí! qué haré en tan triste y deplorable estado? Los hombres me afligen y abandonan, y los cielos se empeñan en mi ruina. . . . ¿Pero, ¿qué es lo que digo? ¡Yo soy Teófilo! ¡Yo me glorío de ser cristiano. . . . y yo soy el que á otros he dictado los consuelos de la religion católica, para remedio de sus aflicciones? ¡Pues cómo escagero las mias hasta el extremo? ¡Cómo profiero unas quejas tan agrias contra el cielo? ¡Ah! yo me he olvidado de quién soy, y he querido arrojar lejos de mí el único apoyo con que he contado siempre en medio de mis amarguras; pero ya me avergüenzo y arrepiento de mi ligereza criminal. Cubre ¡ó noche! con tu negro manto este descuido, y esconde de mí mismo, entre tus sombras, mi cobarde abatimiento, y entonces alzaré los ojos y buscaré la firme religion que me sostiene.

¿Quién soy? ¿Quién es el hombre, para no padecer en esta vida? Y ¿qué es la vida, sino un camino forzado sembrado de espinas, por el que tiene que pasar todo el que vive? Pues si es forzoso, si nadie puede escimirse de sufrir, prudencia es resignarse en los trabajos.

*Nacemos de muger, dice Job, para vivir poco tiempo, y éste lleno de miserias: Y ¿quién fué Job que estampó esta amarga verdad? ¡Ah! fué un hombre á quien el mismo Dios calificó por el mas justo de su tiempo, y fué á quien probó con las mayores calamidades y desdichas. El perdió sus haberes, sus hijos, su salud y su opinion. La muger que le quedó lo iba á insultar,*

y sus pocos amigos tan solo iban á mofarlo en sus desdichas, y á aumentar el sentimiento de sus pesares, y su resignacion en ellos fué el modelo de la mas cristiana conformidad. A todas horas bendecía el nombre del Señor, adoraba sus decretos en el silencio, y obedecía su voluntad en medio del dolor y la amargura.

Pues si esto sufrió, si estas saludables lecciones me enseñó aquel justo, ¿qué deberé hacer yo, que acaso soy el mas delinvente ante el mas recto tribunal? ¿Qué deberé sufrir, y con cuánta razon no debo conformarme con los sábios decretos de la Providencia?

Bien conozco, decia yo antenoche al infeliz Rodrigo, que Dios nos ama: que nada decreta ni dispone sino con direccion á nuestro bien: que mil veces permite, y no quiere, el mal que nos affige, pues ¿por qué no hago estas reflexiones sobre mí? ¿Por qué no aprovecho estas máximas saludables?

Estoy asegurado por la fé, por esta infusion divina de la gracia, de que Dios ó decreta ó permite las tribulaciones que padecemos, unas veces para nuestra correccion, y otras para nuestro mayor mérito y provecho. Pues bien: si los trabajos que padezco son en castigo de mis culpas, debo sufrirlos gustoso, ya porque los merezco, y ya porque quien me castiga es mi padre, y me prueba su amor al corregirme; y si me los envía para acrisolarme, ¿qué mayor dicha que poder convertir la escoria en oro, y el mismo veneno en medicina? Así es que yo debo, de cualquier modo, sufrir estas infelicidades con paciencia.

A mas de que la vida del hombre es una guerra continuada, y para salir victorioso de la guerra es muy preciso el esfuerzo en el soldado. Es verdad que no siempre está en nuestra mano el conseguir este esfuerzo. Nuestra naturaleza es muy débil, y nuestro corazon muy pequeño: poco peso nos rinde, cualquier violencia nos avasalla y abate; pero si está en nuestra mano el suplicar al cielo que nos imparta este esfuerzo, y que avalore nuestro espíritu desmayado. Así lo debo hacer. Los trabajos que paso no son comunes: mis penas ya me son insufribles, y mi alma desfallece á cada paso.

Sin embargo: yo quiero resistir á la violencia de mis pasiones, quiero conformarme con los soberanos decretos, y deseo para esto ser superior á mí mismo. Pues si esto deseo, si esto quiero como justo y razonable, y no me hallo con fuerzas suficientes, tú, santo cielo, anímame, fortaléceme, y haz que me sean fructuosas mis desgracias.

Mas ya el aguacero ha pasado, y la pálida luna envía alguna pequeña luz por entre las delgadas nubes que la cubren. Subiré por la falda de este cerro, por si descubro algun camino real, ó alguna choza, que me proporcione un pasajero descanso en esta amarga noche. . . .

En efecto: ácia aquella parte se oyen ladridos de perros, y al opuesto lado se ve una opaca luz, que sin duda será de alguna hacienda. Yo he de bajar. . .

Así es, no me he engañado. Donde ladran los per-

ros es un pueblo. ¡Qué claras llegan aquí las voces de sus vecinos! Pero este río me embaraza pasar en él la noche. Lo mas acertado será, ir á la casa donde se ve la luz. Voy...

Pero, ¿qué es esto? Un gran edificio es el que toco, mas no conozco su estructura. La triste luz alumbra un retablo de las ánimas: quizá el que vive aquí tendrá esta santa devoción. He llegado por fin á la puerta. Ya está vieja, y por entre sus rendijas no se ve cosa que aliente mi esperanza. Totalmente ignoro que es lo que puedan contener estas paredes. No obstante, tocaré... Un profundo silencio reina en cuantos habitan esta casa. Quizá duermen. Golpearé con esta piedra... Mas ¡qué asombro! A mi impulso se han abierto las puertas. ¡Gran descuido!

Tengo de entrar para averiguar por mi mismo qué lugar es este que me infunde horror y respeto... Yo entro... Pero ¡ay! he tropezado con una calavera. No se encuentran por aquí sino los miserables restos de nuestra corruptible humanidad.

¡Válgame Dios! Este es un panteon ó cementerio. La plegaria de las ánimas que tocan en el pueblo se oye aquí clara y distintamente. Todo me recuerda la frágil existencia de los hombres. ¡Memorias tristes!

¡Qué momentáneos son los días de nuestra vida! La dilatada carrera de los años pasa en un soplo, y las generaciones se precipitan al sepulcro. Mis padres ya no existen: una multitud de amigos que trataba, ha desaparecido de mi vista, como las imágenes del

sueño. Forzoso es ofrecer mis votos á sus manes. El tiempo, la hora, el lugar, me convidan á pagar este ligero tributo á su memoria...

¡Oh lugar pavoroso y terrible!... ¡Entraré mas á dentro! ¿Y por qué nó? Por ventura, ¿algún dia no he de ser morador de estos recintos opacos? Yo entro... Mas ¡oh, qué horror sobrecoje mi espíritu en este santo lugar de la quietud! El pelo se me eriza... El ramor de las hojas de los funestos cipréses me aturde y desanima: mis pasos vacilantes sobre la floja tierra de los sepulcros, parece van á hundir en la huesa mi máquina desfallecida... Parece que miro levantarse de sus reposos, los venerables cuerpos de los muertos que aquí yacen, y que moviéndose al rededor de mí, me reprehenden la ligereza de haber profanado el lugar destinado á sus cenizas... Un humor frio discurre por las venas, y la barba no está fija debajo de mis labios... Yo me vuelvo.

Pero ¿qué me sorprende? ¿Qué añade nuevo miedo á mi pavor? ¿Es acaso el canto triste de la melancólica lechuza, ó el clamor de las campanas, que con su plegaria me traen á la memoria la espantosa, pero cierta idea de los espíritus de mis hermanos, que separados de esta masa corruptible, eesigen mis oraciones y mementos para cooperar á la satisfaccion de sus defectos?

Si esto es así, lejos de amedrentarme, debe reanimar mi alma debilitada por las primeras impresiones del horror y la preocupación, para entrar en este san-

to lugar como al asilo de la paz; como á la casa de mis mejores amigos. . . .

En efecto, yo afirmo mi pié débil, me sostengo, me esfuerzo y me siento junto de este sombrío ciprés á vencer la repugnancia que tengo de estar en este triste lugar, considerando que es ocioso desentenderme de la muerte, ni temerla, cuando ella va dentro de mí, y me acompaña á todas partes.

Si: aquí pasaré la noche, y haré sufragios por las ánimas de los que yacen en estas bóvedas lúgubres, acordándome, que en las sagradas letras se lee: que, *es santo y saludable orar por los difuntos, para que sean absueltos de sus culpas*: y de que Judas Macabeo, penetrado de esta verdad, envió á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que se ofreciesen sacrificios por los pecados de los muertos.

Pero, ¿qué es esto? ¿Qué ruido escucho ácia mi derecha? . . . ¡Ah, qué susto! La pared de aquel sepulcro se abre por sí sola, y á merced de los opacos rayos de la luna, veo salir de su oscuro centro un cadáver. . . . ¡Si me engañaré? ¡Si será esta una ilusión de mi triste y desordenada fantasía? ¡Ah! no. Yo estoy en mí perfectamente. El bulto se dirige ácia mí con precipitación. Quisiera huir; pero mis coyuturas están lacias. El terror y el espanto sobrecogen mi corazón. El bulto se detiene á mi presencia.

Mas ¿qué es esto? Un hombre vivo es el que yo juzgaba cadáver. Ya respiro. Ha sacado tabaco de la bolsa, y lo enciende en el pedernar, y la yesca. El

pobre no me ha visto, ni puede saber si estoy en este sitio. Es regular que al verme derrepente se sorprenda, creyéndome difunto, y puede ser se asuste de manera, que no baste su vida á resistirlo. Le hablaré. . . . Amigo. . . .

SEPULT. ¿Quién es? . . . ¡ay!

TEOF. Yo: no témas: no soy ningun cadáver. Soy un pobre caminante perdido, que me he entrado aquí para pasar la noche. Acércate.

SEPULT. ¿Pues cómo... quién... por dónde? . . .

TEOF. Vaya: depón tú turbacion, amigo: reconóceme.

SEPULT. ¿No sois muerto, fantasma, ó cosa mala?

TEOF. No, amigo, harto malo soy; mas aun respiro el aire de los vivos. Ya te he dicho del modo que entré aquí. Dime tú ahora ¿quién eres, y qué haces á estas horas en este espantoso lugar?

SEPULT. Señor: yo me llamo Alfonso: soy el sepulturero que cuida este cementerio, y vine esta noche á cierta diligencia, que no puedo hacerla por el día.

TEOF. Cierto, que me asustó tu presencia demasiado.

SEPULT. Y á mí la vuestra: pues aunque estoy acostumbrado á manosear los muertos, no estoy hecho á que ninguno me hable.

TEOF. Bien: pero ¿qué tan precisa es la diligencia á que veniste?

SEPULT. Yo os lo dijera; pero tengo miedo de que mañana lo contéis por el pueblo, en cuyo caso, el me-

nor mal que se me seguirá, será el perder mi acomodo para siempre.

TEOF. No temas que yo jamas descubra lo que tú me fies en secreto, y mucho menos cuando me adviertes, que de la infraccion del sigilo, puede seguirse algun daño. No permita el cielo que por mi causa se le origine mal á algun hombre.

SEPULT. Segun eso, vos sois hombre de bien, y sabeis lo que es un secreto y á quanto obliga.

TEOF. Si lo sé, y en prueba de que lo sé, ya no esijo que me refieras el motivo de tu venida al cementerio. Basta que tú la sepas, sea cual fuere. No quiero que me reveles tu secreto. Guárdalo en tu pecho, para que así me trates sin la sospecha de que te llegue á descubrir.

SEPULT. ¡Oh! yo conozco muy bien con eso que decís que jamas descubriréis lo que se os confie. ¡Grande cosa es saber guardar un secreto! Ahora sí me quiero fiar de vos. Sabed. . .

TEOF. Te he dicho que no quiero saber nada, ni me importa el indagar las intenciones que te han traído aqui. Solo te suplico que por caridad, si no tienes cosa que lo impida, me hospédes en tu casa por esta noche.

SEPULT. Lo haré de buena gana; pero os suplico yo tambien, que me ayudeis á lo que vengo á hacer. Ello es cosa fácil, y en un instante acabaremos la obra.

TEOF. Bien: ya puedes disponer de mi persona y decirme en qué puedo serte útil.

SEPULT. Pues habeis de saber, señor, que esta mañana sepulté una muerta que tiene buena ropa: luego que la ví, le eché el ojo, como lo tengo de costumbre; porque, á la verdad, lo necesito; y para desnudarla me vine aquí esta noche; pero apenas habia cavado la sepultura, cuando comenzó á llover, como habeis visto. Entonces arrimé aqui junto de vos mi pala y mi hazadon, y me metí dentro de aquella bóveda, de donde me visteis salir, para resguardarme de la agua; pero por mis pecados me quedé dormido, y ya pienso que no tardará en amanecer: y no solo siento el tiempo que he perdido, sino que ya habia sacado alguna tierra, y es regular que haya calado la agua, y haya empapado la ropa de la muerta, y si no se saca pronto y se lava, se podrirá y se perderá todo el trabajo. Por eso os ruego que me ayudeis un rato, y yo os prometo que os llevaré á descansar á mi casa de buena gana. Solo quiero me alumbreis mientras trabajo. Aqui traigo una vela de cera para el efecto.

TEOF. Alfonso: yo estimo la sencilla revelacion de tu secreto, y te doy las debidas gracias por el hospedage que me ofreces; pero no quisiera que insistieras en llevar al cabo tu intencion.

SEPULT. No tengais miedo: nada nos ha de suceder: es cosa de un momento.

TEOF. No tengo miedo; pero no quisiera que cometieras tal atentado, pues lo es el eshumar un cadáver para desnudarlo. Los cuerpos muertos no pueden hacernos ningun mal, mas esijen nuestro respeto pa-

ra que no los profanemos, porque ignoramos la suerte que habrá cabido á sus espíritus.

SEPULT. Yo no entiendo de eso, ni lo hago por hacer mal á los muertos; sino por socorrer la mucha miseria de mi familia. ¿Pensais, señor, que si mi estado fuera menos miserable, habia yo de ocuparme en un oficio tan sùcio y espantoso? ¿Os parece un trabajo muy fácil y llevadero, tratar todo el dia con cadáveres, lodo, podre, gusanos y hediondez?

TEOF. En verdad conozeo que solo una necesidad muy estrecha, puede reducir á ejercitarse en un trabajo tan asqueroso y repugnante; pero ya te haz sujetado á él, debes cumplir en todo con tus obligaciones, absteniéndote de enanto no te es lícito, y contentándote con tu salario, que á fé que no será tan escaso que deje de proporcionar tu subsistencia.

SEPULT. A fé que sí, es escaso y muy escaso. Apenas alcanzo para mal comer, y por eso me ayudo de este modo. A la hora de esta mi muger y dos hijas que tengo, están durmiendo en un jergon, y tapadas las tres con un petate, y están tan desnudas, que no pueden ponerse delante de las gentes. ¿Qué os parece?

TEOF. Tu miseria oprime mi corazon. Quisiera estar en lugar y ocasion de socorrerte.

SEPULT. Pues yo veis como tengo razon de desnudar á los muertos que me caen trataditos, que en estos tiempos son muy raros. Los mas vienen con la mortaja pegada al hueso: ántes esta muera de hoy ha si-

do una fortuna. Gracias á que es forastera, y nadie la conoce por aquí; con esto no hubo quien le comprara mortaja, y fué preciso que la enterraran con su ropa, que no está mala; pero si alcabo se la ha de pudrir la tierra, mejor será que sirva á mi familia.

TEOF. Tu necesidad estrema, y tu sencillez, acaso podrán disculpar tu atrevimiento. ¿Conque esa muerta es forastera y nadie la conoce en este pueblo?

SEPULT. No, señor, nadie la conoce.

TEOF. ¿Pues cómo está decente y murió tan pobre que no tuvo para mortaja?

SEPULT. Porque no murió en su tierra ni en su cama.

TEOF. ¿Pues cómo?

SEPULT. Unos ladrones la mataron por robarla; aunque no lo pudieron conseguir.

TEOF. ¡Pobrecita! ¿Y dónde?

SEPULT. En el camino real, en esta misma madrugada.

TEOF. ¿Es posible?...

SEPULT. Sí señor.

TEOF. ¿Y seria ya muger vieja, no es esto?

SEPULT. Nada de eso: era una moza como de veinte años: y buena moza.

TEOF. ¿Qué desgraciada! Ya deseo conocerla.

SEPULT. ¿Qué, os interesa?...

TEOF. ¡Ay Alfonso! Siento dentro de mí un no sé qué, que me está impeliendo á conocer á esa desventurada jóven. ¿Y cuál era su traje?

SEPLT. Un túnico de indianilla morada, zapatos blancos de seda, un pañuelo bordado, y. . .

TEOF. Basta, amigo, basta. Esas señas convien mucho á la muger que mas amo. . . . Anda, ven, escarvémos, date prisa. . . .

SEPLT. ¿Cómo es esto, tan pronto habeis variado de pensamiento? No ha un erado que me reprehendisteis mi determinacion de desnudarla; y ahora vos mismo me dáis prisa á desenterrarla.

TEOF. Sí, Alfonso sí. . . . Estoy ansioso por conocer esa hermosa desgraciada.

SEPLT. ¿Qué os importa?

TEOF. Mucho, mucho. Anda, vamos. Encendré la vela.

SEPLT. Yo escucho á este hombre con espanto. El se ha asustado, y apenas articula las palabras. . .

TEOF. Ya está aquí la luz. Anda, amigo: vamos, toma el hazadon, date prisa.

SEPLT. Vuestro empeño me confunde. ¿Sois vos acaso su asesino? ¿La mataisteis por celos? . . .

TEOF. ¡Ay de mí! Soy su asesino. . . . no sé. . . . porque yo. . . . el corazon no me cabe en el pecho. . . . Dime ¿quién la mató? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es?

SEPLT. Basta, señor, nada sé yo de cuanto preguntais.

TEOF. ¿Se confesó, ó murió en el instante?

SEPLT. No señor: sobrevivió tres horas, y murió muy cristianamente. A todos enterneció su muerte, y al señor cura. . . .

TEOF. Cava, cava, date prisa, anda. . . .

SEPLT. Pero, ¿por qué me apresurais con tanto extremo?

TEOF. Porque deseo apurar de una vez toda mi pena, si es lo que yo presumo. . . . Acaso no será; mas tantas señales juntas ¿á quién podrán convenir sino á mi esposa? . . .

SEPLT. ¿Pues qué es vuestra esposa?

TEOF. No sé. Cava aprisa, Alfonso, por tu vida.

SEPLT. Ella, sí, desde luego era casada. ¡Pobrecita!

TEOF. ¿De qué lo infieres?

SEPLT. De que antes de morir, solo decia, de cuando en cuando: „¡Ay esposo! ¡Ay dulces hijos míos! ¿En dónde estais? . . .”

TEOF. Calla, Alfonso. Deja, deja el hazadon, instrumento fatal de mi martirio. Cubre ese amable cuerpo con la tierra: no profanemos el sagrado del sepulcro. Vámonos.

SEPLT. ¡Ya no escarbo?

TEOF. Sí, anda. . . . date prisa. . . . muera yo de una vez abrazado del cadáver de esa muger amable.

SEPLT. Estais trémulo y descolorido. Las lágrimas os corren hilo á hilo. ¿Qué he de hacer?

TEOF. Vámonos.

SEPLT. Vámonos; pero ya está el cadáver descubierto. Dadme vuestro pañuelo: le limpiaré la cara. . . . ¡Ah! pero nó: vámonos habeis dicho.

TEOF. No, amigo: toma, toma el pañuelo. Saca el cadáver.

SEPULT. ¿Qué pretendeis hacer?

TEOF. Solo verlo. ¡Oh, si fuera tanta mi ventura que no fuera de mi querida Dorotea!

SEPULT. Ya tengo la muerta en mis brazos....

TEOF. ¡Qué miro! ¡Ay triste!.... Ella es.... ¡Válgame el cielo!....

Era sensible Teófilo, y no pudiendo resistir, cayó al suelo rendido á tan funesto golpe.

El sencillo Alfonso no se preocupó; antes con la mayor violencia volvió á sepultar el cadáver, y cargó con el triste Teófilo, al que condujo á su casa poca antes que amaneciera.

Pero cuando creyó hallar á su pobre é inocente familia sepultada en el sueño mas tranquilo: encontró á su muger é hijas muy afanadas en hacer chocolate para unos señores que se habian hospedado en su casa la noche anterior, y estaban ya para continuar su caminata para México.

Alfonso, apenas se informó de esta ocurrencia, cuando sin perder momento, corrió á echar sobre su pobre jergon al miserable enfermo, que aun no volvia de su desmayo.

Entonces el sepulturero y su muger trataban de volver en sí al desgraciado Teófilo, mientras las hijas se ocupaban en dar el desayuno á los pasajeros.

Alfonso se affigia demasiado porque los auxilios que ministraba al desmayado, eran muy mezquinos é in-

útiles para restituirlo á sus sentidos. Las buenas hijas del sepulturero, que habian notado el caritativo é infructuoso empeño de sus padres, lo participaron á una señora que viajaba, la cual penetrada de la natural compasion que inspiran estas desgracias á las almas sensibles, apenas se impuso del motivo de la afficcion de sus hospedadores, cuando sacó de su bolsillo un pomito con espíritus de cuerno de siervo, y salió con él apresurada para socorrer al aventurero enfermo.

Pero ¿cuál fué la sorpresa del sepulturero y su familia, luego que vieron que apenas llegó la señorita á la cama y reconoció al enfermo, cuando prorrumpiendo en un lastimero ¡ay! se arrojó sobre él y quedó sin vida al parecer?

A su grito, salió precipitadamente de la pieza inmediata un anciano eclesiástico, que manifestaba estar bastante enfermo, segun la dificultad con que andaba, aun apoyado en los brazos de un criado que lo conducía.

Este padre clérigo, luego que vió aquel triste espectáculo, mostró su sentimiento con las lágrimas en los ojos; pero en medio de su consternacion, acudió á socorrer á los pacientes, haciéndoles inspirar los espíritus, con cuyo auxilio volvió en sí la señora, y á pocos minutos el desmayado Teófilo, quien luego que se vió en los brazos de aquella dama, quiso huir; mas ella no lo consintió, pues avalanzándose á su cuello, y empáñdole la cara con sus lágrimas, le decia: ¿es posible, querido Teófilo, que apenas logro la inesperada dicha

de encontrarte, cuando quieres desacirte de mis brazos? ¿Qué es esto? ¿No me conoces? Tu esposa soy, tu fiel y amante Dorotea: la que por buscarte abandonó su quietud, su casa y sus hijos. . . .

Aquí Teófilo la interrumpió estrechándola con su pecho, y diciéndola: discúlpame, querida Dorotea: ya te conozco, sé quién eres, y quien haz sido para conmigo. Tú eres la mitad de mi alma; pero yo ví eshumar una semejanza tuya muy poco hace, te juzgué difunta con la mayor evidencia, y este temor me dictaba huir de tus brazos. Mas ahora que te toco y te tengo en los míos, me doy los plácemes por mi equivocación y por haber tenido la ventura de encontrarte, cuando habia perdido del todo hasta las mas remotas esperanzas. Pero dime ¿cómo es esto? ¿Con quién vienes? ¿Adonde vas? ¿y por qué razon te halló en esta casilla miserable?

A esto satisfizo Dorotea, diciendo, cómo aquel buen eclesiástico la habia hospedado en su hacienda el día anterior, y advirtiéndole que apenas comia, y que no cesaba de humedecer con sus lágrimas el escaso alimento que tomaba, le instó mucho le contara el motivo de su viaje desprevénido y de su continua tristeza, ofreciéndole remediarla en cuanto pudiera: que ella le refirió en breve sus desventuras, y él con el mayor interes comenzó á informarse de quién era, cómo se llamaba, cuál era su patria, quiénes sus padres, y de otras mil menudencias, por todas las cuales vino en conocimiento de que Dorotea era su sobrina, y entonces levantándose de la

mesa, la abrazó con la mayor ternura, y le ofreció su proteccion; y que debiendo partir en la tarde del día mismo para la capital, adonde pensaba restablecer su salud, despachó varios correos exploradores por los caminos, con la filiacion de Teófilo, para que lo conocieran y condojeran á México, y ellos inmediatamente salieron, y habiéndoles anohecido cerca de aquel pueblo, descansaron en él en la primera casucha, que era del sepulturero Alfonso, quien le habia completado su ventura llevándole á su querido Teófilo.

Aquí calló Dorotea, y tomando el eclesiástico la palabra, dijo: „Es verdad, hija mia, que tu mayor ventura ha sido el hallar á tu esposo cuando menos lo esperabas; pero yo, prendado de vuestro cristiano proceder, estimulado de la caridad y el parentezco, y ya á las orillas del sepulcro, quiero añadir algo que falta á vuestra felicidad temporal, haciéndoos, como os hago desde ahora, únicos herederos de todos mis bienes, y contentándome solo con vivir en vuestra compañía los pocos días que tengo de ecsistir en este mundo.”

Un rasgo tan notable de generosidad, no pudo menos que arrancar muchas lágrimas de gratitud á Teófilo y su esposa, quienes la quisieron manifestar ofreciéndose á los piés de su virtuoso bienhechor; pero éste no lo permitió, antes, levantándolos á sus brazos, les dijo: „Cuando la razon natural no nos dictára lo justo, que es hacer bien á nuestros semejantes, cuando la caridad con Dios, y con el prójimo, no fuera el mayor de los preceptos, y tan recomendado por Jesucristo,

como que en él consiste todo el cumplimiento de la ley, y por último, cuando el mismo Señor no nos hubiera prometido tantas veces tener misericordia con los misericordiosos, y retribuirnos con el ciento por uno el favor que hagamos á los infelices, bastaria por suficiente premio y recompensa de una accion benéfica, la dulce satisfaccion que queda en el corazon del hombre sensible, en el instante que favorece y socorre á un desgraciado. Satisfaccion tierna, que no conoce sino el que la experimenta por sí mismo, y placer dulce que no goza el aváro miserable que vincula toda su felicidad en el dinero. ¡Bello metal cuando se emplea en socorrer al desgraciado! Pero maldito cuando se destina á fomentar el lujo y las pasiones."

„No por esto quiero decir que solo los ricos pueden ser benéficos. Es menester distinguir, que una cosa es ser benéficos, y otra es hacer obras grandes y repetidas de beneficencia. Para hacer éstas, es menester dinero; para sér benéficos basta tener un corazon sensible y generoso, el que cabe muy bien y cada rato se halla en los pobres. No todo el que hace una accion de beneficencia es benéfico, así como no todo el que hace una obra de virtud es virtuoso. Por el contrario: todo el que desea hacer bien y se compadece del mal de sus semejantes, es benéfico, aunque no pueda realizar sus intenciones. El socorro, por corto que sea, y el buen deseo de hacer bien, es grato á Dios, y bien recibido entre los hombres."

„Fuera de que hay acciones de beneficencia que se

pueden hacer sin dinero. Tales son los buenos consejos, los consuelos espirituales y temporales, la remision de las injurias, y últimamente, toda obra buena hecha en favor de nuestros semejantes: aunque sea dar un vaso de agua, ó quitar del paso una cáscara de fruta, porque otro no se tropiece y caiga."

„Pero ¿qué tengo que afanarme, queridos sobrinos, para explicaros estas verdades, cuando os acaba de dar un testimonio de ellas el triste Alfonso y su miserable familia? El es un desdichado, un pobre, un humilde sepulturero; y sin embargo, tiene un corazon benéfico. ¡Lo habeis visto, Teófilo? El os trajo sobre sus hombros desde el cementerio, os dió reposo en su pobre cama, dedicó á vuestro alivio á su familia, y ejerció con vos todos los oficios de la mas caritativa hospitalidad. Todo esto lo hizo sin dinero, y así cumplió con los deberes de hombre y de cristiano, y manifestó tener un corazon sensible y bondadoso, sin haber gastado un real, porque no lo tiene. La accion que él ha hecho, acaso es mas generosa que la mia."

„Yo es cierto que con la voluntaria cesion de mis bienes, os arranco de las garras de la pobreza; pero esto en mi edad y en mi situacion, acaso es un hecho de obligacion y de prudencia. De obligacion, porque sois mis deudos, y como tales, os debo socorrer con preferencia, y Alfonso obró sin esta obligacion, sino solo por efecto de una compasion."

„Es tambien efecto de prudencia, porque yo ya estoy viejo y enfermo, y me es de un gran consuelo des-

prenderme en la vida de aquellos bienes que me ha de quitar la muerte. ¿Y qué mayor gusto puedo tener que veer felicitada una familia virtuosa por mi mano, y distribuidos mis bienes tan dignamente, sin necesidad de valerme de albaceas codiciosos y ladrones, que no cumplieran mi voluntad y se engrosaran contra mis buenos deseos, con daño de sus almas, é irresarcible perjuicio de aquellos á quienes yo quisiera beneficiar en mi muerte?"

„No digo esto por vanidad, sino para enseñaros que las mejores caridades ó actos benéficos, son los que se hacen en vida y á sangre fria; porque á la verdad, yo descubrí mucho de aquellas limosnas que se hacen con el santo Cristo en la mano, y el camilo á la cabecera. No tengo escrúpulo en pensar que estas limosnas (para rebajar la generalidad) las mas de ellas son á fuerza, á mas no poder, y porque no pueden llevarse su dinero."

„Elo es cosa que debe escandalizar entre cristianos, que ricos sobrados de pesos, sin familias ni herederos forzosos, no den un real en su vida, y á la hora de su muerte se manifiesten tan francos y generosos, que repartan sus caudales entre doncellas y viudas (1)."

(1) Siempre me ha chocado veer muchas limosnas, distribuidas entre viudas y doncellas, y muy pocas, muy raras ó ningunas, para socorro de hombres pobres ni mugeres casadas. ¿Qué se pensará, que no hay hombres ni mugeres casadas infelices, que no tienen con qué man-

„Yo no entiendo cómo el que ha sido un mezquino eterno, mientras vive, derrepente se vuelva tan liberal en el instante de su muerte. Para desatar este enigma, no tengo mas arbitrio que persuadirme á que tales limosnas son violentas, á mas no poder, instigadas por los confesores, y como unos recursos tontos con que piensan comprar de Dios en la muerte, la misericordia que no supieron usar con los pobres en la vida."

„Quizá no será así; pero mi razon, los principios sólidos que tengo de la religion que profeso, y la experiencia, no me persuaden otra cosa. He conocido muchos ricos aváros y miserables en vida, y franquimos en su muerte; y he visto algunos testamentos otorgados en favor de los pobres, y habiendo sus otorgantes escapado de aquella enfermedad, los han revocado y les han dado á sus bienes muy distinto destino, sin acordarse de los pobres para nada."

„Todo esto prueba, que aquella donacion primera no nació de voluntad sino de miedo."

„Y qué diremos de aquellos que ni en su muerte son liberales con los pobres, sino que codiciosos adoradores de sus bienes, y egoistas hasta el último instante, solo piensan en sí mismos, y se declaran herederos de su muerte, mandando que todo su caudal se em-

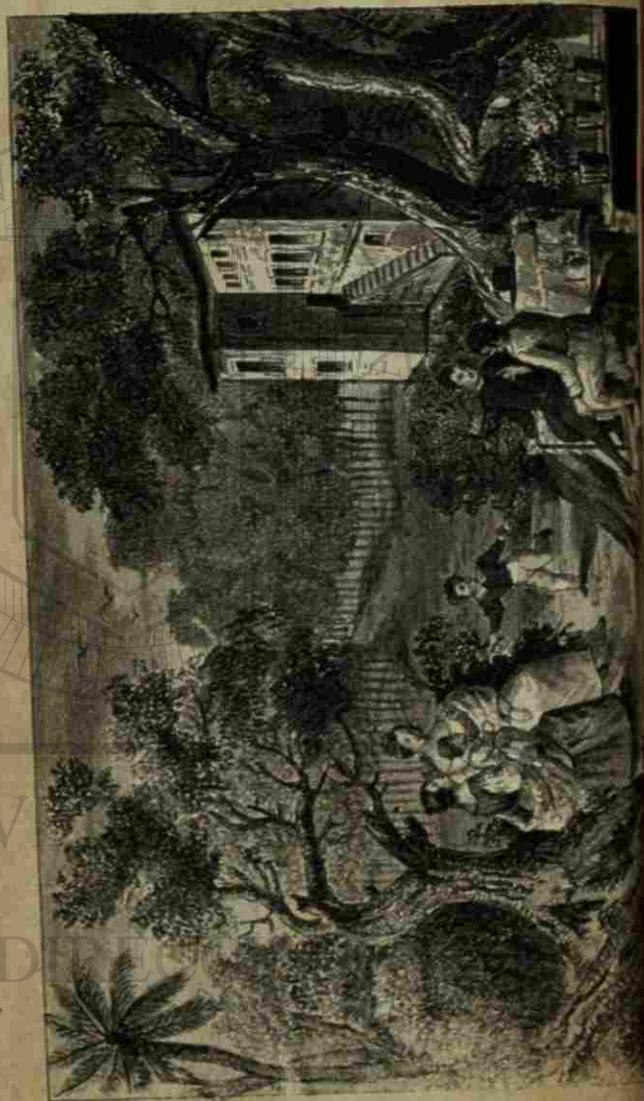
tener á sus hijos, y que se hallan en peor disposicion que muchas doncellas y viudas? ¡Ah, todos son acreedores á la pública piedad!

plee en el bien de sus almas. ¡Santo Dios, tú solo sabes cual es la intencion, y el fruto de semejantes últimas disposiciones! Pero mientras un ángel no me revele lo contrario, yo siempre creeré que tales disposiciones son nacidas de un corazon aváro, y decidido hasta la última hora á su provecho, y creeré tambien, que las limosnas y actos benéficos que se consagran por Dios á los pobres, en la vida, son mucho mas aceptos á su magestad, que los que se verifican en la muerte."

„Últimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil, así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seais benéficos en cualquiera suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Compensad á estos pobres que os han favorecido. Dorotea tú tienes las llaves de mis cofres, dispón á tu arbitrio, y socorre con caridad y prudencia á los que han socorrido á tu marido."

Dorotea, penetrada del discurso que acaba de oír, abrió los baúles, y dió cien pesos á Alfonso, quien lleno de ternura le dió infinitas gracias.

Hasta entónces habia callado Teófilo; pero al subir al coche, abrazó con estrechez á Alfonso, y le dijo: amigo mio: jamas olvidaré el favor que te he debido. *Acuérdate siempre de que tras la desgracia viene la dicha. No hagas mal á nadie; haz siempre el bien que puedas, y vive seguro en que la altísima y sábia Providencia, vela sobre tí, y todo lo dispone á tu bien.*



## DIA ALEGRE,

**DEGNAMENTE APROVECHADO.**

EL CURA, TEÓFILO Y DOROTEA.

*Vente post multos una serena dies.*

TIT. II. LIB. 6. CAP. 3.

CURA. ¡Qué bellos amanecen los días, para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado ¿no os parece, queridos, este día brillante, nuevo y del todo apacible á vuestros ojos? ¿No os embeleza la venida de la aurora? Ved como se pintan los horizontes con su rojo huminado, y cómo toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces. Disipadas las tinieblas de la noche, el campo se viste del mas hermoso verde, y todos los colores vuelan para matizar el albelli, la anémona, el clavel, la rosa y el jazmin. Los árboles robustos, las tiernas plantas y las pintadas flo-

res, estienden sus ramas y abren sus mas ocultos cálices, para absorber el rocío sutil que se desgaja de la atmósfera. El suave canario, el gilguero dulce, el melodioso ceuzontle, la calandria alegre, y el ejército volante de las aves, se levantan de sus calientes nidos, sacuden sus vistosos ropajes, y entonan con dulcísimos trinos, mil himnos de gloria y alabanza al autor de la naturaleza. El activo labrador unee los bueyes, y parte á las cementeras á ganar el pan con el sudor de su rostro; pero un pan bendito y que le produce la madre tierra, en premio de los afanes con que la cultiva: por eso él va tan alegre, y engolosinado con esta inocente esperanza, alivia su trabajo, cantando rústicas tonadillas.

Pero ya sale el astro luminoso. . . Ved, hijos míos, con cuanta magestad asciende el sol sobre las cimas de aquellas montañas elevadas. El parece ahora un inmenso globo de fuego destructor; pero á pocos minutos esconde sus lumbres dentro de sus mismos resplandores, que corren á dorar los montes mas lejanos, á fecundizar el interior de la tierra, á subir los jugos nutricios por los tubos capilares de las plantas, á zazonar las frutas en agráz, á vivificar al hombre y al busto, y á derramar la alegría por toda la mitad de nuestro mundo.

Luego que el augusto monarca de la luz, en su carro de fuego, se comienza á pasear por las esferas celestiales, la naturaleza renace por instantes en sí misma: todos los seres criados se alegran, se rien á su

presencia: solo la lechuza sombría y el hombre delincuente, esconden sus tímidas cabezas. Aquella teme que hieran sus hundidas pupilas los rayos resplandecientes des sol, y éste que descubran sus escondidos crímenes.

El necio y el impío se levantan de entre los horrores de la noche, y disfrutan los placeres del dia, con la mas absurda y sacrilega indiferancia. El necio ve el hermoso cuadro de la naturaleza, iluminando con los bellos colores de la luz, recibe las influencias del sol, respira la fragancia de las flores, gusta los frutos de la tierra y se inunda en las delicias del dia; pero... ¡miserable! nada le admira ni sorprende, porque no percibe ni el aparato, ni el mecanismo admirable, que brilla en todas las obras del Criador. El ve con los ojos, oye con los oídos, y goza con los sentidos materiales los beneficios de la naturaleza, en compañía del sábio, así como el torpe jumento, que bebe agua en el mismo arroyo, que el caballo lijero y generoso. El ve salir el sol, y no le admira, ni agradece que el Criador haga saltar sobre los cielos esa lucida antorcha, para disipar los horrores de la espantosa noche. Goza el beneficio de su luz, como si se le debiera de justicia, y como si pagara un criado que le alumbrara con una hacha.

El impío, por mas filósofo que sea, y por mas que atrevido se detenga á investigar cómo se hace el nutrimento de las plantas, cómo refractan los rayos de la luz para colora las rosas de este ó del otro modo,

cómo camina el sol tantas millas por hora, y cómo obra la naturaleza, á quien quiere, ó presume analizar soberbio y orgulloso, ¿qué hace sino arrastrarse sobre el polvo con la mayor ingratitud? Pues enbebecido en la contemplacion de las criaturas, se anega en los deleites que estas le proporcionan, sin dedicar siquiera cada dia un acto de sumision y de reconocimiento á su Criador.

No así el verdadero sábio, ni el hombre timorato y religioso. Estos se levantan á la venida del dia, admiran la belleza del sol, registran embelezados los primores de la naturaleza, y gozan en deliciosa paz sus beneficios; pero como al mismo tiempo no la reconocen una deidad independiente, sino una ministra del Supremo Ser, que por su conducto los dispensa, se llenan de gratitud sus corazones, y prosternándose ante el sόlio de la magestad, cosiendo la cara con la tierra, elevan su espíritu al Criador, y hacen que vuelen á la dorada peana de su trono, mil y mil himnos de sumision, de agradecimiento y respeto.

¿Para quién, Señor; para quién criaste, dicen, este globo de fuego, que pende sobre nuestras cabezas, y cuyas benéficas influencias vivifican los seres animados, hacen germinar las plantas, pintan sus flores, y zazonan sus fratos? ¿Para quién liquidaste los diáfanos cristales, que se despeñan ruidosamente de las cascadas, ó corren suaves por rios caudalosos? ¿Para quién embalsamas la atmósfera con tantos aromas delicados? ¿Para quién endulzas las frutas, con tan di-

versos y saludables sabores; ¿y para quién, en fin, derramas tantos beneficios sobre la tierra, sino para el hombre; en quien haz puesto tus delicias? ¡Ab Dios grande, Dios liberal, Dios bueno! ¿Quién es el hombre: quiénes somos para que nos colmes de beneficios, y para que así nos cuides y engrandezcas? ¿Somos acaso, mas que un poco de polvo, animado con tu sόplo divino? ¿En el conocimiento de tus perfecciones infinitas, en la soberana posesion de tu divina esencia, no consiste tu magestad y gloria? Antes de que hubiera siglos ¿necesitáste del hombre ni de ninguna criatura, átomos desprendidos de tu poder inmenso? No: el infinito estaba lleno de tu gloria, porque estaba lleno de tí mismo: tú eres mi Dios, confesaba el real profeta: tú eres mi Dios, porque no necesito de mis bienes: en tu misma independencia consiste todo el poder de tu grandeza; porque todo depende del Criador, y no necesita de sus criaturas. Tú sacaste los seres de la nada, solo porque participaran de tus bondades, y porque el ser comunicable á ellos, es efecto necesario de tu esencia. Tú enciendes el firmamento, vistes la tierra de verdor y alegría, y llenas toda la naturaleza de virtud, para utilidad y recreo del hombre, que es tu criatura predilecta.

Pues si tantos beneficios debemos solo á tu bondad y liberalidad infinita, ¿quién será el ingrato que no los reconozca y agradezca? Aniquílece, sí, perezca la memoria de tal monstruo: desplómense sobre su cabeza esas bóvedas azules, y la tierra, abierta debajo

sus pies, prepárele en el abismo un supulcro eterno y espantoso; mientras los ángeles en los cielos, las aves en los aires, los hombres en la tierra, y toda la naturaleza, se multiplica en lenguas para entonar salmos de alabanza.

¿No os parece, queridos hijos míos, que de este modo se esplicarán el sábio y el católico verdadero?

TEOF. Sin duda que de semejante modo se expresarán con Dios, todos los que contemplan admirados sus maravillas, que resplandecen en las obras de sus manos, y cuantos llenos de gratitud, reconozcan que no merece el hombre los beneficios que con tanta liberalidad derrama sobre él sin cesár el Ser Supremo.

Apenas se puede creer que haya impíos que se bañen con estos beneficios, sin dar gracias á su Criador por ellos, sino que los reciban como si se les debiera de justicia.

CURA. Es verdad: pero fuera menos creíble, á no verse, que haya vomitado el infierno sobre la haz de la tierra, una clase de hombres tan necios, impíos é ingratos, que por no adorar la mano bienhechora de una deidad suprema, le niegan la existencia, atribuyendo á un acaso imaginario la creacion y el orden admirable de la naturaleza. Tales son los ateistas.

TEOF. Para estos, señor cura me parece que se debían aumentar, en donde los haya, hospitales de demones, porque si no mienten cómo lo creo, si no fingen creer que no hay un Ser Supremo dentro y fuera de la naturaleza, por acallar los terribles gritos de sus

conciencias, que ante ellos mismos los acusan, y los espantan con la formidable idea de una eternidad de penas que les prepara su desenfrenado libertinaje, y si efectivamente con el entendimiento abrazan lo que aseguran con la boca, á la verdad que no hay locos mas ridiculos, ni mas dignos de compasion.

Ningun efecto se puede concebir sin causa, ningun movimiento sin impulso, ninguna criatura sin Criador. Solo el ateista descansa en estas imposibles paradojas.

CURA. Así es, hijo mio: estos infelices se deben acusar ante la misma naturaleza, y cualquier gusanillo que se arrastra, es un sapientísimo doctor bastante para convencerlos de su locura.

Pero aun hay otros peores que estos y que agravan mas al Dios de las bondades. . . .

TEOF. ¿Peores que los que le niegan la existencia?

CURA. Sí, peores: ¿sabes quienes? Los cristianos irreligiosos. Aquellos que sin ser ateistas, ni profesar ninguna secta estrangera de la iglesia católica, las profesan todas, menos la religion de Jesucristo, de que se llaman miembros.

Estos son unos católicos exteriores, unos creyentes de tintero, y en realidad, unos materialistas infelices, cuyos errores tal vez ellos mismos no conocen. Yo no afligiré los piadosos oídos de mi Dorotea con su pintura. Tú bien sabes que hay esta clase de cristianos que te digo, y que me parece que Dios tolera, ó para ejercicio de los buenos, ó para que resplandezcan sus misericordias en el último día de los siglos.

Vuelvo á decirte, querida Dorotea, que no haré una pintura exacta de estos entes desgraciados, por no mortificar tu corazon; pero te enseñaré á distinguir al mal cristiano, del relajado é irreligioso. El primero es un pecador, pero un pecador miserable. El delinque por satisfacer sus pasiones, no por ultrajar á su Criador, á quien teme y respeta en el fondo de su corazon y en medio de su mismo desenfreno. El temblor lo asusta, el estallido del rayo lo sofoca, la noticia de la muerte repentina lo entristece, la presencia del adorable Sacramento del altar lo humilla, el templo augusto lo enternece, la proteccion de los santos lo anima, y en dos palabras, su corazon está en un equilibrio entre Dios y el mundo; aunque mas inclinado á este que á Dios. . . . ¡Terrible estado! Si la muerte lo asalta en él, sin darle una verdadera reconciliacion, es de fé que perderá su alma para siempre; pero en un estado muy ventajoso, en comparacion al en que se halla el cristiano impío é irreligioso. A éste nada le falta para herege, si no es la abjuracion material del dogma, ó de los misterios de la iglesia. El vive con el mayor libertinaje sin remordimiento, sin inquietud de su conciencia: se entrega á cuantos vicios quiere con harta paz de su corazon; ¡pero qué paz! pesima como la de todos estos pecadores. Ni el movimiento de la tierra, ni los truenos del cielo lo intimidan. A su lado caen montes de cadáveres: todos los dias pisa las orillas de su sepulcro; de un riesgo sale, y se presenta en otro, como si nada tuviese que esperar:

las espantosas ideas de Dios, muerte, eternidad y pena, las desecha como aprehecciones téticas é importunas: cree un Dios justiciero, pero juzga que no le alcanzará su justicia: asiste á los templos, mira los santos, se santigua y dobla una rodilla al Sacramento, por cumplir con el ceremonial de los fieles; pero sin sentir en su espíritu el mas ligero movimiento de temor y respeto á la religion que tan descaradamente vulnera: últimamente, en el fondo de su corazon se espican estos impíos en el idioma que nos dice el Señor, y es este: „Nuestra vida no es mas que un fuego: nuestra „existencia corta y snjeta á las molestias, sin que haya reposo ni felicidad mas allá de su término; ningún muerto ha venido al mundo á traernos pruebas „de la inmortalidad. De la nada salimos, y á ella volveremos como si no hubieramos sido: nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se disciplará en los aires: nuestra vida pasará como una nube, y se disolverá como el vapor con los rayos del „sol: nuestro nombre se borrará de la memoria de los „hombres, y éstos no se volverán á acordar de nuestras obras. Gozémonos de cuantos placeres podámos: „no se pase la flor de nuestra edad: entreguémonos á „las delicias, y sea nuestra bebida el vino generoso: „coronémonos de flores, antes que se marchiten, no „haya prado por donde no se pasee nuestra lujuria: „dejémos donde quiera las señales de nuestra alegría... „no guardémos los dias de fiesta consagrados al Señor, oprimámos al pobre, no perdonémos á la viuda:

„ni respetemos los blancos cabellos de nuestros viejos: „sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia: esterminese al justo, porque nos es inútil y opuesto á nuestras obras. . . .” De esta manera pensaron, y erraron los impíos, porque los ha cegado su malicia, dice Dios.

**DOROTEA.** ¡Qué triste es la condicion de estos infelices! ¡Ay! Dios nos libre de proferir semejantes blasfemias.

**CURA.** Así es, hija: deplorable es el estado de estos impíos; pero si aquí viven tan alegres y olvidados de las verdades eternas, algun dia conocerán sus extravíos, y confesarán que se apartaron del camino de la rectitud. Mas ¿qué dia será ese? El dia grande, el de las venganzas, y cuando ya no habrá remedio para reparar el daño que voluntariamente se acarrearón.

Entretenidos aquellos señores con estas conversaciones, llegaron al pueblo de San Agustin de las Cuevas, y pararon en una hermosa casa de campo, propia del cura.

Luego que se apearon del coche, se entró éste con su sobrina Dorotea, dejando á Teófilo el cuidado de que descargasen las mulas, y metiesen adentro los baúles y demas del equipaje.

Ya Dorotea habia dicho á su tio, cómo en ese pueblo habia dejado á sus hijos, encomendados á una pobre señora que la acompañó, y no pudiendo seguirla, se quedó con los niños en casa de unas parientas suyas. Esta noticia no habia tenido lugar de darla á su mari-

do; el cura aprovechando este accidente, le dijo que signiera reservándosela, porque queria que Teófilo recibiera de sorpresa el gusto de ver á sus hijos.

En efecto, luego que las cargas estuvieron adentro, y las camas puestas, mandó el cura llevar café, chocolate y huevos, y despues que hubieron almorzado, hizo que se acostara Teófilo, porque lo consideraba en necesidad de reponerse de las pasadas malas noches.

El condescendió y como era de esperar, se quedó profundamente dormido. Entre tanto, mandó el cura á Dorotea, que fuese con una criada y llevara á sus hijos á su casa, juntamente con la buena señora que la habia acompañado, y se habia encargado de cuidarlos en su ausencia.

Todo se verificó á voluntad del piadoso eclesiástico. Luego que vió á los niños, los abrazó, los besó tiernamente, y cuando conoció que ya era hora de comer, hizo poner la mesa, y envió á Dorotea á que fuera á despertar á Teófilo con sus hijos.

Así lo hizo ésta, entró á la recámara donde dormia su esposo, y luego que los niños conocieron á su padre, corrieron á la cama, y subiéndose sobre él, entre abrazos y lágrimas lo despertaron.

Teófilo que estaba muy distante de tener este gusto tan cercano, se levantó despavorido, y cuando se aseguró de que no soñaba, se deshacia en caricias con sus hijos, llenándolos de besos, y mezclando lágrimas de placer con las de aquellos tiernos inocentes, que ya

se colgaban de su cuello, ó ya se avalanzaban á su madre.

El cura habia sido testigo de esta escena, detrás de una cortina, y queriendo participar mas de cerca las delicias que inundaban el sencible corazon de Teófilo, entró adentro, y apenas éste lo vió, euando tomando á los dos chiquillos de los brazos, corre ácia su benefactor, les hace arrodillar á sus piés, y derramando lágrimas de gratitud, les dice:

TEOF. Ved aquí á vuestro padre, queridos hijos míos. . . . abrazadlo. . . . besad esa mano bienechora, que á todos nos ha sacado del sepulcro. . . . dadle con vuestras lenguas balbucientes las mas sencillas y expresivas gracias por la multitud de beneficios que nos ha hecho. Este es el hombre grande, el génio divino que os preparó la alta Providencia, para que no quedaseis sumergidos en la mas triste horfandad, y á mí y á vuestra madre. . . .

CURA. Basta, Teófilo, de ternuras y espresiones. Estos niños no los permitiré á mis piés, cuando tienen tanto derecho á mi corazon. Son mis sobrinos, y aun cuando no lo fueran, tienen la recomendacion de sus trabajos, y ésta basta para que yo los ame tiernamente. Venid, hijitos, venid: abrazadme, sí, yo tambien soy vuestro padre, y os quiero mucho. ¡Oh, y qué carneritos tan gordos y tan mansos os he de comprar en México, para que os divertais en la Alameda! ¿Deveras, papá? decian los niños.—Sí, hijos, deveras; y por ahora vamos á comer.

Salieron á la sala ó comedor, y Teófilo, conociendo á la buena amiga de su esposa, la saludó y le dió los debidos agradecimientos con el estremo que el caso requería.

Sentáronse todos á la mesa, y el cura en medio de los dos niños, á quienes se dedicó á cuidar con el mayor chiquéo. La dulzura de sus palabras, la generosidad de sus acciones, y el esmero con que agasajaba á los niños, hacian cada rato saltar las lágrimas á los ojos de Teófilo y su esposa.

Luego que acabaron de comer, dieron gracias á Dios, levantaron los manteles y se fueron todos á pasar la siesta á la huerta. Teófilo se sentó bajo un fresno, y se entretuvo con un libro de los pocos que llevaba su tío en el coche: los niños comenzaron á retozar alegremente. Y la señora se fué con ellos á cuidarlos. Dorotea se quedó sola con el cura, cuya ocasion previno, y cuando le pareció mejor, le dijo: señor, yo estoy absorta, y no sé cómo darle á vd. gracias, no tanto por los favores que tan pródigamente nos ha dispensado, euanto por el modo y cariño con que nos los hace. Ciertamente que yo he visto muy mal practicada la caridad por muchos, que aun euando dan algo por Dios, es tan malo, de tan mala gana, con tal modo, y tales circunstancias y requisitos, que mas parece que venden el favor, que no que socorren una necesidad.

Esto es muy comun en México, quizá no será así en todas partes. Desde los que tienen menos, hasta muchos de los ricos, que suelen hacer algunas carida-

des, tengo bien experimentado lo que le digo á vd.

CURA. ¿Pues qué haz visto?

DOROTEA. ¿Cómo qué? He visto que el pan duro, los frijoles acedós, y lo que no quiere comer el perro, se lo dan en muchas partes á los pobres, y quedan muy satisfechos de que los han socorrido, cuando tal vez han sido causa de que los infelices se enfermen.

En otras partes tienen la santa devocion de enviar al hospital de san Lázaro, la ropa y colchon del que murió de tísis, de gálico, ó de otra enfermedad maligna y contagiosa, y dicen que les envían aquella pestilencia á los miserables enfermos, *de caridad*. ¡Desdichados! harto tienen que sufrir y padecer con sus malos humores, ¿aun es fuerza envenenarles mas la sangre *por caridad*?

Semejantes limosnas me parecen perdidas ante Dios. ¿Cómo ha de apreciar este Señor, que se les dé á sus pobres, que se dé á su Magestad misma, en la persona de aquellos, lo que no sirve, lo que nos es gravoso, y lo que no debe tener otro destino que el muladar ó el fuego? ¿Qué dice vd., tío, me engaño?

CURA. Seguramente nó, hija mia: el precepto de la caridad nos obliga á amar á Dios sobre todo, y á los hombres como á nosotros mismos. Esto es de fé, no tiene duda, ni admite interpretacion.

Pues bien: ¿cómo probarémos que amamos á los pobres como á nosotros mismos, cuando pretendémos socorrerlos con lo que nos es inútil y aun perjudicial en nuestras casas? Malditas son tales caridades, y hechas

con advertencia, yo las tendria por unos descarados sacrilegios, pues es insultar á Dios dar á los pobres, á su nombre, lo que es preciso tirar por la ventana. Esta no es limosna, ni puede llamarse caridad, sino mezquindad, ruindad, hipocresía. Esto es querer engañar á Dios, y comprar sus misericordias con basura.

Si no estamos obligados á dar á los pobres lo mejor, lo estamos á no darles lo peor, y mucho menos lo que puede serles perjudicial, siempre que lo hagamos con esta prevencion.

Pero si el hacer limosnas de este modo, no puede ser á Dios grato, ¿qué será no hacer ningunas pudiendo? Yo no te señalaré la gravedad de esta dureza, ni los castigos que se labran estos crueles. Ya habrás oído la historia (1) del rico Epulon. . . .

DOROTEA. No, tío, no la he oído, y quisiera que vd. me la dijese.

CURA. Pues atiende: contaba Jesucristo á sus discipulos, que hubo cierto hombre rico, que vestía con mucho lujo, y comia con igual profusion. Habia en el mismo lugar un mendigo, Lázaro, el cual lleno de llagas, estaba á la puerta del rico, pidiendo que le diese de las migajas que caian de su mesa; pero ninguno

(1) *La mayor parte de los santos padres y espositores, la llaman historia, y no parábola: otros quieren que sea en parte historia y en parte parábola. Lo cierto es, que hubo el tal rico avariento condenado, y el tal Lázaro que veneramos en los altares.*

le daba nada: los perros sólomente se acercaban á él, y lamian sus llagas. Sucedió que murió este mendigo y fué llevado al seno de Habraham: murió á poco el rico, y fué sepultado en los infiernos, y levantando sus ojos en medio de los tormentos, vió de lejos á Habraham y á Lázaro, y comenzó á clamar á grandes gritos, diciendo: „Padre Habraham, compadécete de mí, y envíame á Lázaro para que moje en la agua la punta de su dedo, y me destile una gota en mi lengua, porque soy cruelmente atormentado en esta llama.—Hijo, dijo el patriarca: acuérdate que en tu vida tuviste bienes, y Lázaro padeció males: ahora éste es consolado, y tú atormentado: y haz de saber que en todas estas cosas hay establecida una confusión grande entre nosotros y vosotros, de suerte, que aquellos que quieran pasar de nosotros á vosotros no puedan; ni tampoco de vosotros á nosotros.—Entonces, le dijo el rico: ya que esto no puede ser, te ruego, ó padre Habraham, que siquiera envíes á Lázaro allá á la casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, para que les diga á estos, como testigo de vista, que no vengán á parar á este lugar de tormentos.—Habraham le respondió: tienen á Moisés y á los profetas; que oigan á estos.—Mas él dijo: no padre Habraham: si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia; y entonces Habraham le respondió: si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán á ninguno de los muertos, que resucitase y fuese allá.

DOROTEA. En verdad, tío, que es terrible este pa-

saje. Yo soy una pobre muger ignorante, y carezco de las luces necesarias, para hacer sobre ellas las reflexiones oportunas; pero no dejo de hacer una, y es: que el corazón de un rico cruel es tan obstinado para convertirse, que se burlaría de las mismas reprehensiones de los muertos, si á estos les fuera permitido salir á predicarles. No oyen á Jesucristo, ni á sus ministros, tampoco creerían á los difuntos. ¡Válgame Dios, y cuánto debe de cegarlos la avaricia!

CURA. Está bien hecha la reflexion; pero por eso debemos aficionarnos á la limosna, virtud opuesta al vicio de que acabas de hablar, acordándonos siempre de lo recomendada que es por el Señor. „Está dispuesto, nos dice (1), aliviar la miseria del pobre, porque el tener piedad de él, es prestar á Dios, el cual nos lo vuelve con usura (2).”

En otras partes dice: „Dichosos los misericordiosos, porque estos alcanzarán misericordia (3). La misericordia quiero y no el sacrificio (4). Dichoso el que entiende sobre el menesteroso y el pobre, porque á este en el tremendo dia del juicio, lo librará el Señor, el cual lo conservará y vivificará; lo hará feliz en la tierra, y no lo entregará á la venganza y furor de sus enemigos: postrado en su enfermedad en la cama del trabajo y del dolor, el Señor mismo recor-

(1) *Eccl. 7.*

(2) *Prov. 14.*

(3) *Prov. 14.*

(4) *Math. 9.*

„terá y tomará en sí el cuidado de su casa: se com-  
„padecerá de él, le dará vida y bienes para hacer li-  
„mosna: lo recibirá por su inocencia, y lo colocará en  
„su presencia allá en el cielo para siempre (1).”

El anciano Tobías, estando prócsimo á la muerte,  
decía á su hijo: „De lo que tengas, da limosna, y no  
„apartes tu rostro del pobre, porque Dios no aparte el  
„suyo de tí. Todo lo que dieres lo atesoras para el  
„día de la necesidad. Todos los caritativos y limos-  
„neros, deben tener gran confianza en la misericordia  
„del Señor; porque la limosna libra del pecado y de  
„la muerte (2).” Esto es, por medio de ella nos dará  
el Señor los auxilios necesarios para salir del pecado  
y libertarnos de la muerte eterna.

DOROTEA. Ciertamente que son apreciables los bie-  
nes que nos acarrea la piedad con los pobres. ¡Dicho-  
sos los ricos que pueden hacer caridades como quie-  
ran! ¡Y feliz el dinero que se derrama en el seno de  
la miseria! Yo le aseguro á vd. que jamas he desea-  
do el oro ni la plata sino para sacorrer á tanto misera-  
ble, que como Lázaro, apetecon los desperdicios de  
las casas.

CURA. Pues consuélate, hija, porque solo ese de-  
seo es apreciable á los ojos de Dios. „La voluntad de  
„dar, dice san Pedro, que es para su Magestad igual  
„al mismo don, y el que la tenga recibirá de Dios el  
„premio (3).”

- (1) *Psalmo 10.*  
(2) *Tob. 4.*  
(3) *Petr. 1.*

El mismo Tobías decía á su hijo: „Da mucho, si  
„tienes mucho, y da poco si son tus proporciones es-  
„casas; pero sé tan misericordioso como puedas (1).”  
Y así, no es disculpa no tener riquezas para no ser ca-  
ritativos: un pedazo de pan que dé un pobre á otro se-  
rá tan premiado, ó mas que el peso que le dé un rico:  
porque Dios no atiende á la cantidad de la limosna,  
sino al espíritu con que se hace.

DOROTEA. Yo me alegro de que sea vd. tan piado-  
so, en obras y palabras, porque así me atreveré á ha-  
cer á vd. una súplica en favor de una pobre familia.

CURA. Dí lo que quieras, porque ya sabes cuanto  
me complace hacer tal cual beneficio á los necesita-  
dos.

DOROTEA. Pues el caso es, señor: que esa muger  
que anda cuidando á mis hijos, es una señora decen-  
te, pobre, virtuosa, y tiene una niña sirviendo, por no  
poder sostenerla á su lado, por su escasa fortuna, que  
lo es tanto, que aun para ella sola no le alcanza el tra-  
bajo de sus manos: de manera, que algunos dias tiene  
que mandar pedirme un bocadito al medio dia.

Esta pobre es de las recomendables, porque quan-  
do su esposo vivía, logró bastantes proporciones, y a-  
hora se halla reducida á la última miseria.

A mas de esto, posee un corazón muy magnánimo y  
compasivo, de modo que no puede ver una desdicha  
sin compadecerla. Muchas veces la he visto llorar por

- (1) *Job. 4.*

las infelicidades ajenas, y dias pasados empenó una de dos camisas que tenia, para darle para medicamentos á otra pobre enferma de la vecindad en que vive. . . .

CURA. No me digas mas. Esa muger es una heroína cristiana, y Dios no le faltará en sus desdichas, porque se duele de las ajenas, y las socorre como puede. Su corazon es muy piadoso.

DOROTEA. Tanto lo es, que la noche de la desgracia de Teófilo me acogió en su cuartito ó estrecha vivienda, me consoló lo mejor que pudo, y viendo cuan resuelta estaba yo á seguirlo, acompañada de mis hijos, temió que nos sucediera algun fracaso, y sin que me bastaran diligencias ni ruegos, se decidió á ir en mi compañía hasta donde yo fuera, como en efecto me acompañó hasta este pueblo, donde no pudiendo ya andar mis hijos se quedó á esperarme en la casa de otras pobres, donde la he hallado.

CURA. Cada rato me confirmo mas en que esa señora es excelente amiga, y verdaderamente cristiana. ¿Pero de qué modo piensas tú pagarle esos favores?

DOROTEA. A eso voy. Si yo le suplico á vd. que me dé una cantidad de dinero para socorrerla, creo que no me la negará; pero esta cantidad no puede ser tanta, que baste á sostenerla toda su vida, y yo no deseo nada menos sino que jamas vuelva á padecer los rigores de la miseria; que viva contenta y descansada los dias que le resten, y que este gusto lo tenga en compañía de su amada hija.

CURA. Yo apruebo tu modo de pensar, y ¿cómo haz discurrido para ponerlo en práctica.

DOROTEA. Uniendo las dos á mi familia, y partiendo con ellas el pan que Dios me diere: esto es, si vd. me lo permite.

CURA. Con mucho gusto, hija mia: mi hacienda es tuya y de tu esposo, y mi mayor complacencia será, que cultives en tu corazon esa piedad; y que en cuanto puedas, enjugues las lágrimas al infeliz.

Ahora mismo avísale tu determinacion, porque tenga ese gusto anticipado esa pobre y virtuosa señora; y jamas vuelvas á tomarme parecer para dar nada á los pobres. Sé franca con ellos, que Dios queda responsable á pagar. No temas que te falte lo preciso por ser caritativa ni piadosa, porque cuanto dieres á los pobres, no lo pierdes, sino que lo depositas en la bolsa de Dios que es infinita. Con que anda, anda, avísale á tu pobre la mejoría de suerte que le espera, y mira si tienes otras iguales á quien socorrer; pero ten cuidado de no deslustrar tus limosnas, haciéndolas por vanidad, ni esperando la recompensa de los hombres. Ya otra vez te he dicho esto mismo. Dios manda que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda, para enseñarnos á ser caritativos ocultamente, por virtud no por vanidad, pues en este caso, se pierde todo el mérito de la limosna.

Despues de esta conversacion, se separó Dorotea de su tio para ir á ver sus niños y á la señora, y el cura

fué á despertar á Teófilo, que se habia quedado dormido con el libro en la mano.

Poco tiempo llevaban de conversacion, quando se las interrumpió un criado que entró á avisar que estaban de visita el señor cura del pueblo con otros señores y señoras. Con esto fué preciso llamar á Dorotea, y subir á cumplimentarlos.

El eclesiástico protector de Teófilo y Dorotea, poseía muchas buenas prendas, como hemos visto, y aunque no las tuviera, no le podian faltar amigos donde quiera, porque tenia mas de veinte mil pesos, cuya sola posesion bastaría á suplir cualesquiera otras circunstancias recomendables, y á conciliarle las mejores estimaciones de los amigos al uso.

El era muy prudente, y sabia distinguir los que estimaban su persona, de los que adoraban su bolsillo; pero en lo exterior á todos trataba con política; y así, luego que subió á su sala, los recibió con bastante agrado: mandó llevar refresco y los obsequió, del mejor modo que proporcionaba aquel lugar.

Como Dorotea era bonita, los niños graciosos, Teófilo instruido, y á más de esto, advirtieron que eran parientes del cura, y la mucha estimacion que éste hacia de ellos, cada uno le tributó la suya, y despues que el tio refirió las aventuras que habia pasado, todos se condolieron ó aparentaron condolerse de sus desgracias, especialmente de las que padeció Dorotea, á quien prodigaban rendimientos y ofertas. Bien conocian los buenos amigos que al lado del cura no ne-

cesitaban de sus bienes, y por eso se los ofrecian con tanto empeño.

No se le escondió este fingimiento á Dorotea, y así les dijo: señores, yo doy á vds. mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes, capaces de socorrer á los desgraciados; pero yo lo fui tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños, no hallé semejantes piadosos, si no fué una infeliz, en cuya casita me hospedé, y se llama la tia Mariana. Esta pobre vieja, fué mi único consuelo, y mi singular bienhechora.

No dejaron de correrse un poco los oferentes; pero la disculpa de que no la conocian ni lo supieron, satisfizo á Dorotea por entonces.

Volvieron á bajar á la huerta, donde se divertieron hasta la noche, en la que los amigos del cura, lo quisieron obsequiar con un baile, á pretesto de felicitar su buena ventura á sus sobrinos.

El buen eclesiástico admitió el favor por no faltar á la urbanidad, y se entretuvieron todos muy alegres, hasta las once de la noche, hora en que el cura trató de recojerse, y á su ejemplo, hicieron lo mismo los concurrentes, despidiéndose con espresion y repitiendo sus ofertas.

Pero dejémos durmiendo esta buena familia, mientras damos razon de lo que pasó con la amiga de Dorotea y sus parientas. Al instante que se separó de ésta, fué á casa de la tia Mariana, y hecha una sonaja de

alegría, le dijo: hermana, dame albricias por la felicidad que me he encontrado.—¿Pues cuál ha sido? decía Mariana.—Cual ha de ser: ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea su sobrina y mi amiga, es un ángel. . . . pobrecita. . . . Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí á su tío, y han quedado en que me vaya á vivir con ellos á su casa. ¿Qué te parece, niña, no es una gran fortuna? ¡Bendito sea Dios! que ya no veré á mi hija sirviendo, sino que la tendré á mi lado hasta mi muerte, y despues de ella me quedará el gusto de que á mi hija no le faltará nada, mientras vivan los señores, pues así me lo ha prometido la niña Dorotea: ya verás si tengo razon de estar contenta.

Si la tienes, dijo la tia Mariana; pero ¡á que nó te acordaste de mí, ni moviste á mi favor la caridad de esa señorita? Ya ves las miserias que pasamos yo y tus sobrinas. . . .—Sí me acordé. Mas ¡cómo querias que acabando de franquearme tan gran favor, le pidiera otro nuevo! Es imprudencia cansar al bienhechor; pero no por eso te desconsueles; Dorotea es muy piadosa, y yo tu amiga: de lo que tuviere, partiré contigo como hermana, y antes de que salgámos de este pueblo, tú te alegrarás de haber tenido á los hijos de Teófilo en tu casa. Con esto se acostaron muy contentas, la una con la esperanza de su nueva suerte, y la otra fiada en que de ésta algo le habia de tocar.

Al siguiente día, bien temprano, envió Dorotea, á llamar á Doña Teresa, que así se llamaba su amiga;

pues se acercaba la hora de que continuaran su camino para México.

Fué la señora en efecto, y Dorotea le preguntó por el estado de la tia Mariana. No tiene novedad, contestó aquella: envía á vd. mil espresiones, y abrazos á los niños. Se ha alegrado mucho del bien que quiere hacernos á mí y á mi hija: yo le ofrecí que de cualesquiera ventajas que logre al lado de vd. participará ella, no solo porque es mi deuda, sino porque me consta su virtud y sus miserias. Tiene dos niñas ya grandecitas, y un hijo de diez años, que lejos de esperanzarla en algun tiempo, siempre le aumentará sus desdichas, porque es ciego, y á mas de eso insensato.

DOROTEA. ¡Pobre familia! ¿Y con qué se mantiene? —Ella y sus hijas cosen, lavan y trabajan en cuanto pueden; pero ¿qué vale el trabajo de la muger? Muy poco ó nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia, en la que se criaron las pobres.

DOROT. ¡Cuántas familias de regular nacimiento y de una educacion honrada, perecen escondidas en unas habitaciones miserables, sin tener ni el infeliz recurso de manifestar sus indigencias!—¡Ay, amiga! Estas familias son mas de las que vd. piensa. Su estado vergonzante es el colmo de su desgracia; porque la vergüenza les es una mordaza que les impide aun el ratero recurso de mendigar los socorros públicos. ¡Cuántas familias de éstas desfallecen de hambre al medio dia, al lado tal vez de otras familias caritativas, que aliviarían su necesidad si la supieran!

DOROT. Es verdad.... Acaso sus parientas de vd. serán una de ellas.— Sí lo son. Como no siempre hay costuras ni que hacer, padecen unas calmas dilatadas. En este tiempo se empeña el tunicito ó la camisa, que se habla hecho á costa de mil millones de puntadas, á costa de enfermedades y vigiliat: se agotan en dos días estos mezquinos arbitrios, y se quedan mas imposibilitadas de buscar otros, porque se quedan casi desnudas, y entonces es cuando se experimentan las hambres en todo su rigor.

DOROT. ¡Valgame Dios! ¿Qué no sea yo marquesa acaudalada para socorrer tantas desdichas! ¿Y qué edad tienen las sobrinas de vd.?— Una tiene catorce años, y otra doce.

DOROT. ¿Y son bonitas?— Sin embargo de que están estragadas por la mala vida que pasan, no tienen unos semblantes despreciables.

DOROT. ¡Angelitos! ¿Cuán espuestas se hallan en esa edad, con ese mérito, y rodeadas de tan fatales circunstancias! Aun en este pueblo triste no faltarán seductores de su virtud.... ¡Pobrecitas! ya me interesan demasiado sus desgracias. Deseo conocer á esas muchachas infelices. ¿Qué, no podré verlas antes de irme!— Dificilmente amiga; porque por ahora están en la época fatal de desnudez. Ninguna de ellas tiene sino arambeles y pingajos. Un túnico viejo y un reboso igual se conservan, á pesar de las inelemeacias del hambre, para ir á misa el día de fiesta una por una.

DOROT. ¡Qué desgracia! Y ¿qué no tienen otra ropa!— Sí, pero empeñada.— ¿Y en cuánto?— No sé; mas no puede ser en mucho, porque las alhajas de los pobres valen siempre muy poco. Creo que con doce pesos se sacarian todos sus trapillos.

DOROT. ¿Doce pesos! ¡Jesus que friolera! Tengalos vd.... y vaya en el instante á que las saquen. Hágalas vd. vestir, y que vengan á verme con su madre, sin dejar de traer al ciegucecito.— Pues vuelvo....

Apenas la buena señora tomó el dinero, cuando partió corriendo á la casa de sus pobres deudas, y lo puso en sus manos, dandoles la noticia del interes que por ellas tomaba Dorotea.

La buena vieja madre, loca de gusto, fué á la tienda al instante á sacar sus prendas. El tendero, como que la conocia, se sorprendió de verla tan adinerada, y creyendo maliciosamente que se habia habilitado con malas artes, le dijo: muy de vuelta está vd. Doña Mariana.... Ya se vé es fortuna tener hijos bonitas: se anochese sin blanca, y se amanece con principal.

Mucho se enojó la tia Mariana, advirtiéndole la malicia del tendero; y así temblándole la barba, le dijo: despacheme vd. pronto, y vaya muy enhoramala. ¿Qué piensa vd. que yo soy de las madres que cuentan con las caras de sus hijas para subsistir! No, señor, yo y mis niñas somos tan pobres como honradas, y aun mas honradas que pobres, y esto lo sabe Dios, y todo el pueblo. Estos doce pesos que vd. vé, me los acaba de enviar de limosna esa niña, ese ángel que

posó ayer en la calle del Hospicio, con su marido y su tío el cura; y si vd. no lo cree, vaya á preguntárselo á ella misma.

El tendero que se vió tan avergonzado, delante de los marchantes que estaban en la tienda, no tuvo otro arbitrio para escusar que la buena vieja siguiera su regaño, que echarlo á la chanza. Efugio ruin, pero harto usado de los necios y malvados, cuando se ven convencidos de su malicia ó necedad. Ya está, tía Marianita; le decia: no se incomode vd. . . . si yo lo he dicho por chanza, pero ya sabemos todos la virtud de vd. y de sus niñas. Antes yo me alegro mucho de la fortuna que ha tenido, de que la socorriera esa señora. ¡Qué, cierto es tan piadosa como vd. dicel! ¡Jesus! decia tía Mariana, ya mas frezca: si esa niña no puede ser muger, sino la misma caridad andando. Antenoche, en el pueblo donde durmió, hizo feliz una familia que le hospedó en su casa: ayer ha hecho feliz para siempre á una parienta mia y á su niña, y hoy me ha socorrido como vd. ve. En fin, ella es un ángel, muy piadosa, y no puede ver una miseria sin sentirla y socorrerla. Será muy rica, decia el tendero.—Y cómo que es.—¡Oh, pues entonces no es gracia que sea caritativa, porque tiene con qué hacer esas caridades! Calle vd., señor, proseguia la buena vieja: mas que sea así, es gracia, y mucha gracia que sea piadosa. ¡Cuántos ricos y ricas conozco yo, que no hacen una caridad en su vida, y que cuando mas y mucho, suelen dar un medio real tiñoso á un pobre, quizá por quitárselo de en-

cima, ó porque los vean, y entónces quedan muy anchos, creyendo que han hecho una gran cosa, y maldito lo que les aprovechan estas mezquinas limosnas; porque yo he oido decir á personas muy sábias, que se debe hacer limosna á proporcion del caudal; luego nada hace el que, teniendo cuarenta ó cincuenta mil pesos, da el domingo medio ó un real de limosna, y quizá en cuatro cuartillas, como yo los he visto; lo que es una vergüenza.

Aquí cesó la tía Mariana, porque la despachó el tendero, y se fué á su casa muy contenta.

Luego que entró hizo que se visieran sus hijas, y fué con ellas el cieguito y Doña Teresa para la casa del cura, quien ya estaba informado por Dorotea de las visitas que esperaba.

Luego que entraron las recibió ésta con el mayor cariño, como si de largo tiempo las hubiera conocido. ¡Pobres criaturas! decia: ¡qué bonitas son! ¡ay! ¡qué lástima seria que fuesen su honor y su hermosura víctimas de la indigencia cruel! Vea V., tío, al pobre muchachito ciego, simple, y por lo mismo inútil y gracioso á su familia. Si él hubiera nacido bueno, tendrían estas pobres siquiera la esperanza de hallar en sus brazos algun dia, un apoyo para su orfandad; mas en este infeliz estado no tienen otra que sostenerlo con su trabajo escaso y mal pagado. ¡Ay tío! ¡qué hiciéramos para mejorar la suerte de esta familia virtuosa y desgraciada?

*Cura.* Hija: tú discurrelo, aconséjate con ellas mismas, y haz lo que te parezca conducente á su alivio, pero con prudencia; porque la caridad no consiste solo en dar, sino en dar con orden. La prudencia debe graduar el orden de nuestras operaciones para que sean justas y arregladas.

Esto último se lo dijo el cura á su sobrina en voz baja, con mucho disimulo, y se fué á mandar poner el coche en compañía de Teófilo.

Dorotea que era bastante avisada, advirtió cuanto le quiso de-

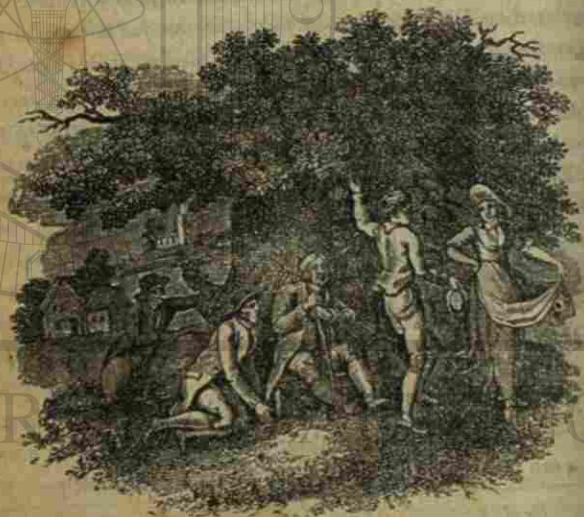


eso tambien hay muchos ricos acompañando al avaro Epe-  
lon.

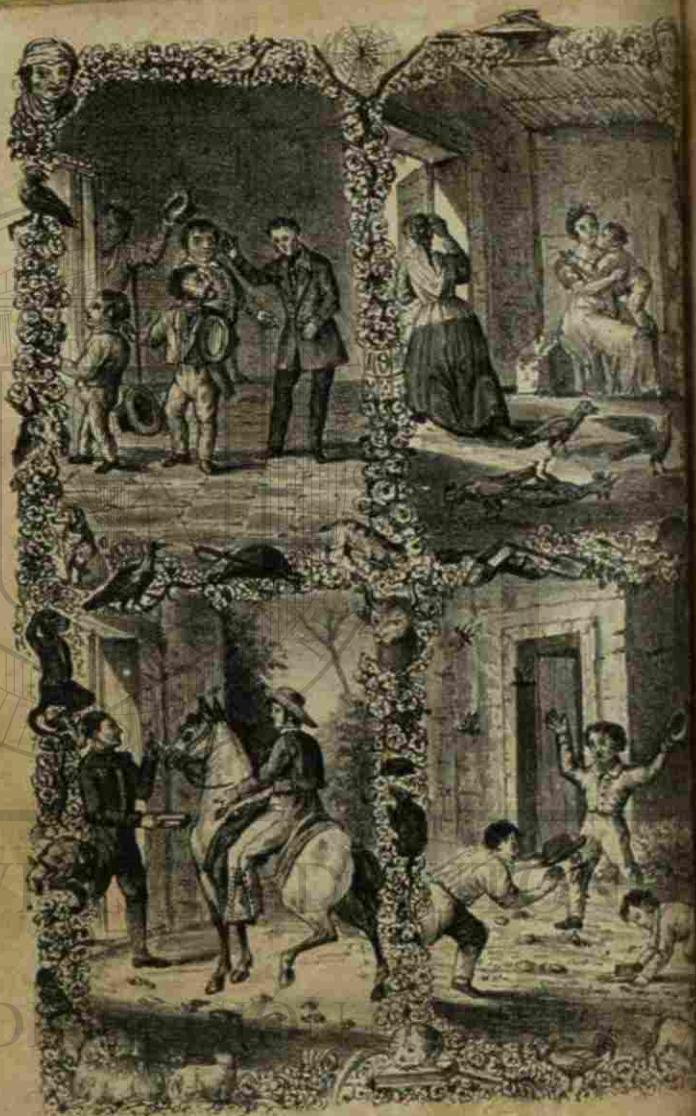
Todo esto te digo no para tu envanecimiento, sino para que te  
acostumbres á hacer bien, y guste tu corazon las dulzuras de  
la sensibilidad, ejercitada en favor de tus infelices semejantes.

A este tiempo llegó Teófilo, se entraron en el coche y conti-  
nuaron su viage para la capital, satisfechos todos de haber teni-  
do un dia alegre y dignamente aprovechado.

FIN DEL DIA ALEGRE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FABULAS

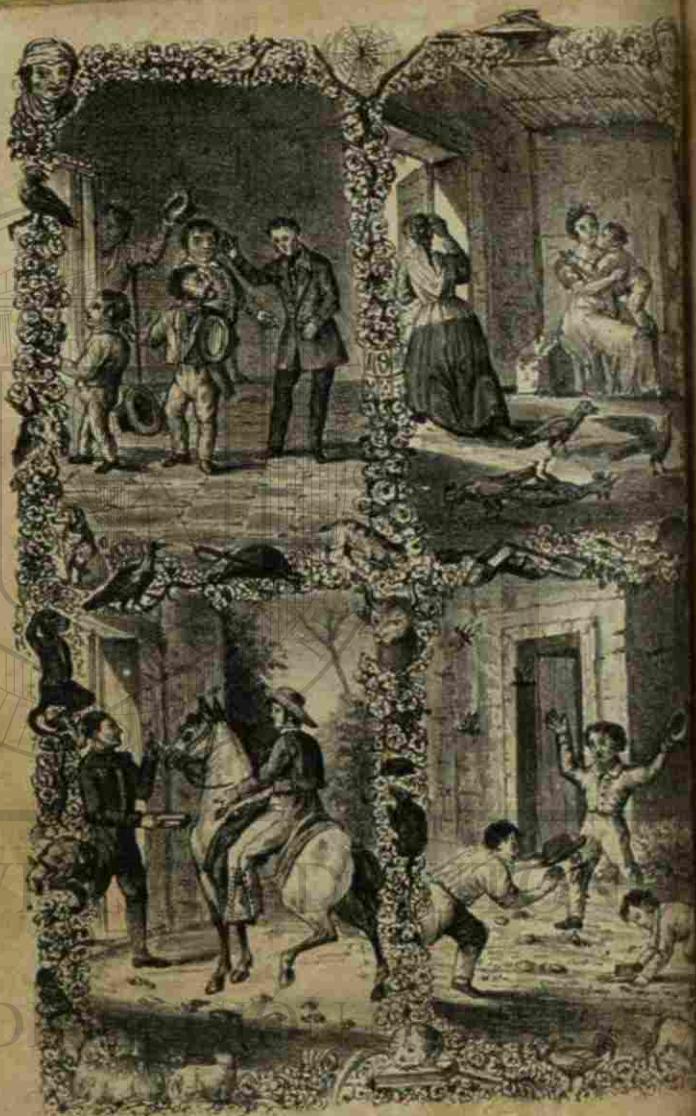
DEL

PENSADOR MEXICANO.

PROLOGO.

El objeto de las Fábulas, como saben los que lo saben, no es otro que corregir las costumbres con la moralidad, divirtiendo al lector con lo agradable de la ficción, haciendo de este modo que beba el amargo de la correccion en la dorada copa del chiste. Esto tiene la Fábula de recomendable.

Por lo que mira a su artificio, no es tan fácil como parece: causa suficiente para que sean tan pocos los que han sobresalido en esta clase de composiciones. La esacta observancia de las reglas: lo selecto de los asuntos: la variacion del métro: la



FABULAS

DEL

PENSADOR MEXICANO.

PROLOGO.

El objeto de las Fábulas, como saben los que lo saben, no es otro que corregir las costumbres con la moralidad, divirtiendo al lector con lo agradable de la ficcion, haciendo de este modo que beba el amargo de la correccion en la dorada copa del chiste. Esto tiene la Fábula de recomendable.

Por lo que mira a su artificio, no es tan fácil como parece: causa suficiente para que sean tan pocos los que han sobresalido en esta clase de composiciones. La esacta observancia de las reglas: lo selecto de los asuntos: la variacion del méetro: la

Sali, en fin, y revestido  
 De mi propia autoridad,  
 Les dije: "Necios, notad  
 "Que aquí nadie os ha zaherido.  
 "Advertid, tontos, trebejos,  
 "Que son vidrios los que veis;  
 "Y así otro día no llameis  
 "Retratos á los espejos.  
 "Es propio de este cristal  
 "Y otros así, sin que ultrajen,  
 "El representar la imágen  
 "Conforme al original.  
 "Si alguno se viere viejo,  
 "Tuerto, ó corcobado aquí,  
 "Echese la culpa á sí,  
 "Y no al autor del espejo.  
 "El que los hizo, á fé mia,  
 "Retrataros no pensó,  
 "Pues cuando los fabricó  
 "Para nada os conocia.  
 "Si vosotros estuviérais  
 "Sin laeras, seguramente  
 "De modo muy diferente  
 "En los espejos os viérais."  
 Dije y se acabó, señores,  
 Toda la riña al momento.  
 ¡Ojalá entiendan el cuento  
 Algunos de mis lectores!



## FABULA II.

### La rosa y la amapola.

UNA amapola ufana  
 A una rosa decia:  
 "Mírame qué lozana  
 Me ostento, prima mia.  
 A todos soy amable,  
 A todos suave, á todos muy tratable  
 Y no tú, que aunque bella,  
 Arrogante y pulida,  
 Aunque del campo estrella,  
 Te ostentas presumida,  
 Y esquivas cuanto hermosa  
 Te resistes á todos espinosa."  
 Un muchacho maldito  
 A este tiempo llegó,  
 Provoca su apetito  
 La rosa; mas se halló  
 Burlado, pues se espina,  
 Y al cogerla la suelta y desatina.  
 Pero ya recobrado  
 De aquel primero susto,  
 Mira mas sosegado  
 Todo el jardin con gusto.  
 Ve fácil la amapola,  
 La coge, la deshoja, y diz: mamola.  
 Esta infeliz se queja  
 En idioma de flores;  
 Mas una y otra oreja  
 Tapó con sus olores

La rosa, entonces fria,  
Y con voz socarrona la decia:  
"Prima, si tú vivieras  
De espinas bien cercada,  
Si recatada fueras,  
No te vieras burlada  
No solo de un muchacho,  
Sino del necio indigno populacho.

Sábeta que las rosas  
Mas bellas y fragantes,  
Las mas lindas y hermosas  
Se preservan constantes  
Del libre mentecato  
Solo con sus espinas y recato."

Esto parece cuento;  
Mas sin duda aseguro,  
Que habló con gran talento  
La rosa, y aun lo juro:  
Esto es, á las doncellas,  
Que tienen un lugar entre las bellas.



### FABULA III.

#### La tortuga y la hormiga.

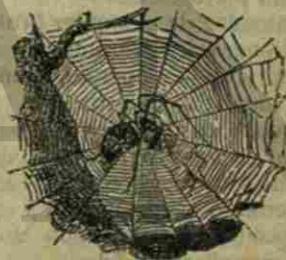
Una tortuga en un pozo  
A una hormiga así decia:  
"En este mezquino invierno  
Dí ¡qué comes, amiga?  
Como trigo, la responde:  
Como maiz y otras semillas,  
De las que dejo en otoño  
Mis bodegas bien provistas."  
"¡Ay! ¡dichosa tú! esclamaba  
La tortuga muy fruncida:  
¡Qué buena vida te pasas!  
¡Oh quién fuera tu sobrina!  
Y no yo ¡infeliz de mí!  
Que en este pozo metida  
Todo el año, apenas como  
Una que otra sabandija."  
"¡Pero en todo el año qué haces?  
Preguntaba la hormiguilla,  
Y la tortuga responde:  
Yo, la verdad, todo el día  
Me estoy durmiendo en el fondo  
De este pantano ó sentina,  
Y de cuando en cuando salgo  
A asolearme la barriga.  
Pues entonces no te quejes,  
La hormiguilla respondia,  
De las hambres que padeces,  
Ni de tu suerte mezquina;  
Porque es pena natural,  
Y aun al hombre prevenida,  
Que á aquel que en nada trabaja  
La necesidad persiga.

## FABULA IV.

## La araña y el gusano de la seda.

A un gusano de seda que vivia  
 Dentro de una morera muy hermosa,  
 Una araña decia:  
 Soy una tejedora primorosa.  
 Hago ruedas, florones,  
 Y otros bellos dibujos á millones,  
 Y no te cansarias  
 De alabar que en solos cuatro dias  
 Con mis industrias raras  
 Tejo una tela de catorce varas.  
 De tal trabajo, respondió el gusano,  
 La corta duracion no me acomoda.  
 Ese es un miedo vano,  
 ¿No ves que yo trabajo de la moda?  
 La araña contestaba:  
 Y aunque es verdad que en un instante acaba  
 Mi afan, á otro, infructuoso,  
 Yo buena vida gozo  
 A costa de mis telas;  
 Y no tú, que te afanas y desvelas  
 Hilando la vida con constancia  
 Sin esperar mas premio que la muerte.  
 Parece una ignorancia,  
 Dijo el gusano; pero si se advierte,  
 En general los hombres aprovechan  
 Lo que mis fauces echan.  
 Cierto; ¿mas qué dijeras,  
 Decia la araña, si á tus ojos vieras

Hacer de sus entrañas  
 A esos hombres que citas, telarañas,  
 Que llaman ellos puntos, musolinas,  
 Encajes ó velillos,  
 Y otras mil telas finas  
 Firmes cuales ya ves son mis hilillos?  
 Pues así lo hacen, dijo, y te aconsejo,  
 Si tienes ganas de llegar á viejo,  
 Que trabajes para hoy, asegurado  
 Que ya tendrás el premio de contado;  
 Pues este mundo loco  
 La moda aprecia mas que dure poco.



## FABULA V.

## Esopo y los animales.

Esopo, aquel escelente  
 E ingenioso fabulista,  
 De cuya habilidad tienen  
 Hasta los niños noticia,  
 A mudar temperamento  
 Fué un dia á cierta quinta  
 Que de animales estaba  
 Bastantemente provista;  
 Y como Esopo lograba  
 La rara prerogativa  
 De entender de cualquier bruto  
 Su idioma ó lengua nativa,  
 Hé aquí, que de cuando en cuando  
 Muy mucho se divertia  
 Oyendo á los animales  
 Hablar cosas peregrinas.  
 Una de estas ocasiones  
 Oyó cuánto maldecian  
 Todos su suerte, deseando  
 Del compañero la vida.  
 Decia el caballo: ¿quién fuera  
 Carnero! Por vida mia  
 Que este briboneillo logra  
 En esta caballeriza  
 Una vida deliciosa,  
 Floja, holgazana y tranquila.  
 El come, él bebe y él ronca  
 Sin hacer cosa maldita.  
 Pero yo ¡pobre de mí!

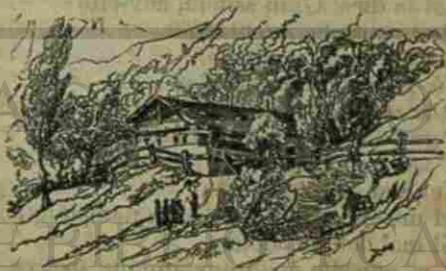
O ando cargando la timba  
 De mi ridículo dueño,  
 O amarrado me he de estar  
 A mi argolla prevenida.  
 ¿Quién fuera caballo! ¡oh cielos!  
 El carnero proferia:  
 Qué buena vida se pasa  
 Este flojon! bien lo cuidan,  
 Lo engalanan y pasean,  
 Lo afeitan y lo acarician,  
 Lo calzan. . . . pero ¿qué mas,  
 Si aun la cebada le limpian?  
 A fe que yo, aquí me estoy  
 Siempre en esta bartolina.  
 Nadie me halaga, y un poco  
 De zacate me lo tiran  
 Con desprecio, y en lugar  
 De que me alinen y vistan,  
 La poca lana que tengo  
 Cuando quieren me la quitan.  
 Decia el asno: si yo fuera  
 Cochino, me raparia  
 Una vida bien hartada,  
 Sin trabajar todo el dia  
 Como trabajo, por solo  
 Una comida mezquina.  
 A fe que si fuera burro  
 Decia el puerco, gozaria  
 Mas libertad, mas salud,  
 Y tambien mas larga vida.  
 Así el gorrion envidiaba  
 La suerte de la gallina.  
 El mastin' al falderillo,  
 Y éste á aquel. Era una grima  
 Oír á todos; pero Esopo,  
 Como que los entendia,  
 Dijo al caballo en la oreja:  
 Ese carnero que envidias

Dentro de poco será  
 Pábulo de mi barriga.  
 Al carnero dijo: advierte  
 Que ese caballo que admiras,  
 Sufre el freno y acicate  
 Que mucho lo mortifican:  
 Con el peso de mi cuerpo  
 Todo el día se fatiga,  
 Y al fin morirá en campaña  
 Lleno de crueles heridas.  
 Al asno dijo: del cerdo,  
 Cuya vida desearias,  
 Dentro de pocas semanas  
 Verás su sangre en morcillas.  
 Al gorrion así le dijo:  
 Esa gallina que envidias,  
 A la noche la verás  
 En un asador bien frita;  
 Y si yo te permitiera  
 La libertad á que aspiras,  
 Serias plato luego luego  
 De una ave de rapiña.  
 Así á cada uno en secreto  
 La suerte que correrian  
 Les reveló, y á su tiempo  
 A todos juntos les brinda  
 Con que si querian trocar  
 El estado que tenian  
 Con el de sus compañeros,  
 Se los facilitaria.  
 Todos callaron. Ninguno  
 Desde entonces solicita  
 Trocar con otros su suerte,  
 Y contentos hasta el día  
 Con la suya, viven libres  
 De temores y de envidias.  
 Así el hombre viviera  
 Si la suerte que envidia conociera.

## FABULA VI.

### El payo y el colegial.

UN payo tonto queria  
 Lo acompañara á pasear  
 Un colegial cierto día,  
 Y este dijo que tenia  
 Muchas cosas que estudiar.  
 Muy lleno de admiracion  
 ¡Estudiar! el payo dice:  
 Esa es jerrada opinion.  
 No estudie, que en conclusion  
 Se hará así mas infelice.  
 Para que vea que lo quero,  
 Voy á hacerle una advertencia:  
 Sea tonto, sea majadero,  
 Que como tenga dinero  
 El será un pozo de cencia.  
 Si en lo dicho habló verdá  
 Este pobre payo bruto,  
 Allá el lector lo sabrá,  
 Que yo por mí no disputo  
 Cosa que tan clara está.



## FABULA VII.

## Hipócrates y la muerte.

VIEJO loco insolente,  
 Que quieres prolongar eternamente  
 De los hombres la vida  
 En virtud de tu ciencia encarecida,  
 ¿Cómo te atreves, di, só mentecato,  
 Sin juicio ni recato  
 A usurpar mi dominio,  
 Pretendiendo librar del esterminio  
 A todos los mortales,  
 Curándoles sus lacras y sus males?  
 ¿No adviertes, nécio, que por varios modos  
 Morirán los humanos todos todos  
 Cuantos la luz miraren,  
 Y el aire que respiras respiraren?  
 Sábeta que no hay ciencia  
 Que los pueda escimir de esta sentencia.  
 Así reconvenia  
 A Hipócrates la muerte cierto dia,  
 Y este apreciable griego,  
 Temblando desde luego  
 A vista de la muerte,  
 Así la dice: Gran señora, advierte  
 Que jamas he intentado  
 Lo que has imaginado.  
 Sé que es justo y debido  
 Que mueran todos, pues que ya han nacido:  
 Pero es mi corazon harto sensible,  
 Y así me es insufrible  
 Ver padecer, señora,  
 Al mísero mortal, que á un tiempo ignora  
 El mal de que adolece  
 Y el remedio oportuno; aunque apetece

Tal vez lo que le daña y perjudica,  
 Con lo que mas y mas se mortifica.  
 Tratando de curarles sus dolencias  
 Apliqué mis desvelos y esperiencias,  
 mis estudios, mis años,  
 Para proporcionarles desengaños  
 Con que alivien sus males,  
 Sin pretender hacerlos inmortales.  
 Esta, señora, mi intencion ha sido,  
 Y ya vereis que en nada os he ofendido.  
 Es muy verdad que no, la muerte dijo:  
 El estudio prolijo  
 Que por ellos has hecho,  
 Por hoy les servirá de algun provecho;  
 Pero mil ignorantes  
 Vendrán sin duda en siglos muy distantes,  
 Que armados de sistemas y opiniones,  
 Torcerán tus renglones,  
 Y harán mil barbarismos,  
 Interpretando mal tus aforismos,  
 Cuyos yerros fatales  
 De los enfermos crecerán los males,  
 Pues en vez de curarlos,  
 Me ahorrarán el trabajo de matarlos.  
 El gozo me resalta  
 Al pensar que dó estén yo no haré falta.  
 De suerte que en mi juicio  
 Tú me acabas de hacer un gran servicio,  
 Pues con lo que has escrito y estudiado  
 Creo que me has reclutado,  
 A tu pesar, millones  
 De nécios y matones,  
 Los que se llamarán, si bien se advierte,  
 Queridos aprendices de la muerte.  
 Dijo ésta, fuese, y el vejete griego  
 Escribió con su llanto el cuento luego.  
 Bien que en él no comprende  
 Al hábil profesor, ni al que lo entiende.

## FABULA VIII.

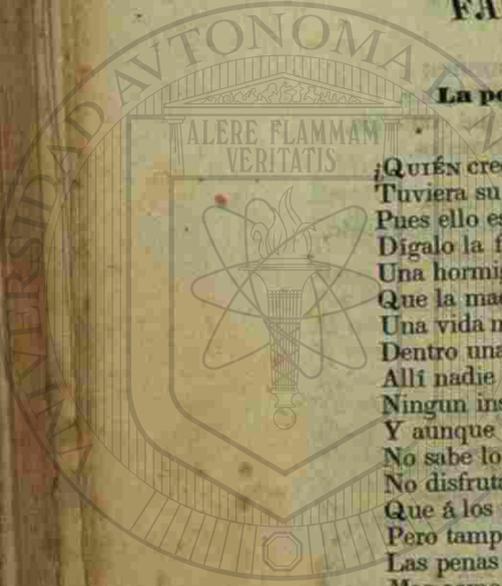
## El gato y el raton,

MICHIRIMAU, gato marrullero,  
 Espiaba un raton en su agujero;  
 El que, como seguro se miraba,  
 De hito en hito al gatazo contemplaba;  
 Metia éste la mano de repente  
 Por si acaso pillaba buenamente  
 Al raton infelice,  
 Y viendo que no puede, así le dice:  
 Vaya, dame la mano:  
 Te sacaré á pasear, querido hermano,  
 En tí ninguno piensa;  
 Te llevaré á visita á la despensa,  
 Y allí te pondrás liso  
 De queso, de jamones, de chorizo,  
 De dulces, de cecinas,  
 Y de otras infinitas golosinas.  
 Ya tú verás, amigo, que te quiero,  
 Y que me pesa verte en tu agujero  
 Tan mozo hecho hermitaño.  
 He! vamos: saca el vientre de mal año  
 Ahora que la fortuna te convida  
 Con una mesa rica y bien servida.—  
 Señor D. gato, estimo sus favores;  
 Pero tengo indispuestos los humores,  
 Y el médico me dice coma poco.—  
 Ese médico es loco:  
 Si pensara con juicio,  
 A té que te ordenara el ejercicio,

Que cuando bien se aplica  
 Él solo cura mas que la botica.  
 He! vamos, sal, no vivas encerrado,  
 Y verás cómo vuelves aliviado.  
 Pues la verdad no puedo,  
 Le responde el raton.—  
 Me tienes miedo.  
 Se te conoce, y tienes mil razones;  
 Pero á mí no me gustan los ratones.  
 Cuando era mozo me empaché con ellos,  
 Y de entónces acá no puedo verlos.  
 Cree, pues, lo que te digo,  
 Y sal, seguro de que soy tu amigo,  
 Que aunque me ves con uñas bien armado,  
 No soy yo gato mal intencionado.  
 Sal, pues, hijo, seguro  
 De que te quiero bien y te lo juro.—  
 Si no te conociera,  
 Dijo el raton, saliera;  
 Pero ya te conozco, mentecato.  
 ¿Cómo no has de ser malo, si eres gato?  
 Te comiste á mi padre;  
 Lo mismo hiciste con mi pobre madre,  
 Y á manotazos crueles é inhumanos  
 Te almorzaste una vez mis dos hermanos,  
 Al mayor y al mas chico;  
 Mas yo no te daré por el hocico,  
 Que si de mi familia ya he quedado  
 Solo por tí, estoy escarmentado.  
 Siempre habré de tener por muy dichoso  
 Al que hace el mal ageno cauteloso.  
 Esto dijo un raton que era prudente.  
 Oh! si pensara así toda la gente!

## FABULA IX.

## La polilla con alas.



¡Quién creerá que la polilla  
 Tuviera su vanidad?  
 Pues ello es que fué verdad.  
 Dígalo la fabulilla.  
 Una hormiga, ó sea el gusano  
 Que la madera taladra,  
 Una vida muy tranquila  
 Dentro una puerta gozaba.  
 Allí nadie la affigia,  
 Ningun insecto la daña,  
 Y aunque no tiene opulencia  
 No sabe lo que son ansias.  
 No disfruta las delicias  
 Que á los ricos empalagan;  
 Pero tampoco padece  
 Las penas que los asaltan.  
 Mas como á su suerte todos  
 Hacen, tal vez, mala cara,  
 Se cansó doña polilla  
 De su fortuna mediana.  
 ¡Qué me falta, se decia,  
 Para disfrutar mas alta  
 Fortuna que la que tengo?  
 ¡Ah! seguramente nada.  
 Si recorro mis principios  
 Veo ser de una ilustre casa,  
 (Decia bien, que era de un duque  
 La que ella apolillaba).

Si acuerdo mi habilidad,  
 Mis primores y mis gracias,  
 Hasta hoy ¿qué insecto es capaz  
 De disputarme la palma?  
 ¡Qué digo insecto! los hombres  
 Que de saber tanto jactan,  
 No es posible que una puerta  
 Destruyan con tanta gracia,  
 Que taladren con tal tino,  
 Ni enhuequen con tanta maña  
 Como yo, que en dos por tres  
 Hago la madera rajás.  
 Si mi virtud rememoro,  
 Mi retiro, mi templanza,  
 Y otras prendas, considero  
 Que en ellas nadie me iguala,  
*Et cetera*, que parece  
 Muy mal la propia alabanza.  
 Yo lo sé: nadie lo ignora  
 De los vivos, y esto basta.  
 ¡Pues por qué no he de tener  
 Muy fundadas esperanzas  
 De que Júpiter escuche  
 Con atencion mis plegarias?  
 Así pues, Júpiter alto,  
 Oye benigno mis ansias;  
 Muda mi suerte, y dispon  
 Que de esta madera salga.  
 Yo no te pido imposibles,  
 Ni cosas desatinadas.  
 Mi súplica se reduce  
 A que me des un par de alas.  
 Este don has concedido  
 A cualquiera musaraña;  
 Pues para lograrlo yo  
 ¡Qué es, padre, lo que me falta?  
 El caballito del diablo  
 Es sabandija endiablada,

Y vuela por esos aires  
 Como la mejor calandria:  
 ¡Pues por qué no he de volar  
 ¡O padre de mis entrañas!  
 Yo tambien, pues soy mejor  
 Que esa y otras cucarachas!  
 Júpiter hizo del sordo  
 A una peticion tan vana;  
 Pero la necia polilla  
 En su pretension porfiaba,  
 Y tanto, que si pudiera,  
 Tambien novenas rezara,  
 Hiciera votos á miles,  
 Y tal vez peregrinara.  
 Enfadóse el gran Tonante,  
 Y dijo: noramala,  
 ¡Ignoras, vil insectillo,  
 Que me pides tu desgracia,  
 Y que yo por un efecto  
 De mi bondad estremada,  
 Preveo tu mal, y te niego  
 Lo que pides con tanta ansia?  
 Nada bastó: la polilla  
 Machaca que mas machaca,  
 Constantemente pedia  
 Que se le dieran las alas.  
 Tanto hizo, tanto rogó,  
 Que al fin Júpiter se enfada  
 Y accede á su peticion  
 Solo para castigarla.  
 Al punto que la polilla  
 Llegó á verse habilitada  
 De sus alitas, marchó  
 A volar fuera de casa,  
 Mas apenas se apartó  
 De su nido cuatro varas,  
 Cuando dos ó tres muchachos  
 A sombrerozcos la atrapan.

Volar quiso; mas no pudo:  
 Cayó al suelo ya sin alas  
 Dó los muchachos la cogen,  
 Juegan con ella y la matan.

¡Oh cuántas veces los hombres  
 Sudan, se empeñan, y afanan  
 Para salir de su esfera,  
 Y así buscan su desgracia!



## FABULA X.

## Celia y la mariposa.

ESTABA Celia hermosa  
 Una noche leyendo entretenida,  
 Cuando una mariposa  
 Entró, vido la luz é inadvertida  
 En torno de ella vueltas tantas daba,  
 Que alguna vez las alas se quemaba.  
 La ve Celia y la dice:  
 Mariposilla incauta, considera  
 Que víctima infelice  
 Morirás en la llama lisongera  
 Que tanto te apasiona y te provoca.  
 Desengáñate, pues, y no seas loca.  
 No te acerques, detente:  
 Huye la cierta ruina que prepara  
 A tu vida inocente  
 Esa llama brillante, esa luz clara  
 Entre cuyos ardientes resplandores  
 No hallarás sino sustos y dolores.  
 Esa llama es un fuego  
 Inclemente, voráz, violento y duro;  
 Mas tu apetito ciego  
 Te la hace concebir un bien seguro;  
 Y creyendo gozar de mil placeres,  
 Entregarte á la muerte solo quieres.  
 Es como amor la llama.  
 Huye, mariposilla, su presencia.  
 Advierte que Celia ama  
 Y te habla con muchísima experiencia.

Amor y fuego lejos disimulan  
 Su veneno, de cerca ya no adulan.  
 Huye, pues, los voraces  
 Incendios que delicias consideras.  
 Huye antes que te abrases:  
 Admite mi consejo antes que mueras.

¡Oh cuántas mariposas racionales  
 Deben aprovechar avisos tales!



## FABULA XI.

## El perro grande y el chico.

UNA amistad, una confianza estrecha  
Es lícita entre iguales, y con tiento;  
Mas nunca con los grandes aprovecha.  
Con ellos pierde el chico. Va de cuento.

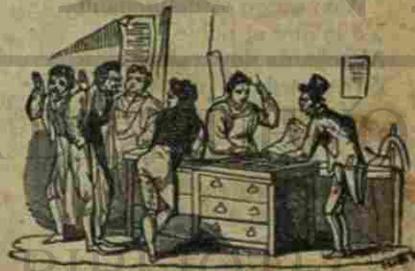
Un perro grande jugaba  
Con un chico cierto día,  
Y este al perrazo mordía  
Seguro de que chanceaba.  
Lo desigual olvidaba,  
Y en una de estas mordió  
Recio al mastín: le dolió  
A éste acción tan atrevida,  
Y le dió una sacudida  
Que la vida le costó.



## FABULA XII.

## El herrador y el zapatero.

¡Ha señor herrador!—So zapatero,  
Indecente y grosero,  
Tenga mas cortesía,  
Señor D. herrador para otro día.  
¿No echa de ver el misero malcriado,  
Que su oficio es tan vil, como el mio honrado?  
—Señor, en mi conciencia  
No encuentro yo ninguna diferencia,  
Salvo solo los nombres,  
Entre ser zapatero de los nombres,  
O calzador de bestias.—Mentecato:  
¿Qué va que la nariz te desbarato?  
¿Qué piensas, insolente,  
Que se puede con sólidas razones  
Esta destruir y mil preocupaciones  
Que los hombres abrazan tenazmente?  
Cierto que es disparate, no replico,  
Respondió el zapatero, y calló el pico.



## FABULA XIII.

## La espada y el sombrero.

¿Qué no me ves, compañero,  
 Qué guapa y qué noble soy?  
 Siempre lado á lado voy  
 Del rey ó del caballero.

Una espada muy ufana  
 Así á un sombrero decia,  
 Y éste dijo: Amiga mia,  
 Poco á poco, no sea vana.  
 Yo tengo mayor nobleza,  
 Y nunca hablo tan hinchado;  
 Pues el rey no solo al lado  
 Me trae, sino en la cabeza.

Es verdad, dijo la espada:  
 Serás mas noble que yo;  
 Pero mas valiente no:  
 En eso no vales nada.

Yo castigo al delincuente;  
 Yo le doy al noble honor;  
 Al cobarde doy valor,  
 Y resguardo al inocente.

Yo doy gloria en las campañas,  
 En la ciudad brillantez,  
 Y no hay ni sola una vez  
 Que no cuente mil hazañas.

Me presto á las diversiones  
 Muy jovial y placentera,  
 Y en fin, soy la arma primera  
 Que honran las cultas naciones.

A esto ¿qué responderás,  
 Cuando no sabes hacer  
 Sino dar buen parecer  
 Y hacer sombra cuando mas?

Dijo el sombrero: Es verdad;  
 Mas haces poco, te digo,  
 Pues tú no harás un amigo,  
 Ni reharás una amistad.

Cierto es que no derribé  
 Yo murallas en la vida,  
 Ni dejé ciudad destruida,  
 Ni campiñas asolé.

Tampoco logré, no ignoro,  
 Vivas ni aplausos rastreros,  
 Ni he servido á maromeros,  
 Ni he matado ningun toro.  
 No por esto creas que apoco  
 Tu utilidad; eso no,  
 Solamente quiero yo  
 Que no me tengas en poco.

Mas ahora quieres probar  
 Lo útil que eres por lo fuerte;  
 Pero en este caso advierte  
 Te puedes equivocar.

Tú piensas mas que yo ser  
 Por tu punta y por tu filo;  
 Mas por este mismo estilo  
 Mi inferior vienes á ser.

Tú haces bien, y no me engaño;

Mas por desgracia fatal  
 Estás dispuesta á hacer mal,  
 Y yo jamas hago daño.  
 Tú harás mil fatalidades  
 Con tu violenta osadía;  
 Yo con una cortesía  
 Evito rivalidades.

De tu rigor inhumano  
 Yo puedo y sé remediar

Mil agravios con pasar  
De la cabeza á la mano.  
En efecto, mil has hecho  
Que yo he compuesto, señora,  
Vaya, pues, dígame ahora  
Si no soy de honra y provecho.  
La espada, que era de Astorga;  
No dijo esa boca es mía.  
El sombrero bien diría  
Puesto que el que calla otorga.

A lo menos el sombrero  
Hace mas amistades que el acero.



## FABULA XIV.

### El zopilote y el falderillo.

Un zopilote un día  
Con un caballo muerto fiesta hacia.  
Un faldero lo vido,  
Y así le dijo en tono presumido:  
¿Tú eres el zopilote?  
¿Qué cosa tan horrible! ¡qué feote!  
¿Qué prieto! ¿Qué tiñoso!  
¿Qué zancon! ¿Qué sucio y asqueroso!  
Si de noche te viera,  
Por coco de los perros te tuviera.  
¡Fueha en el pajarote aborrecido!  
Que come carne de animal podrido.  
Dime, no te dá pena  
Cuando en mí miras una cosa buena?  
¿No me ves tan bonito,  
Tan blanco, tan bañado y aseadito?  
Y no tú, tan imcivo y tan grosero  
Que de verte no mas creo que me muero,  
El pobre zopilote proseguía  
Estrando la tripa que podía,  
Seguro de que á un necio  
Se debe responder con el desprecio.  
Mas el perro insolente  
Proseguía en insultarlo amargamente,  
Y le decía: ni nombre  
Tienes particular. Porque te asombre,  
Escucha el mio, que es noble y esquisito,  
Pues me llanan en casa marquesito.

Mi ama la señorita  
 En sus faldas me pide la pancita,  
 Me tusa, me enlisona, me adereza,  
 Y ostenta donde quiera mi belleza.  
 Como bizcocho, bebo chocolate,  
 Y nunca sé dormir en el petate.

Larga, en fin, la llevaba  
 El perrillo mordaz que lo insultaba,  
 Tanto que el sopilote  
 Enfadado le dijo: tontonote,  
 Eres bonito, quedo satisfecho,  
 Pero ¿sirves en algo de provecho?  
 Sí señor, dijo el perro: sirvo tanto  
 Que los gatos espanto  
 En muchas ocasiones  
 Para que no se coman los ratones.  
 Me siento, sé bailar, hago el soldado  
 Con un palo arrimado:  
 Ladro, hago fiestas, brinco á troche moche,  
 Asomo la cabeza por el coche:  
 Pido con las manitas  
 A todas las visitas  
 Cuando mueven la boca,  
 Lo que á bastante risa las provoca;  
 Y si quieren jugarme algun engaño  
 Les ladro, y aun la ropa les arañó.  
 Si algun extraño pasa  
 Por donde estoy, aturdiré la casa,  
 Y si ese se descuida,  
 No dejaré de darle una mordida.  
 En fin, sé hacer el muerto  
 Y muy al vivo.— Bien está. Por cierto,  
 Dijo el sopilotillo  
 Al vano falderillo:  
 Que tú por gracias tales  
 Mereces veinte palos muy cabales.  
 Pues entre tus oficios,  
 Los que no son perjuicios

Son unas boberías,  
 A la verdad, y demasiado frias.  
 Escúchame ahora, loco,  
 Y verás que no sirvo yo de poco.  
 Es cierto que soy feo,  
 Y siempre que bebo agua bien lo veo.  
 Sabia naturaleza  
 Me negó el frágil don de la belleza,  
 Pero en cambio me dió las propiedades  
 De limpiar las ciudades  
 De carnes corrompidas. Yo me aplico,  
 Y no dejo de hacerlo con el pico.  
 He aquí que hago una cosa  
 Incomparablemente provechosa  
 A cualquiera ciudad, reino ó estado,  
 Por lo que soy en todos apreciado.  
 Mil pestes ahorro yo porque te asombres,  
 Guardando así la vida de los hombres,  
 Los que encontrando en mí tal conveniencia  
 Procuran respetar mi subsistencia;  
 Y aunque desagradable  
 Sea mi presencia, soy muy apreciable  
 A los hombres sensatos,  
 A pesar de los perros y los gatos.  
 Si no estás convencido,  
 Replicame, faldero presumido,  
 Si tú harás otro tanto  
 Con todos tus primores y tu encanto.  
 A razones tan claras y evidentes  
 Solo dijo el perrillo allá entre dientes:  
 Bien dice el zopilote, no es cordura  
 Juzgar de nadie mal por su figura,  
 Pues bajo la mas soez que yo desprecio  
 El mérito se oculta. Soy un necio.

## FABULA XV.

## El pastor, el chivo y los carneros.



CAMINABA un pastor  
 Un dia muy alegre,  
 Llevando unos carneros  
 Para ver si los vende.  
 Encuentra con un rio  
 Y trepa sobre el puente  
 El cabestro que lleva  
 Para que los adiestre.  
 Mas los carneros tontos  
 Que de guias no entienden,  
 Creyendo pasarian  
 A nado el rio mas breve,  
 Despues de muchas vueltas  
 A nadar se resuelven,  
 Sin atender las señas  
 Que porque lo siguiesen  
 Les hacia el chivo viejo  
 Parado sobre el puente.  
 En fin, se arrojó al agua  
 Un carnero novele,  
 Tras este otro, y tras él  
 Tres, cuatro, quince, veinte,  
 Todos sin quedar uno  
 Murieron de esta suerte.  
 Se daba al diablo el pobre  
 Del pastorcillo, al verse  
 Solo, y que sus corderos  
 Los lleva la corriente.  
 El que loco desprecia  
 Un consejo prudente  
 Por seguir su capricho,  
 Las mas veces se pierde.

## FABULA XVI.

## El medico, la enfermedad y el paciente.

UN médico afamado  
 Visitar á un enfermo no queria,  
 Porque desesperado  
 Veia que la dolencia no cedia;  
 Antes por mas remedios que aplicaba  
 Mas y mas el paciente se empeoraba.  
 Un dia vió que el enfermo  
 Abrazaba á una vieja tenazmente,  
 Y este vil estafermo  
 A la vista del médico prudente,  
 Con insolencia y desvergüenza rara  
 Lo besaba en los ojos y en la cara.  
 El médico la dice,  
 De rabia lleno y de furor temblando:  
 Deja, bestia infelice,  
 A este pobrete. Ves que está espirando.  
 ¿Pues para qué lo acosas, condenada,  
 Si ya no puedes conseguir de él nada?  
 Al oir esto la vieja,  
 Al médico se encara y le responde:  
 Dejemos esta queja.  
 Tú no sabes quien soy. Bien se te esconde.  
 Pues soy la tisis que curar quisieras.  
 Y ya hubieras curado si pudieras.  
 ¿Y por qué no? replica  
 El médico en enojo ya ecsaltado.  
 ¿Pues todo cuanto indica  
 Naturaleza ya no le he ordenado?

La enfermedad responde: Si, tú has hecho  
Cuanto está de tu parte, y sin provecho.

Porque cuanto apetece  
Le dan los de su casa en el instante;  
Y aunque el mal lo estremece,  
Bebe aguardiente, come bien picante,  
Y de este modo con estrecho lazo  
El se abraza de mí, y yo le abrazo,  
El médico al momento

Dijo al enfermo: Muere usted sin duda  
¿Qué hará el medicamento  
Si á la naturaleza no se ayuda?  
Supuesto que sin régimen ni dieta,  
De nada sirve la mejor receta.

### FABULA XVII.

#### La vaca, el becerrillo y los ordeñadores.

Un pobre becerrillo  
A quien el hambre mata,  
Luego que vió á su madre  
A la teta se llega por mamarla.  
Pero ella ingratamente  
Lejos de sí lo aparta,  
Valiéndose para esto  
Del corvo cuerno y de la hendida pata.  
El infeliz becerro  
Mugiendo lamentaba  
Su triste situación,  
Y de su madre la crueldad estraña.  
Cuando en esto al corral  
Entró Juan de buena alma  
Con su muger Chafina,  
Y sus dos hijos Anacleto y Pancha.

En el instante mismo  
Comienzan á ordeñaria,  
Llenando sus vasijas  
De la espumosa leche que sacaban.

La vaca muy paciente,  
Inmóvil cual estatua,  
Que la espriman permite  
Las llenas ubres de la leche blanca,

El becerrillo triste  
Desde lejos miraba  
Hartarse los rancheros  
Con lo que á él su madre le negaba;

Y no pudiendo ya  
Sufrir injuria tanta,  
A la vaca así dice,  
Con ojos tristes rebalsando en agua:

Madre cruel, ¿por qué niegas  
A tu hijo tan avara  
Lo que tan francamente  
Preparó para mí natura sabia?

¿Por qué para otros eres  
Tan liberal y franca,  
Y al hijo que pariste  
Niegas el alimento? ¡Cruel, ingrata!

A estas reconvenções  
Enmudecía la vaca,  
Sin osar responder  
Al pobre becerrillo una palabra.

Mas ¿qué ha de responder  
El padre cruel que afana  
Porque su hijo perezca,  
Disipando él con otros su sustancia?



## FABULA XVIII.

## La araña y el chichicuilote (\*).

UNA araña cualquiera  
 Enredaba una mosca, cuidadosa  
 De que no se le fuera.  
 Teniéndola por útil y sabrosa,  
 Para obsequiar con gusto á una arañita  
 Que esperaba á la noche de visita.  
 Con un hilo y otro hilo  
 Al insectillo ataba diligente,  
 Cuando un buen chichicuilote  
 A observarla llegó por accidente,  
 Y haciendo del sensible y compasivo  
 Así la dijo con acento altivo:  
 Araña cruel, tirana:  
 Monstruo de las arañas, fementida;  
 Araña vil, insana,  
 ¿Por qué á esa mosca privas de la vida?  
 ¿Qué te ha hecho la infeliz, en qué te daña,  
 Para que no se libre de tu saña?  
 ¡Ay! ¡pobre animalito!  
 ¡Triste de tí que sufres y padeces,  
 La muerte sin delito!  
 ¿Cuánto en tu situación me compadeces!  
 ¿Quién gavilan ó girifalte fuera  
 Para librarte de esa bestia fiera!

(\*) Avescilla de pico y zancas largas que en América llaman garmente chichicuilotes. Son pequeños, cazan moscas y mosquitos amantísimos al agua, y continuamente se bañan como el pato y cazar su carne es muy gustosa, especialmente asada. Ignoro si en Europa hay tal ave conocida por otro nombre, ó si es particular de climas.

Señor chichicuilote,  
 Dijo la araña en tono malicioso,  
 Admiro que me note  
 Que yo una mosca enrede. Es muy piadoso;  
 Mas si en mi coger una me condenas,  
 ¿Tú por qué te las comes en docenas?  
 Miróse convencido  
 De mas tirano el chichicuilote. Calla:  
 Se retira fruncido,  
 Y dice: No hay que hacer: aquel que se halla  
 Plagado de delitos criminales,  
 No debe reprimir faltas veniales.

•••••

## FABULA XIX.

## Celia, su hijo y las gallinas.

A la su quinta  
 Se mudó Celia  
 A divertirse  
 La primavera;  
 Pero su casa  
 A Marcia deja  
 A que la cuide  
 Mientras su ausencia.  
 Por sus gallinas  
 Mucho la ruega  
 Que las asista,  
 Que las atienda,  
 Maiz abundante  
 Se le franquea,  
 Porque alimento  
 Que darlas tenga.  
 Confiada en esto  
 Celia se ausenta,

Y Marcia ingrata  
 Bien se aprovecha  
 Del maiz y todo  
 Cuanto le queda,  
 Que como logre  
 Mejorar ella,  
 Las gallinitas  
 Aunque perezcan.  
 Así sucede,  
 Y á consecuencia  
 Unas se inmeren,  
 Otras se enferman;  
 Cual enflaquece,  
 Y cual se enteca.  
 En este tiempo  
 Celia regresa:  
 Ve sus gallinas  
 De hambre muertas.  
 A Marcia llama  
 De rabia llena;  
 Pero esta infame  
 Da media vuelta,  
 Pues no tenia  
 Que responderla;  
 Celia que ve esto  
 Se desespera,  
 Grita, se enoja,  
 Riñe, lamenta,  
 Y su hijo el grande  
 Por complacerla  
 Su cuello abraza,  
 Su cara besa,  
 Y así la dice  
 Con voz muy tierna:  
 ¿Ya ves lo que hizo,  
 Mama, la vieja  
 Con las gallinas  
 Que tú la entregas?

Pues lo mismo hacen  
 Mil albaceas,  
 Segun me dice  
 Doña Esperiencia,  
 Por vida tuya  
 Cuando te mueras,  
 Ve á quien y como  
 Nos encomiendas.

## FABULA XX.

### La paloma celosa.

Un palomo bebia  
 Alegre en un arroyo cristalino.  
 Su paloma lo via  
 Desde la copa de un frondoso encino,  
 Porque ya dias andaba recelosa,  
 Y lo acechaba oculta y cuidadosa.  
 Mas quiso serlo tanto,  
 Que la necia, engañada por sus ojos  
 Llenos de amargo llanto,  
 Vido con celos mil y mil enojos  
 Que su querido con amor besaba  
 A una paloma que en el agua estaba.  
 Pero en el mismo instante  
 Del alto encino la atalaya deja,  
 Vuela dó está su amante,  
 Le reconviene triste y se le queja.  
 El palomo confuso y aturdido  
 La jura que la es fiel, ni la ha ofendido.  
 Oye, dice á su amada:  
 Es mi figura la rival temida  
 Que viste retratada  
 En el arroyo. ¿Crees que sumergida

Paloma alguna en él vivir pudiera?  
Depon tu desconfianza, que es quimera,  
¿Quimera? ¡voto á tristo!  
Responde la paloma envuelta en ira:  
¡Quimera lo que he visto. . . . !  
Dijo, y desesperada se retira,  
Perseguida dó quiera de su celo,  
Y al fin pierde la vida sin consuelo.

Mugeres desdichadas  
Que os dejáis dominar de un celo necio:  
Sed mas consideradas;  
No hagais de las sospechas tanto aprecio,  
Que el celo que no rige la prudencia  
Pinta una realidad de una apariencia,

### FABULA XXI.

#### La gata y la mona.

Inadvertidamente  
Quebró un vaso una gata  
Por coger una rata;  
Pero al fin la pilló con uña y diente:  
Ufana retozaba  
Con su presa, y contenta,  
Sin advertir que atenta  
Una insolente mona la miraba,  
Y muy escrupulosa  
La dice la monita:  
Diviertete, nanita,  
¡Que por cierto que has hecho linda cosa!  
Ya tu muerte sospecho,  
Y si yo aquí mandara  
Al momento te ahorecara,  
Pues haces mas perjuicio que provecho.

Tienes muy torpe el paso,  
La vista confundida,  
Y eres tan aturdida  
Que al coger un raton rompes un vaso.  
En fin, eres tan mala,  
Que si mi gata fueras  
En este día murieras,  
O á buen librar te echara noramala.  
Pues es usted tan diestra,  
Responde enardecida  
La gata, por su vida  
¿No me hará favor de ser mi maestra?  
Porque ó yo estoy demente,  
O quien tanto murmura  
Estará muy segura  
De cazar los ratones diestramente.  
Con un vano tonillo  
La dice la monita:  
¿Tanto se necesita,  
Necia, para coger un ratoncillo?  
Cierto que no, señora;  
La responde la gata:  
Mas se me fué la rata  
Por un descuido; pílemela usted ahora.  
Mire que es fácil cosa,  
Pues va la rata herida,  
Corre despavorida  
Y no acierta la pobre con su choza.  
La mona atolondrada  
Corriendo con torpeza,  
Se rompió la cabeza  
Por afianzar la rata, y no hizo nada.  
¡Vamos! ¿quién lo creyera!  
La gata la decia:  
¿Que sea usted tan valdía,  
Y que así á murmurarme se atreviera!  
¡Oh gata socarrona!  
Alabo tu descoco.

Murmurar cuesta poco;  
¿Pero hacer? Eso sí, como la mona.

### FABULA XXII.

*Cintia viendose en el espejo, y su criada.*

Muy divertida Cintia  
Sus gracias contemplaba  
Mirándose al espejo  
Una cierta mañana.

Mas ¡ay! que de repente  
Da un grito, se desmaya,  
Porque en su bello rostro  
Los colores estraña.

¡Ay Aminta! ¿qué es esto?  
Dice á su buena criada:  
¿Qué es lo que me sucede?  
Los colores me faltan.

No se asuste, señora,  
Responde la bellaca:  
Si hoy está mas hermosa  
De cuando nace la alba.—

Te equivocas, Aminta,  
Pálida está mi cara.—  
Señora, es aprension,  
Está usted colorada.

Sin duda que la rosa,  
La púrpura y la grana,  
Hoy junto á sus mejillas  
Me parecieran blancas.

Si, señorita, en mí,  
En mí ha estado la falta,  
Que lavé mal la luna  
Y está muy empañada.

Tan arrogante y sana,  
Que si hombre fuera yo  
Ahora la enamorara.

Bien hayas tú, responde  
Cintia, y tierna la abraza:  
Buen susto me has quitado,  
Se conoce que me amas.

Así ni mas ni menos  
Al vanidoso engaña  
El vil adulador  
Que sus faltas solapa.

### FABULA XXIII.

*El novillo y el toro viejo.*

HICIERON unas fiestas en un pueblo,  
En las que no faltaron sus toritos,  
Porque lidiar los hombres con los brutos  
En la mejor funcion es muy preciso.  
Pasadas ya las fiestas, se juntaron  
En el corral de Anton, un buen novillo  
Y un toro de seis años, que mil veces  
Al arado de su amo habia servido.  
A los dos los torearon en las fiestas,  
Y por esta razon fueron amigos.  
Conociéronse luego, y con espanto  
El novillo al buey viejo así le dijo:  
Escucha camarada: ¿por qué causa  
Cuando los dos jugamos en un circo,  
Yo salí agujereado como criba  
Y tú sacaste tu pellejo limpio?  
Entonces el buey grave le responde:  
Porque ya yo soy viejo, buen amigo,

Murmurar cuesta poco;  
¿Pero hacer? Eso sí, como la mona.

### FABULA XXII.

*Cintia viendose en el espejo, y su criada.*

Muy divertida Cintia  
Sus gracias contemplaba  
Mirándose al espejo  
Una cierta mañana.

Mas ¡ay! que de repente  
Da un grito, se desmaya,  
Porque en su bello rostro  
Los colores estraña.

¡Ay Aminta! ¿qué es esto?  
Dice á su buena criada:  
¿Qué es lo que me sucede?  
Los colores me faltan.

No se asuste, señora,  
Responde la bellaca:  
Si hoy está mas hermosa  
De cuando nace la alba.—  
Te equivocas, Aminta,  
Pálida está mi cara.—  
Señora, es aprension,  
Está usted colorada.

Sin duda que la rosa,  
La púrpura y la grana,  
Hoy junto á sus mejillas  
Me parecieran blancas.

Si, señorita, en mí,  
En mí ha estado la falta,  
Que lavé mal la luna  
Y está muy empañada.

Tan arrogante y sana,  
Que si hombre fuera yo  
Ahora la enamorara.

Bien hayas tú, responde  
Cintia, y tierna la abraza:  
Buen susto me has quitado,  
Se conoce que me amas.

Así ni mas ni menos  
Al vanidoso engaña  
El vil adulador  
Que sus faltas solapa.

### FABULA XXIII.

*El novillo y el toro viejo.*

HICIERON unas fiestas en un pueblo,  
En las que no faltaron sus toritos,  
Porque lidiar los hombres con los brutos  
En la mejor funcion es muy preciso.  
Pasadas ya las fiestas, se juntaron  
En el corral de Anton, un buen novillo  
Y un toro de seis años, que mil veces  
Al arado de su amo habia servido.  
A los dos los torearon en las fiestas,  
Y por esta razon fueron amigos.  
Conociéronse luego, y con espanto  
El novillo al buey viejo así le dijo:  
Escucha camarada: ¿por qué causa  
Cuando los dos jugamés en un circo,  
Yo salí agujereado como criba  
Y tú sacaste tu pellejo limpio?  
Entonces el buey grave le responde:  
Porque ya yo soy viejo, buen amigo,

Conozco la garrocha, me ha picado;  
 Y así al que veó con ella nunca embisto,  
 Por el contrario, tú sin esperiencia,  
 Como toro novel y presunido,  
 Sin conocer el daño que te amaga  
 Te arrojas á cualquiera precipicio,  
 Y por esta razon como un arnero  
 Sacaste tu pellejo, y yo el mio limpio.  
 Pues te agradezco mucho, amado hermano,  
 Dijo el torete tu oportuno aviso.  
 Desde hoy ser ya mas cauto te prometo,  
 Pues por lo que me dices he entendido,  
 Que es gran ventaja conocer los riesgos,  
 Y saberse escusar de los peligros.

#### FABULA XXIV.

##### El mono y su amo.

Vió matar pollos un dia  
 Un mono á la cocinera,  
 Y dijo: ¡Brava friolera!  
 Esto cualquiera lo haria.  
 A matar yo me dedico  
 Para grangearla con eso.  
 Dijo, y le toreó el pezcuezo,  
 ¡A quién? al pobre perico.  
 Sábelo el amo, y al punto  
 De cólera electrizado,  
 Tal vuelta al mono le ha dado  
 Que lo dejó por difunto.  
 Lástima á todos causó  
 Del mono la suerte impia;  
 ¡Pero quién lo meteria  
 A hacer lo que no entendió?

Que erró el mono no disputo,  
 Y ha de errar siempre, á saber,  
 Todo el que se meta á hacer  
 Lo que no es de su instituto.

#### FABULA XXV.

##### La paloma, el cuervo y el cazador.

Se hizo amiga de un cuervo una paloma,  
 Y dentro pocos dias tan bien graznaba,  
 Que oyéndola sin verla era preciso  
 Que todos por cuervito la juzgaran.  
 Mucho se adelantó; dentro de breve  
 A robar aprendió, ¡qué linda gracia,  
 Ya se ve, con tal maestro era forzoso  
 Que no saliera torpe la oficiala.  
 Las espigas de trigo de una en una  
 De cualesquiera milpas agotaba:  
 Mas tantas hizo de estas, que los dueños  
 Discurrieron el modo de pillarla.  
 Ella, que sus ardides no conoce,  
 Cayó al fin indefensa en una trampa;  
 Cógela luego el cazador astuto,  
 Y jura que á la noche ha de cenarla.  
 La infelice se afligé y se disculpa  
 Diciéndole que un cuervo la enseñaba  
 A robar y graznar. Pues no te vale,  
 Respondió el cazador con gran socarra:  
 Si con otras palomas anduvieras,  
 O te estuvieras metidita en casa,  
 No fueras tan ladrona y atrevida,  
 Ni te vieras al plato destinada;  
 Pero pues con el cuervo te juntaste  
 Y aprendiste tambien sus malas manas,

Yo te asaré á la noche, y con tu vida  
Pagarás las espigas que me faltan,  
Que este siempre es el fin del insensato  
Que con otro perverso se acompaña.

**FABULA XXVI.**

**El perro en barrio ageno.**

Con el rabo entre las piernas  
Caminaba un pobre perro,  
Sin tener otro delito  
Que andar por un barrio ageno.  
No salieron sus temores  
Vanos, pues en el momento  
Que ladró un perro, los otros  
Rabiosos le acometieron  
Con tal corage, tal ira,  
Y con tal feroz empeño,  
Como si muchos agravios  
El pobre les hubiera hecho.  
A un tiempo cobardemente  
Los dientes en su pellejo  
Clavan todos á porfia,  
Sin tener el perro nuestro  
Mas consuelo que decir:  
Amigos, ¿en qué os ofendo?  
¿Qué delito he cometido,  
Ni qué daño puedo hacerlos?  
Nada nos haces, bribon,  
Nada, le responden ellos.  
¿Quieres tener mayor crimen  
Que ser aquí forastero?  
Y sin mas ni mas seguian  
Maltratándolo de nuevo.  
En semejante refriega  
Hubiera el infeliz muerto,  
A no pasar por allí

Un valiente perro viejo,  
Cuyo diente acicalado  
Les impuso algun respeto,  
Y tanto, que abandonaron  
Sus sanguinarios intentos  
Dejando libre al pobrete.  
Quien apenas se halló suelto,  
Cuando sin decir agur  
Huyó cual mago ligero.  
Entonces el perro anciano  
Dijo á los otros: Por cierto  
Que con tan viles acciones  
Deshonrais vuestros abuelos.  
De hospitalidad vosotros  
Nada sabeis, bien lo veo;  
Pero tened entendido  
Porque os ha de estar á cuento,  
Que siempre se debe usar  
Piedad con el extranjero,  
Tratándolo con dulzura,  
Respeto y comedimiento,  
Pues no es crimen no nacer  
Todos en un mismo suelo.



## FABULA XXVII.

## El gallo vano y pelado.

Cocareando y sin plumas salió un gallo  
De una cruda refriega,  
En que por poco llega  
El de su fin amenazado fallo.

Pero habiendo escapado de la muerte,  
Entró en una gallera,  
Donde contó su historia verdadera  
Con cuatro vanidades de esta suerte:  
Yo era por cierto gallo muy famoso,  
En extremo valiente;  
Peleaba diestramente,  
Y era de pluma con primor hermoso.

Ni uno hay entre vosotros, camaradas,  
Que tenga como yo tal gallardía,  
Mi amo por mi cola se moria,  
Y por mis plumas lindas y plateadas.  
Mi cresta era una rosa,

Mi pecho. . . . . Bueno está, señor Pulido.  
Le dijo un gallo habado muy erguido:  
¿Pero á qué viene semejante prosa?

Ni niego su riqueza ni la alabo;  
Pero su vanidad me causa risa,  
Después que lo han dejado sin camisa,  
Rotas las alas y pelado el rabo.

Criar nuevas plumas ya será oportuno,  
Y valor que las obras acreditan;  
Mas si ambas cosas otra vez le quitan,  
No cuente vanidades á ninguno.

Porque el pobre que cuenta que ha tenido,

Y humos de rico ostenta y apetece,  
Ser tenido por loco bien merece,  
Pues olvida lo que es por lo que ha sido.

Al que se ve en miseria declarada,  
Y porque alguna vez se vió dichoso  
Se precia de esto vano y orgulloso,  
La fábula le está que ni pintada.

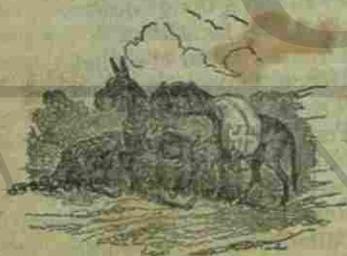
## FABULA XXVIII.

## La mula y el macho de tiro.

UNA mula así decia  
A un macho estando en su establo:  
Mal haya yo, solo el diablo  
A esta casa me traeria.  
¡Ojalá me muera y no  
Me unzan otra vez contigo!  
A ti y á mí me maldigo  
Y al amo que me compró.  
De dia una carga ó de noche  
Se llevan á donde quiera.  
¡Ojalá así fácil fuera  
Para mí estirar el coche!  
Del cochero maltratada  
Tengo de morir, á fé;  
Pero nunca arrastraré  
Esta broma tan pesada.  
No seas tonta, te aconsejo,  
Responde el macho á la mula:  
Cállate ahora, y disimula  
Por el bien de tu pellejo.  
Te parece tan pesado  
El coche, porque hácia atras  
Continuamente te vas,

O si no te vas de lado.  
 Para que esto no suceda  
 Estirémos juntamente,  
 Y verás que fácilmente  
 Toda la máquina rueda.  
 Hagamos los dos un tiro,  
 Y te juro que verás  
 Que es fácil, y estirarás  
 Sin que te cueste un suspiro.  
 Lo hizo así la mula, y vió  
 Cuán fácilmente arrastraba  
 Lo que antes tanto pesaba,  
 Y nunca tirar creyó.

Casados hay que al demonio  
 Como la mula se dan,  
 Y continuamente están  
 Maldiciendo el matrimonio.  
 Si en sus penas y quebranto  
 Las voluntades unieran,  
 Carga mas suave tuvieran  
 Que no les pesara tanto.



## FABULA XXIX.

### El mono y el cazador.

Un mono cierto dia  
 Un grande calabazo  
 Vido, y sin embarazo  
 Corrió tras él por ver lo que tenia.  
 Llegó, y en el momento  
 Que lo observó curioso,  
 Lo oyó sonar, y ansioso  
 Le introdujo la mano con gran tiento.  
 De pan duro un pedazo  
 Encontró luego luego,  
 Y de codicia ciego  
 La garra le echa, reventando en gozo.  
 Pero todo su gusto  
 En azar convertido  
 Advirtió, cuando vido  
 Salir del monte un cazador. ¡Qué susto!  
 Huir quiere; pero en vano  
 El pobre lo intentaba,  
 Porque el pan no soltaba  
 Y así se entrega por su misma mano.  
 El cazador muy fresco  
 Afianza al necio mono,  
 Y este en un triste tono  
 Le dijo: Haces muy bien, me lo merezco.

Aunque no tan sereno,  
 ¿No dirá igual vocablo  
 El que es presa del diablo  
 Solo por no querer soltar lo ageno?

## FABULA XXX.

## El martillo y el yunque

¡Por qué yo he de sufrir constantemente  
 Los golpes que me das sin miramiento,  
 Cuando nacimos hijos de una madre,  
 Y á tí y á mi de un fierro nos hicieron?  
 Así el yunque al martillo se quejaba;  
 Pero este le responde con talento:  
 Ni tú debes quejarte de tu suerte,  
 Ni yo debo jactarme de mi empleo.  
 De una materia somos, es muy claro,  
 Y ambos á dos hechura de un herrero:  
 Sabe mas que nosotros sin disputa  
 Y respetar debemos sus aciertos.  
 Tú para mazo fuéras muy pesado,  
 Yo para yunque fuera muy pequeño;  
 Y él, á mas de otras causas que yo ignoro,  
 Nos ha dado la forma que tenemos,  
 Para que le sirvamos igualmente  
 En los destinos que ocupar podemos.  
 Así es, y convencido me ha dejado,  
 Hermano, tu discurso. No me quejo  
 Ni me quejaré mas de mi destino,  
 Antes lo serviré siempre contento,  
 Pues soy útil en él, y como dices,  
 Ambos somos hechura de un herrero.  
 ¡Oh qué yunque tan dócil! ¡qué martillo  
 Tan justo en sus palabras y discreto!  
 Yo os elogiara mas si contemplara  
 Que los hombres siguieran vuestro ejemplo,  
 Conformándose todos con su suerte  
 Y adorando del cielo los decretos.

## FABULA XXXI.

## La hormiga y el elefante.

QUE á un elefante fuerte  
 Un bravo leon matase,  
 O algun tigre feroz despedazase,  
 Fácil es si se advierte;  
 Mas que se diera traza  
 De privar de la vida á tal bestiaza  
 Una débil hormiga,  
 Esto no se ha de creer aunque se diga;  
 Parecerá quimera,  
 Pero ello es que paso de esta manera:  
 No sé si de pensado ó de accidente,  
 Un elefante un día  
 A una infeliz hormiga pisaria,  
 Ello la lastimó muy gravemente;  
 La pobre se quejaba,  
 Y el elefante entonces la insultaba  
 Con picantes razones,  
 Diciéndola de nuestros á millones;  
 Y fuése al fin dejando  
 A la infeliz hormiga renegando,  
 Y ofreciendo colérica y sangrienta  
 Vengarse de la bestia corpulenta,  
 La que solo reia  
 De cuanto el insectillo le decia;  
 Pero éste adolorido,  
 Lo siguió con paciencia,  
 Hasta que á su presencia  
 El elefante se acostó rendido  
 De un sueño tan profundo,

Cual si no hubiera hormigas en el mundo.  
 La trompa sin recelo  
 La desarruga, tiende por el suelo,  
 Y duerme alegremente.  
 Entonces la hormiguilla sutilmente  
 Por la nariz nerviosa  
 Corriendo se introduce,  
 Hasta do la conduce  
 Su venganza cruel, y allí furiosa  
 Con su débil tenaza  
 Muerde, le aguija, hiere y despedaza  
 La ternilla sensible  
 De aquel monte animado tan temible,  
 Quien al sentirse herido,  
 Despierta, da un bramido,  
 Se levanta, despliega  
 La trompa y la reiriega  
 Por do quiera que andaba.  
 Entre tanto, la hormiga no cesaba  
 De su intento primero,  
 De hacerle en la nariz un agujero.  
 Toda su fuerza aplica  
 Con un teson constante  
 Contra el pobre elefante,  
 A quien hiere, maltrata y mortifica  
 Con ahinco tan cruel y desusado,  
 Que ya desesperado  
 El elefante triste,  
 A trompazos los árboles embiste,  
 Dándose golpes tales,  
 Que en breve tiempo se hizo dos canales,  
 Por donde le salía  
 En arroyos la sangre; ni podía  
 Mas golpes sacudirse  
 El infeliz herido,  
 Y ya desfallecido  
 Hubo al fin á la muerte de rendirse.  
 Exangüe cayó al suelo.

Entonces la hormiguilla sin recelo  
 Salió de la nariz ensangrentada,  
 Y viéndose vengada,  
 Le decia: A ninguno  
 Debemos agraviar de modo alguno,  
 Y á los hombres en tí yo bien enseño,  
 Que ningun enemigo es tan pequeño  
 Como una hormiga coja,  
 Para tomar venganza si se enoja.

### FABULA XXXII.

**Heraclito, Demócrito y Minos.**

ANTE Minos llevaron  
 De Pluton los ministros  
 A Heráclito lloron,  
 Y á Demócrito, vivo,  
 Joven, alegre, chato,  
 Socarron y festivo.  
 Luego que el juez los tuvo  
 En su presencia listos,  
 Con un semblante grave  
 Estos cargos le hizo:  
 Oyes tú, mozo alegre,  
 ;Por qué siempre has reido  
 Del mísero mortal  
 Las faltas y estravíos?  
 Demócrito turbado,  
 Se disculpó y le dijo:  
 ;O señor! yo á los hombres  
 Por locos he tenido,  
 Y como un loco siempre  
 Es de la risa digno,  
 Reí sin temor ninguno

Sus faltas y delirios.  
 Minos dijo: Está bien.  
 Y al viejo convertido  
 Le dice: Y tú ¿por qué  
 Traes humedecidos  
 De lágrimas los ojos,  
 Y aun ecshalas suspiros?  
 Heráclito responde:  
 Señor: hermanos míos  
 Son los hombres, y así  
 Lloro sus extravíos,  
 Sus desventuras siento,  
 Lamento sus peligros.  
 Remediarlos quisiera,  
 Pero no está en mi arbitrio;  
 Y así solo desahogo  
 Mi pena con sentirlos;  
 Pues contemplo en cada hombre  
 Un semejante mio.  
 Tú eres un sabio, dice  
 El justiciero Minos:  
 Y tú, Demócrito, eres  
 Un loco de capricho.  
 De filósofo el nombre  
 Que siempre has pretendido,  
 Que no logres decreto  
 Por tu gemio maldito;  
 Y Heráclito lo goce  
 Por uno y muchos siglos,  
 Porque es digno de elogio  
 Y de honor distinguido,  
 El hombre que se duele  
 Con pecho compasivo  
 Del mal de sus hermanos,  
 Que ama como á si mismo;  
 Y es digno de desprecio  
 El truan, faceto, impío,  
 Que en las faltas ajenas,

En ajenos delitos,  
 En los trabajos de otros  
 Y en estraños martirios,  
 Encuentra de su risa  
 El plato mas indigno.

### FABULA XXXIII.

#### El coyote y su hijo.

Con mucha formalidad  
 Decia un coyote (\*) á su hijo:  
 No aprendas á robar: mira  
 Que es muy insolente vicio;  
 Jamas robes las mazorcas  
 De la amilpa del vecino,  
 Ni sus gallinas atrapes,  
 Ni te engullas sus pollitos,  
 Y en fin, no hagas nunca mal,  
 A nadie infieras perjuicio:  
 Haz con todos lo que quieras  
 Que todos hagan contigo,  
 Porque solo de este modo  
 Vive un coyote bien quisto.  
 Así lo haré, señor padre,  
 Respondió el coyotito.  
 El tal padre satisfecho  
 De sus consejos prolijos,  
 Se fué: ¿á donde? á un gallinero,  
 Y no dejó animal vivo.  
 Al amanecer volvió

(\*) Ignoro si este animal es la zorra de la Europa, ó es solamente propio de estos climas. El se parece mucho al perro, y es dañoso no sólo á las gallinas, sino á las sementeras de maiz; lo que no he leído de la zorra europea.

Lamiéndose los hocicos;  
 Mas no tuvo la fortuna  
 De que su gallinicidio  
 Quedase tan encubierto  
 Que no lo supiera su hijo;  
 Porque éste se fué á una vista  
 Espiándolo muy pasito,  
 Y lo vido consumir  
 El sangriento sacrificio,  
 En virtud de cuyo ejemplo  
 El hizo á otro dia lo mismo.  
 Lo supo el coyote viejo  
 Y de este modo le dijo:  
 ¡Picaro, no te he mandado  
 Que á nadie hagas perjuicio?  
 Sí, señor padre, es verdad,  
 Contestó el coyotito:  
 Usted me dice muy bien;  
 Mas como ayer he visto  
 Que se sopló seis gallinas,  
 Me comí yo seis pollitos,  
 Creyendo, señor, sin duda  
 Que no era mucho delito,  
 Que cuando come las madres  
 Almorzara yo los hijos.  
 Nada respondió el coyote  
 Hipócrita, fementido,  
 Pues conoció que el consejo  
 Sin el ejemplo es muy frio,  
 Y que para que aproveche  
 El mas saludable aviso,  
 Por los ojos debe entrar  
 Antes que por el oído.

## FABULA XXXIV.

### Los dos lobos amigos.

ERASE un lobo anciano  
 Amigo de otro lobo un poco enano,  
 Sin el que no se hallaba,  
 Porque antes que quererlo lo adoraba.  
 Siempre juntos se veían  
 A ciertas horas, juntos departían  
 En sus conversaciones,  
 Jamas sus opiniones  
 Se hallaron encontradas,  
 Amigos se decían y camaradas,  
 Y en fin, tanto se amaron,  
 Que su amistad los lobos envidiaron.  
 Pero cierto accidente  
 Esta amistad turbó muy brevemente,  
 Pues una calentura  
 Puso al lobo chaparro en la apretura  
 De no salir dos dias  
 A hacer sus averías  
 Por ranchos, por rediles y por prados,  
 A sombra de pastores descuidados.  
 Mas ya convaleciente  
 Salió á hacer experiencia de su diente,  
 Cuando con alegría  
 Vió al lobo viejo que hacía él venía,  
 Saltando peñas y pisando abrojos,  
 Con un carnero. Amigo de mis ojos,  
 Dice el enfermo: seas bien venido  
 A socorrer al pobre entelerido.  
 ¡Con qué gusto los dos nos comeremos

Hoy este corderillo que tenemos!—  
 No tienes que echar ojo al corderillo,  
 Porque no te ha de dar por el galillo.—  
 Es que me muero de hambre.—  
 Importa poco.  
 Guarda dieta, estás malo, no seas loco.—  
 ¿Qué dieta he de guardar? Dame un pedazo.—  
 De ninguna manera, tontonazo.  
 Encargo mi conciencia,  
 Te ha de dañar, lo sé, tengo experiencia.—  
 Mas que me lleve el diablo, buen amigo,  
 ¿Quieres darme un cuartito?—  
 ¿No te digo?  
 Piensas una quimera.  
 ¿Qué tonto fuera yo si te lo diera!  
 ¿No ves que está chiquito  
 Y que lo necesito,  
 Porque tal vez mañana  
 No hallaré que comer?—  
 ¡Disculpa vana!  
 ¿No eres mi antiguo amigo y compañero?—  
 Sí, mientras no me trates del carnero;  
 Pero si has dado en eso, camarada,  
 Se acabó la amistad y ya no hay nada.  
 Diciendo esto el maldito,  
 Se marchó con su tierno corderito,  
 Dejando al pobre amigo abandonado,  
 Y espuesto á ser del hambre devorado.  
 Así como este lobo vil, ratero,  
 Hay en el mundo amigos engañosos,  
 Finos hasta no mas y cariñosos  
 Mientras no se les habla de dinero.



## FABULA XXXV.

### El viejo y las pulgas.

TANTO acosaban las pulgas  
 Una noche á un pobre viejo,  
 Que no le daban lugar  
 Ni para probar el sueño:  
 Lleno de rabia el anciano  
 Hacia alguaciles sus dedos,  
 Buscando entre las almohadas,  
 Entre la colcha y su cuerpo  
 A las pulgas, á los pulgos,  
 Y á cuantos juzgaba reos  
 No menos de viejicidio,  
 Que era para él sacrilegio.  
 Tuvo, por fin, la fortuna  
 De azgar junto del pescuezo  
 Una pulga, que al instante  
 Muerte la dió sin remedio;  
 Y como si hiciera entonces  
 Una cosa de provecho,  
 Se acostó mas descansado  
 Pensando dormir sereno:  
 Cuando á poco llega un pulgo,  
 Y otro, y otro, y otros ciento,  
 Cuyos duros aguijones  
 Le punzaban en estremo.  
 El es verdad que mataba  
 Pulgas á cada momento;  
 Pero las que no morian  
 No cesaban del empeño  
 De urgirle con sus lancetas

Por do quiera al pobre viejo.  
 Cada vez que este mataba  
 Algun miserable insecto,  
 Se daba la enhorabuena  
 Creyendo dormir mas quieto;  
 Mas en vano, porque al punto  
 Sentia enemigos nuevos,  
 Que lo hacian estar en vela,  
 Y siempre en movimiento;  
 Hasta que desesperado,  
 Incómodo, sin sosiego  
 Y lleno de rabia dijo:  
 ¡Oh diablos de animalejos!  
 Ocioso es que yo presuma  
 Lograr un tranquilo sueño,  
 Pues aunque mil pulgas mate  
 Vienen otras mil de nuevo.  
 No hay mas sino conformarse  
 Con lo que ofreciere el tiempo;  
 Pues los trabajos al hombre  
 Siguen cual la sombra al cuerpo,  
 De suerte que aunque se libre  
 De uno, diez, cuarenta, ciento,  
 Quedan á su retaguardia  
 Lo menos millon y medio.  
 De este anciano debiera  
 Tomar consejo  
 Todo aquel que en sus cuitas  
 No halla consuelo.



## FABULA XXXVI.

### El loro en la tertulia.

Por una casualidad  
 En tertulia se reunieron  
 Brutos y aves, y comieron  
 En buena paz y amistad.  
 Hallóse por convidado  
 A esta espléndida funcion  
 Un loro, que á la sazón  
 De la jaula habia escapado.  
 Sobre mesa en varios modos  
 Cada animal conversó;  
 Pero el loro los cansó  
 Porque hablaba mas que todos.  
 En todo dada su voto  
 Con bastante algarabía:  
 Decía que todo entendia  
 Y que por fin era doto.  
 Ya tocaba la trompeta,  
 Ya pedia chocolate,  
 Y con tanto disparate  
 La tertulia estaba inquieta.  
 Desatinos garrafales  
 Producia á cada momento,  
 Y temia en un tormento  
 A los sabios animales.  
 Sin embargo, admiradores  
 Tuvo el loro entre los brutos,  
 Que aplaudian como frutos  
 De su ciencia sus errores.

Mas así se envanecía,  
Y si algun *bravo* escuchaba  
Al asno que rebuznaba,  
¡Ay qué regalo! decia.

La tertulia se encamorra  
Y al punto se deshiciera,  
Si por dicha no estuviera  
Allí la atrevida zorra.

Conoció el disgusto astuta  
Y de serenarlos trata,  
Lorito, dame la pata,  
Dijo: entremos en disputa.

Pues es tanto tu saber,  
¿No me dirás una cosa?  
¿De qué es tu muger golosa?  
¿Y qué cosa es la muger?

Todo se atrojó el salvaje,  
Y dijo amiga, en rigor  
La muger es á bavor,  
A estribor, fuego, buen viage.

Al oír tales desatinos  
Ya por loco lo juzgaron,  
Y aun los que antes lo alabaron  
Lo burlaban á cachinos.

No, no es loco este infelice,  
Respondió la zorra pronto:  
Habla mucho porque es tonto,  
Que no sabe lo que dice.

Con mucha serenidá  
Lo oyó el loro: no hizo aprecio,  
Ya se vé: ¿qué de esto al necio  
Qué cuidado se le dá?  
Mas yo la fábula aplico  
Al tonto á quien le comprende,  
Que habla de todo y no entiende  
Lo que habla, como el perico.

## FABULA XXXVII.

### El tigre hipócrita y el leopardo.

Yo tengo un corazon muy compasivo,  
Me atormenta la suerte de ese pobre:  
Ese tigre como yo: Júpiter haga  
Que haya alivio y consuelo en sus dolores.  
De este hipócrita modo lamentaba  
Un tigre avaro y rico los rigores  
Que affigian á otro tigre que yacia  
Enfermo, pobre y solo dentro el monte.  
Algunos animales lo escuchaban;  
Entre ellos un leopardo de buen nombre,  
Quien al oír á este falso así le dijo:  
Sí, tigre, eres piadoso: se conoce,  
Muy mucho te lastimas del enfermo:  
Su triste situacion no se te esconde:  
Compasion manifiestan tus palabras;  
Pero despues de todo, ¿lo socorres?  
De la carne que tienes cecinada  
La mayor parte al año se corrompe,  
Y á nadie participas; antes dices:  
Perezcan todos como á mí me sobre.  
Pues hipócrita vil, si tan cruel eres,  
Si te ha cogido la avaricia torpe,  
No con labio falaz así profanes  
De la tierna piedad el sacro nombre.  
Y pues tu corazon no es susceptible  
De esta angusta virtud, que ni conoces;  
A la vista del mísero enmudece  
Y con hipocresías no lo incomodes.  
Así en el tigre reprendió el leopardo  
A muchos, que tenidndo proporciones,  
Afectan compasion al desdichado,  
Pero crueles al fin no lo socorren.

## FABULA XXXVIII.

## El mono vano.

Un mono presumido  
 Que en gran casa se crió,  
 Para la sierra huyó  
 De todos sus trapillos prevenido.  
 Se presentó á los monos  
 Haciendo cortesías  
 Con dos mil monerías  
 Y hablando con ridículos entonos.  
 A la primera vista  
 Los monos se aturdieron,  
 ¿Quién será este? dijeron:  
 ¡Júpiter con sus rayos nos asista!  
 Mas poco á poco el susto  
 Se les fué disipando,  
 Se fueron acercando  
 Y lo reconocieron á su gusto.  
 ¿Qué es esto, compañero?  
 Un mono le decía,  
 Y el vano respondía:  
 Tratarásme otra vez de caballero.  
 Advierte, desdichado,  
 Que de la mona gente  
 Soy yo muy diferente,  
 Porque soy hábil, rico, y bien plantado.  
 En medio de este entono  
 Hizo cierta cabriola:  
 Se le salió la cola:  
 Y todos le dijeron: Eres mono.

Eres mono, aturdido,  
 Y mono como todos;  
 Aunque por raros modos  
 Te quisieras disfrazar con el vestido.  
 Con este desenfado  
 Lo mismo diría yo  
 Al rico que creyó  
 Que no es igual al pobre desdichado (\*).  
 De un padre descendemos:  
 Mil pasiones sentimos:  
 Enfermamos, morimos  
 Todos, y ser iguales no queremos.

(\*) Esencialmente todos somos iguales, y por esta razon nadie debiera envanecerse sobre los miserables, creyéndose de masa distinta que ellos, ó á lo menos, procediendo como si lo fueran. Las distinciones que dá la nobleza, el talento y todo mérito, son justas; pero tambien accidentales; como se hallan en Pedro pudieran hallarse en Juan. Por tanto, á nadie autorizan para ensobrietarse olvidando sus principios. Esto es lo que moraliza la fábula.



## FABULA XXXIX.

## Los consejos de la rata.



DECIA una rata á un raton,  
 Hallándose muy enferma:  
 Hay en esta linda casa  
 Mil enemigos que alerta  
 Contra tu vida estarán  
 En continua centinela.  
 Guárdate de todos ellos;  
 Pero con mas diligencia  
 Guárdate del gato viejo,  
 Que siempre en la chimenea  
 Está tomádo calor  
 Con inaudita flojera.  
 Tiene uñas y las esconde  
 Con la malicia mas negra:  
 Ve mas que un lince, y sus ojos  
 Los encapota y los cierra:  
 Está siempre murmurando,  
 Y tú pensarás que reza.  
 Ultimamente este vicho  
 Afecta mucha modestia;  
 Pero es el mayor bribon  
 Qué en el mundo el sol calienta.  
 Guárdate de él, hijo mio,  
 Con demasiada cautela;  
 Porque cuando menos pienses,  
 Entonces tu vida acecha,  
 Y si te pillá en sus uñas,  
 Te aseguro no la cuentas.

Es un hipócrita, al fin,  
 Y estos viles tienen ciencia  
 Para dañar cuando halagan,  
 Para matar cuando besan.  
 Dijo la rata y murió.

Yo venero su advertencia:  
 El enemigo es temible,  
 Y mucho mas si aparenta  
 La amistad que no conoce  
 O la virtud que desprecia.

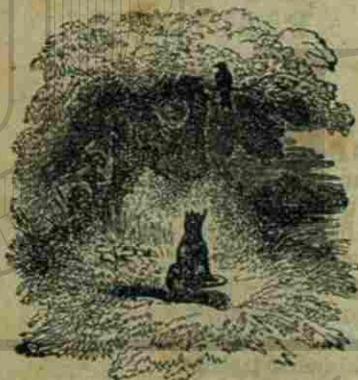
## FABULA XL.

## El palacio de naipes.

CANSADOS y prolijos  
 Pedian á Pascual sus dos hijos  
 Que unos naipes les diera  
 Para hacer una casa. De manera  
 Sus ruegos esforzaron,  
 Que por fin los naipes alcanzaron.  
 Luego que los hubieron,  
 Un gran palacio hicieron  
 Con inmenso trabajo;  
 Pero despues de todo, vino abajo  
 Por un ligero viento,  
 Que se los destruyó en un momento.  
 Los niños maldecian  
 Al aire cuando vian  
 Destruido por el suelo  
 El fruto de su afan y su desvelo.  
 Pero entonces Pascual que los entiende,  
 Su poca reflexion así reprende:

Este suceso, 6 hijos, os enseña  
 Que todo el que se empeña  
 Por mera estravagancia  
 En trabajar una obra sin sustancia,  
 Se espone inadvertido  
 A llorar su trabajo por perdido.  
 De nada sirve, pues, que la obra esté hecha  
 Si lánguida ó inútil no aprovecha.

Quando yo leo mis fábulas despacio,  
 Temo corran la suerte del palacio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**DON CATRIN DE LA FACHENDA,**

POR EL

**PENSADOR MEXICANO.**

**VIDA Y HECHOS**

DEL FAMOSO CAHALLERO

**D. CATRIN DE LA FACHENDA.**

**CAPITULO I.**

En el que hace la apologia de su obra, y da razon de su patria, padres, nacimiento y primera educacion.

**E**RIA yo el hombre mas indolente, y me haria acreedor á las esecraciones del universo, si privara á mis compañeros y amigos, de este precioso librito, en cuya composicion me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudicion, y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo el *Periquillo Sarniento*, de que su obra halló tan

buena acogida en este reino; porque la mia, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de modales cansadas, y reducida á un solo tomito en octavo, se hará desde luego mas apreciable y mas legible: antes no solo de mano en mano, de faltriguera en faltriguera, de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino de pues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Si, amigos catrines y compañeros míos: esta obra fuera correrá... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada; se imprimirá en los idiomas español, inglés, francés, alemán, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Adán sin esceptuar uno solo, al oír el sonoro y apacible nombre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, verá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los mas interesantes, y los medios mas sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, de proponerles mi vida por modelo. Aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su consabidísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplo por su conducta, y héroe por todos sus cuatro cuernos; pero basta de escordio, *operibus credite*. Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y cinco años, edad florida, y en la que no se debían esperar ya los frutos de literatura y moralidad tan maduros como los que á ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio del siglo XVIII en que nació, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendientes como yo hubiera apetecido aun antes de existir, y tan cabales como los que en nada desmerezco su linaje.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significa que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchachos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor aerisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*, á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fé de caballero D. Catrin, que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nació, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros; pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de enanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniere con enojo: tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tio cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo *ab ineunte aetate*, desde mis primeros años me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo menos como catorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en otras me ponía

buena acogida en este reino; porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida á un solo tomo en octavo, se hará desde luego mas apreciable y mas legible: andará no solo de mano en mano, de faltriguera en faltriguera, y de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino despues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines y compañeros míos: esta obra famosa correrá... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada: se imprimirá en los idiomas español, inglés, francés, alemán, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Adán, sin exceptuar uno solo, al oír el sonoro y apacible nombre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los mas interesantes, y los medios mas sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, de proponerles mi vida por modelo... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro costados; pero basta de escordio, *operibus credite*. Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y un años, edad florida, y en la que no se debían esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais á ver en el discurso de esta obra. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio del siglo XVIII en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendientes como yo los hubiera apetecido aun antes de existir, y tan cabales catrines que en nada desmerezo su linage.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchachos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor aerisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*, á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fé de caballero D. Catrin, que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nací, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros; pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tío cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo *ab ineunte aetate*, desde mis primeros años me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo menos como eatorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en otras me ponía

con el maestro, en estas retozaba todo el día, en aquellas faltaba cuatro ó cinco á la semana; y en estas y las otras aprendí á leer, la doctrina cristiana segun el catecismo de Ripalda, á contar alguna cosa, y á escribir mal, porque yo me tenia por rico, y mis amigos los catrines me decian que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo, el tener una letra gallarda, ni conocer los groseros signos de la estafalaria ortografía. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros míos, qué se me da, repito, de leer así ó asado; de sumar veinte y once son treinta y seis: y de escribir, *el cura de Tacubaya salió á casar conejos?* Dícenme que esto es un disparate: que los curas no casan conejos sino hombres racionales: que cazar con *z* significa en nuestro idioma castellano matar ó coger algun animal con alguna arma ó ardid, y casar con *s* es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la muger se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me dá, vuelvo á deciros, de estas y semejantes importunas convenciones? Nada, á la verdad; nada seguramente; porque yo he tratado y visto murmurar á muchos ricos que escribian de los perros; pero á vueltas de estas murmuraciones los veia adular, y recomendar por los mas hábiles pendolistas del universo; lo que me hace creer, queridos míos, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo, salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decian los buenos señores que un D. Catrin no debía aprender ningun oficio, pues eso seria envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algun dia fuera ministro de estado, ó por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era mas humildé ó tenia menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni va-

nidades, sino en jugar todo el día, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñian, y me obligaban á estudiar algunos ratos, y en estos. . . ¡lo que es un talento agigantado! en estos cortos ratos que estudié á fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Ciceron en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulacion de mis cansados preceptores. Aquellos reian siempre que yo construia un verso de Virgilio ó de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oirme hacer régimen de una oracion, porque yo les hacia ver á cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mio.

Me decian, por ejemplo, que *ego, mei*, no tenia vocativo, y yo les decia que era fácil ponérselo, y necesario el que lo tuviera; pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latin esta oracion: *¡O yo el mas infeliz de los nacidos!* y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicior naturum*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los gramáticos antiguos.

La oposicion que hice á toda gramática fué de lo mas lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oirme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio:

*Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,*  
Que volví al castellano de este modo:

*Tu recubans*, tú amarrarás; *Tityre*, á los títeres; *patulae*, de las patas; *fagi*, con una faja; *sub tegmine*, bajo de ciertos términos. Todos se reian, celebrando, ya se vé, mi habilidad; pero los maestros se ponian colorados, y aun me querian comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos, y me pusieron á estudiar filosofia.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüia yo en *barbara* que era un pasmo, y tenia un *ergo* tan retumbante, que hacia estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asom-

bro de mis condiscipulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasion, arguyendo con un rancio peripatético que defendia la ecsistencia de cierto animal llamado entre sus antiguos patronos *ente de razon*, despues de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente:

*Si per alicujus actus aficeretur entis ratio, maxime per huic: per huic non; ergo per nullius.* Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dió un apretado abrazo, y medio real de carita, diciéndome: Tenga vd. el gusto de que es mas fácil concebir un ente de razon, que poner otro silogismo en un latin tan cespó y elegante. Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese dia, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro, y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam:* que resuelto á romance quera decir: Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrin, que es de los nuestros Catrines. ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿No os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿No os espanta mi fama tan temprana? ¿No os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme, y lograreis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber cursado la Universtidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y conolegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum*, que me ofrecian, y me contenté con el grado de bachiller, que le costó á mi padre treinta y tantos pesos, me parece: y aun este lo admití porque ya sabia yo cuán necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fué preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años á cuestas, me divertia en las vacaciones que tuve, pasando el

tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tio cura le pareció que ya perdía demasiado tiempo, instó á mis padres para que me volvieran á soterar en el colegio á estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinacion para que se procediera con acierto.

Yo tenia muy poca ó ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones; la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenian al ver cómo desarrollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenia hecho, para disputar de cualquier ciencia con el mismo Salomon.

Resuelto de esta manera, le dije á mi padre que no queria continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías importunas que no proporcionaban á los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningún premio; pues para un medio sabio que cogia el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, habia novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenia talento; pero como reconocia muchas ventajas en el mio, se encogió de hombros como quien se sorprende, y no hizo mas sino trasladar la respuesta á la noticia de mi pesado tio el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertacion, como vereis en el capítulo que sigue.



## CAPITULO II.

Describe la figura de su tío el cura, y da razon de lo que conversó con él y con su amigo Precioso, y sus resultas.

**Q**UE cierto es que si no hubiera entremetidos en las familias, andaria todo con mas orden; pero estos comedidos consejeros muchas veces llevan á las casas la discordia.

Mi buen tío era el cura de Jalatlaco, que habreis oido nombrar varias ocasiones en este reino. Se apuraba por lo que no debía, y aun los etuidados mas agenos lo tenían molesto y estenuado: ¿qué seria cuando juzgaba que el mal recaía inmediatamente sobre alguno de sus parientes? ¡Dios de mi alma! Entonces todo era para él sustos, temores y congojas: no habia consejo que no diera, ni diligencia que no practicara, para evitar que sintiera el mal que amenazaba. Algunas veces se salía con la suya á fuerza de regaños y sermones; pero en otras, que eran las mas, predicaba en desierto, y todo se quedaba como siempre.

Así le sucedió conmigo. Un dia. . . . pero os pintará primero su figura, para que conozcais cuán diferentes serian sus pensamientos de los míos; porque si por el fruto se conoce el árbol, por el exterior suele conocerse el carácter de los hombres.

Era, pues, mi buen tío un clérigo viejo como de sesenta años de edad, alto, flaco, descolorido, de un rostro venerable, y de un mirar sério y apacible: los años habian emblanquecido sus cabellos, y sus estudios y enfermedades consumiendo su salud, despoblaron de dientes sus encías, llenaron de arrugas el cutis de su cara, y opacaron la vista de sus ojos que eran azules, y se guarecian debajo de una hermosa pestaña y grande ceja; sin embargo, en su espaciosa frente se leia la serenidad de una buena conciencia, si es que las buenas conciencias se pintan en las frentes anchas y desmedidas calvas: sus discursos eran concertados, y las palabras con que los proferia eran dulces y á veces ásperas, como lo fueron siempre para mí: su traje siempre

fué trazado por la modestia y humildad propia del carácter que tenia: sus manos con su corazón estaban abiertas al indigente, y todo lo que le rindió su curato lo invirtió en el socorro de sus pobres feligreses, con cuyas circunstancias se hizo generalmente amable de cuantos le trataron, menos de mí, que á la verdad no lo tragaba, porque á título de mi tío y de que me queria mucho, era mi constante pedagogo, mi fiscal vigilante, mi perpetuo regañon. ¡Pobre de mí si no hubiera sido por mis amantes padres! Me consume sin duda el señor cura, y me convierte en un misántropo aborrecible ó en un anacoreta repentino; pero mis padres, que santa gloria hayan, me amaban mas que el tío, y me libraban con modo de su impertinencia. Mas valia un *no quiero* de mi boca, dicho con resolucion á mi madre, que veinte sermones de mi tío: ella y mi padre inmediatamente que me veian disgustado, condescendian con mi voluntad y trataban de serenarme. Esto es saber cumplir con las obligaciones de padres de familia; así se crian los hijos, y así salen ellos capaces de honrar su memoria eternamente.

Un dia, iba diciendo, me llamó á solas el pesado tío y me dijo: Catrin, ¿por qué no quieres continuar tus estudios? Mal ó bien, ya has comenzado la carrera de las letras; pero nadie se corona ni alcanza el lauro si no llega al término prescrito. Es verdad que los estudios son fastidiosos al principio; pero no es menos cierto que sus frutos son demasiado dulces, é indefectiblemente se perciben. Con que ¿por qué no quieres continuar?

Señor, le contesté, porque estoy satisfecho de la inutilidad de las ciencias, de lo mal que se premia á los sabios, y porque ya sé lo necesario con el estudio que he tenido y la varia lectura á que me he dedicado. ¿Cómo es eso, decía el cura, explícate, qué casta de varia lectura ha sido esa? Porque si es igual á tus ponderados estudios, seguramente que nada puede aprovecharte.

Nada menos que eso, le respondí: he leído una enciclopedia entera, el Quijote de Cervantes, el Gil Blas, las Verdades de la Quinta, el Viajero universal, el Teatro crítico,

el Viaje al Parnaso, y un celemin de comedias y entremeses.—Por cierto que has leído mucho y bueno para creerte un sabio consumado; pero sábetelo para tu confusión, que no pasas de un necio presumido, que aumentarás con tus pedanterías el número de los sabios aparentes ó eruditos á la violeta. ¿Qué es eso de que las ciencias son inútiles? ¿Qué me puedes decir acerca de esto que yo no sepa? Dirásme si, que las ciencias son muy difíciles de adquirir, aun despues de un estudio dilatado; porque toda la vida del hombre, aunque pase de cien años, no basta á comprender un solo ramo de las ciencias en toda su estension. Solo Dios es el omniscio universal ó el ser á quien nada se le esconde; pero el hombre finito y limitado apenas llega al cabo de mil afanes, á saber algo mas de lo que ignoraba el resto de sus semejantes. De manera que yo convendré contigo en confesar que no hay, ni ha habido, ni habrá sobre la faz de la tierra un solo hombre completamente sabio en teología, jurisprudencia, medicina, química, astronomía, ni en ninguna otra facultad de las que conocemos y entendemos; mas esto lo que prueba es, que el hombre es limitado por mas que haga; pero no que es imposible subir á la cumbre de las ciencias, y mucho menos que éstas sean inútiles en sí.

¿Qué mas dirías si supieras que á mediados del siglo pasado el filósofo de Ginebra, el gran Juan Santiago Rousseau, escribió un discurso probando en él que las ciencias se oponian á la práctica de las virtudes, y engendraban en sus profesores una inclinacion hácia los vicios, cuyo discurso premiò la academia de Dijon en Francia? Entonces tú, como tan mal instruido, creerias haber parado al solo de tu carrera; pero no, hijo mio; este gran talento abusó de su talento para probar una paradoja ridícula. El quiso probar en este discurso que las ciencias eran perniciosas, despues que habia recomendado su provecho, despues que les tomó el sabor, y logró hacer su nombre inmortal por ellas mismas. A tanto llega la vanidad del hombre. Rousseau defendió con su elocuencia un delirio que él mismo condenaba dentro de su corazón; y esta elocuencia fué tan grande, que

alucinó á los sabios de una academia respetable, en términos de adjudicarle premio por lo que merecia desaires; pero esto mismo prueba hasta dónde puede llegar la utilidad de las ciencias, pues si el arte de decir hace recomendable lo necio, ¿qué será si se aplica á lo útil y provechoso?

Dirásme tambien, como ya lo dijiste, que la suerte de los sabios es infeliz, y que por uno que premia el mundo, hay mil á quienes abate ó persigue; pero esto no depende de las ciencias, sino del trastorno de las ideas, y de otras cosas que tú no entenderás aunque te las explique; mas sin embargo de esto, el sabio jamas deja de percibir en si mismo el fruto de sus tareas. El hombre ignorante, aunque sea rico, no puede comprar con ningun oro las satisfacciones que puede gozar el sabio, aun en medio de su desgracia. El primero tendrá quien le adule para estraerle algo de lo que esconde; pero el segundo tendrá quien le aprecie, quien le ame y alabe con relacion á su mérito real y no á otra cosa. Ultimamente: el necio se llamará dichoso mientras sea rico: el sabio lo será realmente en medio de la desgracia si junta la ilustracion á la virtud. Por esto dijo sabiamente Ciceron: "Que todos los placeres de la vida ni son propios de todos los tiempos, ni de todas las edades y lugares; pero las letras son el alimento de la juventud, y la alegría de la vejez; ellas nos suministran brillantez en la prosperidad, y sirven de recurso y consuelo en la adversidad." De aquí debes inferir que jamas son inútiles las ciencias: que los sabios siempre perciben el fruto de sus tareas, y que si quieres lograr tú alguno, es necesario que continúes lo comenzado. Esto te digo por tu bien: haz lo que quieras, que ya eres grande. Diciendo esto el buen cura, se marchó sin esperar respuesta, dejándome bien amostazado con su sermon impertinente.

Yo por disipar un poco el mal rato, tomé mi capa, y me fui á comunicar mis cuitas con un intimo amigo que tenia, llamado Precioso, jóven no solo fino, sino afiligranado, de una erudicion asombrosa, de unas costumbres ejemplares, y cortado enteramente á mi medida.

Cuando entré á su casa, estaba sentado frente á su to-

cador, dándose color en las mejillas, con no sé que menajurje. Luego que me vió me hizo los cumplimientos necesarios, y me preguntó por el motivo de mi visita. Yo le dije todo lo pasado, añadiendo: ya ves, amigo, que la carrera de las letras es larga, fastidiosa y poco segura para vivir en este reino: si pienso en colocarme de meritorio en una oficina, tal vez, al cabo de servir de balde cinco ó seis años, y cuando vaque una plaza de empleado en la que yo deba colar, se aparece un D. Fulano cargado de recomendaciones, me lo encajan encima, y me quedo en la calle, ó cuando esto no sea, mi forma de letra es tan corriente, que es imposible la entiendan si no son los boticarios viejos; motivo justo para que no piense en ser oficinista. Si se me presenta el comercio como un giro acomodado para vivir, lo abandono por indecente á la nobleza de mi cuna, pues ya tú ves que un D. Catrin no debe aspirar á ser traperero, ni mucho menos á embutirse tras de una taberna, ó tras de un mostrador de aceite y vinagre. Pensar en irme á acomodar de administrador de alguna hacienda de campo, es quimera, pues á mas de que no tengo instruccion en eso, el oficio de labrador se queda para los indios, gañanes, y otras gentes como estas sin principios: con que yo no sé qué carrera emprender que me proporcione dinero, honor y poco trabajo.

En muy poca agua te ahogas, me contestó Precioso: ¿Hay cosa mas fácil que ser militar? ¿Pues por qué no piensas en ello? La carrera no puede ser mas lucida: en ella se trabaja poco y se pasea mucho, y el rey paga siempre á proporcion del grado que se obtiene. Es verdad, te dije, me acomoda tu dictámen; pero hay una suma dificultad que vencer, y es que yo... pues, no soy cobarde; pero como no estoy acostumbrado á pleitos ni pendencies, me parece que no sé como me he de presentar en campaña al frente del enemigo. No, no soy capaz de derramar la sangre de mis semejantes, ni menos de esponerme á que se derrame la mia; soy muy sensible.

Ya te entiendo, me respondió Precioso: tú serás muy sensible ó muy miedoso; pero yo te juro que como escapes de

las primeras escaramuzas, tú perderás el miedo y la sensibilidad muy en breve; todo es hacerse. Conque anda, empena á tu padre en que te ponga los cordones de mi propio regimiento, y verás qué videta nos rapamos.

Las sanas doctrinas de mis amigos tenian mucho ascendiente sobre mi corazon. Al momento adopté el parecer de Precioso, y me volví á mi casa loco de contento, resuelto á ser cadete á toda costa.

No me costó mucho trabajo, pues aunque al principio se resistia mi padre, alegando que estaba pobre, y que no podia sostenerme con el decoro conveniente á la clase distinguida de cadete; yo insté, porfié y reñí por último con mi madre, la que por no verme encolerizado, me ofreció que obligaria á mi padre á darme gusto, mas que se quedaran sin colchon.

No fueron vanas las promesas, porque mi madre hizo tanto, que al dia siguiente ya mi padre mudó de parecer, y me preguntó que de qué regimiento queria ser cadete, y habiendo sabido que del mismo de donde lo era D. Precioso, me aseguró que dentro de ocho dias me pondria los cordones. Así se verificó, segun os voy á contar en el capitulo tercero.

### CAPITULO III.

En el que refiere como se hizo cadete: las advertencias de su tio el cura, y la campaña de Tremendo.

QUEDA se dificulta conseguir en habiendo monedas y nobleza; yo lo ví conmigo palpablemente. Mi padre entabló su solicitud por mí, presentando mis ejecutorias de hidalguía y de nobleza, y los recomendables méritos de mis abuelos, que habian sido conquistadores, con lo que en dos por tres catenme aquí con mis licencias necesarias para incorporarme en la milicia.

En efecto, á los cuatro dias ya estaba hecho mi famoso

uniforme, y el domingo siguiente me lo puse con mucho gusto mio, de mis padres, de mis amigos y parientes, menos del cura, que como acostumbrado á tratar solo con los mazorrales de su curato, era opuestísimo al brillo de la corte y al lujo de los caballeros; y así estaba muy mal con mi nuevo empleo, y no era eso lo peor, sino que trató de indisponer á mi padre hasta el último dia; mas no lo consiguió: yo me puse los cordones, y esa noche hubo en mi casa un magnífico baile.

Todos me dieron mil abrazos y parabienes, y entre los brindis que se repetían á mi salud, me decían que parecía yo un capitán general, con lo que me hacían conocer mi mérito con solidez.

Solamente el cura, el santo cura, que Dios haya perdonado, era mi continuo tormento. Así que se concluyó la función, me dijo: Soy tu tío, te amo sin fingimiento, desee tu bien, estás en una carrera en que puedes conseguirlo si eres hombre de arreglada conducta; pero temo mucho que no es el deseo de servir al rey ni á tu patria el que te ha conducido á este destino, sino el amor al libertinage. Si así fuere, sábete que si hay militares pícaros, hay generales honrados que los hagan cumplir con sus deberes, ó los desechen con ignominia en caso grave; que si sales tan mal soldado como estudiante, lograrás iguales aplausos, recomendaciones y aprecio; y por último sábete, que aunque logres ser un libertino tolerado, á la hora de tu muerte encontrarás un Juez Supremo é inescorable que castigará tus crímenes con una eternidad de penas. Dios te haga un santo: que pases buena noche. Este fué el parabien que me dió el cura, y yo le quedé tan agradecido como obligado, pues me dejó confundido su última amenaza.

Sin embargo, al otro dia fui á buscar á mis amigos, quienes hallé en un café, y luego que me vieron, me preguntaron para que tomara aguardiente, favor que yo admití de buena gana.

Durante el brindis no quedó muger conocida de México, cuya honra no sirviese de limpia dientes á mis camaradas, entre los que estaba un D. Taravilla, mozo de veint-

años, hablador como él solo y catrin completo, esto es, hombre decente y de muy bellas circunstancias. Sin ayuda de nadie divertía una tertulia una noche entera: nadie hablaba cuando él comenzaba á platicar; y aunque tenía el prurito de quitar créditos, nadie se lo notaba, por el chiste y la generalidad con que lo hacia.

En esta ocasion me acuerdo que dijo que ninguno de nosotros podia jurar que era hijo de su padre, y añadió: yo por mí, á lo menos no me aventuraré jamas á creer ni asegurar tal cosa. Mi madre es jóven y bonita, su marido es viejo y pobre: ustedes dirán si yo podré jurar que fué mi padre: pero ¿qué me importa? El me sostiene, mi madre es muger, y es fuerza perdonarle sus fragilidades.

Quien de este modo hablaba de sí mismo, ¿cómo hablaría de los demas? En menos de media hora hizo pedazos el honor de diez doncellas conocidas, destrozó el crédito de seis casadas, echó por tierra la opinion buena de veinte comerciantes, y trilló la fama de cuatro graves religiosos, nada menos que prelados; y si la conversacion dura mas, las togas, las prebendas, el baston y el báculo de México quedan hechos harina debajo de su lengua. Tanta era su volubilidad, tanta su gracia.

Yo no podia menos que acordarme de lo que el tío cura me habia dicho la noche anterior; y así, confuso, recargado sobre la mesa, con la mano en la frente y la botella delante, decia dentro de mí: no hay remedio, una conversacion como esta, en la que no hay un crédito seguro, ni puede ser agradable á Dios ni provechosa á los hombres, tanto hablar como el oír con gusto estas mordacidades; no puede menos que ser malo, pues se tira y se coopera contra el prójimo, lo que es una falta de caridad; y nuestra religion nos asegura que el que no ama á sus semejantes como á sí, no cumple con la ley; el que no cumple con la ley, peca; el que peca con gusto, conocimiento y constancia, se obstina; el que se obstina, vive mal; el que vive mal, muere mal ensi siempre; el que muere mal, se condena, y el que se condena padecerá sin fin. ¡Valgame Dios! Esto fué lo que anoche quiso decirme el cura.....

Tan embebecido estaba yo en estas tristes consideraciones, que ni atendía á lo que platicaban mis amigos. Mi abstracción fué notable en tanto grado, que un Don. . . . que sé yo como se llamaba, le decían *D. Tremendo*, oficial del regimiento N, lo notó, y me reconvino. Yo le dije lo que me habia pasado la noche anterior con mi tío, y que el temor que me habia infundido su arenga era la causa de mi confusión.

Una burla general fué la salva de mi respuesta: todos se rieron á carcajadas, y el camarada Tremendo acabó de escitar su alegría diciendo: ¡Valiente mona tenemos por compañero de armas! Hombre del diablo, ¿por qué no pretendiste el velo de capuchina, antes que los cordones de cadete, ó á lo menos el asador de la cocina de un convento de frailes, ya que eres tan pacato y escrupuloso? Vaya, vaya: se conoce que eres un pazguate de mas de marca. Mirate ahí, muchacho no muy feo, con cuatro reales en el bolsillo y unos cordones en el hombro, y espantándose por dos chismes que te contó tu tío. . . . pues, tu tío, un clemente viejo, fanático y majadero á prueba de bomba, á quien yo hubiera echado al perico tiempos hace; mas él te ha sabido infundir un terror pánico desmedido, acobardando tu espíritu con cuentos de viejas y palabras que nada significan. Vamos, chico, vamos; pásate con nosotros alegremente; brinda con los que beben, juega, enamora, riñe y solazáte con quien sabe pasear, beber, jugar, enamorar, reñir y solazarse. Mañana serás un triste retirado: la vejez habrá robado las gracias de tu juventud, y la alegría humilde veinte leguas en torno de tu habitacion, y entonces sentirás no haber aprovechado estos momentos lisongeros, que te ofrece tu presente estado.

Desengáñate, Catrin: pásate, huélgate, juega, enamórate en lo que eres, esto es: entiende que el ser militar en clase de soldado raso, es mas que ser empleado, togado ni sacerdote. El oficial del rey es mas que todo el mundo: todos lo deben respetar, y él á ninguno: las leyes civiles no se hicieron para los militares; infringirlas en ti sería á lo mas, una delicadeza si observas las ordenanzas y

tes con tal cual lujo: todos los bienes, y aun las mugeres, son comunes en tiempo de guerra, y en el de paz se hacen de guerra, echando mano al sable por cualquier cosa; y así olvidate de esas palabras con que te espantó el viejo tonto de tu tío, y pasa buena vida. Muerte, eternidad y honor, son fantasmas, son cocos con que se asustan los muchachos. *Muerte*, dicen; pero ¿quién temerá la muerte, cuando el morir es un tributo debido á la naturaleza? Muere el hombre, lo mismo que el perro, el gato, y aun el árbol, y así nada particular tiene la muerte de los hombres. *Eternidad*: ¿quién la ha visto, quién ha hablado con un santo ni con un condenado? Esto es quimera. *Honor*: esta es una palabra elástica que cada uno le da la estension que quiere. Punto de honor es combatir al enemigo hasta perder la vida en la campaña, y punto de honor es asemar al indeseado, robarle sus bienes y abusar de la inocencia de sus hijas. Esto lo has visto: la gracia está en saber pintar las acciones y dictar los partes; y teniendo la habilidad de engañar á los gefes, tú pasarás por un militar sabio, valeroso y prudente.

Conque vuelve por tu honor entre los camaradas: sé corriente, franco, marcial y para todo; pues si te metes á místico y escrupuloso, serás la irrisión mia, de Precioso, de Taravilla, y en fin hasta de Modesto, que ya lo ves que parece que no sabe quebrar un plato.

Este Modesto era un jóven oficial, que habia estado oyendo la conversacion de Tremendo con mucho silencio; pero lo rompió á este tiempo, y dijo con bastante seriedad: Tremendo: el cadete nuevo tiene mucha razon para confundirse al oír una plática tan escandalosa como la que sostuvo Taravilla, y la tendrá mayor si se hace cargo de los desatinos que has dicho, y cuya malicia tú mismo ignoras; pero yo que aunque jóven y militar no soy de la raza de los Catrines y Tremendos, debo decirle que hace muy bien en abrigar los cristianos y honrados sentimientos que le ha inspirado el bueno de su tío. Sí, amigo D. Catrin: entienda vd. que la carrera militar no es el camino de los infiernos. Un cadete, un oficial, es un caballe-

Tan embebecido estaba yo en estas tristes consideraciones, que ni atendía á lo que platicaban mis amigos. Mi abstracción fué notable en tanto grado, que un Don . . . . qué sé yo como se llamaba, le decían *D. Tremendo*, oficial del regimiento N, lo notó, y me reconvino. Yo le dije lo que me habia pasado la noche anterior con mi tío, y que el temor que me habia infundido su arenga era la causa de mi confusión.

Una burla general fué la salva de mi respuesta: todos se rieron á carcajadas, y el camarada Tremendo acabó de excitar su alegría diciendo: ¡Valiente mona tenemos por compañero de armas! Hombre del diablo, ¿por qué no pretendiste el velo de capuchina, antes que los cordones de cadete, ó á lo menos el asador de la cocina de un convento de frailes, ya que eres tan paco y escrupuloso? Vaya, vaya: se conoce que eres un pazguate de mas de marca. Mirate ahí, muchacho no muy feo, con cuatro reales en el bolsillo y unos cordones en el hombro, y espantándose por dos chismes que te contó tu tío . . . . pues, tu tío, un clérigo viejo, fanático y majadero á prueba de bomba, á quien yo hubiera echado al perico tiempos hace; mas él te ha sabido infundir un terror pánico desmedido, acobardando tu espíritu con cuentos de viejas y palabras que nada significan. Vamos, chico, vamos; pásate con nosotros alegremente; brinda con los que beben, juega, enamora, riñe y solazate con quien sabe pasear, beber, jugar, enamorar, reñir y solazarse. Mañana serás un triste retirado: la vejez habrá robado las gracias de tu juventud, y la alegría huirá veinte leguas en torno de tu habitación, y entonces sentirás no haber aprovechado estos momentos lisongeros, que te ofrece tu presente estado.

Desengáñate, Catrin: pásate, huélgate, juega, enamora, tente en lo que eres, esto es: entiende que el ser militar aun en clase de soldado raso, es mas que ser empleado, togado ni sacerdote. El oficial del rey es mas que todo el mundo: todos lo deben respetar, y él á ninguno: las leyes civiles no se hicieron para los militares; intrínsecas en tí será, á lo mas, una delicadeza si observas las ordenanzas y vis-

tes con tal cual lujo: todos los bienes, y aun las mugeres, son comunes en tiempo de guerra, y en el de paz se hacen de guerra, echando mano al sable por cualquier cosa; y así olvídate de esas palabras con que te espantó el viejo tonto de tu tío, y pasa buena vida. Muerte, eternidad y honor, son fantasmas, son cocos con que se asustan los muchachos. *Muerte*, dicen; pero ¿quién temerá la muerte, cuando el morir es un tributo debido á la naturaleza? Muere el hombre, lo mismo que el perro, el gato, y aun el árbol, y así nada particular tiene la muerte de los hombres. *Eternidad*: ¿quién la ha visto, quién ha hablado con un santo ni con un condenado? Esto es quimera. *Honor*: esta es una palabra elástica que cada uno le da la estension que quiere. Punto de honor es combatir al enemigo hasta perder la vida en la campaña, y punto de honor es asesinar al indefenso, robarle sus bienes y abusar de la inocencia de sus hijas. Esto lo has visto: la gracia está en saber pintar las acciones y dictar los partes; y teniendo la habilidad de engañar á los gefes, tú pasarás por un militar sabio, valeroso y prudente.

Conque vuelve por tu honor entre los camaradas: sé corriente, franco, marcial y para todo; pues si te metes á místico y escrupuloso, serás la irrisión mia, de Precioso, de Taravilla, y en fin hasta de Modesto, que ya lo ves que parece que no sabe quebrar un plato.

Este Modesto era un jóven oficial, que habia estado oyendo la conversacion de Tremendo con mucho silencio; pero lo rompió á este tiempo, y dijo con bastante seriedad: oyes, Tremendo: el cadete nuevo tiene mucha razon para confundirse al oír una plática tan escandalosa como la que sostuvo Taravilla, y la tendrá mayor si se hace cargo de los desatinos que has dicho, y cuya malicia tú mismo ignoras; pero yo que aunque jóven y militar no soy de la raza de los Catrines y Tremendos, debo decirle que hace muy bien en abrigar los cristianos y honrados sentimientos que le ha inspirado el bueno de su tío. St, amigo D. Catrin: entienda vd. que la carrera militar no es el camino real de los infiernos. Un cadete, un oficial, es un caballe-

ro, y si no lo es por su cuna, ya el rey lo hizo por sus méritos ó porque fué de su agrado; pero no es caballero ni lo parecerá jamas el truan, el libertino, el impío, el fachenda y el baladron. No, amigo: la carrera militar es muy ilustre; sus ordenanzas y sus leyes muy justas; y el rey ni debe, ni quiere, ni puede autorizar entre sus soldados el robo, el asesinato, el estupro, el sacrilegio, la provocacion, la trampa, la fachenda, la soberbia, ni el libertinage, como por de gracia creen muchos de mis compañeros degradados. No señor: el oficial que tiene el honor de militar bajo las banderas del rey, debe ser atento, comedido, bien criado, humano, religioso, y de una conducta de legítimo caballero.

Ninguna licencia le permite á vd. el rey para ultrajar al paisano de paz, para atropellar su honor ni el de su familia, para hacer una estafa, ni para ser desvergonzado ni provocativo espadachin. Sépase vd., amigo, que cuando comete estos delitos, sus cordones, sus charreteras, sus galones ni sus bordados, le servirán de otra cosa, sino de hacerlo mas abominable á los ojos de los sabios, de los virtuosos, de sus gefes y de todo el mundo; porque todo el mundo se resiente de la conducta de un pícaro, por mas que tenga la fortuna de pasar por un señor: en tal caso sus superiores le desairan, sus iguales le aborrian, y sus inferiores le maldicen.

Si cualquiera se hace aborrecible con estos vicios, ¿qué será si á ellos añade el ser un blasfemo y un impío, que se produzca escandalosamente contra nuestra católica religion, religion la mas santa, única, verdadera y justificada? ¿No basta ser infractores de la ley? ¿Es menester destruir el dogma, burlarse de los misterios, y hacer una descarada irrision de lo mas sagrado, á título de bufones, de necios y de libertinos?

Si por mí lo dices, contestó Tremendo muy enojado: si por mí lo dices, so botarate hipocriton, mira cómo te esPLICAS, porque á mí . . . pues, ni San Pedro me ha hecho quedar mal en esta vida. Ya me conoces, chico: cuenta con la boca, porque yo no aguanto pulgas; y por vida del

gorro de Pilatos que si me enfado, del primer tajo te he de enviar á buscar el mondongo y la asadura mas allá de la region del aire.

Todos se rieron, como era regular, de la arrogancia de Tremendo; pero Modesto, bastante serio le dijo: Anda á pasearte, fanfarron: ¿qué piensas que me amedrentas con tus baladronadas? Estoy seguro de que los mas matones son los mas cobardes. . . . Eso no, voto á Cristo, dijo Tremendo: el cobarde y hablador tú lo eres, y te lo sostengo de este modo. . . .

Diciendo y haciendo sacó el sable, y Modesto mas ligero que una pluma, sacó tambien el suyo, y se puso en estado de defensa. . . . Pero dejémoslos con los sables en las manos, reservando la noticia del fin de su reñidísima campaña para el capítulo que sigue, pues este ya va muy largo, y el prudente lector tendrá ganas de fumar, de tomar un polvo, toser ó estornudar, y no será razon impedirle que tome un poco de resuello.

#### CAPITULO IV.

Dáse razon del fin de la campaña de Tremendo; desafia éste á Catrín, y se trata sobre los duelos.

Con los sables levantados en el aire quedaron nuestros dos bravos campeones en el capítulo pasado; pero no los tuvieron ociosos mucho tiempo. Tremendo tiró un furioso tajo sobre la cabeza de Modesto, quien le hizo un quite muy diestro, pero desgraciado para mí, porque el sable se deslizó sobre mi hombro izquierdo y no dejó de lastimarme: yo me irrité como debia; y acordándome de las lecciones que me habian dado mis amigos sobre que no me dejara de nadie, que vengara cualquiera ofensa, por leve que fuese, y que no disculpara la mas ligera falta que contra mi respetable persona se cometiera; acordándome, digo, de estas y otras máximas morales, tan bellas y seguras como las dichas, me encendí en rabia, y como poco acostumbra-

do al uso del sable, se me olvidó echar mano á él, y afianzando el vaso de aguardiente que tenia delante, lo arrojé á la cara de Tremendo; pero tuvo la fortuna de que se le quebró en el boton del sombrero, y se le introdujo algun licor en los ojos. Entonces dos veces ciego con la cólera y con el alcohol, se enfureció terriblemente, y comenzó á tirar tajos y reveses al monton que Dios crió; pero tantos, tan seguidos y sin órden, que á todos nos puso en cuidado aquel maldito loco.

El alboroto fué terrible: los vasos, escudillas, botellas, mesas y demas muebles del café, andaban rodando por el suelo, y nosotros harto haciamos en defendernos con las sillas. Los pobres dueños de la casa estaban divididos en sus opiniones: unos querian pedir auxilio al cuerpo de guardia inmediato, y otros se oponian porque no les tocara la peor parte.

Los gritos, golpes, bulla y algazara eran insufribles, hasta que por fortuna, dos compañeros tuvieron lugar de afianzar por los brazos á Tremendo: entonces le quitaron el sable, le metieron á lo mas interior de la casa y trataron todos de serenarle, lo que no se pudo conseguir, porque Tremendo toda la furia que tenia con Modesto, la volvió contra mí, y echando votos y maldiciones, me maltrató á su placer, y concluyó jurando vengarse á fé de caballero, y satisfacer el ultraje de su honor con la espada en la mano; para lo cual, si tu nacimiento es noble, me decia, y si eres tan valiente en el campo, cuerpo á cuerpo, como en los cafés, rodeado de tus amigos, á las cuatro de esta tarde te espero solo con mi sable en el cementerio de S. Lazaro: sé que no irás porque eres un cobarde; pero con tu miedo me daré por satisfecho, mi honor quedará con lustre, y tú pasarás por un infame entre los camaradas. Diciendo esto se marchó sin esperar respuesta.

Todos se miraban con atencion, y con la misma me veian á la cara. Yo conocí cuánto significaba su admiracion y su silencio; y aunque es verdad, como que me he de morir, que yo le tenia bastante miedo á Tremendo, y que le hubiera dado todo lo que tenia en el bolsillo porque

no me hubiera desafiado, me avergoncé de haber callado; y haciendo de tripas corazon, les dije: No hay cuidado, amigos, no hay cuidado: está admitido el duelo, á la tarde nos batirémos en el campo. ¿Qué se dijera de D. Catrin Fachenda, si en el primer lance público de honor que se le ofrece, manifestara cobardía? No, de ninguna manera huiré la cara al peligro. Bueno fuera que un militar que no debe temer una fila entera de enemigos, tuviera miedo á un patarato hablador como Tremendo. Dos brazos tiene él como yo, un sable llevará tan bueno como el mio, y no ha de dejar á guardar su corazon en su casa, como ni yo tampoco.

Puede matarme, y yo tambien puedo matarlo á él, que será lo mas seguro. Ya le tengo lástima, porque si le acierto el primer tajo así como el vasaso de aguardiente, bien puede ver donde lo entierran.

No dejaron algunos de reirse de mis bravatas; pero todos apoyaron mi determinacion de admitir el duelo, y yo conocí que me consideraron por hombre valiente, de honor y de resolucion; ménos Modesto, quien me dijo: Vamos amiguito, déjese vd. de locuras y quijetadas. Hacer un desafio y admitirlo, no prueba el mas mínimo valor. Se hacen por venganza, y se admiten por soberbia.

No consiste el honor en la punta de la espada, sino en lo bien ordenado de las costumbres. Mas valor se necesita para perdonar una injuria, que para vengarla: esto todo el mundo lo conoce y lo admira, y la historia nos conserva millares de ejemplos que comprueban esta clase de verdadero heroismo.

Cualquiera alma noble se enternece al oír la generosidad con que José en Egipto perdonó á sus pérfdos hermanos, que de muchacho le vendieron á unos mercaderes por esclavo. Mayor parece David cuando perdona á su enemigo Saul la vida, que cuando camina á vengarse de la bárbara groseria del marido de Abigail. Alejandro, César, Marco Aurelio y otros lloraron por la muerte de sus capitales enemigos, sintiendo los dos últimos el no haber tenido la gloria de perdonarlos. Echaban en cara al emperador

Teodosio el Joven, que era muy humano con sus enemigos; y él respondió: *En verdad que lejos de hacer morir á mis enemigos vivos, quisiera resucitar á los muertos. ¡Qué respuesta tan propia de un emperador, digno de serlo!*

Seria cansarnos, amigos, y cargar yo con la nota de un pedante que pretende vomitar de una vez toda su erudición, si dijera aquí todos los sucesos ilustres de esta clase que se me vienen á la memoria: baste repetir que el perdonar una injuria es mas glorioso, que el vengarla. Por eso dice Dios por Salomon: (\*) *El hombre pacífico es mejor que el valiente y animoso; y el que dueño de sí mismo sabe dominar su corazón, vale mas que el conquistador de las ciudades.*

El vencer un hombre á su enemigo puede consistir en una contingencia, que despues se atribuye á valor, habilidad ó fortuna: pero el vencerse á sí mismo prueba sin duda un uso recto de la razon, un gran fondo de virtud y una alma noble. En ninguna ocasion lucen mejor estos vencimientos que cuando se perdonan las injurias: entonces sí, entonces se conoce la superioridad de una alma grande. Por esto decia el conocido y célebre Descartes *Cuando me hacen una injuria, procuro elevar mi alma tan alto, que la ofensa no llegue hasta á mí.* Segun esto, ¡qué grande no fué el elogio que Ciceron hizo de César cuando dijo *que nada olvidaba sino los agravios que le hacian!* Esta sola espresion en boca del orador romano, nos retrata la bondad de aquel grande hombre.

Al contrario, el vengativo manifiesta de á legua su vileza y la ruindad de su corazón; verdad que conocieron los gentiles no ilustrados con las luces del Evangelio. *El querer vengarse,* decia Juvenal, *es la seña inequívoca de un ánimo débil y de una alma pequeña.*

Por lo comun los espadachines y duelistas no son sino los mas malvados y groseros con todo el mundo. Ignorantes de lo que es el verdadero honor, pretenden acoger

(\*) Prov. 16. &c.

se á él para vengarse y satisfacer su escensiva soberbia: y si en cualquier ciudadano es abominable este ruin carácter, lo es aun mas en un militar, en quien se debe suponer que no ignora lo que es honor verdadero, ni las leyes de la buena educación, que nos prescriben ser atentos, afables y prudentes con todos.

Con razon Teodorico escribia á sus militares penderos: *“Volved vuestras armas contra el enemigo, y no os sirvais de ellas los unos contra los otros. Jamas unas querellas poco importantes en sí mismas os conduzcan á escesos reprehensibles. Someteos á la justicia que hace la felicidad universal. Dejad el acero cuando el estado no tiene enemigos, pues es un gran crimen levantar la mano contra los ciudadanos por cuya defensa seria glorioso esponer la vida.”*

Yo, compañeros, conozco que tal vez os habrá disgustado mi larga arenga; pero dispensadme, pues todos mis esfuerzos se dirigen á que el caballero D. Catrin prescinda, como debe, del duelo para que está citado, y que viva en la inteligencia de que nada pierde por esto del buen concepto que se merece entre nosotros.

Eso no puede ser, dije yo, porque será pasar por un cobarde y un infame en la opinion de Tremendo.

Lo contrario será si vd. admite el desafio, me contestó Modesto: en tal caso sí será vd. un infame por las leyes, y un escomulgado por la iglesia, que negará aun un lugar sagrado á su cadáver si muriere en el desafio.

Como militar nuevo aun no habrá visto vd. la real pragmática sobre este punto; pero por fortuna tengo en el bolsillo el tomo 3.º de las Ordenanzas militares donde se halla, y se la he de leer á vd. toda aunque no quiera, para que no alegue ignorancia, ni me culpe si yo lo denuncio, caso de que persista en su intencion de admitir el desafio que le han hecho. Oiga vd.

“D. Felipe &c. (Aquí nos encajó toda la cédula al pie de la letra), y luego prosiguió:

No puede estar mas clara la benéfica intencion del legislador en beneficio de la humanidad. Ni solo en Espa-

ña se ha hecho abominable la maldita costumbre de los duelos, nacida desde tiempos atras entre las naciones bárbaras y feroces del Norte. Gustavo Adolfo, su primer conquistador, el que trató de reducir á aquellas gentes á la mejor civilizacion, en el siglo XVI, sabiendo que los duelos comenzaban á hacer destrozos en su ejército, los prohibió con pena de muerte. Sucedió, dice el abate Blanchard, que dos de sus principales oficiales se desafiaron, y pidieron al rey licencia para batirse cuerpo á cuerpo. El rey al pronto se indignó de la proposicion; pero sin embargo, consintió en ella, añadiendo que queria ser testigo del duelo. Fué á él con un pequeño cuerpo de infantería que colocó al rededor de los dos valientes, diciéndoles: *Vamos, firme, señores: combatid ahora mismo, hasta que uno de vosotros dos caiga muerto.* A seguida hizo llamar al vergugo del ejército, y le dijo: *Al instante que muera uno de los dos, córtale al otro la cabeza delante de mí.* Esto bastó para que reconociendo ambos su soberbia necedad, implorasen el perdon del rey, reconciliándose para siempre, y dando con este ejemplar una leccion tan eficaz en la Suecia, que desde entónces no se oyó hablar mas de los duelos en el ejército (\*).

¡Cáspita en la sentencia! dijo Taravilla: ese era el juego del gana pierde, pues en riñendo los dos morian; mas no se puede negar que la intencion del rey fué buena, pues no quiso que muriera ninguno.

Con esto se concluyó nuestra sesion; porque dieron las dos de la tarde, y cada uno nos despedimos para irnos á comer á nuestras casas.

Yo llegué á la mia: comí con inquietud, porque quanto dijo Modesto lo tuve por un efecto de cobardía; y resuelto á admitir el duelo, apenas me tiré en la cama un corto rato para pasar la siesta, y sin dormirme, pues estaba pendiente del reloj.

Dieron las tres y media, y al instante me levanté, tomé mi sable, marché para San Lázaro, encontré con Tremendo,

(\*) Blanchard, Escuela de las costumbres.

de, refimios, y quedamos amigos, como veréis en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

Largo pero muy interesante.

**D**ALLÉ á Tremendo paseándose frente del cementerio de San Lázaro: su vista, su cuerpazo, sus grandes bigotes y la soledad del campo me infundieron tanto temor, que las rodillas se me doblaban, y mas de dos veces estuve por volver la grupa; pero él me habia visto, y mi honor no debia quedar mal puesto en su opinion.

Con esta consideracion, y acordándome que á los atrevidos favorece la fortuna, que quien da primero da dos veces, y que toda la valentía que para estos casos se requiere, es resolverse á morir ó matar á su enemigo al primer golpe, me acerqué á Tremendo con mi sable desnudo, y á distancia de doce pasos le dije: Defiéndete, cobarde, porque va sobre tí todo el infierno.

El fuerte grito con que pronuncié estas palabras, el desnudo con que corrí á embestirle, los muchos tajos, reverses y estocadas que le tiré sin regla, la ninguna destreza que él tenia en el manejo de su arma, y mi atrevida resolucion para morir, impusieron á Tremendo de tal modo, que ya no trataba de ofenderme, sino de defenderse solamente.

Sosíégate, chico, me decia, sosíégate: si todo ha sido broma por verte y conocer tu valor; pero yo soy tu amigo, y no quiero reñir con seriedad.

Por estas sus espresiones advertí que me habia reconocido alguna superioridad sobre su sable; pero acordándome que donde las dan las toman, y que á veces el miedo acosado hace prodigios de valor, como lo acababa de hacer conmigo, me resolví á ceder, pues ya mi honor quedaba en su lugar, y el formidable Tremendo se me daba á partido. Me retiré tres pasos atras, y con un tono harlo grave le

ña se ha hecho abominable la maldita costumbre de los duelos, nacida desde tiempos atras entre las naciones bárbaras y feroces del Norte. Gustavo Adolfo, su primer conquistador, el que trató de reducir á aquellas gentes á la mejor civilizacion, en el siglo XVI, sabiendo que los duelos comenzaban á hacer destrozos en su ejército, los prohibió con pena de muerte. Sucedió, dice el abate Blanchard, que dos de sus principales oficiales se desafiaron, y pidieron al rey licencia para batirse cuerpo á cuerpo. El rey al pronto se indignó de la proposicion; pero sin embargo, consintió en ella, añadiendo que queria ser testigo del duelo. Fué á él con un pequeño cuerpo de infantería que colocó al rededor de los dos valientes, diciéndoles: *Vamos, firme, señores: combatid ahora mismo, hasta que uno de vosotros dos caiga muerto.* A seguida hizo llamar al vergugo del ejército, y le dijo: *Al instante que muera uno de los dos, córtale al otro la cabeza delante de mí.* Esto bastó para que reconociendo ambos su soberbia necedad, implorasen el perdon del rey, reconciliándose para siempre, y dando con este ejemplar una leccion tan eficaz en la Suecia, que desde entónces no se oyó hablar mas de los duelos en el ejército (\*).

¡Cáspita en la sentencia! dijo Taravilla: ese era el juego del gana pierde, pues en riñendo los dos morian; mas no se puede negar que la intencion del rey fué buena, pues no quiso que muriera ninguno.

Con esto se concluyó nuestra sesion; porque dieron las dos de la tarde, y cada uno nos despedimos para irnos á comer á nuestras casas.

Yo llegué á la mia: comí con inquietud, porque quanto dijo Modesto lo tuve por un efecto de cobardía; y resuelto á admitir el duelo, apenas me tiré en la cama un corto rato para pasar la siesta, y sin dormirme, pues estaba pendiente del reloj.

Dieron las tres y media, y al instante me levanté, tomé mi sable, marché para San Lázaro, encontré con Tremendo,

(\*) Blanchard, Escuela de las costumbres.

de, refíminos, y quedamos amigos, como veréis en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

Largo pero muy interesante.

**D**ALLÉ á Tremendo paseándose frente del cementerio de San Lázaro: su vista, su cuerpazo, sus grandes bigotes y la soledad del campo me infundieron tanto temor, que las rodillas se me doblaban, y mas de dos veces estuve por volver la grupa; pero él me habia visto, y mi honor no debia quedar mal puesto en su opinion.

Con esta consideracion, y acordándome que á los atrevidos favorece la fortuna, que quien da primero da dos veces, y que toda la valentía que para estos casos se requiere, es resolverse á morir ó matar á su enemigo al primer golpe, me acerqué á Tremendo con mi sable desnudo, y á distancia de doce pasos le dije: Defiéndete, cobarde, porque va sobre tí todo el infierno.

El fuerte grito con que pronuncié estas palabras, el desnudo con que corrí á embestirle, los muchos tajos, reverses y estocadas que le tiré sin regla, la ninguna destreza que él tenia en el manejo de su arma, y mi atrevida resolucion para morir, impusieron á Tremendo de tal modo, que ya no trataba de ofenderme, sino de defenderse solamente.

Sosíégate, chico, me decia, sosíégate: si todo ha sido broma por verte y conocer tu valor; pero yo soy tu amigo, y no quiero reñir con seriedad.

Por estas sus espresiones advertí que me habia reconocido alguna superioridad sobre su sable; pero acordándome que donde las dan las toman, y que á veces el miedo acosado hace prodigios de valor, como lo acababa de hacer conmigo, me resolví á ceder, pues ya mi honor quedaba en su lugar, y el formidable Tremendo se me daba á partido. Me retiré tres pasos atras, y con un tono harlo grave le

dije: Yo dejo de reñir porque me protestas tu amistad; pero para otro dia no te chancées con tanto peligro de tu vida.

Tremendo me ratificó de nuevo su cariño: los dos juramos sobre nuestras espadas no decir á nadie lo que habia pasado: envainamos los sables, nos abrazamos estrechamente, nos besamos en los carrillos, y nos fuimos al café muy contentos. En esto paró nuestro terrible desafio.

En el camino le conté todo lo que habia dicho Modesto acerca de los duelos, y como están *desaforados* los militares y caballeros de órdenes que desafiaren, admitieren el desafio, ó intervinieren en él de cualquier modo, con la pena de alevos y perdimiento de todos sus bienes; y que si tenia efecto el desafio, aunque no haya riña, muerte ó herida, con tal que se verifique que han salido al campo á batirse, sean castigados, *sin remision alguna*, con pena de muerte.

Todo esto sabia yo, me respondió Tremendo; y por eso quise excusar la riña sin herirte, si no ¡voto á Cristo! que en la salida que hiciste sobre la izquierda, te pude haber tirado la cabeza sobre las astas de Capricornio; pero soy tu amigo, tengo mucho honor, y solo te desafié por una chanza, y por experimentar si eras muchacho de valor. Ahora que sé que lo tienes, seré tu amigo eterno, y á los dos juntos no nos acobardarán todas las furias del infierno desatadas en contra nuestra. Pero te advierto que tu amistad no la dediques sino á mí, á Precioso, á Taravilla, á Tronera y á otros semejantes; y de ningun modo á Modesto, á Prudencio, á Constante, á Moderato, ni á otros oficiales hipócritas y monos de que por desgracia abunda nuestro regimiento.

Estos jóvenes tontos y alucinados por los frailes, te predicarán como unos misioneros apostólicos, llenarán tu cabeza de ideas sombrías y pensamientos fúnebres; pero no seas bobo: acompaña te con mozos festivos y corrientes como yo, si es que quisieres pasarte una vida alegre y sin tormentos.

Entretenidos con estos santos coloquios, llegamos al café. Luego que nuestros camaradas nos vieron, manifestaron su alegría; porque como presenciaron el desafio, y no

nos habian visto en la tarde, creyeron que ya nos habiamos hecho pedazos en el campo.

Nos preguntaron por el éscito de nuestro duelo, y respondió Tremendo que todo no habia pasado de una chanza: porque jamas tuvo intencion de reñir conmigo á sangre fria. Todos se mostraron gustosos por el buen remate del desafio, y despues de tomar café, nos separamos.

Dos años viví contento, aprendiendo mil primores de mis amigos Tremendo y compañeros. Sus máximas para mí eran el evangelio, y sus ejemplos la pauta por donde reglaba mis costumbres.

En pocos dias me dediqué á ser marcial, á divertirme con las hembras y los naipes, á no dejarme sobajar de nadie, fuera quien fuera, á hablar con libertad sobre asuntos de estado y de religion, á hacerme de dinero á toda costa, y á otras cosas como estas, que en realidad son utilísimas á todo militar como yo.

Los oficiales Modesto, Justo, Moderato y otros fanáticos alucinados como ellos, me molian cada instante con sus sermones importunos, en los que me decian que las máximas que yo adoptaba y las costumbres que trataba de imitar eran erróneas y escandalosas; que con el tiempo no sería sino un libertino, jugador, provocativo, estafador, desvergonzado, atrevido y blasfemo: que viera que cuanto mayores grados tuviera en el servicio del rey, tantas mayores obligaciones tenia de ser buen caballero y buen cristiano, pues lo que en el soldado raso se castiga con prision ó vaquetas, en el cadete ó oficial se debe castigar con pena mas grave, pues en éste se deben suponer mejores principios, mayor ilustracion, y de consiguiente mas honor y mas obligacion.

Estas y otras mil cosas me decian, y las contrarias mis amigos. Estos me repetian que eran simplezas, hipocresias y faramalias. Rie con los que rien, me decia Taravilla: ¿acaso las leyes del magistrado, las reglas del fraile, y los estatutos de las cofradías son lo mismo que las ordenanzas militares? No lo creas, aunque te lo juren. El militar, así como en el traje, se debe diferenciar en proceder del

letrado, del fraile, del oficinista, del labrador, del artesano, del comerciante, del eclesiástico, y de toda clase de paisano. ¡Habrà gusto como seducir à una casada, engañar à una doncella, dar dos cuchilladas à un fanático, burlarse de la justicia de uno de estos que se dicen arreglados, pegar un petardo à un avariento, mofarse de un hipócrita y hablar con magisterio aun de lo que no entendemos? Vaya, Catrin, tú tienes poco mundo, y no conoces el siglo ilustrado en que vives. Ríete, ríete una y mil veces de las necedades de algunos oficiales compañeros míos, que procuran con sus boberias hacerte monge capuchino con cordones en el hombro. Es verdad que en el regimiento todos los quieren, que sus gefes los aprecian, que los paisanos tontos los admiten en sus casas, y que ellos están envanecidos con estos obsequios aparentes; pero en realidad ¿qué son sino unos serviles complacedores del gusto de los santuchos y moralistas rígidos? Pero tú, amigo, no, no te repliegues en tan estrechos límites: ensánchate, espláyate, diviértete al modo de los que llaman *libertinos*: no haya muchacha que no sea víctima de tu conquista: no haya bolsa segura de tus ardides: no haya virtud libre de tu fuerza, ni religion ni ley que no atropelle tu lengua, ayudada de tu ilustradísimo talento, y entónces serás el honor de los Catrines y la gloria de tu país.

Como mi corazón siempre ha sido muy dócil, aproveché estas lecciones grandemente. Di de mano à los oportunos predicadores, me entregué del todo à los placeres, y me pasé dos años... ¡ah qué dos años! los más alegres que se pueden imaginar.

Dentro de pocos días, gracias à los saludables consejos y edificantes ejemplos de mis amigos, dentro de pocos días ya echaba yo un voto y veinte desvergüenzas con el mayor desembarazo, me burlaba de la religion y sus ministros, y el jugar mal, quitar un crédito y hacer otras cosas de estas, me parecían ligerezas, puntos de honor y urgencias de la necesidad.

Si el primer año de esos dos fué bueno, el segundo fué inmejorable, porque à sus principios se le puso à mi padre

en la cabeza la majaderia de morirse, y se salió con ella: mi madre no tuvo valor para quedarse sola, y dentro de un mes le fué à acompañar al camposanto.

Increible es el gusto que yo tuve al verme libre de ese par de viejos regañones, que aunque es verdad que me querían mucho, y jamás se oponían à mis ideas, sin embargo, no sé qué contrapeso me hacían con su encierro y caras arrugadas. Es verdad que algunas malas lenguas dijeron que yo los había matado à pesadumbres; pero fué una calumnia de gente maliciosa, pues yo siempre he sido hombre de bien, como habeis visto y seguiréis viendo en el discurso de mi vida.

Algunas alhajitas, ropa y muebles me dejaron mis padres, y como cosa de quinientos pesos en moneda corriente, lo que jamás agradecí, pues no teniendo arbitrio para llevárselo, era preciso que se lo dejaran à su buen hijo.

Luego que pasaron los nueve días, se convirtió mi casa en una Arcadia. Todos mis amigos y mis parientes los Catrines me visitaban à porfía; los almuerzos y juegos eran frecuentes; las tertulias eran la diversion favorita de todas las noches: à ellas concurrían mis camaradas, así militares como paisanos, y un enjambre de muchachas corrientes y marciales, de las cuales las más eran de título, aunque no de Castilla; pero en fin, cantaban, bailaban y nos divertían à nuestro antojo.

Se deja entender que yo erogaba los más de los gastos ordinarios; y aunque veía que se me arrancaba por la posta, no se me daba cuidado, porque mis amigos decían que yo era muy liberal y generoso, que lo que me faltaba era dinero; pero que tenía unas partidas excelentes.

En medio de estas alabanzas se me arrancó de cuajo, y por la friolera de cuatro ó cinco meses que debía de arrendamiento, se presentó el casero al coronel, y logró que le desocupara la casa, con lo que cesó de una vez la diversion.

Un gollorin y un baul viejo, fueron los únicos muebles que saqué, porque los demás, que eran pocos y malos, se quedaron por la deuda. Yo me refugié à la casa de Taravilla, que era una viviendita en casa de vecindad.

Desde esta época comenzaron mis trabajos, porque ni él ni yo teníamos blanca. El pan de cada día era lo que menos trabajo nos costaba buscar, porque teníamos muchas visitas, y en unas almorzábamos, en otras comíamos, y cenábamos en otras, tomando café algunas veces con los amigos; pero el lujo necesario á nuestra clase y que no podíamos sostener, nos era el tormento mas insoportable, especialmente para mí, que no contaba sino con once pesos de sueldo, que no alcanzaba con ellos ni para botas.

En medio de esta consternacion ví en un balcon una muchacha como de diez y nueve años, flaca, descolorida, con dos dientes menos, de nariz roma, y con una berruga junto al ojo izquierdo del tamaño de un garbanzo grande.

Como estaba muy decente y en una gran casa, la saludé por ver lo que sabia, y ella me correspondió con agrado.

No me fué su cariño muy lisonjero por su mala figura, pero contándole á mi compañero el lance, me dijo: ya tomarás el que esa muchacha te quisiera: tu felicidad en ese caso seria bien segura: porque esa fea es hija de D. Abundo, viejo muy rico; y desde que nació la está dotando su padre con mil pesos anuales, de manera que tiene tantos miles cuantos años. Ya apetecieras que se casara contigo, aunque tuviera cincuenta años, pues llevaria á tu lado cincuenta mil pesos. Sin embargo, diez y nueve ó veinte mil no son tercios de paja; y así tirale seguido y no seas bobo. \*

Animado yo con tan favorables noticias, me dediqué á cortejarla sin recelo. Mis paseos por su calle eran frecuentes, y ella siempre correspondia mis saluciones con agrado.

Llegué á escribirla, y tambien me escribió: tal cual vez le envié con una criada unas naranjas, un pañuelo de uvas y otros regalos semejantes, porque no podia hacerlos mejores: ella los admitia con cariño y me los correspondia con liberalidad. Una ocasion me envió un bulto de estopilla, y otra, una caja de polvos de oro.

Semejante proceder me enamoraba mas cada día, y ya contaba yo con la polla en el plato. Es cierto que su mal

cuerpo y peor cara me eran repugnantes; pero ¿qué no se debe disimular, decia yo á mi casaca, por veinte mil duros? Con mil ó dos mil pesos dándole cuanto gusto quiera, la entierro en un año, y me quedan libres diez y ocho.

Con este pensamiento le traté de boda, y ella me dijo que estaba corriente; pero que hablara á su padre sobre ello por medio de una persona de respeto.

Demasiado conocimiento tenia yo de mi mérito para valerme de embajadores que echaran á perder mi negocio; y así yo mismo fui á su casa, y cara á cara le dije á su padre mis santas intenciones.

El perro viejo me oyó con harta calma, y me dijo: Amigo, es verdad que yo le agradezco á vd. mucho que ame á mi hija con el extremo que me ha pintado; pero ¿ya la ha visto bien? Es feisita; y si yo que soy su padre lo conozco, ¿cómo vd. no lo ha de conocer?

La naturaleza le negó sus gracias; pero la fortuna la ha dotado de bienes. Algunos pesos tiene para subsistir sin casarse, y aun para hacerse tolerable á un buen marido, si fuere de su vocacion el matrimonio.

Si está de Dios que vd. lo sea, lo será sin duda alguna; pero es menester que no sea muy pronto; sino que ambos dejen pasar algun mas tiempo para ecsaminar bien su vocacion.

Con estas palabritas me despidió el viejo, diciéndome que volviese al fin de un mes, á saber qué habia pensado su hija. Yo me desesperé; pero me fué preciso condescender.

Entre tanto, supe que se informó despacio de quién era yo, y cual mi conducta, lá que no le acomodó, porque cuando volví á verlo, me recibió con desagrado, y redondamente me dijo que no daría á su hija á ningun hombre de mis circunstancias, porque no pensaba en hacerla infeliz.

Me incomodé bastante con tan agria respuesta, no debida á un caballero de mis prendas; propuse vengarme de D. Abundo hurtándole la hija; propuse á ésta la fuga: la admitió; concertamos el plan, y en la noche destinada para el robo me entré en la casa, me metí dentro de un coche que es-

taba en el patio, y envié á avisar á Simforosa, que así se llamaba la chata.

A pocos minutos bajó ella con un baulito de alhajas y dinero, al que solo tuve el gusto de tomarle el peso. Ya estaba conmigo en el coche, esperando la mejor coyuntura para marcharnos, cuando hé aquí que sin saber cómo, se nos presenta el maldito viejo con una pistola en una mano, acompañado de un dependiente que llevaba un farol con harta luz.

Cada uno tomó un estribo del coche: el viejo miró á su hija con ojos de serpiente pisada, y le dijo al cajero: Llévese vd. á esta loca allá arriba, y haga lo que le he mandado. Al punto bajó la triste chata llorando, y se fué con el dependiente.

Luego que el viejo se quedó solo conmigo, me dijo: Salga de ahí el pícaro seductor: vaya, salga. Yo no tenía ni tantitas ganas de salir: no sé donde se me escondieron mis bríos. El diablo del viejo conoció mis pocas ganas de reñir, y aprovechándose de lo que le pareció temor, me afianzó del pañuelo, me dió dos ó tres estrujones, me arrancó de la almohada, y me hizo salir del coche á gatas y todo desaliñado.

Yo, al verme maltratar de un viejo como aquel, quise echar mano á mi espada; pero ¡qué fuerzas tenía el achicharronado señor! Apenas lo advertió, cuando me dió tan soberbio tiron, que me arrojó á sus piés contra mi voluntad. Entonces le dije: Advierta vd., amigo, que no me trate tan mal, porque yo soy un señor cadete que ya huelo á abanderado, y soy á mas de esto, el caballero D. Catrin, hombre noble y muy ilustre por todos mis cuatro lados; y si ahora respeto sus canas, mañana revolveré mis ejecutorias y mis árboles genealógicos, y verá vd. quién soy, y que lo puedo perder con mas facilidad que un albur á la puerta.

Algo se intimidó el perro viejo, si no es que me dejó porque se cansó de darme de patadas. Lo cierto es que me soltó diciéndome: Váyase enhoramala el tuno, bribonazo, sin vergüenza: qué caballero ha de ser ni qué talega. Si

fuera noble, no obrara con vileza; pero ya me dijo quién es sí, D. Catrin, ya, ya sé quiénes son los Catrines. Márchese de aquí; quítese de mi vista antes que le esprima esta pistola.

Yo, por evitar cuestiones, me salí, y á mi compañero no le quise contar un lance tan vergonzoso; porque no habia de creer que mi poco enojo habia sido efecto de mi grande prudencia, sino de mi mucha cobardía, y era muy regular que se espantara al ver que quien no habia temido á Tremendo con su espada, temiera á un viejo chocho despreciable.

Sin embargo de mi silencio, yo en mi interior juré vengarme de él y llevar, en caso necesario, una compañía de granaderos para el efecto.

Tales eran mis intenciones aun al dia siguiente; pero como muchas se frustran, se frustraron las mias en un instante.

A las ocho de la mañana, hora en que aun no pensaba en levantarme de la cama, tocó la puerta un soldado ordenanza, le abrió mi compañero, entró, y me dijo que el coronel me esperaba dentro de media hora.

Yo, creyendo que me queria hacer saber mi nuevo ascenso de alférez, me vestí muy contento, y fuí á verlo.

Me recibió con una cara de vinagre, y me dijo: ¿qué, vd. ha pensado que el ser militar es lo mismo que ser un pícaro declarado, sin freno, sin ley y sin rey? Ya no puedo sufrir las repetidas quejas que me dan de su mala conducta; y tengo hechas con vd. cuantas diligencias me ha dictado mi obligacion.

Todo ha sido en vano: vd. lejos de reformarse, de asistir á las academias y asambleas, de separarse de los malos amigos, y de portarse como un oficial de honor, no ha hecho sino abusar de mi prudencia, escandalizar á los buenos, esceder en tunante á los malos, y mañana me pervertirá á los mas arreglados.

Bien se acuerda vd. del pasage de anoche: no quiero referírselo, porque yo mismo me avergüenzo; pero tampoco quiero que permanezca en mi regimiento un bicho tan inso-

lente y atrevido como vd.; y así dentro de tres dias solicite su licencia absoluta; y si no lo hace, se espone á un bochorno y á salir del regimiento con todo deshonor. Conque haga vd. lo que quiera, y vaya con Dios. Diciendo esto tomó su sombrero y su baston, y se marchó para la calle, dejándome con la palabra en la boca.

Lleno de confusion me salí de su casa, y me fuí para la mia. Consulté mis euidados con mis amigos, y todos me aconsejaron que pidiera mi licencia; porque si no el coronel me desairaria, y me cogeria á cargo hasta echarme, conforme á ordenanza, por vicioso ó incorregible.

Me fué muy pesado allanarme á tomar este consejo; pero conociendo que si quería me salia del regimiento, y si no me echaban, adopté el partido de salirme, antes que otra cosa sucediera.

Con esta determinacion solicité mi licencia, la que se me facilitó muy pronto, y cátenme vds. de paisano; trasformacion que no me agradaba ni tantito; pero ya no habia mas remedio que conformarme con mi suerte, y continuar mi carrera segun se proporcionara.

Así lo hice, y así lo veréis en el discurso de esta grande, sublime y verdadera historia.

#### CAPITULO VI.

En el que se verá cómo empezó á perseguirlo la fortuna, y los arbitrios que se dió para burlarse de ella.

**P**ENAS me quedé en el aire, sin ser letrado, militar, comerciante, labrador, artesano, ni cosa que lo valiera, sino un paisano mondo y lironde, cuando me volvieron la espalda mis antiguos camaradas los oficiales.

Ninguno de ellos me hacia el menor aprecio, y aun se desdenaban de saludarme: tal vez seria porque estaba sin blanca, pues en esos dias mi traje no era indecente, porque con lo que saqué de mi uniforme que vendí, compré en

el parian un fraquecillo azul, un sombrero redondo, un par de botas remontadas, un relox en veinte reales, una cadena de la última moda en seis pesos, una cañita y un pañuelo.

Aun tenia un par de camisas, dos pantalones, dos chalecos y dos pañuelos blancos, con lo que me presentaba con decencia.

Mi camarada Taravilla me despidió políticamente de su casa, diciéndome que no era honor suyo tenerme á su lado, despues de lo que se hablaba de mí, y hemos de estar en que él era quien hablaba mas que nadie; pero añadió: ya ves, hermano, que el coronel te tiene en mal concepto, y si sabe que vives conmigo, dirá que yo soy lo mismo que tú; me traerá entre ojos y se me dificultarán mis ascensos. Conque múdate, tata, y múdate de hoy á mañana.

Yo, que tengo bastante talento para conocer todas las cosas, conocí que él temia perder la poca gracia que tenia con el coronel: juzgué que le sobraba la razon, y tomé un cuartito que me ganaba doce reales en la calle de Mesones. Múdé en un viage todos mis muebles, y me despedí de Taravilla.

Solo yo en mi casa, con suficiente ropa y decencia, estaba muy contento, cuando me acordé que no tenia ni para desayunarme al dia siguiente. En esta consternacion recurri á mis antiguos arbitrios: me fuí á un café, me senté en una silla, llegó un mozo á preguntarme qué tomaba; le dije que nada, hasta que llegara un amigo que estaba esperando.

En efecto, el primero que llegó fué mi amigo; porque lo comencé á adular tan seguido y con tanta gracia, que él, pagado de ella, me ofertó café, y yo admití sin hacerme del rogar.

A seguida le conté mil mentiras, asegurándole que entre mis trabajos lo mas que sentia era tener una hermana jóven y bien parecida, á la que estaba en obligacion de sostener mientras se ganaba cierta herencia que le pertenecia, pues á mas de ser su herinano era su apoderado; pero que por fortuna ya el negocio presentaba buen semblante, se-

gun decia nuestro abogado, y seria cosa de que dentro de dos meses nos entregarian lo menos seis mil pesos. En este caso decia yo al nuevo amigo, pagaré algunos piquillos que debo, y procuraré casar á mi hermana con algun hombre de bien, aunque sea pobre, con tal que su sangre sea tan buena como la mia; porque ya vd. sabe que la generacion de los Catrines es tan numerosa como ilustre.

Y cómo que sí es, contestó el amigo: yo por dicha mia soy de la misma raza, y me glorió tanto de serlo, que no me cambio por el mas noble señor del mundo entero.

Entonces yo, levántandome de la silla y dándole un estrechísimo abrazo, le dije: celebro esta ocasion que me ha proporcionado conocer un nuevo pariente.—Yo soy quien gano en ello, señor mio, me respondió, y me dió mil parabienes, ofreciéndome todos sus arbitrios y persona: me juró que su amistad seria eterna; pero que me rogaba que lo tratara con toda satisfaccion, pues él la tenia en ser un legítimo Catrin, deudo, amigo y compañero mio.

No contento con prodigarme tantas espresiones cariñosas, hizo llevar aguardiente, y no poco. Bebimos alegremente; y luego que el áspero licor envió sus ligeros espíritus á la cabeza, comenzó á contarme la historia de su vida, con tanta ingenuidad y sencillez, que en breve conocí que era un caballero ilustre, rico, útil á la sociedad, de una conducta irreprehensible. . . . en fin, ni mas ni menos como yo; y como *parcs cum paribus facile congregantur*, ó cada oveja con su pareja, para que ustedes lo entiendan, luego que yo supe quién era y tan á raíz, lo confirmé en mi amistad, y le dije que pondria en sus manos todos mis asuntos. El manifestó su gratitud con medio cuartillo del rebajado, y desde el primer nuevo brindis nos tratamos de *tú*, con lo que se acabó de asegurar nuestra amistad.

A este tiempo entraron cuatro ó cinco caballeritos de fraques, esclavinas y ridiculos, unos muy decentes, y otros decentes sin el *muy*.

Saludaron todos á Simplicio, que así se llamaba mi nuevo amigo, y lo saludaron con bastante confianza y á mi con mucho cumplimiento: se sentaron con nosotros, bebiéron

de nuestros vasos, y en un momento supe que todos eran mis parientes.

Yo manifesté mi alegría al ver cuán dilatada era mi generacion, pues en todas partes encontraba Catrines tan buenos como yo.

En aquel momento quedamos todos amigos. Uno de ellos, sin ninguna ceremonia, dijo á Simplicio: Vaya, hermano, haz que nos traigan de almorzar, pues tú estás de vuelta y nosotros arrancados. Hoy por mí, y mañana por tí.

Simplicio era franco, tenia dinero, y así no fué menester segunda instancia. Mandó llevar el almuerzo, y habilitamos nuestros estómagos á satisfaccion, especialmente yo, que almorcé á lo desconfiado por si no hallaba donde comer al medio dia.

Luego que se acabó el almuerzo, se despidieron los amigos, y Simplicio me dijo que queria conocer á mi hermana, que le llevara á casa, si es que lo habia figurado hombre de bien y digno de ser su amigo.

Aquí fueron mis apuraciones, porque yo no tenia hermana, ni cosa que se le pareciera. No tuve mas arbitrio para escusarme, sino decirle que me parecia muy bien su deseo, y desde luego lo cumpliera si no hubiera yo tomado tanto aguardiente, pues mi hermana vivia conmigo y una tia muy escrupulosa, que si me oia me echaria tan gran regaño que me haria incomodar demasiado, y al mismo tiempo juzgaria que el nuevo amigo tenia la culpa y era un pícaro que se andaba embriagando por las calles, enseñando á borracho á su sobrino; y así que, mejor seria que fuera á conocer á mi hermana al dia siguiente. Simplicio se convino de buena gana, pues ya le parecia que mi hermana era muy bonita, que ganaba el pleito, se casaba con ella, y tenia tres ó cuatro mil pesos que tirar.

Yo advertí lo bien que me habia salido mi arbitrio, traté de llevarlo adelante y aprovecharme de él.

Desde luego le dije que por haberme estado en su amable compañía habia perdido la mañana, y no tenia nada que llevar á mi casa, que me prestara un par de pesos sobre mi reloj. Quitá allá, me dijo: ¿Yo habia de recibir ninguna

prenda á un amigo, á un deudo y compañero que tanto estimó? Toma los dos pesos, y mira si se te ofrece otra cosa.

Embolsé mis dos duros muy contento, lo cité para la mañana siguiente en el mismo café, y nos despedimos.

No quise comer por no descabalar mis dos pesos; pero por pasar el rato me fui á un villar, donde por fortuna mia estaba un chanfla con quien jugué y le gané cinco pesos.

A las cuatro de la tarde me salí á buscar entre mis amigas conocidas alguna muchacha que quisiera ser mi hermana, y alguna vieja que desempeñara bien el papel de tia.

En vano recorrí mis guaridas; ninguna de mis amigas quiso hacerme el favor, por mas que yo les pintaba pajaritos. Todas temian que yo les quería jugar alguna burla.

Cansado de andar, y desesperado de salir con bien de la empresa, determiné irme á tomar chocolate, como lo hice.

Estaba yo tomándolo, cuando entró una muchacha, no indecente ni de malos bigotes, acompañada de una vieja. Se sentaron en la mesita donde yo estaba; me saludaron con mucha cortesía; les mandé llevar cuanto pidieron, y de todo ello resultó lo que yo deseaba: la jóven se comprometió á ser mi hermana, y la viejecita mi tia.

Ya se deja entender que eran unas señoras timoratas, y no podian sospechar de un caballero como yo que abusaba de tan estrecho parentesco, y así no tuvieron embarazo para ofertarme su casa, y yo quise honrarme con su buena compañía.

Quisieron ir al coliseo; las llevé, y concluida la comedia fuimos á cenar y despues á su casa.

Innumerables sugetos la saludaron en la calle, en el teatro y en la fonda, con demasiada confianza, y yo me lisonjaba de haberme encontrado con una hermana tan bonita y tan bien quista.

Llegamos al fin á su casa, y no me hizo fuerza que ésta fuera una accesoria, ni que los muebles se redujeran á un canapé destripado, á un medio petate, una memela ó colchoncillo sucio, y un brasero de barro en el que estaba de medio lado una ollita de á tlaco con frijoles quemados.

Ya sabia yo que esta clase de señoritas por mas lujosas que

se presenten, no tienen, casi siempre, mejores casas ni ajuares.

Yo entré muy contento, y la buena de mi tia no permitió que durmiera en el canapé, porque tenia muchas chinches; y así quise que no quise, acompañé á mi hermana, porque no me tuvieran por grosero y poco civilizado.

En esa noche la instruí en el papel que debiamos todos representar con Simplicio, y al dia siguiente las mudé á mi casa, despues de haber pagado catorce reales que adeudaban de arrendamiento de la que tenian.

Luego que las dejé en mi cuarto, marché á buscar á mi querido amigo, á quien hallé desesperado de mi tardanza.

Tomamos café, y nos fuimos á casa, en donde fué Simplicio muy bien recibido de mi afligida hermana, quien le contó tantas bonanzas futuras y miserias presentes, que excitando su compasion y su avaricia, por primera visita, le dejó cinco pesos, y se fué.

Ella quedó enamoradísima de la liberalidad de Simplicio, y éste lo mismo de la hermosura de Laura, que así se llamaba mi hermana.

A la tarde volvió Simplicio, y de bueno á bueno trataron de casarse luego que se ganara el pleito. Con esta confianza comenzaron á tratarse como marido y muger, lo que no nos pareció mal ni á mí ni á mi tia, pues no advertiamos la mas mínima malicia en que retozaran, salieran á pasear y se divirtieran al fin eran muchachos: Simplicio costeaba el gasto, y á todos nos grangeaba el pobrecito.

Dos meses, poco mas, me pasé una vida que me la podia haber envidiado el rico mas flojo y regalón; porque comia bien, dormia hasta las quinientas, no trabajaba en nada, que era lo mejor, tenia tia que me atendiera, y hermana bonita que me chiqueara al pensamiento.

A mas de esto, iba al café, no me faltaban cuatro reales en la bolsa, y me aprovechaba de los casi nuevos desechos de Simplicio; porque éste, á mas de que era liberal y estaba muy apasionado por Laura, era hijo de una madre con algunas proporciones, y tan amante como la mia, y le daba gusto en todo.

Laura, ya se deja entender, que no se descuidaba en su negocio, ni tampoco la respetable tia. Todos estábamos contentos y no muy mal habilitados de ropa, mas ¡ó lenguas malditas y descomunales! Simplicio contó cuanto le pasaba con su futura novia á Pedro Sagaz, amigo y pariente mio; y este malvado, deseoso de conocer á mi hermana, le rogó que le llevara á su casa, cuando yo no estuviera en ella.

Así lo hizo el tonto de Simplicio; pero apenas conoció Sagaz á Laura, cuando le dijo: Hombre tonto, salvaje, majadero; ¿de qué te sirve ser Catrin, ó marcial tuno, corriente y veterano? Esta es una cusquilla conocida y comun, hija del difunto maestro Simon, que tenia su barbería ó raspaduría en la plaza del Volador. En su vida pensó en ser pariente de Catrin, y mucho menos en tener pleitos por dinero que no ha conocido sino ahora con sus comercios.

Catrin es un bribon, y se ha valido de estas perras para estafarte, y si te descuidas, entre los tres te dejan sin camisa.

Al oír Simplicio semejante denuncia, que calificó de verdadero el silencio de Laura y de la vieja, se irritó tanto, que las arrebató, les dió una buena entrada de golpes, y no contento con esto, salió á la calle amenazándolas con la cárcel.

Las pobres temieron las resultas; se mudaron en el instante, llevándose sus muebles; pero habiendo tenido la heroicidad de dejarme los mios, bien que estaban tales, que ni para robados servian,

Me dejaron noticia de todo lo acaecido, la llave del cuarto, y se mudaron en un viage.

Apenas se habian ido, entré yo, me hallé con la novedad, porque la casera me impuso de todo muy bien; y yo temiendo no pagaran justos por pecadores, satisfice lo que debia de renta, llamé un cargador, y me mudé tambien al primer cuarto que encontré.

De esta manera concluyeron nuestros felices dias; y desde que me ví sin hermana, ni tia, ni amigo, comenzaron de nuevo mis trabajos.

Como la hambre me apretaba, cuando no hallaba donde

echarme de huérfano á beber chocolate, comer &c., tenia que valerme de los trapillos que me habia dado Simplicio. ¡Válgame Dios y lo que me hacian desesperar los tenderos con sus cicaterías y mezquindades! Sobre lo que valia diez peseos me prestaban doce reales, con mil pujidos, y esto era cuando les daba la gana, que cuando no estaban para el paso, me quedaba con mi necesidad y con mi prenda.

En estas y las otras, como era fuerza comer por mis arbitrios, así que no hallaba donde me hicieran favor, me quedé encueros en dos por tres, y conozco que si yo mismo hubiera hecho mis diligencias de empeñar y vender mis cosillas, algo mas hubiera aprovechado; pero esto no podia ser. ¡Cómo un D. Catrin de la Fachenda habia de empeñar ni vender nada suyo y por su propia mano? Semejante conducta habria ajado mi honor, y malquistádome en todo mi linage.

Forzoso era valerme de otras gentes ruines para estas diligencias. ¿Y qué sucedió? Que por lo que daban seis, me decian que no pasaban de cuatro: otros se iban con el trapo para siempre: otros recargaban las prendas: otros empeñaban mi ropa, y yo no sabia donde. Ello es que en pocos dias, como he dicho, me quedé peor de cuando encontré á Simplicio; de la noche á la mañana no tuve necesidad de lavandera, porque no tenia camisa. Estas sí que fueron ansias para un caballero como yo.

Affigidísimo al verme con un fraquecillo raído y con los codos remendados, un pantalon de coleta desteñida, un chaleco roto, pero de cotonía acolchada, un sombrero mugriento y achilaquilado, unas botas remontadas, tan viejas que al andar se apartaban las suelas como las quijadas de un lagarto, y nada mas; consternado, digo, por esto y por no tener que comer, ni casa que visitar, pues los trapientos no caben en ninguna parte, me valí de mi talento: pensé en aprovecharme de los consejos y ejemplos de mis amigos, y emprendí ser jugador, porque el asunto era hallar un medio de comer, beber, vestir, pasear y tener dinero sin trabajar en nada; pues eso de trabajar se queda para la gente

ordinaria. El juego podia proporcionarme todo á un tiempo; y así no habia sino abrazar este partido.

Lo puse por obra, y las resultas las he de decir pero en capítulo separado.

### CAPITULO VII.

Emprende ser jugador, y lances que se le ofrecen en la carrera.

**A** sabeis, queridos compañeros, que en esta triste vida se encadenan los bienes y los males, de modo que los unos relevan á los otros, y no hay quien sea constantemente feliz, ni constantemente desgraciado.

En esta época advertí por mi propio, esta nueva, útil y apretada máxima, ó lo que sea. Resolví ser jugador; pero, aquí de Dios, ¿con qué principal, si no tenia un real ni quien me fiara un saco de alacranes? Sin embargo, no me desanimé: fuíme á la primer casa de juego que se me proporcionó: me paré tras de la silla del montero, que no era muy vivo: de cuando en cuando me agachaba, como que me iba á poner bien las botas, y en una de estas le ví á la puerta el rey del albur.

Entonces avisé ó *di codazo* á uno que estaba cerca de mí: tuve la fortuna de que me creyera: puso todo el dinero que tenia, y todo el que le prestaron, y le llevó al pobre montero como doscientos pesos: me dió con disimulo seis, me *ingenié* con ellos, y tuve la felicidad de juntarme esa tarde con sesenta pesos. Es verdad que esto fué con *su pedazo de diligencia* y algo de buena regla que se asentó.

Inmediatamente me fuí al parian, y compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidármeme el reloj, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el anteojo y los guantes, pues todo esto hace gran falta á los caballeros de mi clase. Le dí una galita á un corredor para que me los llevara á casa; y en la tarde me vestí, peiné y perfumé como debía, y con quince pesos que me sobraron salí para la

calle. Entré á tomar café, y el primero á quien encontré fué á Simplicio, que admirado de mi repentina decencia, no solo no me reconvino sobre lo pasado, sino que con mucha agrado me preguntó cuál habia sido el origen de mi felicidad.

Se ha ganado el pleito de mi hermana, le contesté bastante sério.—¿De tu hermana?—Sí señor, de mi hermana, de aquella muger infeliz que tuvo la desgracia de haberte amado. . . .—Pero si Sagaz. . . .—Sí, Sagaz es un gran picaro; se vió despreciado de ella, y se vengó llenando tu cabeza de chismes. . . . No hablemos mas de esto, que me electrizo.

Entonces Simplicio me dió mil satisfacciones, me preguntó donde vivia, y yo le dije que en su hacienda, mientras se disponian sus bodas.

¿Cómo sus bodas? preguntó Simplicio muy espantado; y yo le seguí engañando muy bien, hasta que lo creyó redondamente. Maldito sea Sagaz, decia lleno de rabia: él me ha robado mi felicidad para siempre. Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me habia burlado de aquel simple, á quien obsequié con café; y al pagar hice cuanto ruido pude con mis quince pesos. Finalmente, nos despedimos, él se fué al coliseo, y yo al juego.

Algunos dias la pasé bien á favor de Birjan y de sus libros, pues como me veian decente, pensaban que tenia mucho que perder, y por esta honestísima razon me daban el mejor lugar en cualquiera mesa; pero yo no pasaba de lo que llaman amanesquero: apenas afianzaba dos ó tres pesos, los rehundia, sacaba mi puro, y me lo iba á chupar á la calle.

Ya se sabe que la fortuna se cansa de sernos favorable largo tiempo, y así á nadie le hará fuerza saber que á los quince dias se me arrancó, y volvieron mis trabajos con mas fuerza.

Como ya me conocian que era un pobre, disminuyeron los talures sus aprecio. La miseria me obligó á hacer algunas drogas, y en algunos lances de estos tuve que sufrir y dar algunos golpes por sostener el honor de mi pala-

ordinaria. El juego podia proporcionarme todo á un tiempo; y así no habia sino abrazar este partido.

Lo puse por obra, y las resultas las he de decir pero en capítulo separado.

### CAPITULO VII.

Emprende ser jugador, y lances que se le ofrecen en la carrera.

**A** sabeis, queridos compañeros, que en esta triste vida se encadenan los bienes y los males, de modo que los unos relevan á los otros, y no hay quien sea constantemente feliz, ni constantemente desgraciado.

En esta época advertí por mi propio, esta nueva, útil y apretada máxima, ó lo que sea. Resolví ser jugador; pero, aquí de Dios, ¿con qué principal, si no tenia un real ni quien me fiara un saco de alacranes? Sin embargo, no me desanimé: fuíme á la primer casa de juego que se me proporcionó: me paré tras de la silla del montero, que no era muy vivo: de cuando en cuando me agachaba, como que me iba á poner bien las botas, y en una de estas le ví á la puerta el rey del albur.

Entonces avisé ó *di codazo* á uno que estaba cerca de mí: tuve la fortuna de que me creyera: puso todo el dinero que tenia, y todo el que le prestaron, y le llevó al pobre montero como doscientos pesos: me dió con disimulo seis; me *ingenié* con ellos, y tuve la felicidad de juntarme esa tarde con sesenta pesos. Es verdad que esto fué con *su pedazo de diligencia* y algo de buena regla que se asentó.

Inmediatamente me fui al parian, y compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidármeme el reloj, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el anteojo y los guantes, pues todo esto hace gran falta á los caballeros de mi clase. Le dí una galita á un corredor para que me los llevara á casa; y en la tarde me vestí, peiné y perfumé como debía, y con quince pesos que me sobraron salí para la

calle. Entré á tomar café, y el primero á quien encontré fué á Simplicio, que admirado de mi repentina decencia, no solo no me reconvino sobre lo pasado, sino que con mucha agrado me preguntó cuál habia sido el origen de mi felicidad.

Se ha ganado el pleito de mi hermana, le contesté bastante sério.—¿De tu hermana?—Sí señor, de mi hermana, de aquella muger infeliz que tuvo la desgracia de haberte amado. . . .—Pero si Sagaz. . . .—Sí, Sagaz es un gran pícaro; se vió despreciado de ella, y se vengó llenando tu cabeza de chismes. . . . No hablemos mas de esto, que me electrizo.

Entonces Simplicio me dió mil satisfacciones, me preguntó donde vivia, y yo le dije que en su hacienda, mientras se disponian sus bodas.

¿Cómo sus bodas? preguntó Simplicio muy espantado; y yo le seguí engañando muy bien, hasta que lo creyó redondamente. Maldito sea Sagaz, decia lleno de rabia: él me ha robado mi felicidad para siempre. Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me habia burlado de aquel simple, á quien obsequié con café; y al pagar hice cuanto ruido pude con mis quince pesos. Finalmente, nos despedimos, él se fué al coliseo, y yo al juego.

Algunos dias la pasé bien á favor de Birjan y de sus libros, pues como me veian decente, pensaban que tenia mucho que perder, y por esta honestísima razon me daban el mejor lugar en cualquiera mesa; pero yo no pasaba de lo que llaman amanesquero: apenas afianzaba dos ó tres pesos, los rehundia, sacaba mi puro, y me lo iba á chupar á la calle.

Ya se sabe que la fortuna se cansa de sernos favorable largo tiempo, y así á nadie le hará fuerza saber que á los quince dias se me arrancó, y volvieron mis trabajos con mas fuerza.

Como ya me conocian que era un pobre, disminuyeron los talures sus aprecio. La miseria me obligó á hacer algunas drogas, y en algunos lances de estos tuve que sufrir y dar algunos golpes por sostener el honor de mi pala-

bra; y así anduve de malas algún tiempo, hasta que para coronar la obra me sorprendió la justicia una noche, y tuve el honor de ir á la cárcel por primera vez.

Como no tenía dinero para pagar la multa, fué preciso tolerar la prision, en la que por comer me quedé casi desnudo y no muy sano de salud.

Sali por fin, y tuve la dicha de encontrar un amigo á quien habia yo servido en sus amores, y al verme en tal estado, se compadeció de mí, y me proporcionó que fuera yo su gurupíe ganando dos pesos diarios.

El cielo vi abierto, pues bien sabia cuán escelentes conveniencias son estas: y yo la hubiera servido no digo por dos pesos, sino por dos reales, pues en no siendo tonto el gurupíe, gana lo que quiere, como yo lo ganaba. Un día con otro no me bajaba mi sueldo de diez pesos; porque con la mayor gracia del mundo hacia que me componia la máscara, que me sonaba, que sacaba el relox, y en cada diligencia de estas me rehundia un peso ó dos. Ello es que yo me planté como un marques: me daba un trato de un príncipe, y no habia letrado, oficinista ni militar que no envidiase mi destino. Si en los días que me duró esta bonanza no hubiera yo jugado, otro gallo me cantara á la hora de esta; pero la mitad del dinero utilicé, y la otra mitad perdí.

Sin embargo, aun durara mi dicha, si un pícaro barbero de mi patron no hubiera advertido mi habilidad, y envidioso sin duda se lo avisó. Al principio, segun me dijo, no lo queria creer; mas instándole el maldito hablador, fué al juego, y sin que yo lo viera, observó bien mis gracias. Se acabó el monte, y me llevó á su casa: se encerró conmigo; me hizo desnudar: cayeron de entre la ropa veinte pesos, porque esa noche me tentó el diablo, y me propasé; no pude negar mi diligencia: me quebró un baston en las costillas, y me echó á la calle en paños menores, pues hasta la ropa me quitó el muy mezquino. Como que no era caballero, no sabia respetar á los que lo son desde su cuna, y así me trató como á un villano, y como si yo hubiera cometido algun delito en hacer mi necesaria diligencia.

En fin, yo sali encueros, y con las costillas bien molidas. Ya en la esquina de la calle encontré una ronda: me cercaron, y al verme en aquellas trazas me juzgaron ladron, y ya querian amarrarme; pero como el hombre de talento sabe valerse de él en cualquier caso, especialmente en los adversos, no me acobardé; antes me aproveché de la ronda, pues con aquella seriedad que inspira la inocencia, le dije al alcalde: solo esto me falta para que me lleve el diablo de una vez. ¿Con que á un caballero como yo se juzga por ladron, porque se ve desnudo, sin advertir que esta camisa es de estopilla, y los calzoncillos de bretaña superfina, géneros de que no se visten los ladrones, á lo menos los rateros? Mejor fuera que vd. y su ronda me acompañaran á mi casa, donde deseo llegar para curarme de los palos que me han dado los verdaderos ladrones que me acaban de dejar en el triste estado en que vd. me ve. El alcalde y todos sus compañeros se compadecieron de mí: uno de ellos me prestó una capa, y todos me condujeron á mi casa.

Cuando la casera abrió, di las gracias á la ronda, se despidieron, y me subí á acostar, y á curarme con aguardiente.

Al día siguiente no pude levantarme; pero la pobre vieja casera me llevó una bebida y no sé qué menjurges, con cuyos ansiosos me fui aliviando, hasta que pude ponerme en pié y salir á la calle; aunque ya no queria ir al juego, temeroso de que nadie ignoraba el lance, y si como fueron palos hubieran sido estocadas, no hubiera dejado de ver á mis amigos; porque las estocadas no afrentan á los caballeros, pero los palos sí.

En fin, restablecido de los golpes, y disminuida la vergüenza con el tiempo, solo sentia que me habia vuelto á quedar con un solo vestido, aunque no malo, pues para curarme, comer y pagar el cuarto, fué preciso vender unas cosas, empeñar otras, y perderlas todas; pero ya no habia de que echar mano, y comer era indispensable, y así volví á recurrir á mis antiguos asilos, esto es, á los cafés, vinerías, garitos y villares, en pos de mis amigos y parientes, los que no dejaban de socorrerme algunos días.

En uno de estos tuve un encuentro con un maldito vie-

jo, y por poco me pierdo, como verá el que leyere lo que sigue.

➤➤➤  
CAPITULO VIII.

Refiere la disputa que tuvo con un viejo acerca de los Catrines, y la riña que por esto se ofreció.

**P**ARA escusar introitos: un día estaba yo en un café esperando algun caritativo conocido que me convidara á almorzar, y cierto que tenia bastantes ganas, porque no me habia desayunado, ni cenado la noche anterior; pero por mi mala estrella no se le antojó á ninguno de mis amigos ir allá.

Estaba por salirme, cuando entró un clérigo con un viejo como de sesenta años. Se sentaron en la mesa donde yo estaba: me saludaron con atencion, y yo les correspondí con la misma: hicieron llevar almuerzo, me brindaron, admití, y almorzamos alegres.

Por postre platicaron acerca de la corrupcion de las costumbres del siglo. He oído, dijo el eclesiástico, que estos Catrines tienen mucha parte en el abandono que vemos.

Los Catrines, respondí yo, no puede ser, padre mio; porque los Catrines son hombres de bien, hombres decentes, y sobre todo, nobles y caballeros. Ellos honran las sociedades con su presencia, alegran las mesas con sus dichos, divierten las tertulias con sus gracias, edifican á las niñas con su doctrina, enseñan á los idiotas con su erudicion, hacen circular el dinero de los avaros con su viveza, aumentan la poblacion en cuanto pueden, sostienen el lustre de sus ascendientes con su conducta, y por último, donde ellos están no hay tristeza, supersticion ni fanatismo, porque son marciales, corrientes y despreocupados.

Delante de un Catrin verdadero nada es criminal, nada escandaloso, nada culpable; y en realidad, padre mio, ya ve vd. el provecho que debe inducir en cualquier concurrencia un jóven de estos (y mas si tiene buena figura) bien

presentado, alegre, sabio y nada escrupuloso. El no se admira de la trampa que hizo Pedro, de lo usurero que es Juan, de lo embustero que es Antonio, ni de ninguna cosa de esta vida.

Lleno siempre el legítimo Catrin de amor hácia sus semejantes, á todos los disculpa, y aun condesciende con su modo de pensar. Al que roba, lo defiende con su necesidad; á la coquetilla, con la miseria humana; al que descredita á todo el mundo, con que es su genio; al ébrio con que es alegría; al provocativo con que es valor, y aun al herege lo sostiene, alegando la diferencia de opiniones que cada dia se aplauden y desprecian. De manera, que el Catrin verdadero, el que depende de esta noble raza, ni es tan interesable que se dé mala vida por el cielo, ni tan cobarde que se prive de darse buena vida por temor de un infierno que no ha visto; y así sigue las máximas de sus compañeros, y satisface sus pasiones segun y como le parece, ó como puede, sin espantarse con los sermones de los frailes, que tiene buen cuidado de no oír nunca, ni con los librajos tristes, que no lee.

Así es que el Catrin se hace un hombre amable donde quiera. Las muchachas le aprecian, los jóvenes le estiman, los viejos le temen, y los hipócritas le huyen.

Vea vd., padre mio, cuán útiles son los señores Catrines, de quienes tan mal concepto tiene el señor.

Acabé mi arenga, que á mí me pareció divina, y su argumento incontrastable. El clérigo movió la cabeza como quien dice que no: me echó una mirada de furioso, tomó su sombrero, y ya iba á levantarse, cuando el perro viejo le tomó de un brazo, le hizo sentar, y dijo: Compadre, dias ha que deseaba yo una ocasion como esta para sacar á vd. de la equivocacion en que está de creer que todo jóven alegre, que todo el que viste al uso del dia es Catrin. No, señor; ni son todos los que están, ni están todos los que son. El hábito no hace al monge. Ya vd. sabe que yo soy viejo; pero no viejo ridículo. Cada cual puede vestirse segun su gusto y proporciones, sin merecer por su traje el título de honrado ni de pfcaro.

Mozos hay currísimos ó pegadísimos á la moda del día, y no por eso son Catrines; y otros hay que llama el vulgo *rotos*, ó modistas pobretes y sin blanca, que son legítimos Catrines. Aprenda vd. á distinguirlos, y no hará favor ni agravio á quien no lo merezca.

Las costumbres, compadre, la conducta, es la única regla por donde debemos conocer y calificar á los hombres. Yo soy capaz de apostar una botella de vino, á que el señor es Catrin legítimo, y que tiene vanidad en serlo.

Es verdad, dije; y no me arrepentiré de haber descendido de tan noble linage.

Amiguito, contestó el viejo, la nobleza verdadera consiste en la virtud, y la aparente en el dinero. ¿Cuántos miles tiene vd? — Yo ningunos. — ¡Oh! pues riase vd. de su nobleza. Ni tiene virtud con que acreditarla, ni pesos con que fingirla; pero vamos al caso.

Compadre, ya conoció vd. un Catrin verdadero: ya oyó su erudicion, se edificó con el régimen de su conducta, y conocerá que erraba cuando creía que todo el que vestía de moda era Catrin. Pero no, amigo mio, no se equivoque vd.: oiga lo que son los Catrines; mas primero su régimen de vida, poco mas ó menos.

El Catrin se levanta de ocho á nueve: de esta hora hasta las doce va á los cafés á ver si topa otro compañero que le costee el desayuno, almuerzo ó comida. De doce á tres de la tarde se va á los juegos á ingeniar del modo que puede, siquiera consiguiendo una peseta. Si la consigue se da de santos, y á las oraciones vuelve á los cafés. De aquí con la barriga llena ó vacía, se va al juego á la misma diligencia. Si alguna peseta dada, *tropa*, bueno; y si no, se atiene á su honestísimo trabajo para pasar el día siguiente.

Como estos arbitrios no alcanzan sino cuando mas para pasar el día, y el todo de los Catrines consiste en estar algo decentes, en bailar un wals, en ser aduladores, facetos y necios, aprovechan estas habilidades para estafar á éste, engañar al otro, y pegársela al que pueden; y así el santo parian los habilita de cáscara con que alucinar á los tontos, ó de trapos con que persuadir á los que creen que el que

viste con alguna decencia es hombre de bien; pero despues de todo, el catrin es una paradoja indefinible; porque es caballero sin honor; rico, sin renta; pobre, sin hambre; enamorado, sin dama; valiente, sin enemigo; sabio, sin libros; cristiano, sin religion; y tuno á toda prueba.

No pudiendo yo sufrir una definicion tan injuriosa á nuestra clase, le disparé al insolente viejo una porcion de desvergüenzas. Él me correspondió con otras tantas. Quise deshacerle una silla en la cabeza: metióse de por medio el clérigo (como si yo fuera de estos alucinados que temen á los clérigos y frailes): yo enojado le tiré un silletazo al viejo y le di al padre: éste se enojó, halló un garrote á mano, y me rompió la cabeza. Me volví una furia al ver mi noble sangre derramada por unas manos muertas: salté y arrebaté un sable de uno que estaba cerca de nosotros; pero entonces todos se conjuraron contra mí, apellidándome atrevido y sacrilego, y amenazando mi ecsistencia si no me contenia. Yo al verme rodando de tanto idiota, cedí, callé y me senté donde estaba, con lo que se dió fin á la pendencia.

Algunos me aconsejaban que le pidiera perdon al padre, pues lo habia injuriado en público y sin razon; pero yo me desentendi, bien satisfecho de que un caballero Catrin no debe prostituirse á pedir perdon á nadie.

Así que todos se fueron, hice yo lo mismo, y continué algun tiempo pasando unas crugias intolerables, y envidiando á otros compañeros y parientes que la pasaban mejor que yo.

Algunas noches al acostarme sentia no sé qué ruido en mi corazon, que me asustaba. Parecióme en una de ellas que veia junto á mi mugrienta cama al venerable cura de Jalatlaco, mi amado tío y predicador eterno, y que mirándome ya con ojos compasivos, ya con una vista amenazadora, me decia: Desventurado jóven, ¿cuándo despertarás de tu letargo criminal? No hay nobleza donde falta la virtud, ni estimacion donde no hay buena conducta.

Veinte y ocho años tienes de edad, todos mal empleados en la carrera de los vicios. Inútil á tí mismo, y perjudi-

cial con tu mal ejemplo y pésimas costumbres á la sociedad en que vives, has aspirado siempre á subsistir con lujo y con regalo sin trabajar en nada, ni ser de modo alguno provechoso. ¡Infeliz! ¿No sabes que por castigo del pecado nace el hombre sujeto á vivir del sudor de su rostro? ¿Ignoras que así como al buey que ara no se debe atar la boca, en frase del Espíritu de la verdad; así San Pablo escribe, que el que no trabaje que no coma?

Es cierto que tú, y muchos holgazanes y viciosos como tú, logran sin trabajar comer á espensas ajenas; pero ¿qué no se esponen! ¿qué no sufren! y por último, ¿en qué paran? Ya has experimentado en tí mismo hambres, desnudeces, desprecios, golpes, cárcel y enfermedades. ¡Triste de tí si no te enmiendas! Aun te falta mucho que sufrir; y tu castigo no se limitará á la época presente, pues siendo tu vida desastrada, no puede ser tu muerte de otro modo. Teme esto solo; y si no crees estos avisos, estos gritos de tu conciencia, prepárate á recibir en los infiernos el premio de tu escandaloso proceder.

Asustado con semejante vision, fui al día siguiente á consultar mi cuidado con un amigo de muchísimo talento y de una conducta arreglada, segun y como la mia. Éste, luego que me oyó, se tendió de barriga para reirse, y me consoló con los saludables consejos que leeréis en el capítulo que sigue.

#### CAPITULO IX.

Escucha y admite unos malditos consejos de un amigo: se hace mas libertino, y lo echan con agua caliente de la casa del conde de Tebas.

**E**cha de ver, Catrin, que eres un necio, me decia mi buen amigo; sí, eres un alucinado, un novicio en nuestra órden, y un recluta-bisoño en nuestras respetables compañías. ¡Vaya, ni digas que eres de la ilustre raza de los Catrines, ni que has corrido el mundo en parte alguna! Yo

sí, yo sí tengo razon de espantarme al ver tan asustado á un jóven que ha sido colegial, militar, jugador y tunante, solo por una aprension que debe despreciarse por cualquier espíritu fuerte é ilustrado como el nuestro.

El viejo rancio de tu tio te acosó á sermones, y por eso aun crees que te los echa despues de muerto. Tú eres un tontonazo, y te espantas como los niños con el coco; pero anímate, amigo, ensánchate: desprecia esas ilusiones del miedo: sábete que los muertos no hablan, y que en tu triste fantasía, agitada por tu miseria, se forman esos espectros de papel.

Mira, Catrin: nuestra vida no es mas que un juego: nuestra existencia corta y sujeta á las molestias, sin que haya reposo ni felicidad mas allá de su término: ningun muerto ha vuelto á la tierra á traernos pruebas de la inmortalidad. Nosotros hemos salido de la nada, y volveremos á la nada: nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se perderá en los aires: nuestra vida pasará como una nube, y desaparecerá como el vapor, disuelto por los rayos del sol. Nuestro nombre se borraré de la memoria de los hombres, y ninguno se acordará de nuestras obras. Gocemos de todos los placeres que están en nuestro poder: sirvanos de bebida el vino mas delicado: respiremos el olor de los perfumes: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya objeto agradable libre de nuestra lujuria, y dejemos por todas partes las señales de nuestra alegría: oprimamos al pobre: despojemos á la viuda; no respetemos las canas de los viejos: sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia: no guardemos los dias de fiesta consagrados al Señor: esterminemos en especial al hombre justo, cuyo aspecto nos es insoportable (\*).

Esas son palabras mayores, le dije: ¿no ves que siguiendo esas máximas nos harémos aborrecibles á todo el mundo? ¡Qué tonto eres, Catrin, qué bárbaro! me respondió.

(\* Tal es el idioma de los impios descrito en las sagradas letras Sap. 2. y Psalm. 73; pero los que pensaron de esta manera erraron. Su maldad los cegó.

Es verdad que nos detestarán. ¿Pero quiénes? cuatro hipócritas alucinados de éstos que se dicen timoratos; mas en cambio nos amarán todos nuestros compañeros y compañeras las catrinas, gente moza, útil, alegre y liberal.

Ya se ve, tú eres un pobre aprendiz de la verdadera catrinería, y por eso te escandalizas de cualquier cosa. ¿Qué mas dijeras si supieras de memoria y practicaras los famosos mandamientos de Maquiabelo? Entonces ó te tapabas las orejas, ó te decidías á ser un político consumado. Yo, desde que los observo, me paso buena vida, tengo muchos amigos y me hacen aprecio en cualquier parte.

Ya me parece que estás rabiando por saberlos. Escúchalos para tu felicidad y aprovechamiento.

DECÁLOGO DE MAQUIABELO (\*).

1.º *En lo exterior trata á todos con agrado, aunque no ames á ninguno.*

2.º *Sé muy liberal en dar honores y títulos á todos, y alaba á cualquiera.*

3.º *Si logras un buen empleo, sirve en él solo á los poderosos.*

4.º *Ahulla con los lobos.* Esto es, acomódate á seguir el carácter del que te convenga, aunque sea en lo mas criminal.

5.º *Si oyeses que alguno miente en favor tuyo, confirma su mentira con la cabeza.*

6.º *Si has hecho algo que no te importe decir, niégalo.*

7.º *Escribe las injurias que te hagan en pedernal, y los beneficios en polvo.*

8.º *A quien trates de engañar, engáñale hasta el fin, pues para nada necesitas su amistad.*

9.º *Promete mucho, y cumple poco.*

(\*) Nicolás Maquiabelo, astuto escribano de Florencia, y despues un falso político de Francia, escribió á sus secretarios el maldito decálogo que trae Alberto Magno en el prefacio de su obra titulada: *Bonus politici* c. 4.º.

10. *Sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demas.*

¿Qué te parece? ¿Te han escandalizado estos preceptos? No mucho, contesté; porque aunque dichos sorprenden, practicados se disfrazan: yo los mas los observo con cuidado, y tengo advertido que casi todos nuestros compañeros los guardan al pié de la letra. Mas ahora traigo á la memoria que siendo colegial entré una noche al aposento de mi catedrático, y mientras que salia de su recámara leí en latin ese mismo decálogo en un libro en cuarto que tenia abierto sobre de su mesa, y al fin decia no sé que Santo Padre: *Si vis ad infernum ingredi, serva haec mandata*: Si quieres irte á los infiernos, guarda estos mandamientos. He aquí lo que no me gusta mucho.

Siempre insistes en tu fanatismo, me contestó. Tontote: ¿Dónde has visto el infierno ni los diablos, para que lo creas tan á puño cerrado? Cumple estos preceptos, sigue mis máximas, y verás cómo varia tu suerte.

Supon, sí, te doy de barato que haya tal eternidad, tal infierno, ¿qué se puede perder con que al fin te lleve el diablo? ¿Será el primero que se condena? Pues en tal caso, ya que nos hemos de condenar, que sea á gusto; y si nos lleva el diablo, que sea como dicen por ahí, en buen caballo, esto es, divirtiéndonos, holgándonos y pasándonos una videta alegre. ¿Habrá mayor satisfacción que entrar al infierno lucios, frescos, ricos, cantando, bailando, y rodeados de diez ó doce muchachas? Conque anda, Catrin, sigue mis consejos, y riete de todo como yo.

¿Quién no habia de secumbir á tan solidísimas razones? Desde luego le di muchas gracias á mi sabio amigo, y propuse conformarme con sus saludables consejos; y segun mi propósito, desde aquel dia comencé á observar exactamente el decálogo, especialmente el cuarto precepto, haciéndome al génio de todos cuantos podian serme útiles; de manera que dentro de pocos dias era yo cristiano con los cristianos; calvinista, luterano, arriano, &c., con los de aquellas sectas: ladrón con el ladrón: ébrio con el borracho: ju-

gador con el tahir: mentiroso con el embustero: impío con el inmoral, y mono con todos.

Ya supondreis, amados *Catrines* y compañeros míos, que con semejante conducta me grangeé muchos amigos, á cuya costa me pasé muy buenos ratos, como tambien unas pesadumbres endiabladas; porque así como bebia y comia, y paseaba de balde algunas veces; otras me veia aporreado, encarcelado ó fugitivo sin haber yo tenido la culpa de las riñas ni prisiones directamente, sino mis amigos. Ya se ve, yo sostenia todos sus caprichos, fueran justos ó injustos, y con esto sus enemigos me aporreaman como á su compañero, y los jueces me castigaban como á cómplice.

Si hubiera de referiros por menor todas las aventuras de mi vida, sin duda que se entretendria vuestra atencion; pero he ofrecido limitarme á un solo tomo: y así es preciso abreviar, y contraerme á las épocas mas memorables. Continuemos.

Como con las lecciones de mi amigo y mentor me ilustré tanto, y me animé á tratar de cualquier materia por encrespada que fuera, una noche fui con un amigo á casa del conde de Tebas (porque los *Catrines* son tan nobles que en todas las casas caben), y allí, despues de la tertulia se pusieron á merendar; y habiendo conversado de diferentes asuntos, vino á caer la conversacion sobre la verdad de la religion católica.

Todos los concurrentes eran fanáticos: no habia *espiritu* mas fuerte que el mio. Hablaron con mucho respeto del dogma, de la revelacion y tradicion, y al fin de todo remataron diciendo, que la ilustracion de este siglo consiste en el libertinage, cuyas consecuencias son la corrupcion de las costumbres y el error en las verdades mas inconcusas.

Hablando de esto, dijo el capellan, hay una clase de *Catrines*, quiero decir, jóvenes, tal vez bien nacidos y decentes en ropa; pero ociosos, ignorantes, inmorales y fachenadas, llenos de vicios, que no contentos con ser pícaros, quisieran que todos fueran como ellos. Estos bribones inducen con sus indignas conversaciones á la gente sencilla é incauta, y la disponen á ser tan malos como ellos.

Apenas oí yo citar á los *Catrines* de *Fachendas*, cuyo apellido he tenido la dicha de heredar, cuando volví por su honor y dije: Padrecito, modérese vd.; los *Catrines* son nobles, cristianos, caballeros y doctos: saben muy bien lo que hablan: muchos fanáticos los culpan sin motivo.

¿Qué mal hace un *Catrin* en vestir con decencia, sea como fuere, en no trabajar como los plebeyos, en jugar lo suyo ó lo ageno, en enamorar á cuantas puede, en subsistir de cuenta de otros, en holgarse, divertirse, y vivir en los cafés, tertulias y villares? ¿Acaso esto ó mucho de esto no lo hacen otros mil, aunque no tengan el honor de ser *Catrines*.

Ahora, ¿por qué se han de calificar de impíos é irreligiosos, solo porque jamas se confiesan, porque no respetan á los sacerdotes ni los templos, porque no se arrodillan al Viático ni en el tiempo de la misa, porque no se tocan el sombrero al toque de la Ave Maria, ni por otras frioleras semejantes?

Si se murmura de su poca instruccion, es una maledicencia ó declarada envidia: ¿qué mas puede saber un caballero *Catrin* que servir á una señorita el cubierto, bailar unas boleras ó un wals, barajar un albur, jugar un tresillo, peñarse y componerse, hablar con dennedo y arrogancia sobre cuanto se ofrezca, y hacer otras cosas que no digo porque vdes. no crean que las pondero?

Su utilidad es demasiado conocida en los estrados, en los cafés, fondas, villares, portales y paseos. Con que no hay que hablar tan mal de los *Catrines*, quando son mas ilustrados y provechosos que otros muchos.

Ni que responder me ha dejado vd., amiguito, dijo el capellan: Vd. solo y sin tormento, ha confesado quienes son los *Catrines*, cuáles sus ocupaciones, cuán admirable es su instruccion, y qué digno del aprecio público el fruto de sus tareas.

Por lo que hace á mi, añadió el conde, yo le estimaré que no vuelva vd. á poner un pié en mi casa. Mucho siento que me haya hecho esta única visita, y que nos haya dicho quién es tan sin rebozo. No, no quiero que honren

mi mesa semejantes caballeros, que me instruyan tales maestros, ni que me edifiquen tan calificados católicos; y así, pues se ha concluido la merienda, tome vd. su sombrero, y déjenos en paz. Todos los concurrentes, luego que oyeron producirse al conde de este modo, fuérase por adularle ó por lo que vdes. quieran, comenzaron á maltratarme, hasta los criados: casi á empellones me echaron de la sala, y un lacayo maldito por poco me hace rodar las escaleras: y no contentos con hacerme sufrir tales baldones, sin acordarse de la nobleza de mi casa, ya al salir á la calle me echaron una olla de agna hirviendo, con lo que me pusieron cual se deja entender.

Quise subir á que me dieran justa satisfaccion de tal agravio; pero me contuvo el verme solo (porque el amigo mio me desamparó y se puso de parte del conde), y advertí que todos estaban irritados. Pensé con prudencia, y me retiré mal bañado, y jurando á fé de caballero vengarme en cuanto tuviera proporción.

Llegué á mi cuarto, dormí como siempre, sequé mi ropa al día siguiente, y me levanté adivinando en donde y cómo lo pasaria. Era ese día, por cierto, 25 de Julio.

Encontré un amigo, quien me llevó á la fiesta de Santiago, acompañado de una señorita de no malos bigotes, y estando almorzando sucedió lo que vais á saber en el capítulo siguiente.

### CAPITULO X.

El que está lleno de aventuras.

**D**ios nos libre de una mala hora, como dicen las viejas. Estábamos almorzando con la bonita muchacha, cuando se nos presentó un hombre con el sable desnudo, hecho una furia, quien con una voz tan terrible como el trueno del rayo, dijo: Esto queria yo ver, tal: y diciendo y haciendo comenzó á tirarnos á los tres tantos cintarazos y cuch-

lladas, que no nós la podíamos acabar. La muger cayó en el suelo del primer golpe, mi compañero acudió á defenderse con un puñal: yo, sin armas, agarré un plato de mole y lo derramé en la cabeza del valiente: éste se enfureció mas de lo que estaba, y me tiró un tajo con tanto acierto y ganas, que por poco no me deja en el puesto, esto es, difunto: pero me dejó privado, y con la cabeza como una granada.

Yo desperté en el hospital, y supe que quien me habia hecho tan buena obra, era no menos que marido de la cusa que llevó mi amigo: que éste fué á la cárcel, ella á un depósito, el marido á pasearse, y yo al hospital en calidad de preso.

Allí pasé lo que solo Dios sabe con los cirujanos, practicantes y enfermeros: puedo jurar que me maltrataron mas con la curacion, que el celoso con las heridas que me hizo. Ya se vé que lo hacian por caridad (\*).

Por fin me dieron por sano, aunque yo no lo aseguraba, segun me sentia; pero quise que no, fué preciso salir del hospital para ir á la cárcel, donde me levantaron mil testimonios, pues lo menos que decia el marido era que yo seria el al...calde, ó qué sé yo que cosa de su muger.

El escribano queria dinero para defenderme; yo no tenia un real ni mi amigo tampoco, por lo que se dilató la causa como un mes; pero como es verdad que al salvo Dios lo salva, á instancias del marido se continuó el proceso, y resultó en sentencia definitiva, que la muger fuera al convento de San Lúcas por cuatro años, á pedimento de parte; el amigo mio y de ella á un presidio, y yo á la calle, amonestado de no volverme á meter en pendencies que nada me interesaban.

Sali por fortuna del meson de la pita; fui á mi casa ó pedazo de casa que tenia, y me hallé mas pobre, y tanto, que no tenia ni para sostener la cascarita ó decencia aparente de un Catrin.

Antes de esto era infeliz, no lo puedo negar: todos los

(\*) Aquí venia muy bien el cuento del barbero y el loco.

dias tenia que untar mis botas con tinta de zapatero y darles bola con clara de huevo, limon ó cebolla: tenia mi fraquecito viejo á quien hacer mil caricias con el cepillo: tenia mi camisa que lavar, tender, y planchar con un hueso de mamey: tenia un pantaloncillo de punto, ó de puntos, que zurcía con curiosidad con una aguja: tenia una cadena pendiente de un eslabon, que me acreditaba de sugeto de relox: tenia una tira de musolina que bien lavada pasaba por un fino pañuelo: tenia un chaleco verdaderamente acolchado de remiendos tan bien pegados, que hacian una labor graciosa y esquisita: tenia una cañita ordinaria, pero tan bien manejada por mí, que parecia un fino bejuco de la China: tenia un sombrero muy atento por su naturaleza, pues hacia cortesías á todo el mundo; pero con agua cola le daba yo tal altivez, que no se doblaria al monarca mayor del mundo todo, pues estaba mas tieso que pobre recién enriquecido: tenia en fin mis guantes, viejos, es verdad, pero me cubrian las manos: mi antejo, mis peines, escobetas, pomadas, espejo, tocador, limpiadientes, y otras semejantes chucherías, y cuando salí de la cárcel, como lo mas vendí para comer, no tenia nada.

Ya, amigos Catrines, me teneis reducido á la última miseria. No conocia camisas ni cosas superfluas, y era preciso andar decente para comer de balde, ¿cómo seria esto? Un frac y un pantalon quedó en mi baul de tanto lujo, que no se pudo ni empeñar ni vender. A esto poco . . . ¡lo que es la industria de un sabio! le dí tantos millares de puntadas, tantas teñidas y limpiadas, que el baratillero mas diestro lo hubiera calificado por nuevo. Mis botas viejas quedaron, á merced del fierro y de la clara de huevo, tan lustrosas *sicut erant in principio*, el sombrero y chaleco lo mismo; pero para suplir la camisa no habia cosa que le valiera.

Yo debia comer al otro dia, y para comer era menester salir á la calle á buscar á los amigos: de todo estaba prevenido, pero la falta de camisa me consternaba.

En medio de esta afliccion me acordé de que en otro tiempo tuve una camisa sola, y la apellidé camisola. Es-

taba tan perdida que no tenia sino el cuello y los vuelos á olanes pegados á un pedazo de trapo: mas como era preciso hacer de la necesidad virtud, los corté y compuse segun pude. En esto y lo demas se pasó toda la noche.

Al dia siguiente ya estaba yo en pelota planchando mis vuelos, cuando se le antojó entrar al casero, y entró porque se le antojó, porque yo habia vendido la llave de la puerta, y no tenia con que cerrarla sino con mi varita, que como era muy débil, no pudo resistir al primer empujon del escomulgado casero: entró este maldito, me halló medio desnudo y planchando mi trapillo en un petate: me cobró con imperio de casero, á quien debia cinco pesos dos reales de alquileres: con una mirada hizo balance de mis muebles: me cobró con resolucion: yo saqué mis ejecutorias del baul, y le dije que á los caballeros de mi clase no se les cobraba de ese modo; que era un pícaro, malcriado é insolente: él se irritó con esto, y me dijo que me sonara en mis papeles si no tenia dinero, que el pagar era justo, y que él no entendia de grajas; y así ó le daba su dinero, ó me mudara en el instante, pues cuando mas me dejaria vestir, pero no sacar ni una hilacha, respecto á que con todo lo que veia no se cubria mi deuda.

Es vd. un plebeyo, le dije, un villano, un ruín, un ordinario: mis árboles genealógicos, los escudos de mi casa, mis ejecutorias, y los méritos de mis mayores que vd. vé en estos papeles, valen mas que vd. y todas las casas de las monjas.

Todo está muy bueno, respondia el casero: vd. será muy caballero y muy noble, y tendrá infinitas pruebas de su lustre; pero las monjas no comen ejecutorias ni noblezas: ha de cubrir la renta, ó se muda.

En estas y las otras nos hicimos de razones: quise tomar una silla vieja para acabársela de romper en la cabeza: pero él cogió otra, y nos dimos una aporreada de buen tamaño, hasta que entró la casera y nos contuvo; pero al fin el inicu casero consiguió lo que quiso, que fué lanzarme de la casa, quedándose con mi baul y mi memela; mas me dejó vestir, que en gentes de su clase fué una generosa he-

roicidad; pues si ha cabido en otros, ni aun eso me permiten.

Salíme avergonzado un poquillo; pero muy enojado, triste y con mis papeles debajo del brazo en solicitud de un amigo. Hallé un monigote alquilon que se compadeció de mí, y me llevó á su casa.

Allí estuve algunos dias: tenia una hermana bonita: me gustó, la enamoré, condescendió: fuimos amigos: el monigote lo supo: nos espío, nos cogió, y me dió tal tarea de trancazos, que volví á visitar el hospital.

Los jueces sentenciaron á su favor (¡desgracia de hombres buenos como yo!) y á buen librar salí del hospital desnudo.

No pude parecer entre mis amigos esta vez, y solicité el patrocinio de las hembras. Me llevó una buena vieja á su casa: tenia cinco doncellas á su cargo y en su casa, que era una accesoria: en la puerta negociaban su subsistencia: yo tenia que ver y que callar para comer; pero tambien tenia que ir á traer pato, aguardiente, café y lo que querian mis señores.

Esta vileza no podia ser grata á un caballero de honor como yo era, y así determiné mudar de vida.

Consulté con mi talento y conforme al decálogo que habia aprendido, y saqué que debia buscar mi comodidad á costa de todo el mundo.

Segun estos principios, la noche que estaban todas mas dormidas, hice un lío de su ropa y me marché para la calle.

Al dia siguiente, antes que las buscaran, vendí todas sus prendas en el baratillo, me habilité de lo que me hacia falta, y me retiré á un barrio muy distante del suyo.

Seguí como siempre, y era la fortuna que en todas partes encontraba Catrines. Pasé, tal cual, algunos dias; mas al fin se me arrancó, y ya no hallaba almena de que colgarme.

En medio de mi triste situacion encontré un buen amigo que me animó, diciéndome que yo era para nada, pues no sabia mantener un cuerpo solo; pero que me conocia ta-

lento muy propio para cómico; que solicitara una plaza de estas, y me acordaria de él.

Como lisonjeó mi vanidad, admití su consejo: fui al coliseo, pretendí una plaza, me dieron la de *mite ó mete muertos*, y yo por ver si era plaza de escala, la recibí con mucho gusto.

En poco tiempo quise á todas las cómicas, y no solo á ellas sino á cuantas podia: mi habilidad iba tomando crédito, y yo hubiera sido el primer galan si me lo hubieran permitido las damas; pero me encargué tan de veras á su obsequio, que en cinco meses dieron conmigo en el hospital de San Andrés. . . . ¡Válgame Dios! ¡Qué suerte fué la mia, siempre me he visto en cárceles y hospitales!

¡Qué padecería en San Andrés! El que hubiere estado allí que lo diga. Por poco no me reducen al estado de Origenes. Salí medio hombre por una fortuna singular; pero salí flaco, descolorido y con una frazada en el hombro.

En medio de esta situacion, me encontró uno que habia sido criado de mi casa. Luego que me vió, me conoció y me dijo: ¡Válgame Dios, niño, y qué estado tan infeliz es el suyo!—Acabo de salir del hospital, le contesté, y á gran dicha tengo verme en pié.—¡Qué siento las desgracias de vd.: no tendrá vd. destino!—Ya se vé que no lo tengo.—Si quisiera vd. una conveniencia de portero, yo sé que en casa del conde de Tebas lo solicitan; dan ocho pesos y la comida.—Pues mas que dieran ochocientos, yo no he nacido para portero, y mucho menos para servir al conde de Tebas, que es mi padrino de brazos y allí me echaron la agua (\*). Pues señor, proseguia el mozo; podia vd. acomodarse en el estanco; siquiera ganara cinco reales diarios.—Calla, bobo: ¿un caballero como yo, se habia de reducir á cigarrero?—Pues acómódese vd. de escribiente.—Menos: mi letra es de rico, y estoy hecho á que los licenciados me sirvan de amanuenses.—Pues en una tienda.—¿Yo habia de tiznarme con el carbon y la manteca?—Pues — — — Déjate de puseses. ¡Has olvidado que soy el

(\*) Véase la página 234, donde fué bautizado á lo pollo.

Sr. D. Catrin de la Fachenda, nobilísimo, ilustrísimo, y caballerísimo por todos mis cuatro costados? ¿Cómo quieres que un personaje de mis prendas se sujete á servir á nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos.

El criado se incomodó, y me dijo: pues Sr. D. Catrin, quédese vd. con su nobleza y caballería, y quédese también con su hambre y su frazada. Dicho esto se fué, y yo seguí andando sin saber á donde ir.

Eran las tres de la tarde, y yo no habia probado gota de alimento, ni aun tenia esperanza de probarlo; pero ni sabia donde recogerme aquella noche. No me habia quedado mas que una media camisa, pantalon, botas, sombrero y frazada; todo viejo, sucio y roto; asimismo conservaba mis ejecutorias y papeles de nobleza, que llevé al hospital y cargaba ese dia debajo del brazo.

Viéndome muerto de hambre, me resolví á empeñar estas presecas en cualquier cosa, aunque con harto dolor de mi corazon. Entréme en una tienda, y le dije al tendero mi atrevido pensamiento. Este veia los papeles y me veia la cara lleno de admiracion; y al cabo de rato, casi con las lágrimas en los ojos, me dijo: ¿Es posible, Catrin, que tú eres mi ahijado y el hijo tan amado de mi compadre?

Vamos, que si yo no lo viera, si no tuviera en mis manos tu fé de bautismo, creeria que tratabas de engañarme.

Despues de mil preguntas que me hizo, y de mil mentiras que le conté acerca del origen de mis desgracias, sacó un vestido de los suyos, y veinte pesos que me dió, con lo que me despedí muy contento.

Con este socorro se alivió mi estómago, me habilité de lo que me faltaba, como varita, cadena de relox y otros muebles tan necesarios como estos. A la noche me fui á refugiarme en casa de la vieja casera, y como aun tenia doce ó catorce pesos, me hizo un buen hospedage. Al dia siguiente tomé un cuarto, saqué mi colechon y mi baul, y cátenme otra vez hecho gente y ladeándome en los cafés con mis amigos.

Como ya la fortuna me habia golpeado, temí verme otra vez en la última miseria; y así traté de prevenirme contra sus futuros asaltos. Para esto comuniqué mis cuidados con otro amigo que estaba peor que yo; pero tenia talento, valor y disposicion para cualquier cosa, y éste me animó á hacer lo que leereis mas adelante.

## CAPITULO XI.

Admite un mal consejo, y va al Morro de la Habana.

**Q**UÉN será capaz de negar la utilidad que nos proporcionan los amigos con sus saludables consejos? Este amigo, para ahorrar palabras, me persuadió á que le acompañara á robar cinco mil pesos á un viejo comerciante que pensaba que dormia solo.

Yo bien instruido en el precioso decálogo, y sabiendo que la necesidad no está sujeta á las leyes comunes, admití el consejo: emplazamos dia y hora; fuimos á la tienda á las ocho de la noche, entramos para sorprender al dueño, y pensando hacer algo de provecho, cerramos la puerta con la llave; pero nos echamos corral nosotros mismos, porque salieron á un grito del viejo cuatro mozos armados, nos pusieron las pistolas en los pechos, nos amarraron y nos llevaron á la cárcel. No pudimos negar las intenciones, y por solo éstas, nos condenaron á dos años de presidio en el Morro de la Habana, y los fuimos á cumplir contra toda nuestra voluntad.

En aquella ciudad fuimos de bastante provecho; porque compusimos los castillos de la Punta y del Principe: servimos en los arsenales: cooperamos al mejor orden de la policia en la limpieza, é hicimos otras cosas tan útiles como estas.

Bastantes hambres, desnudeces y fatigas tuvimos que sufrir en este tiempo; pero lo mas insoportable era el trato du-

Sr. D. Catrin de la Fachenda, nobilísimo, ilustrísimo, y caballerísimo por todos mis cuatro costados? ¿Cómo quieres que un personaje de mis prendas se sujete á servir á nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos.

El criado se incomodó, y me dijo: pues Sr. D. Catrin, quédese vd. con su nobleza y caballería, y quédese también con su hambre y su frazada. Dicho esto se fué, y yo seguí andando sin saber á donde ir.

Eran las tres de la tarde, y yo no habia probado gota de alimento, ni aun tenia esperanza de probarlo; pero ni sabia donde recogerme aquella noche. No me habia quedado más que una media camisa, pantalon, botas, sombrero y frazada; todo viejo, sucio y roto; asimismo conservaba mis ejecutorias y papeles de nobleza, que llevé al hospital y cargaba ese dia debajo del brazo.

Viéndome muerto de hambre, me resolví á empeñar estas presecas en cualquier cosa, aunque con harto dolor de mi corazon. Entréme en una tienda, y le dije al tendero mi atrevido pensamiento. Este veia los papeles y me veia la cara lleno de admiracion; y al cabo de rato, casi con las lágrimas en los ojos, me dijo: ¿Es posible, Catrin, que tú eres mi ahijado y el hijo tan amado de mi compadre?

Vamos, que si yo no lo viera, si no tuviera en mis manos tu fé de bautismo, creeria que tratabas de engañarme.

Despues de mil preguntas que me hizo, y de mil mentiras que le conté acerca del origen de mis desgracias, sacó un vestido de los suyos, y veinte pesos que me dió, con lo que me despedí muy contento.

Con este socorro se alivió mi estómago, me habilité de lo que me faltaba, como varita, cadena de relox y otros muebles tan necesarios como estos. A la noche me fui á refugiarme en casa de la vieja casera, y como aun tenia doce ó catorce pesos, me hizo un buen hospedage. Al dia siguiente tomé un cuarto, saqué mi colechon y mi baul, y cátenme otra vez hecho gente y ladeándome en los cafés con mis amigos.

Como ya la fortuna me habia golpeado, temí verme otra vez en la última miseria; y así traté de prevenirme contra sus futuros asaltos. Para esto comuniqué mis cuidados con otro amigo que estaba peor que yo; pero tenia talento, valor y disposicion para cualquier cosa, y éste me animó á hacer lo que leereis mas adelante.

## CAPITULO XI.

Admite un mal consejo, y va al Morro de la Habana.

**Q**UÉN será capaz de negar la utilidad que nos proporcionan los amigos con sus saludables consejos? Este amigo, para ahorrar palabras, me persuadió á que le acompañara á robar cinco mil pesos á un viejo comerciante que pensaba que dormia solo.

Yo bien instruido en el precioso decálogo, y sabiendo que la necesidad no está sujeta á las leyes comunes, admití el consejo: emplazamos dia y hora; fuimos á la tienda á las ocho de la noche, entramos para sorprender al dueño, y pensando hacer algo de provecho, cerramos la puerta con la llave; pero nos echamos corral nosotros mismos, porque salieron á un grito del viejo cuatro mozos armados, nos pusieron las pistolas en los pechos, nos amarraron y nos llevaron á la cárcel. No pudimos negar las intenciones, y por solo éstas, nos condenaron á dos años de presidio en el Morro de la Habana, y los fuimos á cumplir contra toda nuestra voluntad.

En aquella ciudad fuimos de bastante provecho; porque compusimos los castillos de la Punta y del Principe: servimos en los arsenales: cooperamos al mejor orden de la policia en la limpieza, é hicimos otras cosas tan útiles como estas.

Bastantes hambres, desnudeces y fatigas tuvimos que sufrir en este tiempo; pero lo mas insoportable era el trato du-

ro, soez y aun cruel que nos daba el comitre maldito, bajo cuya custodia trabajábamos. Ya se ve, era un mulato, ruin y villano, poco acostumbrado á tratar á los caballeros de mi clase; y así cuando se le antojaba, ó le parecia que no andábamos ligeros, nos sacudia las costillas con un látigo. Esto me hacia rabiar, y os aseguro que á no haber estado indefenso y atado con una cadena, á modo de diptongo, con mi amadísimo compañero, yo le hubiera hecho ver á aquel infame cómo debía portarse con los caballeros de mi rango.

No obstante, puse al gobernador un escrito quejándome de los malos tratamientos de aquel caribe, alegándole mi notoria nobleza, y presentándole mis ejecutorias y papeles. Pero como la fortuna se complace en abatir á los ilustres y perseguir la inocencia, el señor gobernador no solo no me hizo justicia, sino que me ecesperó con el decreto siguiente.

*La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles. Sufra esta parte sus trabajos como pueda, pues un ladron ni es noble, ni merece ser tratado de mejor modo.*

¿Qué os parece, queridos compañeros? ¿No fué esta una injusticia declarada del gobernador? Sí, ciertamente; y yo me irrité tanto, que maldije á cuantos nobles hay; rompí los papeles, los masqué y los eché al mar hechos menudos pedazos, pues que de nada me servian.

Pasaron por fin los dos años, se me dió mi libertad, y me volví á México mi patria; pero como ya habia roto mis ejecutorias, y abjurado de toda cosa que oliera á nobleza, me dediqué á divertirme y á buscar la vida sin vergüenza.

Degeneré de la ilustre familia de los Catrines, y me agredí á la entreverada de los pillos. Cuando tenia un pedazo de capote ó una levita dada, me asociaba con los pillos de este trage, y cuando no, le sabia dar bastante aire á una frazada y acompañarme con los que las usaban, uniformando siempre mis ideas, palabras y acciones con aquellos de quienes dependia.

Entre las ventajas que conseguí en el presidio, cuento tres principales, que fueron: perder toda clase de vergüenza, beber mucho y reñir por cualquier cosa. Con esto la

fuí pasando así, así. Mis amigos eran todos como yo: mi ropa y alimento, segun se proporcionaba: mi casa, donde me cogia la noche; mis tertulias, los cafés, villares, vinaterias, pulquerias y bodegones.

Despues de todo, por bien ó por mal, yo no me quedaba sin comer, beber y andar las calles, y esto sin trabajar en nada; pues me dejó tan ostigado el trabajo de los dos años de la Habana, que juré solemnemente é hice voto de no volver á trabajar en nada en esta vida; juramento que he cumplido con la escrupulosidad propia de una conciencia tan ajustada y timorata como la mia.

En medio de las necesidades que persiguen á todo literato hombre de bien como yo, solia verle la cara alegre á la fortuna algunas veces, y en éstas, si me habilitaba de algun punterillo razonable, me vestia decente, y concurría con mis primeros amigos, pues así como la cabra se inclina al monte, así yo, quien sabe por qué causa (\*), me inclinaba á la catrinería aunque despues de haber olvidado mi nobleza.

Mas no penseis que la fortuna se me mostraba alegre por sola su bondad ó su inconstancia, sino porque yo hacia mis diligencias tan activas y honestas como la que os voy á referir.

Una vez que andaba vestido de catrin y sin medio real, encontré á una muger que vendia un hilo de perlas en el parian, y pedia por él ochenta pesos. Ajusté el dicho hilo en sesenta y ocho: la muger convino en el ajuste: la llevé á un convento, diciéndole que lo veria mi tío el provincial, que era quien me lo habia encargado para mi hermana su sobrina. La buena muger me creyó sobre mi frac y mi varita: me dió el hilo; se fué conmigo al convento; la dejé esperando en la portería su dinero, y yo, como los cuentos, entré por un eallejoncito y salí por otro; esto es,

(\*) El jóven bien nacido, aunque no haya logrado una esacta educacion, ó la haya desaprovechado; y aunque por desgracia se haya prostituido como nuestro héroe, se acuerda de cuando en cuando de su cuna, se avergüenza en su interior de su proceder, y quisiera entonces volverse á ver en el paralelo de que se ha desviado.

entré por la portería y salí por la puerta falsa. La zonza aun me estará aguardando. Yo en la tarde vendí el hilo en treinta pesos á un pariente marcial, que al ver la barata lo compró sin pedirme fiador ni mosquearse para nada, despues que le advertí que no lo vendiera en México. Tales eran mis ingeniadas. ¿Y esto no prueba un talento desmedido, una conducta arreglada y un mérito sobresaliente? Que respondan los catrines y los pillos.

En una de estas vueltas de mi buena suerte, estando en un café, fué entrando el pobre Taravilla; mi antiguo amigo y compañero de armas y de vivienda, de quien os hablé en el capítulo tercero; pero ¿cómo entró el infeliz! con un uniforme viejo de teniente retirado y con dos muletas, porque estaba cojo de remate.

Catrin, amigo, me dijo, ¿aquí estás? Si, viejo, aqui estoy, le respondí: ¿Qué milagro que te veo? Mas ¿qué te ha sucedido? ¿Has perdido tus movimientos en algunas campañas? ¡Pobre de tí! así habrá sido. Siéntate, y pide lo que quieras.

El pidió lo que mas apetecía, y me dijo: ¡Ay hermano! Venus me ha maltratado, que no Marte. Cinco veces ha visitado Mercurio las médulas de mis huesos, haciéndome sufrir dolores inmensos: he jurado no volver á provocar al enemigo; pero apenas le he visto, cuando me he olvidado del juramento: le he acometido, y siempre he salido derrotado. En una de estas campañas, como se apoderó de mí, ya débil y mal herido, me redujo á la última miseria; me hizo su prisionero; me obligó á ejercitar el humilde oficio de picador, haciéndome sujetar dos brutos; mi habilidad no pudo domar su brío; ellos pudieron mas que yo, y en una de las caidas que me dieron quedé tan mal parado como ves.

A seguida nos contó todas sus aventuras, señalando no solo sus cómplices, sino sus nombres, señas, calles y casas donde vivian, con tanta puntualidad y tanta gracia, que todos nos reimos y nos admiramos de su memoria y de su chiste. Yo me burlé de su cojera grandemente.

¿Quién me habia de decir que dentro de pocos dias me

habia de ver en peor situacion? Así fué, como lo vais á ver en el capítulo que sigue.

### CAPITULO XII.

En el que da razon del motivo porque perdió una pierna, y como se vió reducido al infeliz estado de mendigo.

**T**ARAVILLA comió y bebió esta vez á mis costillas, como yo comia y bebia siempre á las de otros; al fin era de la ilustre raza de los Catrines.

Despidióse, y á poco rato nos fuimos todos á recoger á nuestras casas ó á las ajenas.

Pasé algun tiempo en la alternativa de pillo y de Catrin, y una ocasion por cierta aventura amorosa, que no os escribo por no ofender vuestros oidos castos, reñí con el marido de mi dama, y este tuvo la suerte de darme tan ferroz cuchillada en el muslo izquierdo, que casi me lo dividió.

A mis gritos acudió la gente... ¿qué gente tan desapiadada es la de México!... ¿Si será así la de todo el mundo? Se juntaron muchos á la curiosidad; nos vieron reñir, y nadie trató de apaciguarnos; me hirió mi enemigo; arrastró y maltrató á su muger, y nadie se lo impidió; se la llevó donde quiso, y ninguno lo siguió; quedé yo desangrándome: todos me veian y decian: ¡Pobrecito! pero ni llevaban el confesor ni el médico, ni habia uno siquiera, que me contuviera la sangre.

A fuerza de juntarse muchos bobos insensibles, llegó un oficial, hombre bueno (que entre muchos malos y tontos es difícil que no se halle algun bueno y juicioso) que hizo llamar una patrulla, la que me llevó al juez; éste determinó se me condujese al hospital. Me tomaron declaracion, dije lo que se me antojó, y por conclusion de todo, salió que me cortaran la pierna, porque se me iba acancerando á prisa.

Me la cortaron en efecto, y por poco no me muero en la operacion. Algunos dias despues me echaron á la calle, lo que tuve á gran felicidad, porque temia ir á la cárcel á responder de todo.

Como no podia tenerme en un pié como las grullas, fué necesario habilitarme de un par de muletas, lo que no me costó poco trabajo.

Ya con estos muebles, y hechos mis trapos mil pedazos, sali segun he dicho; pero ¿á donde, y á qué? A las calles de Dios á pedir limosna, pues en un pié ya no estala en disposicion de ingeniarme, ni de andar ligero como cuando tenia cabales los miembros de mi cuerpo.

Aunque habia dejado en la Habana toda la vergüenza, y nada se me daba del mundo, confieso que se me hizo duro á los principios el ejercicio de mendigo; mas era necesario pedir limosna ó morir de hambre.

Los primeros dias se me hacia el nuevo oficio muy pesado, porque no tenia estilo para humillarme mucho, para porfiar, ni para recibir un taco con paciencia; pero poco á poco me fui haciendo, y dentro de dos meses ya yo era maestro de pedigrüños y holgazanes.

Luego que tomé el sabor á este destino, y comprendi sus inmensas y jamas bien ponderadas ventajas, lo abracé con todo mi corazon, y dije para mi sayo: mendigo he de ser *ex hoc nunc est usque in sæculum*.

Conforme á este propósito me dediqué á aprender relaciones, á conocer las casas y personas piadosas, á saber el santo que era cada dia, á modular la voz de modo que causaran compasion mis palabras, y á otras diligencias tan precisas como estas, lo que llegué á saber con tanta perfeccion, que me llevaba las atenciones, y cuantos me oian tenían lástima de mí. ¡Pobrecito cojito, decian algunos, y tan mozo! No me bajaba el dia de diez á doce reales, amen de lo que comia y me sobraba, y esto era tanto, que se me hacia cargo de conciencia tirarlo; y así busqué una pobre con quien partir mis felicidades y bonanzas.

En efecto, hallé una muchacha llamada Marcela, de bastante garbo y atractivo, á la que sostuve pobremente. Ella

cuidaba de mí con harto esmero, y tuvo tanta gracia y economía, que en cuatro meses se vistió como la mejor y me vistió á mí tambien, de manera que de noche, despues que acababa yo de recoger mi *bendita*, me iba á casa, me ponía de catrin, me acomodaba mi pierna de palo, y me iba á mendrar con Marcela á donde yo sabia que no habia quien me conociera.

Yo mismo me admiraba al advertir que lo que no pude hacer de colegial, de soldado, de tahir, de catrin ni de pilllo, hice de limosnero: quiero decir, mantuve una buena moza con su criada en una vivienda de tres piezas, muy decente como yo, y esto sin trabajar en nada ni contraer drogas, sino solo á espensas de la fervorosa piedad de los fieles. ¡O santa caridad! ¡O limosna bendita! ¡O ejercicio ligero y socorrido! ¡Cuántos te siguieran si conocieran tus ventajas! ¡Cuántos abandonararan sus talleres! ¡No se comprometieran en los riesgos y pagaran á peso de oro el que les sacaran los ojos, les cortaran las patas, y los llenaran de llagas y de landre para ingerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías!

Gran vida me pasaba con mi oficio. Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino, pues consideraba que en el mas ventajoso se trabaja algo para tener dinero, y en este se consigue la plata sin trabajar, que fué siempre el fin á que yo aspiré desde muchacho.

Despues que espermenté las utilidades de mi empleo, ya no me admiro de que haya tantos hombres y mugeres decentes, tantos sanos y sanas, tantos muchachos y aun muchachas bonitas ejercitándose en la loable persecucion de pordioseros.

Menos me admiro de que haya tantos hipócritas declamadores contra ellos. La virtud es siempre perseguida y la felicidad envidiada. Dejaos, crueles y mal intencionados escritores: dejaos, de apellidar á los miseros mendigos, sanguijuelas de las sociedades en que se permiten. No os fatigüeis en persuadir que es una piedad mal entendida el dar al que pide por Dios, sea quien fuere, sin ecsaminar si es un vago, ó un pobre legitimamente necesitado. Cesad de

endurecer los corazones, asegurando que son mas los ociosos que piden para sostener sus vicios, que los inválidos infelices que se acogen á este recurso para mantener su vida. Ya sabemos que toda vuestra crítica mordaz no se funda sino sobre vuestra malicia y envidia refinada; pero ¡necios! No podeis disfrutar los beneficios que nosotros, al mismo precio y sin malquistarnos con los corazones piadosos! ¡Tanto cuestan dos muletas y un tompeate? ¡Tanta habilidad se necesita para fingirse ciegos, mancos ó tullidos? ¡Es tan gran dolor el que se sufre con hacerse diez ó doce llagas con otros tantos cáusticos? ¡Es menester cursar algunas universidades para aprender mil relaciones aunque estén llenas de disparates? Y por último, ¡hay algun ecsámen que sufrir, ni algunos veedores que regalar para incorporarse en nuestro sucio, asqueroso y socorrido gremio? ¡Pues qué haceis, mentecatos? Venid, venid á nuestros brazos: abandonad vuestras plumas: echaos una mordaza: habilitaos de unos pingajos puercos: haced lo que nosotros, y disfrutareis iguales comodidades y ventajas.

Así hablara yo á nuestros enemigos, y si tuviera diez ó doce hijos les enseñara este fácil oficio, los repartiera en varias ciudades, y les jurara que con tantita economía que tuvieran á los principios, en breve se harian de principal.

Encantado con mi destino, en el que me hallé, como dicen, la bolita de oro, vivia muy contento con mi Marcela, que como estaba sobrada de todo, me queria mucho y nada le advertia que pudiera desagradarme. Todo era para mí abundancia, satisfaccion y gusto. Es verdad que de cuando en cuando no faltaban sus incomodides caseras, y callejeras. Aquellas eran originadas por mis imprudencias: cuando se mezclaban con aguardiente; pero Marcela sabia terminarlás con felicidad: me daba un empujon sobre la cama cuando me veia mas furioso, y me quitaba las muletas, con lo que me quedaba yo hablando como un perico; pero sin poder moverme del colchon ni hacerle daño. Así que se me quitaba la *chispa* (\*), me hacia cuatro cariños y quedábamos tan amigos como siempre.

(\*) Ponerse la chispa es una de las muchas frases con que aquí se dice, *embriagarse*, y quitarse la chispa es decir que se alivió.

No eran así las incomodidades callejeras. Estas las originaba la envidia de mis compañeros, otros pobres tan necesitados como yo, que pensando que les quitaba el pan de la boca, no cesaban de ultrajarme diciendo unos con otros y en mi cara: ¡Qué cojo maldito tan vagamundo y mañoso! ¡Por qué no se irá al estanco, ó se acomodará á servir de algo, y no que estando tan gordo y tan sin lacras, se finge mas enfermo que nosotros, y con su maldita labia nos quita el medio de las manos?

Así se esplicaban estos pobres; pero yo hacia oidos de mercader, y seguia gritando mas recio, y recogiendo mis migajas; sin embargo, no dejaba de incomodarme por su envidia.

Un año, poco mas, disfruté de las dulces satisfacciones que he dicho; pero como todo tiene fin en este mundo, llegó el de mi dicha, segun vereis en el capítulo que sigue,

### CAPITULO XIII.

En el que cuenta el fin de su bonanza y el motivo.

¿QUIEN ha de creer que el regalo y el chiqueo sean muchas veces los asesinos de los hombres? Extraño parece; pero es una verdad constante y muy esperimentada, especialmente por los ricos.

El trato que yo me daba, á escepcion del traje de día, era como el que se puede dar el mas acomodado y regalon. Por lo ordinario me levantaba de la cama entre las nueve y diez de la mañana, y este régimen contribuyó á destruir mi salud. No sabia yo la máxima de la escuela salernitana, que dice que siete horas de sueño bastan al jóven y al viejo.

*Septem horas dormire sat est juvenique senique.*

Ignoraba yo esto, y lo que Salomon dice á los perezosos en sus Proverbios (1).

Por otra parte, mi mesa era abundante para los tres, y muy esquisita para mí; porque Marcela era hija de una que habia sido cocinera de un título y de muchos ricos, y habia aprendido perfectamente el arte de lisonjear los paladares, provocar el apetito y dañar el estómago: con esto, me hacia mil bocaditos diferentes y bien sazonados cada dia. Tambien este regalo me fué perjudicial al fin.

Yo no sabia en aquel tiempo que el gusto del paladar hace mas homicidios que la espada, en frase de un escritor frances (2): Que Alejandro que salió victorioso de mil combates, fué vencido por la gula y los deleites, y murió á los 32 años de su edad: que la frugalidad alarga la vida tanto como la acorta la destemplanza: que Galeno, médico antiguo, pero sabio en su tiempo, decia: *Cuando veo una mesa llena de mil manjares delicados, me parece que veo en ella los cólicos, las hidropesías, los tenesmos, insultos, diarreas y todo género de enfermedades.* Ignoraba que el Sabio dice: *Los excesos de la boca han muerto á muchos: pero el hombre sóbrio vivirá mas largo tiempo.*

El sabio ingles Juan Owen escribió sobre esto un epigrama en latin, que en castellano se tradujo así:

*No muchos médicos  
Ni medicina:  
Ten pocas penas,  
Sóbria cocina,  
Si largo tiempo  
Vivir aspiras.*

“La templanza y el trabajo, dice el filósofo de Ginebra (Rousseau) son los dos verdaderos médicos del hombre:

(1) No ames el sueño, no sea que caigas en la necesidad. Sé vigilante y vivirás en la abundancia. Tú dormirás un poco, dormirás un rato, cruzarás otro poco las manos para descansar, y la pobreza vendrá sobre ti como hombre armado. Prov. 24.

(2) Blanchard.

“El trabajo escita su apetito, y la templanza le impide abusar de él.”

Un médico preguntó al P. Bourdaloue qué régimen de vida seguia; y este sabio respondió: que no hacia sino una sola comida al dia. *No hagais*, le dijo el médico, *no hagais público vuestro secreto, porque nos quitará vd. de oficio, pues no tendremos á quien curar.*

San Carlos Borromeo, estando muy enfermo, y advirtiendo las contradicciones de los médicos acerca de definir su enfermedad, los despidió; moderó su mesa, se privó del regalo, se sujetó á un régimen simple y uniforme; sanó, y se mantuvo con tanto vigor, que soportó los trabajos de su obispado á que se entregó con tanto celo.

El autor del Eclesiástico dice: *Si estás sentado en una gran mesa, no te dejes llevar del apetito de tu boca.* No seas, dice en otra parte, *de los últimos á levantarte de la mesa, y bendice al Señor que te ha criado y que te ha colmado de sus bienes.*

Estas y otras cosas ignoraba yo, cuya observancia conduce efectivamente á mantener la salud con vigor. El último amigo que tuve, y que pienso que fué el único, me instruyó en estas reglas, pero tarde; porque ya estaban mis fuerzas enervadas, gastada mi salud y consumidos mis espíritus.

Entre los matadores que tuve, fué sin duda el mayor el uso excesivo de licores. Yo tenia la precaucion de no embriagarme de dia para no perder el crédito entre mis piadosos favorecedores, pero de noche me ponía unas *chispas* inaguantables.

Este abuso no solo perjudicó mi salud, sino que me esponia frecuentemente á mil burlas, desaires y pependencias. Yo conocia la causa de mi mal; pero no tenia la fortaleza necesaria para abandonarla.

Una noche (no estaba yo muy perdido) bebia con mis amigos nocturnos en una fonda, y bebia mas que todos. A uno de los concurrentes, no sé por qué razon le causé lástima, y con todo disimulo hizo que la conversacion recayese sobre los perjuicios que causa el exceso de la bebida. ¡O

y qué buen predicador nos encontramos! El decía: Señores, no hay remedio, Dios lo crió todo para el hombre, y no puede negarse que un buen trago de vino ó de aguardiente reanima nuestras fuerzas, promueve la digestión, vivifica el espíritu, hace derramar la alegría en nuestra sangre, y distrayéndonos de los cuidados y pesares que nos rodean, nos concilia un sueño tranquilo y provechoso.

A mí me agrada bastante un trago de vino, especialmente cuando estoy en sociedad con mis amigos. No soy para esto escrupuloso: me acuerdo que el mismo Dios por el Eclesiástico dice: *El vino ha sido criado desde el principio para alegrar al hombre, y no para embriagarlo. Bebido con moderación, es la alegría del alma y del corazón, y tomado con templanza, es la salud del espíritu y del cuerpo. Así como bebido con exceso es la amargura del alma, y causa riñas, displicencias y muchos males* [\*]. A más del estrago que causa en la salud, y en el espíritu, perturba la razón en el hombre y lo hace un objeto dignamente ridículo á cuantos observan sus descompasadas acciones, sus balbucientes palabras y sus desconcertados discursos.

No es menester que el bebedor esté incapaz de hablar ni moverse: en este caso ya está narcotizado, y no puede causar cólera ni risa. Cuando está, como dicen vdes., á media bolina ó medio borracho, entonces es cuando hacen reír ó incomodar sus necesidades. Aun de hombres distinguidos nos acuerda la historia hechos ridículos y extravagantes, que no dimanaron de otro principio sino de lo mucho que bebían.

¿Quién no se reirá de buena gana al oír que el famoso poeta *Chapelle*, platicando y bebiendo una noche con un mariscal de Francia, resolvió ser mártir con su compañero, á quien dijo que ambos irían á la Turquía á predicar la fé cristiana? Entonces, decía *Chapelle*, nos prenderán, nos conducirán á cualquier baja: yo responderé con constancia, y vos también, señor mariscal: á mí me empalarán, á vos despues de mí: y vednos luego en el paraíso. El ma-

(\*) Ecles. 31, V. 35. &c.

riscal se enojó porque el poeta quisiera ponerse primero que él, y sobre esto armaron tal campaña, que se tiraron uno al otro, haciendo rodar las sillas, mesas y bufetes. ¿Cuál sería la risa de los que acudieron á apaciguarlos, al oír el motivo de su riña?

Mr. Blanchard tuvo cuidado de conservarnos esta anécdota, y al dicho abate le cae mas en gracia que otra vez en casa del famoso Moliere, este mismo *Chapelle*, despues de haber bebido con sus compañeros, disgustado de las miserias de la vida, los persuadió á que sería una grande heroicidad el matarse por no sufrirlas. Convencidos los camaradas con los discursos del poeta, resolvieron irse á ahogar en un rio que estaba cerca de la casa de Moliere. En efecto, fueron y se arrojaron al agua. Algunos de la casa que los siguieron y otras gentes del lugar, los sacaron. Ellos se irritaron y los querian matar por semejante agravio. Los pobres criados corrieron á refugiarse á la casa de Moliere. Informado éste del motivo de la riña, les dijo que ¿por qué siendo su amigo, querian escluirlo de la gloria de que participaria siguiendo su proyecto? Todos le concedieron la razón, y le convidaron á que se fuera al rio para que se ahogara con ellos. Poco á poco, contestó Moliere; este es un gran negocio, y conviene que se trate con madurez. Dejémoslo para mañana; porque si nos ahogamos de noche dirán que estamos desesperados ó borrachos: mejor es que lo hagamos de día y delante de todos, y así lucirá mas nuestro valor. Los amigos quedaron persuadidos: se fueron á acostar, y al dia siguiente, disipados los vapores del vino, ya todos pensaron en conservar sus vidas.

Hasta este cuento me acuerdo que le entendí al platicón; pero como mientras él predicaba yo bebía, me quedé dormido sobre la mesa, y el fondero tuvo la bondad de acostarme en un banco.

A las cuatro de la mañana volví en mí ó desperté, y azorado de verme con esclavina y chaqueta, me levanté, me refregué las manos, me lavé la cara, tomé café, y me fui para mi casa muy fruncido á vestirme de gala para ir á buscar la vida como siempre.

Poco tiempo la pude conservar, porque esta hidropesía de que padezco cuando escribo estos renglones, se apoderó de mí, y me acarreó todos los males que leereis en el capítulo catorce de esta legítima y verdadera historia.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

**CAPITULO XIV.**

En el que da razon de su enfermedad, de los males que le acompañaron, y se concluye por agena mano la narracion del fin de la vida de nuestro famoso D. Catrin.

**Q**UERIDOS míos: cuando escribo este capítulo, que pienso será el último de mi vida, ya me siento con muchas ansias, el vientre se me ha elevado, y las piernas . . . digo, la pierna, se me ha hinchado mas de lo que yo quisiera, y por estas razones es regular que salga menos metódico, erudito y elegante que ninguno de los de mi admirable historia; porque ya sabeis que *conturbatus animus non est aptus ad exequendum munus suum*: el ánimo afligido no está á propósito para desempeñar sus funciones, segun dijo Ciceron, ó Antonio de Nebrija, donde únicamente he leído esta sentencia. Alabad, alabad, amigos, mi erudicion y mi modestia aun en las orillas del sepulcro. Ningun escritor haria otro tanto en el borde mismo de la cuna; pero dejémonos de prevenciones: continuemos la obra, y salga lo que saliere.

Una anasarca ó general hidropesía se apoderó de mi precioso cuerpo: me redujo á no salir de casa: me tiró en la cama: Marcela llamó al médico, y entre él y el boticario me llevaron la mitad de lo que habia rehundido: á lo último me desahuciaron. Mi querida Marcela, luego que oyó tan funesto fallo, se mudó la noche que se le antojó, llevándose de camino todo lo que habia quedado; pero me dejó recomendado á la casera, lo que no fué poco favor. La dicha casera, el mismo dia de la desgracia, me consiguió

una cama en el hospital, me condujo á él, y cátenme vdes. sin un real, sin alhaja que lo valiera, enfermo, abandonado de la que mas queria, lleno de tristeza, y entregado á discrecion de los médicos, curanderos y practicantes de este bendito hospital en que me veo, y en donde no pensé verme segun lo que tenia guardado, y el amor que me profesaba Marcela.

Pero ¡ah, mugeres ingratas, falsas é interesables! Maldito sea quien fia de vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas. Amais á los hombres y los adulais mientras pueden seros de provecho; pero apenas los veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel ó en la cama, cuando, olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparais y entregais á un perdurable olvido.

Abrid los ojos, catrines, amigos, deudos y compañeros míos: abrid los ojos, y no os fieis de estas sirenas seductoras, que fingen amar mientras consiguen esclavizar á sus amantes; de estas perras que menean la cola y hacen fiestas mientras que se comen vuestra sustancia.

Hay muchas Marcelas, muchas viles, muchas interesables en el mundo. Digan los panegiristas del bello seco que hay mugeres finas, leales y desinteresables; señálenmelas á pares en la historia; yo diré que será así; las habrá; pero no me tocó en suerte conocer á ninguna de ellas, sino á Marcela, muger pérfida é ingrata, que apenas perdió las esperanzas de mi vida, cuando me robó, me dejó sin recurso para subsistir, y por una grande seña de su amor me encargó al cuidado de una vieja.

Mas en fin, Dios se lo pague á esta vieja: por su piedad aun vivo, y tengo lugar para escribir estos pocos renglones.

La hidropesía, la agua, la pituita ó qué se yo, que cada dia me va engordando mas, y yo no quisiera semejante robustez. . . .

Voy escribiendo poco á poco, y sin orden, y así debéis leer.

El médico me dice que me muero, y que me disponga. ¡Terrible anuncio!

El capellan ha venido á confesarme; y yo, por quitármelo de encima, le he contado cuatro aventuras y catorce defectillos.

El me absolvió y me aplicó las indulgencias de la bula. Se me ha traído el Viático, y se me ha hecho una ceremonia muy estraña, pues si he comulgado dos veces, han sido muchas en mi vida.

El practicante D. Cándido se ha dado por mi amigo: me chiquea mucho y me predica: mas á veces me sirve de amanuense: tengo confianza en él, y le he encargado que concluya mi historia: me lo ha ofrecido: es fanático, y cumplirá su palabra, aunque borre esta espresion; pero es un buen hombre.

Me ven muy malo sin duda, porque me han puesto un Cristo á les piés: qué sé yo que significan estas cosas: tengo un espíritu muy fuerte.

El practicante admira mi talento, compadece mi estado, y me dá consejos.

Ya me cansa: quiere que haga las protestas de la fé: que me arrepienta de mi vida pasada, como si no hubiera sido excelente: que pida perdon de mis escándalos, como si en un caballero de mi clase fuera bien visto semejante abatimiento: quiere que perdone á los que me han agraviado, eso se queda para la gente vil: el vengar los agravios personales es un punto de honor: y no hay medio (\*) entre tomar satisfaccion de una injuria, ó pasar por un infame remitiéndola.

Quiere este mi amigo tantas cosas, que yo no puedo concedérselas. Quiere que haga una confesion general ya boqueando. ¿Habeis oido majadería semejante?

Me espanta cada rato con la muerte, con el juicio, con la eternidad, con el infierno. Mi espíritu no es tan débil que se amedrente con estos espantajos. Yo no he visto jamas un condenado, ni tengo evidencia de esos premios y castigos eternos que me cuentan; pero si por desgracia fueren ciertos; si hay un Juez Supremo que recompense las accio-

(\*) Así piensan los que no saben en qué consiste el verdadero honor.

nes de los hombres segun han sido, esto es, las buenas con una gloria, y las malas con un eterno padecer, entonces yo me la he pegado, pues si me condeno escapo en una tabla.

Aun cuando haga estas reflexiones, ni me acobardo, ni siento en mi corazon ningun estraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable (\*).

Las ansias me agitan demasiado: el pecho se me levanta con el vientre.... me ahogo.... amigo practicante, seguid la obra....

## CONCLUSION

Hecha por el practicante.

**N**A no pudo seguir dictando el triste D. Catrin: la disolucion de sus humores llegó á su último grado: el pulmon se llenó de serosidades: no pudo respirar y se murió.

Se le hicieron las exequias correspondientes, segun los estatutos del hospital, bajando su cádaver caliente de la cama, llevándolo al depósito, y á poco rato al campo santo.

¡Pobre jóven! Yo me condoli de su desgracia, y quisiera no haberlo conocido. El manifestó con su pluma haber sido de unos principios regulares y decentes, aunque dirigido por unos padres demasiado complacedores, y por esta razon muy perniciosos.

Ellos le enseñaron á salirse con lo que queria: ellos no cultivaron su talento desde sus tiernos años: ellos fomentaron su altivez y vanidad: ellos no lo instruyeron en los principios de nuestra sagrada religion: ellos criaron un hi-

(\*) La paz de los pecadores es pésima, dice el Espíritu Santo.

jo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre pernicioso, y tal vez á esta hora un infeliz precito; pero ellos tambien habrán pagado su indolencia donde estará D. Catrin pagando su relajacion escandalosa. ¡Pobres de los padres de familia! A muchos, ¡cuánto mejor les estuviera no tener hijos, si han de ser malos, segun dice la Verdad infalible.

Luego que leí los cuadernos del pobre D. Catrin, y ói sus conversaciones y me hice cargo de su modo de pensar, y del estado de su conciencia, le turve lástima: hice lo que pude por reducirlo al conocimiento de la verdad eterna; mas era tarde: su corazon estaba endurecido como el de Faraon.

Me comprometí á cumplir la historia de su vida; pero cómo he de concluir con las obligaciones de un fiel historiador, sino diciendo la verdad sin embozo? Y la verdad es, que vivió mal, murió lo mismo, y nos dejó con harto desconsuelo y ninguna esperanza de su felicidad futura.

Aun en este mundo percibió el fruto de su desarreglada conducta. Él, á título de bien nacido, quiso aparentar decencia y proporciones que no tenia, ni pudo jamas lograr, porque era acérrimo enemigo del trabajo. La holgazanería le redujo á la última miseria, y esto le prostituyó á cometer los crímenes mas vergonzosos.

Se hizo amigo de los libertinos, y fué uno de ellos. Su cabeza era el receptáculo del error y de la vanidad: adornado con estas bellas cualidades fué siempre un impío, ignorante y soberbio, haciéndose mil veces insufrible, y no pocas ridículo.

Sus hechos son el testimonio mas seguro de su gran talento, fina educacion y arreglada conducta.

Toda su vida fué un continuado círculo de disgustos, miserias, enfermedades, afrentas y desprecios; y la muerte en la flor de sus años arrebató su infeliz espíritu en medio de los remordimientos mas atroces. Espiró entre la incredulidad, el terror y la desesperacion. ¡Pobre Catrin! ¡Ojalá no tenga imitadores!

Sobre su sepulcro se grabó el siguiente epitafio.

## SONETO.

Aquí yace el mejor de los Catrines,  
El noble y esforzado caballero,  
El que buscaba honores y dinero  
En los cafés, tabernas y festines.  
Jamás sus pensamientos fueron ruines,  
Ni quiso trabajar, ni ser portero;  
Mas fué vago, ladron y limosnero:  
¡Bellos principios! ¡Escelentes fines!  
Esta vez nos la echó sin despedida,  
Dejándonos dudosos de su suerte:  
El mismo se mató, fué su homicida  
Con su mal proceder.... Lector, advierte:  
Que el que como Catrin pasa la vida,  
Tambien como Catrin tiene la muerte.

FIN DE DON CATRIN DE LA FACHENDA.

